
ÁNGELA ARMERO
Algunos secretos
crecen en la oscuridad
TIERRA
NEGRA
MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

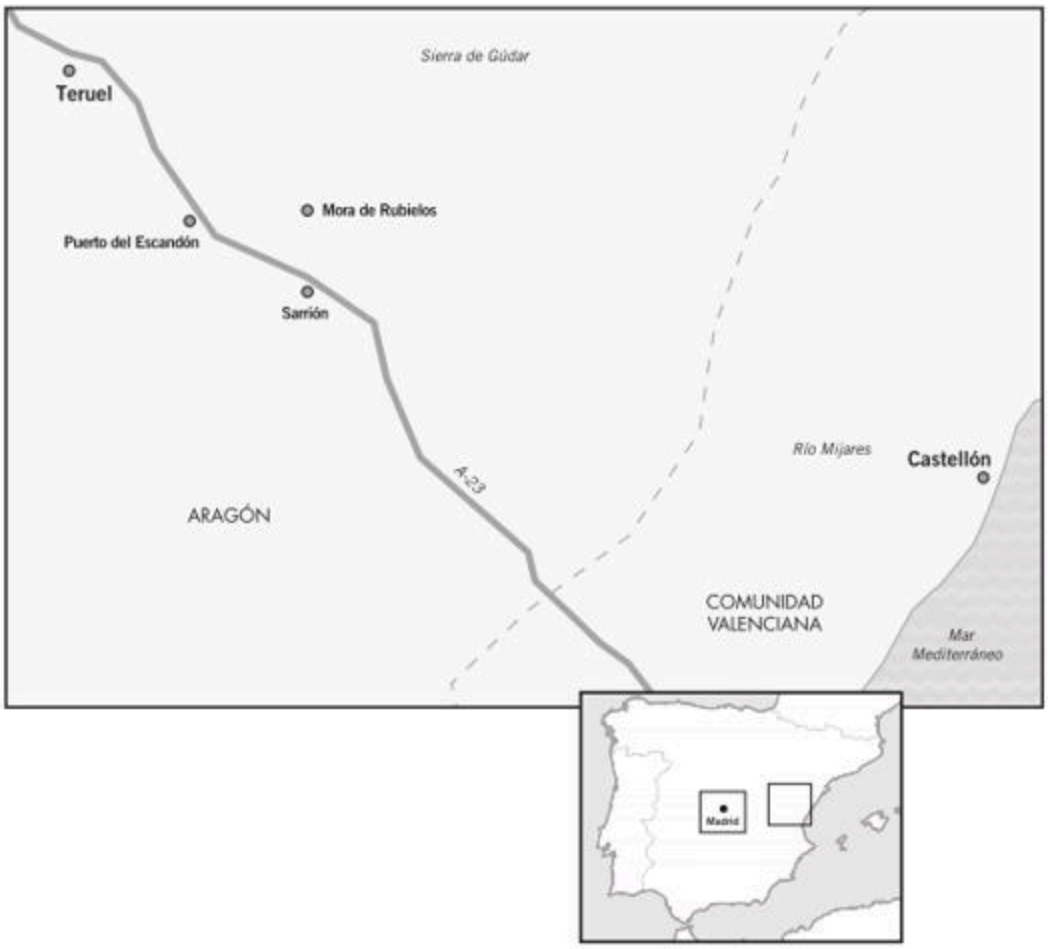
Cubierta
Los escenarios de la novela
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Agradecimientos
Misterios. Crímenes. Tensión. Estas novelas negras serán tu nueva adicción
Créditos

A mi madre.
A mi padre.
A Carlos Armero, in memoriam.
Hay naufragios. Sin embargo a veces ocurre algo
menos espectacular pero más tenso.
Hay algo que se mueve, oscuro y lento, en el agua bajo el barco;
algo que no quieres ver, pero no te queda más remedio que verlo.
Si no, ¿cuál sería la trama?
MAGGIE SMITH, *Podrías hacer de esto algo bonito*

Los escenarios

de la novelaLos escenarios de la novela



1

Se sentía frágil, pero nadie podía saberlo.

Ni su marido, ni sus padres, ni sus amigos, ni por supuesto sus compañeros de la Guardia Civil. Ella siempre había sido templada, nunca le había vacilado el pulso al apuntar con el arma a un delincuente, al encontrar un cadáver, ni se le había quebrado la voz al dar la peor de las noticias a alguien. Para Aitana, escuchar el sonido de la sierra al quebrar los huesos en las autopsias era una rutina. Desde luego, esos brutales chasquidos no eran placenteros, pero con el tiempo terminaron por resultarle indiferentes, igual que la visión de la sangre. Su pulso no se alteraba ante las vísceras desparramadas o los efectos de la brutalidad, pero ante la idea de la injusticia sí; por eso había escogido esa profesión.

Claro que tenía emociones, aunque había aprendido a dominarlas para no perjudicar un caso o para fingir simpatía cuando tenía que negociar o arrancar una confesión a un asesino. El ejercicio de la frialdad, real o fingida, era una de sus mejores capacidades. Sin embargo, todo eso había cambiado hacía cuatro meses.

La maternidad había dinamitado la persona que creía ser. Los fragmentos de su identidad, de sus capacidades y sus convicciones habían saltado por los aires y seguían cayendo a su alrededor

mientras intentaba saber quién era ahora. Toda su persona se había convertido en una mezcla volátil que ni ella misma sabía controlar.

Antes, las fotos de los desaparecidos eran el marco de una pregunta o de varias. Dónde. Quién. Por qué. Cuándo. De qué manera. Pero ahora, cuando miraba la imagen de Valentina Salas, desaparecida la noche del 7 de diciembre de 2014, con el rostro hermoso y desafiante, un mechón de color azul brillando en el flequillo de su media melena, y sus rasgados ojos verdes, solo podía pensar en que, una vez, esa joven de diecinueve años fue un bebé desvalido, que acumuló todas las promesas del mundo sobre su futuro; y que su falta convertía en un infierno los días, las horas, los minutos y los segundos de la existencia de sus padres. Pensaba en su propia hija y no podía soportar la idea de asomarse a la cuna y que estuviera vacía. Al mismo tiempo, la noción de que, en cada momento de lo que le quedase de vida, tendría que saber dónde estaba su hija, con quién y qué estaba haciendo le resultaba una carga mental agotadora. ¿Quizá no estaba hecha para ser madre? Esa pregunta la sobresaltaba de noche, mientras contemplaba a la bebé como si se tratase de un enigma, y aunque no podía verbalizarla con nadie, volvía a ella una y otra vez.

—En este trabajo, tener empatía es bueno. Tener demasiada es nefasto —solía decir su padre, que también había sido guardia civil.

Solo ahora alcanzaba a entender el significado de aquellas palabras. Sabía que tanta emotividad podría perjudicar su rendimiento, y que, si su nuevo compañero, el sargento Rafael Roca, la percibía, quizá tendría problemas.

Pero ahora los dos estaban yendo a Sarrión, el lugar en el que vivía la familia de Valentina y donde la chica había desaparecido, y

ya no había vuelta atrás. Aitana iba conduciendo su propio coche, un Volkswagen Golf gris metalizado de 2004. Había convenido con el capitán Contreras, que coordinaba la investigación desde la sede de la uco en Madrid, que ella llevaría su propio vehículo para mayor discreción y que le pagarían el combustible. La noche los engullía según se adentraban en la provincia de Teruel. Sorprendidos por la cruda luz de los faros, los árboles a ambos lados de la carretera conformaban un tapiz móvil y fantasmagórico.

—Gire a la derecha —indicó el navegador.

—A veces me pregunto cómo llegábamos a todas partes sin los navegadores —dijo el sargento Roca—. Te hace pensar en si la tecnología nos ayuda o si nos convierte en incapaces.

Más allá de un vago asentimiento, ella no dijo nada. Habían salido de Madrid hacía tres horas, y él se había mostrado nervioso, impaciente por desplegar una solvente conversación superficial. Algo en lo que ella no pensaba entrar. Había descubierto hacía tiempo que el silencio intimidaba a la gente, incluso a los que, como ella, no querían hablar por hablar y aborrecían las conversaciones de ascensor. Además, mantenerse callada en los momentos adecuados era garantía de tranquilidad mental. Si iban a trabajar juntos, era mejor abortar la obligación mutua de sostener un parloteo incesante durante horas. No tenía ganas de tener otra conversación más sobre lo ocurrido el 9-N, sobre si la consulta catalana había sido legítima y sobre el papel que debía jugar la Guardia Civil en aquel embrollo político. Su trabajo como investigadora no tenía nada que ver con eso y, al contrario de lo que les sucedía a muchos de sus compañeros, no sentía que el desafío secesionista la apelase directamente. El sargento Rafael Roca se había ofrecido para

relevarla al volante, pero ella, aunque valoró su amabilidad, declinó su propuesta. Quería mantenerse concentrada en el camino, y analizar lo que sabía del caso.

Era el primero desde que había finalizado la baja maternal. Aunque solo hubieran transcurrido cuatro meses desde el nacimiento de su hija, se sentía balbuciente e insegura. Cuanto más se alejaba de la cuna de su niña, más vulnerable se sentía.

—Supongo que habrá tenido tiempo de examinar la documentación, Roca —dijo ella, esperando poner su mente al servicio del trabajo y poder salir del bucle de culpabilidad y pena en el que se encontraba. Por supuesto, Aitana también la había leído, pero quería ponerlo a prueba.

Roca era joven, veintinueve años, casi diez menos que ella, y, sin embargo, aunque no fueran tantos, lo que había vivido en ese intervalo de tiempo a la teniente le resultaba una eternidad. Ya no se acordaba de cómo era vivir sin marido, sin cargas familiares, sin compartir una cuenta en el banco, y por supuesto sin bebé o proyecto de. Rafael Roca era inteligente y algo deslenguado y, como había empezado a notar durante el viaje, estaba dotado de un sentido del humor algo peculiar. Tenía el pelo castaño oscuro corto, un rostro ovalado que terminaba en un mentón prominente y cuadrado, una nariz un tanto aguileña y unos ojos que a veces parecían azules, y otras, verdes, según la luz. Aitana pensó que utilizaría su físico (objetivamente atractivo) y su carácter extrovertido para seducir a muchas chicas sin esforzarse demasiado, y eso hizo que le cayera regular. Además, por muy simpático y cercano que fuera, Aitana no quería suprimir de un plumazo la jerarquía y la distancia entre ambos. Bastante le había costado que

la tomaran en serio. La Guardia Civil, a pesar de su modernización, era un mundo de hombres.

—Claro, mi teniente. Lo más llamativo de este pueblo es que hay muchas personas que se dedican al cultivo de la trufa, como la familia de la chica, los Guzmán. No hay datos de cuánto dinero generan esas explotaciones. Pero si un kilo de trufa cuesta ochocientos euros el kilo mínimo… y, de media, cada finca saca algo menos de una tonelada anual…, pues haga cuentas, mi teniente.

—Aitana. Llámame Aitana —pidió con sequedad—. Y trátame de tú, haz el favor —dijo. En vez de tomarlo como una señal de respeto, que la trataran de usted o la llamaran señora le hacía sentirse mayor.

—Como quieras, Aitana. Pero mueven una animalada de dinero. Sin contar el trufiturismo, claro —contestó Rafael.

—¿Trufiturismo? —preguntó.

—Alrededor del negocio hay muchas actividades. Por supuesto están los restaurantes, pero también hoteles, viajes temáticos, talleres, conferencias… La feria anual de la trufa a la que acudió Valentina justo antes de desaparecer, Fitruf, es muy famosa. Viene gente de todo el mundo, acuden cocineros, comerciantes, prensa especializada… Y cada año mueve más dinero que el anterior.

—¿Tan conocida es? ¿Tú la conocías antes? —preguntó Aitana.

—Bueno, no. Pero ahora sé un montón de cosas que me he aprendido del negocio —admitió Rafael, intentando parecer modesto sin conseguirlo.

—Valentina desapareció la última noche de la feria, el domingo 7 de diciembre —recordó Aitana.

—Sí, y eso es malo. Normalmente en Sarrión viven unos mil cien habitantes, pero en esas fechas, muchos más —replicó él.

—Recuérdame lo que sabemos de la noche de la desaparición.

—Valentina Salas estaba en la feria, no porque le gustara ni por acompañar a sus padres, sino porque había pedido permiso para grabar imágenes en el evento; había alquilado un equipo profesional en Teruel.

Aitana pisó el acelerador con cierta brusquedad, lo que interrumpió el discurso de Roca.

—Sigue, por favor.

—La chica estudia Cine en Madrid, y por lo visto suele encargarse de hacer los vídeos de la feria para subir al canal de la empresa de sus padres. Estaba aquí para eso, y para pasar unos días con la familia, pensaba volver después del puente de la Constitución. Su abuelo Camilo, que estuvo con ella la noche que desapareció, es agricultor y, por mis cálculos, uno de los hombres más ricos de Teruel.

—¿Camilo? —preguntó Aitana.

—Sí, Camilo Guzmán. La recogió al acabar la feria en una furgoneta de la familia, fueron a devolver las cámaras a la empresa donde las alquilaron, en Teruel, y al regresar la dejó en la zona de bares del pueblo, cree recordar que sobre las once de la noche. Está bastante seguro de que su nieta le dijo que había quedado con una amiga. Nunca llegó a casa —concluyó Rafael.

—Entonces su abuelo fue el último en verla con vida.

El sargento la miró con algo lejanamente parecido al reproche.

—Puede que siga viva —alegó.

—Por supuesto, solo es una forma de hablar. ¿Y su teléfono móvil? —preguntó Aitana.

—No lo hemos encontrado, y además ha dejado de emitir señal desde la noche de la desaparición, la última vez fue en el recinto ferial. Mi teoría es que se le acabó la batería y que no ha tenido ocasión de recargarlo, si ha sido secuestrada, o que lo ha apagado deliberadamente, si es una huida voluntaria —dijo Rafael.

—¿Hay imágenes de cámaras? —preguntó.

—Esto no es Madrid… Por lo que me han dicho, se ve cómo sale la furgoneta del recinto ferial, pero nada más. Tendremos que revisarlo —apuntó su compañero.

Roca siguió hablando del pueblo. De cómo la comunidad vivía alrededor de las explotaciones de trufa, de las encinas, de los perros truferos y del restaurante Quercus, situado en las afueras del pueblo, que, con una estrella Michelin, había basado la historia de su lento ascenso en la experimentación gastronómica con el hongo.

Explicó además que había otras empresas alrededor del cultivo: envasadoras y, cómo no, aquellas que convertían la trufa en todo tipo de productos, desde láminas del hongo conservadas para su consumo, a los inevitables aceites, cremas cosméticas y champús.

—La trufa de invierno, la más valorada, se recoge de los primeros fríos de diciembre a los últimos días de marzo —dijo.

Y Aitana pensó que, con tantos datos, quería impresionarla, quizá era la primera gran investigación en la que participaba como apoyo del investigador principal. Su sospecha se vio confirmada cuando Roca le explicó con todo detalle cómo los perros husmeaban el terreno y rascaban con la pata para que el agricultor levantara la tierra con su cuchillo trufero. Aitana asentía sin mirarlo, la vista fija

en la carretera, y de vez en cuando lanzaba alguna observación para no parecer ausente del todo. En realidad, estaba pensando si Daniela se habría dormido ya, y si su marido habría recordado ponerse el despertador para asegurarse de que tomaba un biberón cada cuatro horas. Se dio cuenta de que haría mejor escuchando al sargento y concentrándose en los hechos del caso que añorando a su hija y sintiéndose mal por haberse alejado de ella. Siempre había tenido claro que aspiraba a tener una familia y una profesión, sin renunciar a ninguno de sus deseos, pero ahora no sabía cómo esas dos facetas iban a convivir. Se preguntó si esa sensación de culpa la acompañaría cada vez que se desplazara para asumir una investigación y si podría soportarlo.

Era el 19 de diciembre y ráfagas de viento zarandeaban el coche mientras recortaban kilómetros hasta su destino. Una capa de vaho se había formado sobre las ventanas, y los faros antiniebla señalaban el camino en la oscuridad. Se acercaban ya al puesto de mando de Teruel.

2

Ya había oscurecido cuando Aitana y Rafael se internaron por los arcos neomudéjares del majestuoso cuartel de Teruel. Atravesaron el patio de piedra, desierto a esas horas. El viento apenas les permitía oír el eco de sus pasos. Tras acreditarse en la garita del acceso principal, acudió a recibirlos el teniente coronel Séptimo Vidal, el jefe de la Comandancia. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, dotado de una complexión fuerte y un pelo entrecano que parecía un casco de motorista. Su mirada era serena, pero también seria y algo impenetrable.

Les dio la bienvenida y los guio a través del cuartel. La enorme planta cuadrada, con el patio empedrado en el medio, infundía un aura palaciega al complejo. Allí, habían colocado un árbol de Navidad con unas sencillas luces blancas y un belén con figuras casi a tamaño real. Antes de acceder, Vidal saludó a un guardia en la entrada que hacía esfuerzos por no delatar que se estaba pelando de frío. Se escuchaba una radio de fondo, con los inexcusables villancicos. Aitana había crecido en un cuartel junto a su hermano Jacobo, y recordaba la quietud de las noches y el bullicio de las mañanas, lo temprano que empezaban a oírse los toques de corneta, las marchas, el arranque de los vehículos y las órdenes de los oficiales. A diferencia del esmerado exterior, el interior era tan

funcional y poco estético como el resto de los cuarteles de España. Pasaron ante el mostrador de atención al ciudadano y enfilaron un pasillo del que partían varias estancias. El teniente coronel los condujo a la sala de comunicaciones, donde se manejaba toda la información; a esas horas, en la estancia repleta de ordenadores, teléfonos y monitores, solo había una mujer y un hombre jóvenes, los dos de veintipocos años. Estaban sentados frente a unos ordenadores, pero al verlos se pusieron de pie y los saludaron. Ella era morena, con una sonrisa confiada y amable, y unos grandes ojos negros; él también tenía el pelo oscuro, y era alto y delgado, pálido y algo desgarbado.

—Les presento a la cabo Teresa Rico y al guardia Adrián Montero. Se trasladarán con ustedes al puesto de Sarrión y formarán parte del operativo. Podrán contar con ellos para lo que necesiten —anunció Vidal, y después se dirigió ceremoniosamente a los jóvenes—: Aitana Cobos, teniente de la uco, y su compañero, el sargento Rafael Roca.

El semblante de los agentes de Sarrión oscilaba entre la admiración y el entusiasmo. La llegada de la uco, a la que pertenecían Rafael y ella, a cualquier cuartel, suscitaba todo tipo de reacciones. Había quienes se alegraban de recibir al cuerpo de élite de la Guardia Civil y quienes se lo tomaban como una afrenta personal, como un cuestionamiento a su esforzada labor.

Por la expresión de la cara de Teresa y Adrián, era evidente que pertenecían al primer grupo, lo que alegró a Aitana. Séptimo dio por zanjada la presentación y les pidió a Aitana y a Roca que lo siguieran hasta su despacho.

Era una sala amplia e impersonal, con suelos de formica, muebles de contrachapado en tono abedul y un ordenador de sobremesa con

bastantes años. El teniente coronel tomó asiento tras el escritorio. A sus espaldas, en el centro de la pared, colgaba un reluciente retrato de Felipe VI. En aquel entorno de aspecto caduco, su imagen pulcra y su reinado parecían lo único verdaderamente nuevo.

En su mesa, como único detalle singular, tenía una foto enmarcada en la que aparecía estrechando la mano del rey emérito, y una foto en la que posaba, sonriente y relajado, junto a una mujer joven con un bebé en la Expo 92. No había polvo, todo estaba limpio, incluso el suelo emanaba un cierto aroma a lejía; pero aun así, Aitana podía sentirlo flotando en el aire. Aitana y Rafael se sentaron en sendas sillas frente a su mesa, aunque había otra vacía. En ese momento, entró en el despacho un hombre de unos treinta años, vestido con traje y sin corbata, con una mata de pelo rubio despeinado, consultando un teléfono móvil de última generación, más costoso que cualquier ordenador que hubiera en el cuartel. Aitana ya sabía quién era: el juez Cámara. A pesar de su juventud ya se habían encontrado en más ocasiones. Conocía a los de su tipo: jóvenes malcriados, nacidos en las clases altas, amamantados en el poder y alejados por completo de los pobres mortales sobre cuyos destinos decidían. Aunque era un pijo recalcitrante, Cámara era sorprendentemente riguroso y legalista, y difícil de convencer a la hora de autorizar medidas restrictivas de libertad, como escuchas o registros. En un mundo perfecto, Aitana los prefería así, pues ella también era fiel a las reglas. En el mundo de las presiones, las prisas, la inmediatez y el acoso de la prensa, sin embargo, prefería a jugadores más prácticos.

Al reconocerla, el juez le dedicó una mirada de complacida sorpresa, y estrechó las manos de ambos con una sonrisa

deslumbrante. Aitana detectó además un perfume caro, como a madera y sándalo, que le inspiró un leve rechazo, y recordó la impresión inicial que le causó al conocerlo hacía tres años en un caso de violencia de género: todo lo que tenía de listo lo tenía de presumido.

—Felicidades, teniente. Sé que ha sido madre —dijo, convencido de que esas palabras lo harían quedar de maravilla.

Aitana contestó con una elusiva sonrisa. Tanto Vidal como el juez parecieron sorprenderse de que no hablase de su reciente maternidad, ni de su bebé, ni de nada; en cuanto a su compañero, sonrió cortés ante la novedad; Aitana se percató de que tampoco se lo había contado.

—¿Empezamos? —preguntó Aitana, y el juez se sentó en la silla vacante frente al teniente coronel.

—Supongo que está al corriente de la información del caso, teniente —conjeturó el juez.

—De la básica sí. Bueno, quizá algo más. El sargento Roca es un gran conocedor del cultivo de la trufa y del pueblo de Sarrión —comentó Aitana, con cierto deje irónico que pasó desapercibido para todos menos para su compañero, que se removió incómodo en su asiento.

—Pero por supuesto nos gustaría conocer sus impresiones. Hemos leído las diligencias, pero no hemos tenido tiempo de estudiarlas en detalle. ¿Seguro que nos han mandado todo lo que tenían? Me ha parecido que faltaban bastantes actuaciones por hacer —continuó Aitana.

Vidal carraspeó, sin atreverse a protestar, pero manifestando levemente su desánimo.

—¿Hay algún problema? —preguntó Cámara.

Vidal explicó que en los últimos días había hablado con el responsable del puesto de Sarrión. No solo para recabar la documentación, sino también para informarse del caso y de las características particulares de la localidad. Les explicó que Sarrión era pequeño, y que los guardias civiles del puesto estaban muy integrados en la vida del pueblo, por lo que los interrogatorios iniciales, practicados hacía dos semanas, podían verse condicionados, ya que existían lazos de amistad, de parentesco y laborales entre sus familias y los vecinos, y quizá no fueran todo lo exhaustivos que cabría esperar. Añadió que personalmente no tenía ningún problema en ordenar repetirlos, si los consideraban incompletos.

—En Sarrión, todos se conocen, y unas pocas familias dan de comer al resto —concluyó Vidal.

El juez arqueó las cejas ante esa ligera autocrítica.

—Por favor, repasemos los hechos —pidió.

El teniente coronel se aclaró la voz y contó lo que sabía.

—Valentina Salas desapareció el 7 de diciembre por la noche. No tenemos, hoy por hoy, ninguna pista que indique que se trate de una desaparición voluntaria, aunque tampoco podríamos descartarlo. La chica vive en Madrid y, por lo que sabemos, tiene una relación difícil con sus padres, en especial con su padre, y no le gusta mucho el pueblo —comenzó Vidal.

—¿Alguna novedad sobre su teléfono? —preguntó Aitana.

—Seguimos sin encontrarlo. Está apagado desde la noche de su desaparición —respondió Vidal.

—He autorizado la petición de datos a la operadora —informó el juez—, llamadas emitidas y recibidas, intentos de conexión, datos móviles y geolocalización… Todo eso. Por supuesto, tenemos la batalla de siempre con los wasaps —se quejó.

—Sí, esa aplicación da muy poca información, y lo hace con una lentitud insoportable —dijo Roca.

—¿Barajan motivos personales o de otro tipo? —inquirió Aitana.

—Bien podría ser un secuestro. La familia Guzmán es una de las más ricas del pueblo —alegó Vidal—. Claro que entonces, es extraño que no los hayan contactado todavía.

Y era extraño. Pero Aitana no dijo lo que pensaba. Tenía un mal presentimiento. Había vivido situaciones parecidas. Familias adineradas, desapariciones inexplicables. Secuestros que salían mal, un pueblo entero que se echaba a los montes, que empapelaba las zonas aledañas con la cara de la desaparecida, que suspendía la rutina y respiraba, como un único ser, a la vez, por la herida… cuando la chica estaba muerta desde el día uno, con frecuencia bajo tierra, flotando en lo más hondo de un pozo o en una fosa séptica, desintegrándose poco a poco en una cuneta, ajena al ajetreo, a los llantos, a la energía y a la ira que rebullían en la superficie. Un forcejeo indebido, una violencia excesiva, y el botín inmediatamente se convertía en un lastre.

El juez se levantó, estirándose como un gato. Aitana pensó que, para haber pasado tantos años en la universidad privada, sus modales eran bastante mejorables. Cámara dijo que su mujer lo esperaba, que también tenía un hijo pequeño en casa, y se despidió de los guardias civiles.

Vidal presentó a Aitana y a Roca a algunos agentes más, y pidió a los dos jóvenes del operativo, Montero y Rico, que los acompañaran al pueblo, y también a su hotel, donde los cuatro se alojarían.

3

A esas horas de la noche no había mucho tráfico en la autovía Mudéjar, que conectaba los treinta y siete kilómetros que separaban Teruel de Sarrión. Aitana iba al volante, Roca, de copiloto, y seguían al vehículo de la Benemérita en el que viajaban los jóvenes Rico y Montero. El intenso viento y las intermitentes ráfagas de lluvia y granizo la hacían permanecer en tensión al volante. Se sentía observada por Roca. En el horizonte, los rayos de una feroz tormenta que estallaba en la distancia dibujaron el perfil de la sierra de Javalambre en la oscuridad. El trueno tardó un instante en oírse, y sobresaltó a su compañero. La autovía atravesaba un paisaje oscuro de monte bajo, campos abiertos y manchas de encinas y pinos que, bajo la luz mortecina de los faros, parecía la superficie de un planeta inexplorado. Había tenido prisa en volver a conducir, pero lo hacía con inseguridad, asaltada continuamente por pensamientos intrusivos. La psicóloga había dicho que todo esto era normal, pero había una pregunta que no había sabido responder: cuándo volvería a ser la de antes.

La voz del gps interrumpió sus pensamientos para dirigirla al desvío que debía tomar para acceder a Sarrión, por donde ya se había internado el vehículo que los precedía. Pocos minutos después llegaron al puesto de mando del pueblo, que no estaba lejos del

centro; era un sencillo edificio de piedra de dos plantas, con arcos en su entrada, donde los esperaban, en la puerta del cuartel, los dos jóvenes guardias civiles, que acababan de llegar.

La cabo Rico y el guardia Montero le gustaban por su buena disposición y entusiasmo. Las tareas que habrían de afrontar como apoyo no eran demasiado atractivas; hacer seguimientos de las personas de interés de la investigación, comprobar datos, ocuparse de tareas menores como los detalles de la estancia y la logística del grupo en el pueblo. Solo el entusiasmo juvenil podría volver excitante pasarse horas dentro de un coche haciendo vigilancia o recorrer, puerta a puerta, el pueblo de Sarrión para preguntar a todos sus vecinos. Contrastaban con la disposición de otro hombre que había salido a recibirlos: el cabo primero Pepe Marchena, jefe del puesto de Sarrión. A sus cuarenta y cuatro años, barbudo y calvo, era el que mandaba en el cuartel del pueblo. A simple vista, por su expresión afable, su prominente barriga y su verborrea, no se lo notaba muy preocupado por el destino de Valentina Salas.

—Encantado de recibir en este humilde cuartel a los mejores de entre nosotros —saludó con una servil sonrisa tan grotesca que podría ser tanto un halago como una burla.

El grupo entró en el cuartel. Marchena les presentó también a Fran Montes, un guardia civil de veinticuatro años. Al contrario que su superior, Montes estaba muy pendiente de su imagen. Su uniforme, alguna talla menor de lo que sería recomendable, marcaba una figura musculosa. Su corte de pelo recién hecho, al estilo *goebbelsiano* que llevaban muchos futbolistas, y la forma de rasurarse un trozo de ceja dejaban claro que pasaba mucho tiempo frente al espejo.

—Gracias, cabo. ¿Podríamos disponer de una sala? Sé que es tarde, pero me gustaría organizar las tareas para mañana con Rico y Montero.

Marchena asintió y los invitó a pasar. Los condujo a través del cuartel hasta llegar a una pequeña cantina con microondas, máquinas y una nevera, donde había una mesa en la que habían dispuesto unas raciones de jamón y lomo, unas patatas bravas y unos refrescos.

—Supuse que quizá no les dio tiempo a cenar por el camino.

—Muchas gracias, cabo —dijo Aitana.

Los cuatro se sentaron y Aitana miró a Marchena, indicándole que podía marcharse, lo que le sorprendió. En su rostro leyó que esperaba una explicación, o cuando menos una excusa, pero ella no se la dio, y el cabo saludó, se marchó y cerró la puerta tras él. Aitana dio permiso para que todos comieran algo y mientras les explicó el planteamiento inicial para los próximos días.

—Las «personas de interés» al inicio de una investigación siempre son las mismas: la familia, el novio si lo hay, que en este caso parece que no, las amistades más cercanas. Se da el caso de que, como Valentina vive en Madrid, solo podremos hablar con parte de estas amistades. Según discurra la investigación, valoraremos hablar también con su círculo de la capital.

Aitana los miraba mientras ellos se lanzaban sobre las raciones. Roca la escuchaba muy atento, pero solo bebía agua, esperándola para comer, y a Aitana le resultó considerado por su parte.

—Mañana Roca y yo iremos a hablar con la familia y a escuchar su versión —explicó Aitana.

—¿Y nosotros? —preguntó Rico.

—No nos interesa que la familia sepa qué cara tenéis. Al menos de momento. Porque en estos días sobre todo queremos que hagáis seguimiento…

Rico y Montero asintieron.

—Hemos pensado en vestirnos de turistas para la ocasión —dijo Teresa.

Aitana tuvo que preguntarle a qué se refería.

—Ya que vamos a estar rondando por un pueblo tan pequeño, hemos pensado en hacernos pasar por una pareja interesada en el trufiturismo —respondió la joven.

A Roca no le pareció una gran estrategia.

—Justo después de la feria no hay tantas actividades —apuntó—, a lo mejor llamáis la atención.

—Bueno, turismo gastronómico —apostilló Montero—. Muchos restaurantes ofrecen menús y catas de varios platos y productos relacionados con…

—Haced lo que queráis, pero no os dejéis ver mucho. Me parece bien que no vayáis alardeando de ser guardias civiles, pero tampoco os montéis películas. Al fin y al cabo lo que vais a hacer es pasar muchas horas en un coche, ya sea parado o en movimiento —espetó Aitana.

Los dos jóvenes se quedaron un poco chafados.

Aitana les dijo que los llamaría para darles más instrucciones. También los invitó a familiarizarse con el pueblo, siempre con discreción. Los jóvenes acataron, se despidieron y se marcharon.

—Menudo baño de realidad les has dado —lanzó Roca.

—No tengo la culpa de que vean tantas series de polis —se justificó con frialdad.

Rafael empujó el plato de jamón hacia ella, y tomó una rodaja de lomo.

—Casi nos dejan sin nada.

Aitana sintió un extraño pudor por comer frente a él. Pero alargó la mano y también alcanzó un poco de jamón y lo masticó en silencio. Estaba muerta de hambre y malhumorada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roca.

Aitana lo miró mientras bebía agua.

—¿A qué hora hemos quedado con la familia? —quiso saber.

—Por la mañana, a las diez y media.

—Creo que por hoy ya está bien, Roca. Yo que tú descansaría, o seguiría haciendo acopio de conocimientos. Ser un erudito de la trufa no debe de ser fácil.

Lo notó algo sorprendido. Aitana deseó que no fuera uno de esos hombres que creen, por una mezcla de herencia genética o costumbre cultural, que las mujeres no tienen sentido del humor.

Una vez salió de su asombro, de él brotó una carcajada sincera. Aitana sonrió comedida. A veces los sarcasmos le salían sin pensar. Se alegró de que Roca tuviera capacidad de encajar una broma, pero después recompuso su seriedad. Él sonrió, recogió los platos vacíos y dejó su vaso en el fregadero.

—¿Vamos al hotel? —preguntó con cautela.

Aitana le pidió que se adelantara, ella tenía que llamar al capitán Contreras para darle parte de la llegada y de sus primeras actuaciones.

Roca asintió, algo incómodo. Le dedicó una educada sonrisa y se marchó. Aitana se dio cuenta de que quizá había sido cortante. Tampoco le importó demasiado. Le había mentido. Eran casi las

once, no pensaba hacer ninguna llamada. Simplemente estaba harta de estar con gente y quería un poco de silencio y soledad.

El hotel resultó ser un hostal de dos estrellas, pero con cierto encanto. Se llamaba Mediavilla y era un edificio típico del pueblo, pero reformado, con dos plantas, un restaurante-cafetería en la planta baja y un aparcamiento en el exterior, rodeado por un murete de piedra. Dejó su coche allí y aterida fue a registrarse en el mostrador. Poco después llegó a la habitación. Introdujo la tarjeta y con un chasquido eléctrico se iluminó. No era un goce para los sentidos, pero tenía unos veinte metros cuadrados, un brillante suelo cerámico, un armario encastrado en una pared, una cama grande, abundantes almohadas, una mesilla de noche a cada lado con dos pequeñas lámparas, una televisión suspendida de la pared y una ventana que daba al tejado de la iglesia de San Pedro, la más grande del pueblo; una puerta de madera antigua lijada y barnizada la comunicaba con el baño, con una triste ducha a ras de suelo, una pila y un aseo. Arrastró al interior su baqueteada maleta de cabina verde musgo que en tantos casos la había acompañado. Se asustó al verse en un espejo que no había advertido, situado frente a la cama. Le costó reconocerse, era la viva imagen del cansancio. Su larga melena, despeinada y sin brillo, desgreñada por el largo viaje; las prominentes ojeras debajo de los ojos verdes, e incluso algunas manchas solares que asomaban al haber transcurrido varias horas desde haberse aplicado el maquillaje. Pecas, arrugas, también algún grano, ¿cómo era posible tener granos y arrugas a la vez? ¿Cómo era posible ser sargento de la uco, madre y tener treinta y ocho años

y una cara en la que convivían todos esos elementos? Sus labios se inclinaron tenuemente hacia abajo, en señal de protesta por aquel físico sorprendente con el que no se identificaba. Por no hablar del peso que había ganado. Había asumido que iba a tardar un tiempo indeterminado en recuperar el cuerpo que tenía antes del embarazo, y por ello se había acostumbrado a llevar vaqueros elásticos y jerséis sueltos con camisa debajo para tapar la grasa residual en su abdomen, acompañados de botas de cuero negro de caña alta o deportivas blancas. Los tacones, por descontado, los había desterrado, pero no solo de aquella maleta, también de su vida. No se veía guapa o deseable (¿volvería a tener un aspecto atractivo alguna vez?), pero al menos lograba disimular el vientre, que aún seguía algo descolgado, así como el aumento de volumen en sus piernas y tronco. En esa maleta llevaba varias combinaciones de las mismas prendas, el mismo modelo en varios colores neutros.

Antes, gracias a su cuerpo atlético, su rostro simétrico y su larga melena casi cualquier prenda le favorecía. Pero ahora le costaba reconocerse; antes estaba cómoda con su aspecto, ahora era algo cuyo impacto rehuía, literalmente, como un vampiro que se aleja de los espejos.

Sacó el ordenador portátil, la ropa, los útiles de aseo, el reloj despertador, antiguo y analógico, la taza de *Checkpoint Charlie* que había comprado en Berlín hacía por lo menos diez años, en el primer viaje que hizo con Mauro, y su cuaderno, donde apuntaba todo aquello que creía importante tener a mano, para hacer sus conjeturas. Sacó también el pijama, tenía dos pares iguales, de algodón, azul celeste, y las zapatillas de andar por casa, desgastadas por el uso. Al igual que la desvencijada maleta, siempre llevaba

consigo aquellos objetos cuando trabajaba fuera, le hacían más fácil creer que lo que vivía lejos de casa también podía ser una rutina. La tranquilizaba esa pequeña galaxia de objetos cotidianos.

Miró el teléfono. Quería llamar y al mismo tiempo temía hacerlo. Esa era su vida desde que había nacido la niña: no deseaba estar en casa, pero alejarse le estaba provocando un agudo dolor, una intensa sensación de desasosiego y culpabilidad. No se sentía bien en ninguna parte.

—Hola —saludó con cautela.

—¿Ya has llegado? —respondió Mauro. Con esas tres palabras ella ya había captado que se sentía molesto por su ausencia, aunque cuando se lo planteó por primera vez, él fue quien la animó a cumplir con sus obligaciones y asumir el caso, aunque implicara alejarse de su hija de pocos meses.

—Sí. ¿Cómo está Daniela?

—Con fiebre.

Se imaginó a su hija con la carita roja y retorciéndose en busca de su abrazo y sintió dolor físico al no estar allí.

—¿Cuánta? ¿Le estás dando Apiretal?

—Ahora 38,5.

—Pero ¿está bajando?

Hubo una pausa en la que imaginó a su marido poniendo cara de mártir frente a la cuna, como si quisiera paladear el golpe de efecto.

—Con la medicina sí, más despacio de lo que me gustaría, pero sí. Hace un rato tenía treinta y nueve. La he llevado al pediatra, la auscultó y no encontró nada preocupante, solo tiene inflamadas las vías altas. Me ha dicho que siga con el paracetamol y que si no le baja en un par de días, volvamos.

Aitana respiró, intentando expulsar la presión que se había instalado en su pecho, pero no sirvió de mucho. ¿Se había equivocado al aceptar el caso? ¿Quizá debería haber buscado una forma de prolongar la baja?

—Bueno, cuéntame —dijo su marido, con un interés más fingido que real.

Aitana le habló brevemente del pueblo, del puesto, del hostal, de lo que harían al día siguiente, de su compañero nuevo…, pero en realidad lo que quería lograr era algo de amabilidad por su parte, de confianza, arrinconar el tono de reproche de sus palabras. Mauro por fin suavizó la conversación, y ella le pidió que le mandara fotos de la niña, poco después, colgó.

Contempló la habitación vacía. La impersonal disposición de la cama, el televisor apagado y, como pequeños puntos de apoyo, los objetos que traía consigo. Casi todo en aquel lugar parecía gritar que ella no debería estar allí en ese momento, que estaba faltando a una obligación mucho más importante; tan solo unos meses atrás, el corazón de su hija latía en su interior, y ahora iba a pasar muchos días sin verla.

Decidió apartar esos pensamientos de su mente. Adivinó que tendría mucho tiempo para sentirse mal, así que se puso a leer con detenimiento las diligencias, las transcripciones de los interrogatorios, la reconstrucción de las horas previas a la desaparición de Valentina Salas hecha por el equipo del teniente coronel Vidal. Todo indicaba que, como había insinuado el sargento, no habían sido demasiado exhaustivos.

La propia Valentina resultaba una incógnita para sus padres, y especialmente desde que se había trasladado a Madrid a estudiar. Ni

sus padres, Antonio Salas y Julia Guzmán, ni su abuelo Camilo sabían decir si tenía amigos o enemigos en el pueblo, aparte de Inés, a quien conocía desde la infancia; tampoco sabían de ningún conflicto. Al parecer, la chica se había vuelto muy reservada, y cuando regresaba por vacaciones, aunque le gustase pasar tiempo en la finca con su familia, disfrutaba al montar su motocicleta y salir por ahí a divertirse, pero sin dar explicaciones. No había contradicciones en el relato de padres y abuelo. Como había anunciado Roca, Camilo había sido el último en verla el día de su desaparición, al dejarla en la zona de bares de Sarrión tras entregar las cámaras en el almacén en Teruel. Valentina dijo que había quedado con su amiga Inés allí, pero no llegaron a verse, y nadie había sabido más de ella.

Hizo una rápida búsqueda en Internet sobre la familia Guzmán. No le costó mucho dar con ellos. Había varias imágenes de Antonio Salas y Julia Guzmán, un matrimonio que rondaba los cincuenta, en el *photocall* de Fitruf, el festival de la trufa, en las ediciones inmediatamente anteriores. También aparecía el abuelo de Valentina, Camilo, a quien calculó unos setenta y muchos años, con su hija Julia y con su yerno Antonio. Encontró otra foto de la familia en la que aparecía el abuelo, con su hija, el marido de esta y sus hijos; Valentina, algunos años más joven en la imagen; y otro chico rubio, de aire despierto y con gafas, algo mayor que ella, que debía de ser su hermano Jaime, a quien había visto por televisión, liderando una de las primeras batidas que se hicieron en el campo tras su desaparición. En otra foto, aparecía Julia con un tal Ricardo Guzmán, se parecían. Aitana miró y remiró las transcripciones, las fotos… No

había ninguna información de él, pero obviamente era familia, de la edad de Julia, casi con toda seguridad un hermano, quizá un primo.

¿Por qué nadie le había hablado de su existencia?

Descargó varias fotos de los Guzmán, y cuando estaba tentada de llamar a Roca para hablarle de la existencia del hermano de Julia, oyó el pitido del WhatsApp.

Una foto de su hija dormida le hizo sentir una oleada simultánea de ternura y malestar. Puso la tele y se dejó arrullar por el canal 24 horas para acallar todos sus pensamientos y rápidamente se durmió.

4

El camino hacia la finca de los Guzmán era de tierra. Roca iba al volante, recorriendo sin prisa el camino embarrado, plagado de charcos y socavones. Apenas eran las diez de la mañana, pero las nubes cargadas de lluvia oscurecían el ambiente. El pueblo estaba situado al pie de la sierra de Javalambre, y la casa de los Guzmán estaba en el barrio de la Escaleruela, a las afueras. Al recorrer la vieja carretera, parecía que el coche se iba adentrando más y más en la montaña.

Por si fuera poco, los cristales ahumados, la niebla y la leve cortina de agua que caía en aquel momento le impedían ver más allá de unos pocos metros. Un espeso bosque de encina y matorral flanqueaba el sendero, que a Aitana, como mujer de ciudad, le resultaba algo realmente hermoso; varias flores silvestres formaban diminutos puntos de color, desleídos a través del agua que se deslizaba por las ventanas. Pensó en las entrevistas con Julia Guzmán, la madre de la chica, que había leído esa mañana en Internet. Aparentaba ser una empresaria modélica, que figuraba todos los años en las listas de las mejor valoradas de la comarca. En las fotos aparecía siempre sonriente, con un traje de chaqueta y una melena negra bien cuidada por los hombros. Era una mujer bonita, de ojos grandes y nariz pequeña pero proporcionada.

Aitana puso al día a Roca de la presencia de Ricardo Guzmán, el familiar misterioso de la chica que no figuraba en la documentación del caso. Se había tenido que remontar en el tiempo hasta encontrarse con él en un reportaje de la feria celebrada cinco años atrás. Sería uno de los temas interesantes a abordar con la familia.

—Yo también tengo algo que contarte —declaró él, y acto seguido Aitana se asustó con un repentino y brusco frenazo que infligió un latigazo en diagonal del cinturón de seguridad contra su pecho, seguido de un escandaloso chirrido de neumáticos.

En ese momento vio pasar a una liebre por delante de ellos, que recorrió unos metros más el asfalto, y desapareció entre la vegetación.

—Perdona —se disculpó él.

Aitana pensó que había algo atractivo en esa forma de controlar el coche con tanta decisión y firmeza. Se pusieron en marcha de nuevo.

—He hecho algunas averiguaciones, jefa. ¿Prefieres jefa o Aitana? —preguntó Roca.

Ella le dio a entender con un gesto que los dos apelativos le parecían bien.

—He preguntado a los del puesto y me han dicho que el hermano de Camilo, Salvador, tiene una discapacidad —apuntó Roca.

—¿Qué clase de discapacidad?

Roca tardó unos segundos en escoger la respuesta.

—No lo sé, en los pueblos no son muy delicados con esos asuntos, pero lo único que me ha quedado claro es que no habla.

Llegaron a la entrada de la finca, marcada por una placa de cerámica que rezaba «La Sombra». Una sólida puerta de madera se

alzaba encajada en un tosco muro de ladrillo. Roca estiró el brazo para pulsar el timbre y, al instante, la hoja se abrió con un zumbido eléctrico, permitiendo que el coche avanzara hacia el interior.

Dentro de la finca, el bosque dejaba paso a terrenos cultivados, donde las encinas se distribuían de manera más uniforme. A lo lejos, una imponente casona de tres plantas, con tejado a dos aguas, de estilo rural y encalada en blanco. A su derecha destacaba una gran carpa rectangular de lona blanca.

Aitana esperó a que alguien saliera a recibirlos desde la casa, pero no había rastro de movimiento.

Oyó un ruido a su espalda y de repente algo se posó en su chaqueta verde, asustándola: era un perro, un podenco de color caramelo, adulto, en buena forma, con una expresión dulce y astuta en los ojos.

—Escarcha, deja a la señora —ordenó una voz grave y cavernosa.

Roca y Cobos miraron al hombre corpulento que avanzaba hacia ellos. Iba vestido con vaqueros y un impermeable deportivo; unas recias botas de plástico marrón dejaban su rastro impreso en la tierra húmeda. No sonreía; su rostro era granítico e inexpresivo. Sus muchas arrugas contradecían el vigor de sus pasos y la potencia de su voz. Tenía una mata de pelo gris que sobresalía de una boina tradicional. Solo el *smartwatch* en su muñeca lo hacía parecer un ciudadano de su tiempo. Aitana le calculó setenta y muchos años.

—Los de la Guardia Civil, supongo —dijo.

Aitana le tendió la mano, él la estrechó con fuerza, casi causándole dolor.

—Soy la teniente Aitana Cobos, de la uco. Él es el sargento Rafael Roca. Gracias por recibirnos.

—Camilo Guzmán. El abuelo de Valentina.

Roca, por suavizar la aspereza del recibimiento, hizo algunos comentarios sobre el tiempo y la belleza del paisaje, pero no logró arrancar ni una sola palabra más de la boca de don Camilo, que a lo sumo asentía con algo similar a un gruñido casi animal. Desde luego no parecía muy habituado a las cortesías comunes de la vida social. Pero para qué, pensó Aitana. Las trufas que cultivaba hacían que esos muros fueran mucho más allá del vallado metálico. Esa familia no necesitaba a nadie.

Mientras Escarcha saltaba contenta en torno a los desconocidos, Aitana observaba con discreción las cámaras de seguridad en el vallado, que apuntaban hacia el exterior e interior de la finca.

La puerta de la casa se abrió. Aitana vio varias cerraduras blindadas al entrar. Se notaba que era una antigua vivienda reformada con las mejores calidades disponibles. Camilo avanzó por el zaguán, con el suelo cerámico, las paredes encaladas en blanco y cubiertas hasta media altura por un azulejo de color tierra. Había un viejo perchero de forja donde colgó su impermeable. Camilo empujó la puerta de vidrio, rematada por un vistoso tirador de madera, y entró en un salón amplio: muros de piedra, vigas de roble que sostenían el techo y un hogar donde crepitaba el fuego. Frente a la lumbre había un gran *chaise longue* de color arena, en forma de L con varias piezas, una mesa baja hecha con la base del tronco pulido y barnizado de una gran encina, y más allá, al fondo, un comedor de estilo tradicional. Allí, había una escalera de madera que tenía un tramo de subida y otro de bajada, y al lado, surgía un largo pasillo que estaba a oscuras.

Julia, la madre de Valentina, apareció en el salón. A Aitana le costó reconocer a la misma mujer atractiva que había visto en las entrevistas. Sus cuarenta y cinco años parecían ahora más, y la negrura de las ojeras bajo los ojos desdibujaba su expresión, confiriéndole un aire más siniestro. El sufrimiento había hecho mella en ella. Aunque se esforzó en mostrarles una sonrisa de cortesía, en el fondo de su mirada brillaba la desesperación. Iba vestida con un chándal y llevaba el pelo descuidado y recogido con una pinza.

—Gracias por venir. Soy Julia, la madre de Valentina. Si se quieren sentar…

Por el rabillo del ojo vio que el abuelo se dio la vuelta con intención de marcharse.

—Perdone, don Camilo. Nos gustaría hablar con toda la familia, si puede ser —pidió Aitana.

El hombre asintió y se dejó caer en una raída butaca verde que contrastaba muchísimo con el conjunto. Obviamente, esa butaca era el último vestigio de un mundo que había desaparecido, y el único lugar en aquel salón donde ese hombre podía sentarse sin sentirse un mamarracho.

Vio que Roca se quedó impresionado al ver una televisión descomunal frente al sofá. Aitana no hizo comentario alguno, pero el contraste entre la sencillez de la casa campestre en su fachada y la lujosa sofisticación de su interior era sorprendente.

Después de compartir lo que sabían sobre el caso, Aitana preguntó por la relación de Valentina con sus padres y su familia. Una empleada latinoamericana, a la que Julia llamó Usnavi, vino con una bandeja con café y magdalenas.

—Espero que les gusten —dijo Usnavi—, las hacemos en casa con naranjas del pueblo.

Les sirvió café mientras Julia respiraba profundamente, como si quisiera reunir el ánimo suficiente para hablar de su hija.

—Valentina siempre fue diferente —empezó.

La madre de la chica contó que desde pequeña había sido algo solitaria; inteligente y divertida, pero soñadora y muy dada a divertirse sola, a pasear por la finca y los bosques que la rodeaban, a subirse a los árboles, a pintar, a escribir. Cuando era pequeña, decía con una sombra de melancolía en la mirada, disfrutaba estando con los perros de la finca, con los gatos… también con sus padres, y poco más. Pero eso había cambiado al llegar al instituto, en Teruel.

—Se volvió aún más independiente. Hizo algunas amigas en el instituto y se quedaba a dormir con ellas o salían de fiesta. Como siempre hemos estado preocupados por su falta de sociabilidad, no le pusimos pegas, pero lo cierto es que, desde entonces, dejó de ser nuestra niña, y a mí, que antes me lo contaba todo, ya no me cuenta casi nada. Parecía otra.

—¿Cuándo decidió Valentina que estudiaría fuera? —preguntó Aitana.

—Siempre le ha fascinado el cine. Cuando acabó la eso le planteamos varias opciones, en la empresa siempre hay trabajo y, si no fuera aquí, hay muchas opciones en el pueblo, en restaurantes, en hoteles, pero Valentina lo tenía claro: quería estudiar Cine, quería dirigir películas; estaba emperrada en irse a Madrid. A veces pienso que simplemente quería alejarse —admitió.

Un destello de resquemor asomó en sus ojos; Camilo también torció un milímetro la expresión de su boca.

—¿Cree que podría haberse marchado de manera voluntaria? —continuó Aitana, mientras Roca tomaba algunas notas en un pequeño cuaderno.

Julia tardó un segundo en responder.

—No. Si hubiéramos sido de otra forma con ella, lo entendería. Pero le damos todo lo que quiere, y con sus estudios solo pasa aquí el verano, algunos días en Semana Santa y la Navidad. ¿Para qué desaparecer aún más?

No pudo contestar a su propia pregunta, porque la tensión acumulada por fin asomó a sus ojos en forma de acceso de llanto y un profundo sollozo. Aitana le pasó un pañuelo de un paquetito que llevaba consigo. Julia se secó las lágrimas y recuperó la compostura.

—Si nos da permiso, Julia, nos gustaría ver el cuarto de su hija.

La mujer asintió con una enorme tristeza. Como si el cuerpo le pesara muchísimo, se levantó del sofá y los invitó a acompañarla. Subieron la escalera y la mujer les describió sucintamente el espacio.

—En la primera planta tenemos las habitaciones su padre y yo, también su hermano, mi padre y mi tío. En la de arriba, en la buhardilla, está la de Valentina —explicó, y cuando llegó a la última planta de la casa, casi parecía que no podía dar un paso más.

Julia empujó la puerta del cuarto de su hija. La buhardilla tenía un aire mágico: paredes azul noche y dos tragaluces en el techo. En la mesilla se amontonaban cómics y libros de cine; frente a la cama, una televisión con su lector de dvd. Un armario ocupaba una pared y, en la contraria, una estantería repleta de libros y películas

acompañaba la mesa de trabajo, donde descansaba un MacBook Air plateado. El único adorno era un póster enmarcado en dorado.

Era el cartel de *Viaje a la luna* de Georges Méliès. Aitana reparó en que en la estantería había una foto enmarcada de Valentina con su perra Escarcha, ambas sentadas a la sombra de un gran roble.

—¿Esa foto está tomada aquí? —preguntó Roca.

Julia asintió. Su voz salió débil.

—Sí. Es el roble más antiguo de la finca, está justo casi donde acaba el terreno. Da tanta sombra que por eso nuestra casa y nuestra empresa se llaman así, «La sombra».

—¿Y es reciente? —quiso saber Aitana.

—Sí. La tomó el abuelo el año pasado, en Semana Santa. Por eso el campo luce tan verde.

Julia miró la habitación con aire inexpresivo y absorto, quizá imaginando a su hija vistiéndose, o sentada frente al ordenador, o tirada en la cama mirando las estrellas a través de la claraboya.

—Julia, si nos da su permiso, nos gustaría llevarnos el ordenador y examinarlo, y también alguna prenda y una muestra del adn de su hija que podamos encontrar en su baño, por ejemplo.

Aitana vio que la mujer se estremecía.

—Es el protocolo habitual en toda investigación —la tranquilizó.

Julia asintió.

—Claro, lo entiendo —musitó, en un tono apenas perceptible, y se agarró vacilante al tirador de la puerta.

—Si nos permite cinco minutos, cogeremos todo lo que necesitamos. Si quiere estar presente, está bien, y si quiere esperarnos abajo, también —le dijo Roca, tomando cariñosamente su brazo.

—Les espero abajo.

Julia entornó la puerta y la oyeron bajar los peldaños muy despacio.

5

—Espero que no les importe que sea yo quien les enseñe los cultivos —dijo Jaime Salas—. Mi madre pensó que podría, pero está demasiado afectada. Han pasado casi dos semanas, y la falta de noticias la tiene muy deprimida. A los demás también, claro…, pero no podemos pararlo todo.

El joven, de veinticuatro años, era el hermano de Valentina, el hijo mayor de Antonio y Julia. Esbelto y fibroso, miraba tras unas gruesas gafas de pasta con unos ojos azules, pequeños y rasgados, inteligentes. Su aspecto aseado y formal (camisa, jersey y pantalón de pinzas) le confería una madurez prematura, haciéndolo parecer mayor de lo que era.

—Tú también trabajas aquí, ¿no? —preguntó Rafael.

—Sí, mi madre y yo nos ocupamos de toda la parte técnica. Yo estudié Ingeniería Agrónoma, como ella. Por supuesto, todo el mérito es suyo —dijo con modestia—, yo me limito a ayudar, y a aprender. Entre los dos nos aseguramos de que todo funcione en el vivero y en la explotación, que las condiciones sean idóneas para que crezcan las trufas. También de adecuar las instalaciones, llevar al día los papeles, hacer estudios de suelo y de producto…

Se encontraban en el interior del vivero, donde crecían cientos de plantas de unos veinticinco centímetros de alto. Precisamente era la

gran carpa que vieron antes de entrar. En las lonas de plástico había ventanas de pvc a media altura que permitían ver el exterior y el interior desde fuera. La temperatura estaba regulada, así como las condiciones de humedad. Los dos guardias civiles también se percataron de la presencia de cámaras en cada rincón de la carpa. Aitana oyó un ruido que no logró identificar. Miró hacia atrás y notó que el plástico se ondulaba. Pensó que quizá habría sido el viento.

—En la finca tenemos tres zonas. La zona silvestre, donde los robles antiguos generan trufa de forma natural. Luego, unos cultivos de robles plantados por nuestra familia, donde podemos controlar la producción, y este lugar, que es el vivero de árboles necesarios para el nacimiento del hongo.

Aitana y Rafael contemplaron la hilera casi inacabable de plantas.

—Ya están micorrizadas cuando se plantan, supongo —observó Roca.

Aitana lo miró con sorpresa, igual que Jaime.

—Sí, efectivamente. Plantamos las raíces con el hongo ya incorporado. Es un proceso que introdujimos hace pocos años, pero nos está dando resultados muy buenos —aclaró.

Aitana, fingiendo no tener ninguna intención de hacerlo hablar sobre su familia, le contó que había leído un reportaje sobre cómo su madre había revolucionado la explotación, dotándola con los medios más punteros, y había convertido un humilde cultivo familiar en una empresa millonaria.

Jaime sonrió con timidez.

—Las trufas son nuestra vida. Mi abuelo Camilo, ya lo han visto, es un hombre tradicional, a mi madre le costó mucho convencerlo para modernizar el negocio. Antes todo se hacía a ojo, hoy tenemos

sensores por todas partes, drones, cámaras, maquinaria con *software* específico, y hasta los perros llevan gps. Aunque mi abuelo tiene casi ochenta años y no hay forma de que se quede tranquilo en casa ni un solo día. A él no le gusta la tecnología, prefiere hacerlo a su manera.

Aitana intentaba escuchar al joven, pero se sentía observada. Percibió de nuevo un crepitar de plástico, un leve movimiento en una de las esquinas de la carpa. ¿Había alguien más allí?

—¿Y cómo lo consiguió? —preguntó Roca.

—Con mucho esfuerzo. Mi madre perdió a su madre cuando era una niña, y su forma de superar el duelo fue volcarse en ayudar a mi abuelo Camilo en la finca. Se dio cuenta de que tenía que estudiar para llevar el cultivo a otro nivel. Hizo varios viajes a Francia, especialmente al Périgord, donde la cultura de la trufa es enorme. Ahora los clientes vienen de todas partes, pero esa región sigue siendo el centro del mundo para los especialistas en el hongo.

—¿Tenéis clientes que vienen de fuera? —se sorprendió Aitana.

—De todo el mundo. Los suelos franceses no reúnen las condiciones de clima y suelo que tenemos aquí, y su demanda es muy superior a la nuestra. Vendemos mucho a Francia. Ponen en la lata que es trufa de allí, pero la letra pequeña… Muchas veces es de Sarrión.

—¿Cuál es el clima ideal o necesario para el cultivo? —quiso saber Rafael.

—Necesita inviernos fríos, con heladas moderadas para que madure bien, y primaveras con algo de lluvia que ayude a formarse al hongo —aclaró—. El verano puede ser seco, pero si no hay algo

de humedad en el suelo y el otoño no trae agua, la cosecha se viene abajo.

—¿Cuánta gente trabaja en la explotación? —continuó Aitana.

—Intentamos que sea bastante familiar. Mi madre es la directora, mi abuelo Camilo supervisa a las cuadrillas que trabajan en la recogida, aunque a él también le gusta recoger, lo ha hecho toda su vida, y su hermano Salvador también colabora, haciendo tareas menores, claro.

—¿A cuánta gente contratan para la recogida?

—Depende de cómo venga la temporada. Cinco, seis personas más, a veces alguna más si hay mucha producción. Pero no es un trabajo en cadena. Van en parejas: el perro y quien extrae la trufa.

—Pero ¿cómo se hace? —interrumpió Rafael.

—El perro marca, luego el perrero cava un poco, lo justo, y saca la trufa con cuidado, después la zona se vuelve a tapar para que el suelo pueda generar más hongos.

Luego, en la nave, se limpia, se clasifica por tamaño y calidad.

—¿Están contratados ahora mismo?

—No, vendrán en enero. Ahora están saliendo las primeras, y no son muchas, nosotros nos apañamos.

—¿Y aparte de perros usan cerdos? —preguntó Roca con cierto brillo de ilusión en la mirada.

—Eso era antes. Y más en Francia que aquí. El cerdo tiene un olfato increíble, pero se come la trufa si te descuidas. Y no hay quien lo sujete cuando huele una buena. Solo perros, y bien entrenados.

—¿De qué razas?

—Bueno, tenemos algunos mestizos, pero la mayoría son podencos, bracos… Un buen perro lo tienes en seis meses marcando

el terreno, y si está bien entrenado, sin destrozar el suelo, eso es lo que distingue a los buenos.

Aitana asintió, siguió con sus preguntas.

—¿Y qué se hace cuando ya se tiene recogida y clasificada la trufa?

—Las mejores van directas a exportación. Otras se reservan para clientes nacionales o para transformados.

—¿Transformados? —dudó Aitana.

—Aceites, conservas… Poco, la verdad. La trufa buena se vende fresca. Dura lo que dura, una semana en frío si la cuidas bien. Es un producto delicado.

—¿Y quién se encarga de la parte comercial? —preguntó.

—Mi padre se encarga de las ventas y de las relaciones públicas y con la prensa, también de la parte institucional. Además tenemos un gestor en Teruel, que se encarga de facturación e impuestos, luego contamos con varias personas de limpieza de la casa y de los terrenos, lógicamente, y algunos conductores, pero también los contratamos según la temporada y la demanda.

Aitana detectó un rastro de cansancio en Jaime.

—Te estarás preguntando si todo esto es útil para encontrar a tu hermana —intuyó.

El joven asintió y miró a ambos, enarcó las cejas, y por un instante se quedó sin palabras. En el exterior, una feroz ráfaga de viento empujó la lona contra la estructura que la sustentaba.

—Supongo que hacen su trabajo —contestó al fin, mirando al suelo con un acceso de timidez.

—¿Qué nos puedes contar de Valentina? —interrogó Aitana.

Jaime guardó silencio unos instantes. Hasta entonces se había mantenido al margen, casi ajeno a la emoción y a la propia situación, pero ahora necesitaba unos segundos para ordenar sus palabras.

—Valentina es muy especial. Lista, independiente, algo solitaria. Cuando vivía aquí con nosotros le gustaba pasar tiempo a solas, siempre estaba con la cabeza en algún libro o en alguna película. Como si necesitara evadirse, como si nosotros no le interesáramos nada. Luego se fue a Teruel para estudiar en el instituto y ahora está en Madrid con sus estudios de Cine, y la vemos poco, la verdad.

Mientras escuchaba a Jaime, Aitana vio un par de ojos azules asomarse fugazmente a una de las ventanas de pvc de las lonas. Se esfumaron con la misma rapidez que habían aparecido y llegó a temer que su mente le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Cuándo se fue a Madrid?

—A finales de agosto para instalarse, aunque el curso no comenzó hasta algunas semanas después.

—Sois muy diferentes —apostilló Rafael.

—Sí. Yo estudié en la Universidad de Navarra, pero con vistas a volver y ayudar en la empresa; de hecho, terminé hace un año y medio, y empecé a trabajar aquí el mismo verano que acabé la carrera. Pero ella se marchó con la intención de no volver jamás. Tampoco es una sorpresa, pero diría que a mis padres les ha hecho daño. Sobre todo a mi madre.

—¿Cómo es tu relación con Valentina? —preguntó Aitana.

Jaime dedicó un instante a pensar, a recordar, a definir.

—Creo que siempre he sido un hermano mayor muy típico, muy protector, quizá demasiado, no lo sé. Además, cuando era una niña,

como mis padres estaban todo el día de reuniones o de viaje, yo me ocupaba de todo, de que hiciera los deberes, se bañara, se lavara los dientes, de acompañarla al médico o a comprarle lo que fuera. Fue así hasta que me marché al instituto a Teruel —remató, con la mirada perdida en tiempos pasados.

—¿Te contó si tenía algún problema en el pueblo o en Madrid? —indagó Aitana.

—Me gusta mucho verla y a ella verme a mí, pero ya no nos contamos casi nada. He intentado que me hable de su vida, de la escuela donde estudia Cine, de la gente que acaba de conocer allí, pero le cuesta —contestó Jaime.

—¿Tenéis buenas relaciones con todo el mundo en el pueblo? —intervino Rafael.

—Diría que sí. Trabajamos con varias empresas, tratamos muy a menudo con bastante gente de aquí.

Jaime enumeró varios vecinos con negocios en el pueblo que trabajaban con las trufas que ellos cultivaban y vendían frescas. Los que las transformaban, los que las servían en sus restaurantes, los que las compraban para distribuirlas en el resto de España y del mundo. La mayoría eran empresas situadas en Sarrión o en los alrededores, pero también en otras comunidades e incluso en el extranjero.

—Pero ¿todas estas empresas dependen de vuestras trufas? —preguntó Roca.

—No, ya no. Hay varias explotaciones, si nosotros no estuviéramos, habría otros. En volumen y en calidad se supone que somos los primeros, pero para algunos también somos demasiado caros —respondió Jaime.

Aitana creyó ver la sombra de una figura encorvada y gruesa atravesando las lonas por el exterior. Y oír una extraña risilla infantil. Pero por el semblante de sus acompañantes, parecía que solo lo había percibido ella.

—Supongo que el restaurante Quercus pagará lo que le pidan. Con una estrella Michelin… —empezó Rafael, pero su comentario no logró despertar más que silencio y una mirada neutra por parte del joven.

—Nos preguntábamos por qué cuando vino la Guardia Civil del puesto a hablar con su familia no estaba aquí Ricardo Guzmán, el hermano de su madre y, a fin de cuentas, único tío de Valentina.

La pregunta lo pilló completamente por sorpresa.

—Hace tiempo que no tenemos relación con él —justificó Jaime, incómodo.

—¿Ni siquiera cuando Valentina desaparece? —dijo Roca.

—Es que no tenemos relación con él —insistió.

Rafael carraspeó antes de hablar.

—Hemos comprobado en los archivos que su tío Ricardo montó una empresa *online* de trufiturismo y que su madre interpuso una denuncia acusándolo de robar las trufas de su finca para venderlas a través de su web.

Jaime lo escuchó sin decir nada.

—Después la retiraron, justo cuando su tío se fue a vivir con su mujer y su hijo a Mora de Rubielos. ¿Casualidad?

En ese momento, apareció un hombre, de unos cincuenta años; era alto y delgado, con el pelo corto y canoso, un rostro alargado y unos pómulos marcados, y afeitado de forma impecable; hasta lucía algo bronceado, su piel tenía un tono saludable y dorado. Tenía una

mirada viva y astuta tras unas gafas de montura amarilla. Vestía entre la informalidad y la formalidad, con una chaqueta de espiga, una camisa y unos vaqueros. Era Antonio, el padre de la chica. Aitana lo reconoció porque había salido en televisión. Bajo su sonrisa de circunstancias, Aitana intuyó que desaprobaba que incomodaran a su hijo. Se acercó al grupo, cordial, y les tendió la mano.

—Soy Antonio Salas, padre de Valentina. Perdonen que no estuviera aquí para recibirlos —se presentó.

—¿Es usted entonces el portavoz de la familia para los medios? —preguntó Roca.

—Sí, aunque estoy un poco desbordado por todo esto.

—Lo entiendo —admitió Aitana, y le tendió su tarjeta—. Si no sabe cómo manejarlo, puedo darle algunas recomendaciones habituales en este tipo de situaciones.

—Gracias —dijo Antonio guardándosela—. En cuanto a Richi, si lo que quieren saber es si sospechamos de él, le diré que no. Es verdad que tuvimos un conflicto, pero quedó en el pasado. Ahora vivimos vidas separadas, su familia y él tienen sus vidas, y nosotros la nuestra, pero sin más —remató.

—¿No se ven nunca? —observó Aitana.

—Ya no —contestó—. Quizá alguna vez nos volvamos a juntar, pero no lo parece.

—¿Qué llevó a su cuñado a robar a su propia familia? —intervino Roca.

Antonio se sorprendió por la aspereza de la pregunta. En ese momento, oyeron el leve chasquido de la puerta del invernadero al abrirse. Allí, en el otro extremo de la carpa, había un hombre mayor, de unos setenta y pocos años, calvo, vestido de faena, con una

amplia y beatífica sonrisa y unos amables y puros ojos azules. A pesar de su pacífica expresión, Aitana reconoció su figura gruesa y encorvada. ¿Quizá los había estado espiando?

—Él es Salvador, el hermano de mi suegro. No habla, pero nos ayuda. ¿Verdad, Salvador?

El hombre asintió, tímido y sonriente, mirando al suelo.

—Perdonen, debo atender una llamada de un cliente. Tendremos que seguir en otro momento, pero ya saben que la casa está abierta para ustedes y para todas las preguntas que tengan —se disculpó Antonio.

Se dirigieron hacia la salida de la carpa, donde el hombre esperaba pacientemente al padre de Valentina.

—Encantada, Salvador —dijo Aitana. Roca le dedicó un saludo con la mano.

El hombre inclinó la cabeza en señal de cortesía, y Antonio se despidió de ellos.

—Salvador los acompaña a la salida.

El anciano indicó un sendero y se puso a la cabeza. Recorrieron un camino de grava limitado por un sencillo bordillo de piedra. Seguía lloviznando, y la niebla matutina no se había disipado aún. Pasaron por delante de unas jaulas de cemento, aireadas y de buen tamaño, donde varios perros dormitaban o jugaban unos con otros.

—Perros truferos —comentó Rafael mirando a Salvador, que asintió con su eterna sonrisa.

Al llegar a la puerta, Salvador les estrechó la mano y, cuando se alejaron, soltó una estridente risilla que a Aitana le hizo saber que era él quien los había estado observando.

Rafael y Aitana subieron al coche. Su compañero arrancó y se dirigieron hacia la salida mientras el grueso portón se abría.

Roca condujo en silencio. Mientras deshacían el camino de tierra que conectaba la finca con la carretera, la lluvia empezó a caer con intensidad.

—¿En qué archivos miraste lo de Ricardo Guzmán? —preguntó Aitana.

—Bueno, archivos. Lo leí en un digital esta mañana mientras desayunaba —contestó Roca.

Ella asintió, agradablemente sorprendida.

—Habrá que visitar a la oveja negra de la familia.

6

Decidieron ir a picar algo antes de ir a visitar a Ricardo Guzmán en Mora de Rubielos.

Aitana ignoraba si la excursión iba a ser muy productiva. Buscar información sobre Ricardo Guzmán se había revelado como una tarea bastante infructuosa. Nadie en el puesto sabía muy bien a qué se dedicaba. Conociendo los antecedentes del tío de Valentina, le pareció que lo mejor era presentarse sin más. Sin embargo, antes había que comer.

Rafael sugirió el bar del inglés del que les había hablado Marchena, para conocer otras opciones aparte de la modesta cafetería del hotel.

—¿Comer en el bar de un inglés? Tú quieres matarme.

—Me han dicho que sirve comida española y que no se le da mal. Además, hay menú.

—Me pregunto qué hará un siervo de Isabel II en este escondido rincón.

El bar de Alban Shepard destacaba en las tranquilas calles empedradas del centro del pueblo. Los postigos rojos y una bandera inglesa que ondeaba en la puerta llamaban inevitablemente la atención. Una pizarra anunciaba una oferta ecléctica: cervezas británicas y un menú del día con platos aragoneses (migas, bacalao

ajoarriero, magra con tomate) junto al inevitable *fish and chips*. Entraron con más hambre que curiosidad y se toparon con un bullicio inesperado. Casi todas las mesas estaban ocupadas y, en la barra, varios vecinos se refugiaban del frío, acodados ante cafés y cervezas mientras miraban la tele con aire distraído. Las paredes, revestidas de listones de madera rojiza, aportaban un inesperado aire marinero, y frente a la barra, encajado en una esquina, un televisor de gran tamaño presidía la escena.

Le causó impresión ver el rostro de Valentina en unas imágenes en las noticias. Estaba detrás del *stand* de la empresa familiar, ofreciendo canapés con trufa a los visitantes de la feria. No era la primera vez que las veía, y el informativo las repetía una y otra vez, como las mejores jugadas de un partido. Entre los clientes del bar, una mezcla de reacciones: algunos miraban las imágenes con un respeto y un temor reverencial, y otros las ignoraban, quizá hartos de ellas.

Aitana y Roca encontraron una mesa libre y se sentaron. Un hombre rubio con el pelo lacio y sonrosadas mejillas, algo corpulento y cuarentón, se acercó a ellos con una sonrisa.

—¿Turistas en Sarrión? —dijo con un levísimo acento británico.

Los dos lo miraron sonrientes.

—Nos gustaría comer —indicó Rafael.

—Turistas que comen, simplemente fantástico. Yo soy Alban, un gusto saludarlos.

Los dos agentes sonrieron sin decir nada, no había nada que ganar identificándose nada más llegar al pueblo, y el inglés les cantó el menú. Escogieron comida y bebida. Una mujer algo más joven, morena y achaparrada, con el pelo recogido en una coleta, fue a su

mesa con las dos botellas de agua que habían pedido. Aunque el bar era también algo pintoresco, Aitana seguía pensando en La Sombra, la finca de la familia Guzmán.

—Es una de las casas más extrañas que he visto en mi vida —observó Rafael, que estaba pensando en lo mismo.

—Ya lo creo —afirmó Aitana—. Esa butaca del señor Camilo.

—Dios. Podría ser una instalación de arte conceptual en un museo.

Los dos se rieron. Aitana le preguntó su opinión sobre la visita.

—¿Es otra prueba? —dudó Roca.

—Todo en la vida es una prueba, pero tengo curiosidad por saber qué te han parecido —contestó Aitana, sonriente.

—Son algo fríos, ¿no?

—La madre estaba como cabría esperar. El resto, muy enteros para la situación —contestó Aitana.

—Creo que piensan que se ha ido de forma voluntaria —aventuró Roca—. Aunque la madre tenía razón: la chica hace su vida y le costean los estudios y los caprichos. ¿Qué más podría querer?

Aitana pensó en ello. Que los motivos no fueran evidentes no quería decir que no existieran. En ese momento, las razones del desapego de Valentina por su familia eran un misterio. Tenía unos padres que la querían, un hermano preocupado por ella, y mucha libertad y dinero; si bien era un verso libre, y más en aquel ambiente.

—Por otro lado, con la pasta salvaje que se levanta la familia Guzmán —soltó Roca, interrumpiendo sus pensamientos—, el motivo económico parece, *a priori*, el más lógico.

Aitana le dio la razón. Miró a su alrededor. Aunque el propio bullicio era el mejor sistema para evitar indiscreciones, nunca se sentía bien hablando de los casos con gente alrededor. Intentando no resultar muy antipática, le hizo un gesto a Roca para que hablara más bajo, que él entendió y acató.

Rafael, apenas en un susurro, siguió explicando que, a pesar del aire de sencillez que Julia y su familia le querían dar al negocio, solo había que hacer cuentas para saber que los Guzmán eran unos agricultores convertidos, en muy pocos años, en millonarios. Aitana lo confirmó. Los gustos de la familia denotaban que todavía le estaban cogiendo el tranquillo a tener dinero. La naturaleza del negocio hacía que su entorno fuera complejo. Se relacionaban con muchísima gente, tanta como requería la empresa: trataban con restaurantes, hoteles, manufactureros, comerciantes de todo el mundo.

En ese momento, Alban trajo una sopa para Aitana y unas migas para Rafael. Ella vio con disgusto que en su sopa había una buena capa de grasa. Empezó a sortearla con toda la habilidad que pudo, pensando en su cuerpo, aún hinchado, deformado y pálido.

—Hablas poco de tu hija. ¿Cómo se llama? —preguntó su compañero.

—Daniela.

—¿Y has dejado al padre cuidando de ella?

—No la está cuidando una cigüeña.

Aunque lo dijo con una sonrisa, Rafael percibió su rechazo al tema como conversación banal.

—¿A qué se dedica tu marido? —prosiguió.

—Espero que cuando hagas interrogatorios te entregues con el mismo entusiasmo.

Rafael se rio con cierta timidez y comenzó a trasegar sus migas con un apetito envidiable.

—Es guionista —dijo Aitana.

—¿En serio? —se sorprendió Rafael.

Ella asintió.

—¿Ha hecho algo que haya podido ver?

De repente, oyeron un grito. Era un extraño gañido de Alban, que estaba mirando un partido de fútbol en la televisión: un equipo había marcado gol. A Aitana aquel deporte le resultaba indiferente. El locutor acompañó con un relato entusiasta la repetición de la jugada; Aitana se percató de que lo narró en inglés.

—Parece que en este sitio se le presta mucha atención a la Premier League —señaló Rafael—. ¿Tampoco te gusta el fútbol?

Ella no respondió, y a su compañero se le escapó una breve carcajada.

—Bueno, yo no me amilano. Le doy conversación hasta a una piedra.

Ahora fue Aitana quien se rio a gusto. Sintió que, por mucho que se hiciera la dura, su compañero no se merecía tanta sequedad por su parte. Lástima que la hubiera conocido en un momento difícil.

Después de tomar sendos cafés, pusieron rumbo a Mora de Rubielos, un pueblo a veinte kilómetros de Sarrión, enclavado en la sierra de Gúdar. El tramo de la A-228 los condujo a través de una pendiente pronunciada, que serpenteaba por una ladera llena de pinos. El viento soplaba con tanta fuerza que, a la entrada del pueblo, Roca tuvo que forzar la voz para que ella lo oyera. Según le

contó, se trataba de una localidad bastante turística, con un centro medieval bien conservado, enclavada en la sierra y rodeada de pinares y barrancos. Era célebre su iglesia, la imponente colegiata de Santa María, así como sus torres medievales y su castillo gótico, que protegieron el corazón del pueblo de los múltiples enemigos que tuvo en el pasado. Pero, con el cielo cubierto de nubes y las rachas de aire restallando como látigos, las calles de las afueras no parecían acogedoras ni pintorescas, sino más bien hostiles y algo siniestras.

A las cuatro y veinte minutos de la tarde se plantaron en la casa de Ricardo Guzmán. Vivía en un edificio de tres plantas de ladrillo visto, un homenaje de tantos al feísmo arquitectónico español. Abrió una mujer de cuarenta y cinco años que aparentaba más, en mallas y jersey, con el pelo recogido y desgreñado.

—¿Quiénes sois? —saludó con poca simpatía.

Aitana le enseñó su placa de la uco y presentó a su compañero y a ella misma.

—Queremos hablar con Ricardo Guzmán. ¿Es su marido?

—Sí, sí. Un momento —dijo la mujer.

Les cerró la puerta en la cara y se oyeron rápidos pasos en el interior. Poco después, Aitana y Rafael estaban sentados tan juntos que sus rodillas se rozaban, en un sofá de dos piezas, en el salón de una casa pequeña y con muebles baratos; un brutal contraste con la otra parte de la familia, a la que le habían ido mejor las cosas. De un pasillo que conectaba el recibidor y la sala con el resto de la casa llegaba el sonido amortiguado de una partida de videojuegos.

Apareció Ricardo Guzmán, vestido en chándal y con cara de dormido, algo desaliñado; era un hombre esmirriado de mediana edad, de tez pálida y escaso pelo negro aplastado contra la cabeza,

con los típicos pómulos chupados de los toxicómanos o extoxicómanos; quizá habían interrumpido su siesta.

—Marta, pregúntales si quieren tomar algo a estos señores —pidió a su mujer, con una voz de cazalla.

—No me da tiempo, que me tengo que ir a buscar a la niña al colegio —se excusó y, sin esperar respuesta, se enfundó en un abrigo de plumas, cogió su móvil, sus llaves y se marchó.

—¿Cuántos hijos tiene? —comenzó Aitana, por encima del sonido del pasillo.

—Mónica, que tiene doce, y Pablo, que tiene diecisiete.

—¿Pablo va al instituto? —preguntó Aitana, sabiendo que era muy probable que el chico estuviera allí, a tenor del ruido que salía del cuarto contiguo.

—Sí, va a uno aquí, en el pueblo, pero no es un gran estudiante. Ha salido a su padre. La niña va encantada al colegio, pero él…

Se oyó la voz del adolescente gritar insultos desde su habitación. Aitana imaginó una partida de videojuegos particularmente violenta. Ricardo se levantó de la butaca y se dirigió a la habitación del chico. Los agentes lo oyeron abrir la puerta y gritar:

—¿Quieres estar calladito, coño? Que parece que te has criado en una cueva.

—Muérete —escupió una voz juvenil.

Se escuchó un portazo y Ricardo reapareció con expresión neutra, como si ese tipo de intercambios entre él y su hijo fuera habitual.

—Puedo ofrecerles café o Nescafé. Lo que prefieran —dijo Ricardo, intentando que su voz resultara más simpática que su cara.

—No se preocupe, acabamos de tomar —declinó la invitación Rafael—. Perdone que no le hayamos avisado antes de venir.

—Ya me extrañaba que no me hubieran hecho una visita.

—Bueno, en realidad nosotros no somos la Guardia Civil de Teruel. Venimos de Madrid. Somos de la uco.

Ricardo asintió, fingiendo interés en sus palabras.

—¿No ha venido nadie a hablar con usted? —se sorprendió Aitana.

—No, señora.

—¿Ni lo han llamado?

—No —contestó con sequedad.

Aitana quiso relajar el ambiente. Simplemente querían hablar con él, como tío de Valentina y como miembro de la familia Guzmán.

—Mi coartada y toda esa mierda.

Rafael sonrió.

—Podemos hablar de la mierda que quiera en el orden que le parezca —soltó Aitana, desenvuelta.

Ricardo la miró con sorpresa, y luego se rio de forma ruidosa. Se serenó y siguió con su relato, algo más relajado.

—No sé si sabe que soy el apestado de los Guzmán. Me han borrado de su existencia con tantas ganas que incluso los del tricornio de Sarrión se han olvidado de mí.

—¿Qué pasó en su familia? —preguntó Rafael, aprovechando la momentánea corriente de simpatía.

—Eso es muy largo de contar. Nunca fui suficiente para mi padre. Julia siempre fue mucho mejor en todo que yo. Así que cuando cometí un error… me echaron de la casa.

—¿Y lo de venir aquí a vivir?

—Ellos mismos me compraron el piso, para perderme de vista, está claro. Al principio me lo tomé mal, pero ahora lo veo como una suerte. Poder hacer mi día a día sin cruzármelos, sin darles

explicaciones, y sin tener que haber aflojado un pavo, eso tampoco está mal.

—O sea que lo que hay en la prensa es verdad —comentó con cautela el agente.

—No todo, pero sí, la mayoría. No estoy orgulloso. Tampoco creo que sea para tanto. Ya estaban forrados cuando pasó aquello.

—¿No tienen ninguna relación? —intervino Aitana.

—Antes nos juntábamos en Navidad, el día de Año Nuevo, y poco más. Cuando los niños, los suyos y los míos, eran más pequeños, hacíamos más esfuerzos. Pero ahora ya ni eso. Mi hermana decía que le importaban mucho sus sobrinos, pero con el tiempo se ha visto que no. Les da igual lo que nos pase. Y es mutuo. A mí ellos también me dan igual.

Aitana pensó que su postura era victimista. Ricardo les había robado y, aun así, le habían comprado una casa. Se le antojaba muy difícil llegar a conocer todos los recovecos de esa familia, sobre todo en el tiempo que le gustaría, y más con la urgencia de encontrar a Valentina cuanto antes.

—¿Y a qué se dedican ustedes? —quiso saber Rafael.

—Mi mujer trabaja limpiando en casas de por aquí, en negocios. Yo… Bueno. Lo que me sale. Ayudo a alguno de por aquí a recoger su cosecha, a descargarla en el mercado. También conduzco si me lo piden, en fin, voy tirando con cosas así. Aquí siempre hay algo que hacer, y cuando no lo hay, descanso.

Rafael le preguntó por la noche de la desaparición:

—¿Estuvo en la feria de la trufa o en Sarrión por algún motivo la noche del 7 de diciembre, cuando Valentina desapareció?

—¿A la feria esa? No. Yo iba antes, cuando era comercial de la explotación de mi familia, y estaba en todas las salsas, me lo pasaba genial. Pero allí no me quieren ni ver. Es el coto de mi padre y del Antonio.

—¿Antonio Salas?

—Sí, el padre de Valentina. Menudo pieza es.

—¿A qué se refiere?

Ricardo disfrutó de la atención suscitada en los dos agentes.

—Nada, nada. Nada chungo de verdad. Solo que es un mezquino de la hostia. Le jode más soltar un euro que un riñón.

—¿Qué estaba haciendo la noche que desapareció Valentina?

—Pues con el frío que hace y la poca pasta que tengo, estar en casa, casi seguro, con mis hijos y mi mujer.

—¿Cómo se enteró de la noticia?

—Lo vi en la televisión y después me llamó Julia.

—¿Cómo era la relación con su sobrina? —indagó Aitana.

—La normal. Cuando era más chica me tenía cariño. Luego, cuando se hizo mayor, se le pasó. Pero es probable que sus padres me pusieran a caer de un burro. Ya sabe que los críos son muy influenciables. Me dijeron que se había ido a estudiar a Madrid este curso, todavía tenemos un chat de familia, pero vamos. Apenas lo usamos, y ya lo tengo silenciado, porque, total, me pone de muy mala leche.

—¿Y cuándo fue la última vez que vio a su sobrina? —lo interrumpió Aitana.

Hizo memoria.

—En Nochevieja, hace dos años.

Cogió su móvil, rebuscó durante unos instantes en su galería hasta encontrar la foto del momento. Allí estaban todos reunidos, ante un enorme árbol de Navidad en el salón de la casa familiar: Valentina, Mónica, Jaime, los tres primos sonrientes y felices, de pie detrás del sofá; Camilo, Salvador, Julia, Antonio, y Ricardo y Marta, sentados en la gran *chaise longue*; la perra, Escarcha, a los pies del abuelo. De pie a un lado, con los brazos cruzados y una mirada desafiante y agresiva, un adolescente alto y fuerte, con un largo flequillo liso y oscuro que tapaba su mirada.

—Este es Pablo —dijo Ricardo—, mi hijo. Aquí tiene dieciséis, ahora está a punto de cumplir dieciocho.

—¿Ha sabido algo de Valentina últimamente, ha contactado con usted?

—No, no he sabido nada de ella —negó Ricardo.

—Quizá volvamos a hablar con usted en otro momento, o con alguien de su familia. No le molestamos más —intervino Roca, dando por finalizada la conversación.

Ricardo Guzmán los acompañó a la puerta.

—Mi familia nunca ha sido muy comprensiva. Espero que eso no haya tenido que ver en lo que le ha pasado a mi sobrina.

Se despidió antes de que pudieran replicarle nada.

7

Media hora después, estaban en el despacho de Séptimo Vidal, quien, encerrado allí con los dos civiles de la uco, parecía tan avergonzado que apenas los miraba a la cara.

—No sé qué pudo pasar. He pedido a mis agentes una copia de las diligencias de aquella noche. Estoy bastante seguro de que pedimos al puesto de Mora de Rubielos que hablaran con Ricardo Guzmán —se excusó.

—Sí, pero no lo hicieron y usted no se ocupó del asunto —lo acusó Aitana.

—No, no lo hice y fue inexcusable. Lo siento y asumo la responsabilidad, teniente. Los días de antes y después de la feria son complicados en Sarrión. La población aumenta muchísimo, y hay problemas siempre, en tráfico, gente que bebe demasiado, rencillas... y al final en el puesto del pueblo no dan para más. —Hizo una pausa, como si esperase que Aitana le quitara importancia a la omisión, cosa que no hizo—. Si hay algo más en lo que los pueda ayudar…

—Ahora que lo dice, sí. La reconstrucción de las últimas horas que consta en el atestado es demasiado vaga. Nos gustaría volver a repasarla con usted y con su equipo.

Como si la hubiera oído, entró en el despacho Marchena, que los miró con su media sonrisa irónica.

—El cabo primero Pepe Marchena. Levantó el atestado aquella noche…

—Gracias. Por favor llame a Montes, que estaba con usted esa noche.

—A la orden.

Esperaron en un silencio tenso.

—¿Qué tal están en el pueblo? ¿Cómodos? ¿Los tratan bien o tengo que llevar a alguien al calabozo? —dijo Vidal, intentando hacer el aire más liviano en la sala.

—Con que meta a los que deben estar ya me vale —soltó Aitana, sin perder la sonrisa, ante el asombro mal disimulado de Rafael, que terció enseguida.

—Muy bien, hoy estuvimos en el bar del inglés y comimos unas migas buenísimas —quitó hierro Rafael.

—Buen hombre, Alban.

Entró de nuevo el cabo Marchena junto a Fran Montes, que hizo el saludo militar y se cruzó las manos a la espalda. Aitana no sabía si por compostura o por marcar hombros y pectorales. Montes y Marchena comenzaron a reconstruir las últimas horas de la familia de Valentina, en especial lo ocurrido durante la noche del 7 al 8 de diciembre.

—¿Dónde comieron ese día los Guzmán? —preguntó Aitana.

—La madre nos dijo que comieron en casa, que Valentina y el abuelo tenían que salir pronto e ir a Teruel a buscar la cámara y el equipo que había alquilado la chica para grabar la clausura de la feria. Aunque no comieron todos juntos. Antonio Salas, su padre,

tenía una comida con el alcalde y algunos cocineros célebres que vienen cada año a la feria, como es tradición; casi siempre se llevan ellos la trufa premiada, que suele ser la más grande de la cosecha… Él representa a la empresa, y como tiene tantos clientes, se pasa el día alternando con unos y con otros, desde por la mañana hasta la noche. Hemos confirmado que ese domingo estuvo presente en una cena que se alargó hasta más allá de las doce, y también hemos hablado con un taxista de la zona que lo llevó a casa a la una de la madrugada. De hecho, el propio Antonio nos mostró el pago en la aplicación de su banco.

—Vale —intervino Rafael—, ¿y a qué hora salieron Valentina y el abuelo hacia Teruel?

—Según comentó Camilo, a las tres y cuarto. Llegaron antes de las cuatro a Teruel, y sobre las cinco y media ya estaban de vuelta en Sarrión, en el recinto del evento, con tiempo suficiente para que Valentina preparase la cámara, la grabación, y demás —respondió Marchena.

—Vale. ¿Y la madre? ¿No acompaña a Antonio a estos eventos?

Un pensamiento dubitativo cruzó la mente del cabo antes de contestar.

—No. Ella no se prodiga en actos sociales. Julia se hace fotos el primer día de la feria con el alcalde, con los representantes de las instituciones y con los clientes principales, pero luego prefiere quedarse en casa. La madre no se movió de La Sombra aquel día.

—De acuerdo. ¿Y el hermano, Jaime?

—Estuvo con la madre todo el día y toda la noche. Cuando ella se fue a dormir dijo que pasó toda la noche en Twitch, conectado hasta tarde.

—¿Y el tío abuelo?

Montes y Marchena cruzaron una mirada de incomodidad.

—No le preguntaron —adivinó Aitana.

—Es que como no habla... —admitió Montes.

La teniente vio que Marchena lo miraba con desagrado y que Vidal no sabía dónde meterse. Roca parecía divertido con la situación.

—Bueno, volvamos a Valentina —retomó Aitana, y a continuación preguntó—: ¿Nadie la ayudó esa noche? ¿Lo hizo todo ella?

—Pidió ayuda a los bedeles del salón de actos del Ayuntamiento, pero para cosas poco importantes, cables y demás. Pero sí, ella con un ordenador y la cámara, según lo que me dijo su madre, es capaz de hacerlo todo. Graba la gala, hace entrevistas, las edita, hace piezas sueltas para subirlas a redes, a la web del Ayuntamiento y para prensa —confirmó Montes.

—¿Y las imágenes que grabó están en algún servidor?

Aitana vio en su rostro que tampoco habían preguntado. Roca se decidió a intervenir:

—Lo más probable es que estén en la nube, las volcaría antes de devolver los equipos. Tendríamos que acceder a través del ordenador, si es posible. A esa información y a toda la que sea relevante.

Ella asintió. Pensó en qué otros elementos podrían ayudarlos.

—No hemos visto en el atestado referencias a imágenes de tráfico. ¿Dónde están?

Marchena y Montes se miraron con cierta incomodidad.

—No tenemos razones para dudar de la palabra de los Guzmán —justificó Marchena.

—¿No las han buscado? —inquirió Aitana.

—Llamamos al depósito del negocio de alquiler de cámaras de Teruel y nos confirmaron la hora de préstamo y la de devolución.

Aitana suspiró, aliviada en parte.

—Eso está muy bien, pero necesitamos imágenes de tráfico o de algún circuito de seguridad que puedan apoyar los movimientos de Valentina Salas durante la última noche en que fue vista con vida. ¿Pueden proporcionarlas o tenemos que hacer la petición nosotros mismos? —dejó caer Aitana.

Vidal ordenó buscar esas imágenes como fuera a Marchena y Montes, que, resignados, fueron a cumplir con su obligación.

—Sigamos —dijo Rafael mirando a Vidal—. La clausura, ¿cuánto duró?

—De siete a nueve. Después hubo un ágape con las autoridades…

—¿Hay fotos de ese «ágape»?

—Se las conseguiré —aseguró Vidal, que ya empezaba a entender el *modus operandi* de la pareja de la uco—. Allí estaba Antonio, el padre de la chica, y supongo que Camilo, que es más asocial, fue a buscar a su nieta, que estaría terminando en la cabina de control, y se pondrían en marcha para llegar a Teruel a las diez, justo para dejar el equipo en el depósito de la empresa.

—¿Alguien los vio salir? —preguntó Aitana.

Por la expresión de los dos guardias, se dio cuenta de que esa era otra pregunta que se les había pasado.

—¿No hay cámara en el salón de actos? ¿Ni en el aparcamiento? —intervino Rafael.

Vidal ojeó a sus subordinados, que lo miraron con incomodidad.

—En el salón no hay cámaras, a lo mejor podemos encontrar algo en prensa, que viene mucha. En el aparcamiento sí, pero se borran

cada día y me temo que cuando recibimos la denuncia ya habían sido borradas —contestó el teniente coronel.

Aitana asintió. Roca y ella revisaron el documento una vez más. Aitana tenía la duda de si realmente eran tan incompetentes como parecían o si estaban protegiendo a la familia, o a otra persona.

—Ya les habrán dicho que Valentina va un poco a lo suyo… Por eso no le dieron importancia a su ausencia durante las primeras horas —comentó Vidal.

—Sigamos —dijo Aitana, intentando no delatar su enfado—. Devolvieron los equipos en Teruel. ¿A qué hora?

—Poco más tarde de las diez de la noche. Luego pasaron por el pueblo y, según don Camilo, dejó a Valentina sobre las once en la zona de los bares, donde dijo que había quedado con Inés, su amiga de toda la vida; después, él ya se marchó a casa. Llevaba vaqueros negros, un jersey azul eléctrico bajo una parka verde acolchada y deportivas blancas. Preguntamos a Inés si vio a Valentina y nos dijo que ella canceló la cita poco antes de la hora a la que habían quedado.

—¿Alguien vio a Valentina en la zona de bares esa noche, sí o no?

Marchena miró a Vidal de manera oblicua antes de responder.

—Preguntamos a varios camareros de los bares de la zona y no están seguros de haberla visto —replicó.

Aitana se alegró de que al menos lo hubieran intentado.

—¿Cómo se llama esta amiga?

—Inés Parra.

—Nos pondremos en contacto con ella. ¿Tiene más amigos con los que podamos hablar?

—Lleva años estudiando fuera y que sepamos no se relaciona con demasiada gente de aquí —señaló Marchena.

Valoró si habían buscado esas conexiones o si simplemente le daban esa versión por excusar su falta de profesionalidad. Aitana se levantó y Rafael hizo lo propio.

—Teniente, si hay cualquier cosa que pueda hacer…

—No, gracias. De momento, no.

Los dos se encaminaron hacia la puerta y se toparon con Montes, que venía con varias instantáneas en la mano.

—Hemos encontrado fotos del depósito de las cámaras en Teruel y algo más que no incluimos en el atestado y que podría ser relevante.

El cabo le mostró un dosier. Una moto antigua con la rueda de atrás desviada del eje y algo abollada. También les entregó un *pendrive*.

—La noche del jueves 4 de diciembre, tres días antes de su desaparición, tuvo un accidente con su moto. Se hizo unos arañazos en el brazo al caer y un latigazo cervical, nada grave, pero no podía cogerla, claro.

—¿Hubo otro vehículo implicado? —preguntó Aitana.

—No lo sabemos, no denunció. La vimos de casualidad. Esa noche estábamos patrullando rutinariamente y vimos que su moto estaba tirada en el asfalto. La encontramos aturdida pero consciente en el arcén de la carretera. Consultamos con su familia qué hacer y la llevamos al hospital; no fue gran cosa, esa noche la recogió su hermano de urgencias.

—¿Preguntaron en los talleres de la zona si había entrado algún coche con daño en la parte delantera?

—Sí, pregunté en el taller del pueblo, pero no había ningún coche que tuviera ese tipo de daño —aseguró Montes.

Aitana cogió el dosier de sus manos y, con toda la educación de la que fue capaz, se despidió de Vidal y de los guardias, igual que Roca.

Rafael y ella salieron al aire fresco de la calle.

Una hora después, Aitana estaba en la cafetería-restaurante del hotel, mirando la calle desierta a través de la ventana. La luz amarillenta de las farolas alumbraba las copas de los árboles, sacudidas por el viento. Poca gente cruzaba ya la calle, eran las nueve y las temperaturas bajaban con brusquedad al caer la noche. Apareció un camarero y le entregó una carta; ella le pidió otra, explicó que estaba esperando a alguien. Abrió su portátil y buscó imágenes de la feria de la trufa. Encontró muchas publicaciones, e incluso un canal de YouTube dedicado al evento. Supuso que las piezas del canal las habría hecho Valentina. Y parecía que en efecto así era, pues los últimos vídeos (piezas breves sobre las distintas actividades del festival) estaban subidos el día anterior a su desaparición. Imaginar a la chica frente a su ordenador editando esos vídeos la hizo estremecerse. Empezó por uno anterior, grabado en la inauguración de la feria, el viernes 5 de diciembre. En el clip aparecían Julia y Antonio saludando al alcalde y a otras figuras institucionales, y le llamó la atención el lenguaje corporal entre ambos, o más bien su ausencia; los dos se comportaban como si el otro no existiera. Después, la cámara se abría paso bajo la carpa, entre cabezas y hombros, deteniéndose en primeros planos de trufas

recién cepilladas y relucientes, apiladas sobre manteles blancos. Las luces colgadas del techo dibujaban reflejos suaves sobre las superficies oscuras; manos que se estrechaban, copas de vino de la tierra que chocaban, hombres y mujeres, del pueblo y de fuera, que disfrutaban de los canapés de trufa en los *stands* de los restaurantes y bares de la zona. También se detenía en la instalación en la que los perros truferos demostraban sus habilidades y en el rincón donde podían comprarse navajas especializadas, colonias, cremas, llaveros, puntos de lectura y un largo etcétera de recuerdos del producto, del pueblo y también de la feria.

En ese momento entró Rafael, disculpándose por la demora.

Aitana abrió el dosier y ojeó fugazmente las fotos de la furgoneta blanca de los Guzmán, que salía del depósito de cámaras a las 10:20, en una imagen en blanco y negro hecha con una cámara de seguridad. Había tres figuras. Una atrás, Valentina; y dos hombres en la parte delantera. Giró el ordenador para que su compañero lo viera.

—No es Camilo el que conduce. Es Salvador, el tío de la chica.

—¿Por qué crees que mentiría?

—No creo que Salvador tenga carnet de conducir. Quizá no tenga más importancia, pero a lo mejor han mentido por algo.

Aitana le enseñó el vídeo en el que los padres de Valentina se ignoraban.

—No parece que se lleven muy bien —observó Roca.

—Estos vídeos los grabó Valentina.

Roca miraba el canal con atención cuando recordó algo.

—Por cierto, jefa. Acabo de hablar con Sandra Yang, nos ayudará con la parte tecnológica. Han recibido el portátil de la chica y están

intentando acceder —anunció Roca—. En cuanto a los vídeos de las cámaras de seguridad de la finca, no han encontrado nada llamativo.

Aitana asintió y giró de nuevo el portátil para seguir buscando cosas, cuando vino el camarero a tomarles nota. Ella ojeó la carta y pidió una ensalada, y tecleó algo, dispuesta a seguir buscando, mientras Roca pedía un filete con patatas fritas y una cerveza y agua. Alzó la mirada y, detrás de la pantalla, vio el rostro de su compañero observándola sin disimulo.

—¿Qué?

—¿Nunca descansas?

Aitana cerró el ordenador, con algo de disgusto. Intentó medir sus palabras, pero no lo consiguió.

—No.

Roca rio de nuevo, aunque ella no había querido ser graciosa.

—De acuerdo, como quieras. —Sonrió, sin ánimo de llevarle la contraria.

—Me preocupa un poco ese accidente de moto.

—Crees que quizá no fue un accidente.

Aitana asintió, mientras las ideas revoloteaban como un enjambre de moscas alrededor de una bombilla.

—¿Qué piensas? —tanteó Roca.

—Que es una familia un poco complicada. No se hablan con el tío de la chica, definen la relación con Valentina como distante, los padres no se llevan bien…

—Sí. No los hemos visto juntos aún —apuntó Roca.

—Si a eso le sumas que las diligencias previas están llenas de agujeros y que en este pueblo todos se conocen, partimos casi de cero. Me gustaría volver a visitarlos con la excusa del accidente, y de

paso repasar qué estaban haciendo la noche que desapareció Valentina.

El camarero llegó con sus platos y con las bebidas. Roca se lo agradeció. Aitana miró con envidia la cesta de pan ante sus ojos mientras pinchaba con desgana una aceituna de la triste ensalada verde que tenía ante sí. Una pareja entró en el local, cargada con una cámara y el equipamiento típico de los reporteros. Valentina llevaba casi dos semanas desaparecida, y el interés, en lugar de cesar, crecía por momentos. Se sentaron en una mesa, no muy alejada de la suya, quejándose del frío y de los pocos lugares que había abiertos. Aitana miró a Roca, que también examinó a los recién llegados.

—¿Nos vamos? —preguntó Aitana.

—Tampoco me parece justo que nos dejen sin cenar. Podríamos hablar de otra cosa —propuso Roca.

—Yo puedo si tú puedes —asintió Aitana.

—Bueno, jefa. Cuéntame algo de ti.

Aitana se fijó en su rostro bien proporcionado y su sonrisa confiada.

—Mi padre es guardia civil. Mi madre profesora de Literatura. Estudié Derecho. Siempre quise ser de la uco.

—Es un comienzo —dijo él—. No me sorprende que seas una empollona.

—¿Y eso? —preguntó Aitana.

—Tienes un vocabulario muy amplio y si escribes como hablas, seguro que lo haces sin tachones.

Aitana levantó la vista un instante y sorprendió a los periodistas mirándola. ¿Sabrían quién era? Esperaba que no.

—Me gustaba estudiar —reconoció.

Él miró por la ventana, pensativo.

—A mí no mucho. No es que fuera un cero a la izquierda, pero me gustaba más moverme, el deporte, el aire puro…

—Se te ve extrovertido —señaló ella.

—Lo dices como un insulto.

Aitana sonrió, antes de continuar la conversación.

—Bueno, qué. ¿Cómo llegaste al cuerpo? ¿Fue vocacional?

Un punto de melancolía asomó a los ojos de su compañero.

—No, yo quería ser deportista, pero me lesioné. Hasta los veintidós años apenas había estudiado, era un poco burro, tuve que terminar Bachillerato para optar.

—Pues no te ha ido mal si con veintinueve años eres sargento de la uco.

Él la miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes cuántos años tengo?

—No voy a venir aquí contigo sin mirar tu expediente y cotillear —admitió ella.

—A veces me da la sensación de que me preguntas cosas que ya sabes —contestó Roca.

—Lo dices como si fuera un insulto —repitió Aitana.

Los dos se rieron. Aitana se dio cuenta de que había olvidado por un momento a la periodista, que seguía muy pendiente de ellos, como si los hubiera calado. Se inclinó para acercarse a Roca y susurró:

—Está muy bien que nos riamos porque pensará que somos novios y no los investigadores del caso.

—Ah, ¿que no somos novios? —bromeó Roca, y Aitana se rio con ganas. Reafirmó su teoría de que su compañero seguramente gustaría mucho a las mujeres, y por un momento le divirtió la idea de que alguien pudiera pensar que eran pareja. Sobre todo, envidiaba la despreocupación y la espontaneidad que desprendía el sargento. Se preguntó si ella había sido así alguna vez, y pidió la cuenta.

8

Escarcha iba por delante de Camilo y de Aitana, meneando el rabo y aproximando el hocico por el bosque de encinas de la finca, sorteando los matorrales y zigzagueando entre los árboles. Aitana le había pedido al anciano que le enseñara el lugar, pensando que eso le haría relajar su actitud y, con suerte, ser algo más comunicativo. Pero mientras caminaban tras los pasos de la perra, Camilo solo tenía ojos para los movimientos del animal y para las variaciones del terreno. Sin entrar en detalles, Aitana le contó las primeras actuaciones que tenían previsto hacer. Daba la impresión de que el abuelo de la chica estaba más interesado en comunicarse con Escarcha, animándola o dirigiéndola, que en prestarle atención a ella.

Bajo sus pisadas crujían pequeñas ramas; el olor a tierra húmeda los envolvía.

—Salvador conduce —soltó al fin—, pero con lo suyo, pues no tiene carnet.

Aitana vio cómo la perra se paraba ante una mancha oscura en la tierra y comenzaba a escarbar cerca de la raíz de una vieja encina.

—Probablemente podría sacarse el permiso. Parece muy funcional su hermano.

—Ya somos mayores para eso —dijo, como si él y su hermano fueran la misma persona.

—Así que iban los dos en el coche, con Valentina.

Camilo asintió, antes de dirigirse a la perra.

—Quieta, chica.

Al oír su voz, Escarcha detuvo sus movimientos. El hombre sacó un cuchillo de una rudimentaria riñonera de cuero y, con él en la mano, se dirigió a la sargento.

—No me diga que somos sospechosos.

El sol dorado del atardecer invernal brilló en la afilada hoja de la navaja. Por un instante Aitana sintió temor y el ritmo de su corazón se aceleró, pero al ver cómo el anciano se arrodillaba, con un vigor sorprendente para su edad, su pecho se tranquilizó. Camilo clavó el cuchillo en la tierra removida por el animal. Sacó una trufa pequeña, tapó el hueco en el suelo con el terrón de tierra que había desprendido, y se la mostró.

—En estas fechas aparecen las primeras, pero la mayoría las recogemos al final del invierno.

Se la lanzó y ella la atrapó con rapidez; el tacto húmedo y pringoso, casi helado, impregnó su piel. La volteó entre sus dedos y comenzaron a desprenderse pellizcos de barro, dejando al descubierto su forma real. El profundo y casi mareante aroma de la trufa invadió sus fosas nasales.

—¿Qué me puede decir del golpe que se llevó su nieta en la moto tres días antes de su desaparición?

Camilo la contempló como si esa pregunta fuera un exceso de curiosidad.

—Pues por lo visto un coche le dio por detrás. Se hizo un poco de daño en el cuello, se lo miraron en el hospital, pero solo le mandaron paracetamoles.

—¿Pudo ver ella algo?

El hombre hizo memoria.

—No, dijo que no vio nada y que el coche no se paró.

—¿Quizá recordaba el color, la marca?

Camilo la miró con impaciencia.

—No sé, creo que Valentina no le dio ninguna importancia.

—Por eso no lo denunció.

Rafael, a quien había encargado repasar de nuevo las coartadas de los miembros de la familia mientras ella hablaba con el abuelo de la chica, se acercó a ellos. Aitana le pidió al hombre que los contactara si recordaba cualquier detalle, por pequeño que fuera, del accidente de moto o del día de la desaparición.

Rafael y Aitana caminaron hacia el coche, aparcado a unos pocos metros del portón de entrada. Había empezado a llover y sus zapatos se hundían en el barro, como si aquella porción de tierra quisiera retenerlos.

En ese momento, oyeron unas pisadas veloces y una voz cantarina que los llamaba.

—Oigan… ¡Oigan!

Se giraron y vieron a Usnavi, con zapatillas de andar por casa y en la cara una mirada urgente, cautiva de esperanza y temor.

—El teléfono. ¡Dicen que tienen a la señorita Valentina! —exclamó, quebrándosele la voz por la emoción.

Corrieron al interior de la casa detrás de la empleada. Aitana llegó al salón, seguida de Rafael. Ante ellos, Antonio estaba de pie en un extremo de la estancia, con el móvil en la mano, escuchando con expresión absorta, mirando por la ventana, como si quisiera distinguir a un enemigo invisible en el terreno cubierto por la neblina. En el centro de la habitación, sentada en el sofá, Julia permanecía agarrada a un cojín con una mano y la otra en el respaldo del mueble, como si un terremoto estuviera sacudiendo la tierra. Aitana oía su respiración entrecortada. Usnavy se sentó al lado de la madre y la tomó de la mano. En el salón también estaba Jaime, con toda su atención en el teléfono y en el semblante de su padre.

Al ver a la agente, el padre de la chica le dirigió una mirada como diciéndole «¿qué hago?». Aitana señaló una tecla en su propio teléfono, que el hombre entendió y pulsó el altavoz del suyo. El sonido de una voz distorsionada llenó el espacio.

—… Transferirán el equivalente a un millón de euros en bitcoin a la dirección que recibirán en los próximos minutos en el correo genérico de su empresa.

—Déjeme hablar con ella —pidió Antonio con firmeza.

Ajena a su súplica, la voz continuaba con su mensaje, monocorde e impersonal.

—Tienen setenta y dos horas para depositar el dinero en dicha dirección, o no volverán a verla con vida.

Julia se frotó la cara con las manos, angustiada.

—Espere, espere, por favor —rogó Antonio.

—Tenemos a la chica. Transferirán el equivalente a un millón de euros en bitcoin a la dirección que recibirán en los próximos minutos

en el correo genérico de su empresa. Tienen setenta y dos horas…

—Es una grabación —interrumpió Rafael.

El bucle se completó, inclemente: «… o no volverán a verla con vida». Y la llamada se cortó, después de haber reproducido dos veces seguidas el mismo mensaje. Antonio comprobó su correo en el teléfono y se dirigió al resto.

—Supongo que esta es la dirección donde hay que hacer ese ingreso.

Julia lo miró sin entender.

—¿Dirección? ¿Es una dirección?

—No, es una cadena de números y letras.

—¿Como una cuenta? —preguntó la madre.

Jaime se lo explicó a sus padres. Aitana prestó atención porque tampoco conocía el mundo de los bitcoins, y a juzgar por el rostro de su compañero, él tampoco.

—No es una cuenta bancaria —aclaró Jaime, intentando mantener la calma—. Es una dirección digital. Una especie de número de cuenta, pero en la red de bitcoin.

El padre frunció el ceño.

—¿Y eso dónde está?

—En Internet. No pertenece a ningún banco ni a ningún país. Es solo una cadena de letras y números. Si enviamos el dinero ahí, queda registrado en una base de datos pública. Ellos pueden comprobar que hemos pagado.

—¿Y cómo se envía? —preguntó la madre, con la voz quebrada.

—Primero hay que comprar los bitcoins. Se hace a través de una plataforma *online*, como una casa de cambio. Transferimos euros,

los convierten a bitcoin al precio de ese momento… y después se envían a esa dirección que nos han mandado.

—¿Y no se puede anular?

Jaime negó con la cabeza.

—No. Una vez confirmado, no. Es irreversible. Por eso lo piden así. No hay intermediarios que puedan bloquearlo.

El silencio se hizo más denso.

—¿Sabrán que hemos pagado?

—Sí. La red confirma la operación en unos minutos. Cuando aparezca registrada, ellos lo verán.

—¿Tú sabes hacer eso? —preguntó Julia a su hijo.

—No creo que sea difícil.

—Sé que están deseando acabar con esta pesadilla, pero les pediría que no se precipiten. No sabemos si ellos tienen a su hija, es una grabación, ni siquiera podemos pedir una prueba de vida —argumentó Aitana, con toda la cautela de la que fue capaz.

Atrajo una mirada furiosa de Julia.

—Pero ¿qué otra cosa podemos hacer…?

—Si decidieran pagar sin avisarnos, perderíamos capacidad de maniobra. Necesitamos controlar la comunicación, ganar tiempo y analizar cada mensaje. Incluso el envío de la dirección puede darnos pistas. Por supuesto, la decisión es suya, pero les pido que nos dejen trabajar.

Poco después entró Camilo. Vio las caras de su hija y su yerno, y su rostro granítico se transformó en una mueca de curiosidad.

—Papá, que dicen que la tienen —apuntó Julia, con un hilo de voz.

—¿Qué clase de negociadores hacen una grabación en vez de comunicarse con la familia? —exclamó Antonio, estrujando el

aparato en sus manos.

Aunque tenía sus propias intuiciones, Aitana no respondió. En muchas ocasiones esas llamadas resultaban ser falsas, fruto del oportunismo, la codicia o el sadismo ajeno. El bitcoin era solo un revestimiento moderno para estrategias antiguas, propias de los peores instintos del ser humano. Se mantuvo en silencio, no quería contribuir al manejo de expectativas, positivo o negativo, de la familia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julia, espantada.

Con el miedo, sus ojos parecían aún más grandes e, inyectados en angustia, miraban a todos los presentes. De repente, comenzó a hiperventilar. Usnavy se marchó ligera y reapareció con una jarra de agua, se sentó a su lado y le acercó un vaso, que ella tomó con ambas manos, sacudidas por un invencible temblor.

—No se puede descartar que sea una comunicación auténtica, pero sin prueba de vida, yo les aconsejaría que no hicieran nada por el momento —dijo Aitana con serenidad.

—Pero… —interrumpió Antonio, sin saber cómo completar la frase.

—Necesitamos rastrear la llamada y hacer algunas comprobaciones —explicó ella.

—Tenemos el dinero. Yo solo quiero que mi hija vuelva a casa —insistió Julia.

Antonio miró a su mujer con algo similar al reproche.

—Bueno, Julia. Eso tendremos que verlo, ¿no? Los agentes tienen razón. Podemos pagar y que no sirva de nada —apuntó, conteniendo su desesperación.

—¿Tienen un millón de euros en efectivo para entregarlo ya? —acertó a decir Aitana, intentando disimular su sorpresa.

Camilo señaló a su yerno, como si quisiera reprocharle su actitud.

—Tú en esto no te metas, Antonio.

Sumiso, el padre de Valentina se calló. Se hizo un silencio espeso, en el que solo se oían los jadeos de Julia, como un pez boqueando fuera del mar.

—Miren, sé que es difícil, y que les gustaría hacer todo lo que pudieran para acabar con esta situación. Pero esa llamada no ha ofrecido ningún dato especial, podría haberla hecho cualquiera —explicó Aitana.

—No creo que nadie en este pueblo nos quiera tan mal —intervino Antonio.

—Ni siquiera tiene por qué ser alguien del pueblo —continuó Aitana, dejando caer una pesada losa de realidad sobre la familia—. Ahora toda España busca a su hija, y eso a veces es una bendición, y otras…

Julia ahogó un gemido, apoyó su rostro húmedo en el brazo de Usnavy, quien la abrazaba con su ancho cuerpo.

El teléfono de Antonio volvió a pitar. En esta ocasión, era un mensaje de WhatsApp. En él, había una foto de Valentina, con el pelo azul, envuelta en una manta y acurrucada en una butaca, dormida, drogada o muerta. La mostró a su mujer, que se puso en pie de un salto.

—Mi niña —gimió Julia con la voz quebrada—. ¡Ahora tienen que hacer algo!

Camilo se acercó a Antonio, que les estaba mostrando la imagen. Rafael y ella la miraron también.

—Está dormida, ¿verdad? —preguntó Julia, entre el alivio y el terror.

Aitana valoró qué hacer.

—Yo me quedaré con ustedes para cuando vuelvan a llamar —concluyó.

—¿Y si no vuelven a llamar? —titubeó la madre, su voz cada vez más tenue, estaba casi sin habla.

—Los llamaremos nosotros —la calmó Rafael.

—Es un número oculto —dijo Antonio.

—Tenemos nuestros sistemas —argumentó Aitana—. Como les decía, yo me quedaré aquí. Rafael irá a la comandancia de Teruel a rastrear el origen de la llamada.

Usnavy, discreta, se levantó del sofá y anunció:

—Prepararé café. O tila.

—Es muy importante que no hagan o digan nada sin consultarlo conmigo —pidió Aitana—. Enseguida vuelvo.

Acompañó a su vehículo a Rafael y le dio las llaves.

Por precaución, dejaron unos segundos de silencio antes de decir lo que realmente pensaban.

—¿Qué opinas?

—Que son presa fácil para los carroñeros. Todo el mundo sabe que son ricos. Será muy difícil convencerlos para que no paguen.

—¿Y los culpas? —quiso saber Rafael.

—No, claro que no. Pero una grabación y una foto… está casi al alcance de cualquiera, quién sabe si es auténtica.

—A ver qué dice el rastreo de la foto y de la llamada.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Aitana.

—Lo del bitcoin suena profesional. Las direcciones no llevan un nombre asociado a simple vista, aunque las operaciones quedan registradas públicamente. Si además han ocultado la conexión con

una vpn, no nos lo ponen fácil. ¿Y lo de la pasta? ¿No te parece increíble que dispongan de tanta?

—Que tengan un millón no me sorprende. Que puedan movilizarlo tan rápido, sí —contestó—. De todas formas, habrá que pedir una declaración patrimonial de todos los miembros de la familia.

Antes de despedirse, quedaron en hablar en cuanto tuvieran alguna novedad. La lluvia arreció sobre sus cabezas y los dos se marcharon corriendo en direcciones opuestas. Ella a la casa de los Guzmán, y Rafael, al coche. Mientras se adentraba en la vivienda, en la que reinaba un incómodo silencio, Aitana pensó en que Julia, al ver la foto de Valentina, se había abrazado a Usnavy en vez de a su marido. Recordó entonces cómo se habían ignorado en la feria de la trufa. Los dos parecían habitar en dos esferas opuestas, pero la tragedia los había hecho encontrarse de nuevo en la misma y urgente realidad: su hija había sido secuestrada.

9

La oscuridad había caído sobre la finca de los Guzmán y la llamada no se había repetido. Aitana había dejado en la casa al sargento Marchena para que la familia se sintiera más tranquila. Ahora Montes, el joven cabo musculoso, la llevaba a la comandancia de Teruel, donde se reunirían con el juez y con Roca para evaluar las novedades que el rastreo de la llamada había aportado.

Aitana consultó su teléfono: Mauro le había enviado una foto de Daniela durmiendo sobre su pecho, babeándole la camisa, y en una asociación de ideas tan involuntaria como fugaz, la imagen de Valentina en aquella foto, dormida o muerta, la asaltó de nuevo. Sintió que se había dejado algo en el salón de esa casa, en la respiración entrecortada de Julia, en el apremio con que contemplaba el rostro de su hija, convenciéndose de que estaba viva. De repente notó que le faltaba el aire, igual que a la madre. Montes la sacó de su espiral de preocupación.

—Así que han llamado unos tipos, ¿eh? —preguntó.

Aitana asintió. No quería darle más información de la necesaria.

—No creo que sea nadie del pueblo, aunque no sea por falta de ganas —apostilló el guardia.

De repente, Aitana se interesó en la conversación. Una de las bellezas del oficio era que a veces no había que deslomarse en los

interrogatorios, sino simplemente permitir que la gente hablara; y no solo los testigos, sino también, como en este caso, los compañeros del cuerpo. En ocasiones, la información aparecía sin buscarla. Pero había que estar dispuesta a escuchar y a ejercitar la paciencia y la intuición.

—¿Y eso?

—Mucho dinero, muy rápido. Este es un pueblo de gente de campo. Yo hablo mucho con unos y otros, y al final lo que se piensa es que la familia Guzmán ha hecho exactamente lo mismo que los demás, arar el campo, pero que han tenido una suerte tremenda. Y a la gente no le gusta la suerte ajena.

—¿Quién comenta eso? —se interesó Aitana.

—Nadie en particular. Es una cosa extraña…, porque en el Fitruf y en todas partes el alcalde habla de la familia con mucha admiración, diciendo que el pueblo les debe mucho, y es verdad…, pero a la que se descuidan, se cagan en su puta madre.

Aitana lo miró con cierta sorpresa.

—Perdón.

—No tiene importancia.

Montes pisó el acelerador, quizá se había dado cuenta de que se estaba excediendo.

—¿Alguien les ha robado? —preguntó Aitana.

—Bueno, desde lo de su hermano…, que ya lo sabe usted, ¿no? —respondió el guardia.

—Sí, algo leí en la prensa.

—Se sentía maltratado por el padre y por la hermana, así que se montó una empresa *online* y se puso a mangar trufas de la finca por

las noches. A saber lo que se levantó antes de que lo pillaran. Que es lo que quería, en mi opinión: darles en toda la cara.

Aitana miraba por la ventana con indiferencia para que no se cohibiera.

—Parece mentira, pero con una trufa que les afanara al día, ya se sacaba un buen dinero.

Ya estaban en el área urbana de Teruel y a Aitana se le antojó que al final el viaje podía resultarle, contra todo pronóstico, corto.

—Y aparte del tema del hermano, ¿ha pasado algo más? ¿Alguna riña vecinal? ¿Alguna disputa?

—Bueno, siempre hay cosillas.

—¿Cosillas?

—Después de que expulsaran a Richi de la casa, siguió habiendo robos de trufas, sobre todo por la noche, y una vez envenenaron a un perro de la finca, de los buenos, de los que encuentran las trufas.

—¿Y quién fue?

—Nunca quedó claro. Pero al abuelo le fastidió muchísimo. Pasa más tiempo con esos perros que con la familia. Además, tampoco quisieron investigar. Son muy celosos de sus cosas. Después de eso, pusieron las cámaras, sensores de infrarrojos y qué sé yo. Ni siquiera la casa de los condes de Valdierra tiene tanta seguridad.

—¿Los Valdierra?

—Sí, los condes de Valdierra. ¿No le han hablado de ellos? Viven arriba, en la ladera de la montaña. Tienen una finca preciosa, una casa de esas como las de las revistas, y unas vistas del copón. Estuve yo ahí hace poco por un tema de tráfico, una chorrada, pero… hice unas fotos. Se ven la iglesia y el pueblo como una miniatura. Más bonito…

—No sabía yo de la existencia de esta familia —comentó Aitana.

—Antiguamente eran los dueños de todo en Sarrión. Y cuando digo «antiguamente», le digo desde la Edad Media hasta qué sé yo, bastante después de la Guerra Civil. El hijo tiene el restaurante ese, Quercus. ¿Ha oído hablar de él? Tiene una estrella Michelin o algo de eso.

—No. ¿Ha estado allí?

—Qué va, yo en un sitio como ese no tengo ni para pagar el pan, pero se supone que es buenísimo. A veces vienen famosos al pueblo solo para comer allí. Y ya le digo que entran muy contentos, y salen mucho más contentos aún —concluyó Montes, y liberó una risotada antes de añadir—: Siempre se ha dicho que entre los Guzmán y ellos hubo mala sangre.

—¿Por qué?

—No lo sé, quizá sea un rumor, y no me gustaría decirle nada que no sé si es verdad. Para eso mejor callarme, ¿no?

El coche entró en el aparcamiento del cuartel. Aitana decidió investigar todas esas cuestiones más tarde.

Cuando entró en la sala, el juez Cámara y Rafael estaban reunidos con una chica veinteañera de origen asiático, tenía el pelo trenzado, que le caía sobre la nuca, y unos ojos rasgados, astutos y atentos. Aitana se dio cuenta de que era la primera vez que veía a una mujer asiática vestida con el uniforme de la Guardia Civil. Que una joven inmigrante formase parte del cuerpo le resultó conmovedor. La chica tenía frente a sí un portátil moderno y reluciente que contrastaba con la estética rancia de la sala del cuartel. Se puso en pie y le dio la mano, sonriente y respetuosa.

—Ella es Sandra Yang López, de la brigada tecnológica —se la presentó Rafael—. Ha venido a ayudarnos, porque la llamada no fue hecha desde un teléfono, sino desde un ordenador. En vez de línea, tenemos una ip —matizó Rafael.

—¿De dónde?

—La ip está situada en Londres.

El juez Cámara la miró con extrañeza. Aitana tampoco entendía nada. ¿Londres? Era imposible que la muchacha estuviera en Londres.

—Londres y Bitcoin. Hay muchas posibilidades de que sea un *hacker* profesional que ha seguido el caso a través de la prensa —dijo Sandra.

—Por supuesto, pero aun así habrá que investigarlo, ¿no? Tampoco tenemos mucho más —añadió Roca.

—Sí, pero la trampa de Internet es que podría ser Londres como podría ser Kazajistán. O Rusia. Nada más fácil que levantar un cortafuegos detrás de otro…

—¿Y la foto que les hicieron llegar? —preguntó Aitana.

Sandra abrió su portátil, pinchó en una carpeta y le mostró un pantallazo de Instagram. Era la misma foto, oportunamente manipulada. Aitana pensó que Roca y ella eran dos imbéciles por no haber caído en buscar allí.

—Esta la colgó a finales de verano, es la original, que como ven ha sido manipulada. Estoy revisando el resto de sus redes sociales, pero por el momento no he encontrado nada muy llamativo. No interactúa demasiado ni comparte apenas —informó Sandra.

Se fijaron en la imagen. En ella aparecía Valentina, dormida en una hamaca, y junto a ella, detrás de la tela y de pie apoyada en el

árbol, una joven sonriente de su edad.

—Por la postura diría que está durmiendo en una hamaca; hay otra chica etiquetada, Inés Parra, que aparece en la lista de allegados y personas de interés.

—Inés. Es la chica a la que pensaba ver en la zona de bares la noche que desapareció, según le dijo a su abuelo. Pero canceló su cita con ella poco antes —detalló Rafael, para que lo supiera el juez —. Por favor, sigue, Sandra.

—Por el fondo, parece que están aquí, en el pueblo. En cambio, en la foto recibida por la familia, han borrado el fondo, la amiga e incluso la parte de tela que da a entender que es una hamaca. Está bien hecho, pero podría no ser profesional, hoy en día hay muchas herramientas para alterar fotografías.

El juez los miró con cierta severidad. No parecía muy contento.

—¿Han hecho alguna petición a la Interpol?

—Sí, hemos pedido toda la información disponible sobre la ip.

—Bueno, si fuera ustedes, seguiría aplicándome —recomendó el juez, con una ironía malévola que molestó a Aitana.

—Por supuesto, señoría, pero prefiero no comentarle esto a la familia hasta que no tengamos la certeza de que no hay nada serio detrás —le respondió.

El juez le dedicó una mirada de indiferencia que resultaba fácil de leer: «Haz lo que quieras». Sandra dijo que investigar la cuenta de Bitcoin iba a ser complicado, y que buscaría más datos alrededor de esa ip mientras esperaban la información.

Roca y Aitana abandonaron el cuartel y se dirigieron al aparcamiento. Roca se ofreció a conducir, pero Aitana se puso tras el volante. Mientras, su compañero abrió un mensaje.

—Tengo el contacto de la amiga, Inés Parra. ¿La llamo?

—Sí —afirmó Aitana, y buscó en el navegador una gasolinera; estaban en la reserva de combustible.

Roca hizo la llamada. Aitana miró de reojo su móvil antes de incorporarse a la autovía Mudéjar y vio que tenía dos llamadas perdidas de Mauro. No había podido hablar con él desde ayer, y ya era de noche. Una punzada de culpabilidad le atravesó el pecho como agua fría.

—De acuerdo, mañana estaremos allí. Gracias, Inés. Un saludo.

Roca colgó.

—Estudia en Teruel, pero está en Sarrión; está preocupada por su amiga. La he citado mañana por la mañana.

Aitana asintió y tomó el carril de la vía de servicio. Se detuvo frente a un surtidor. Agarró su teléfono y le dio su tarjeta de crédito a Roca.

—Llena el depósito, que tengo que hacer una llamada, por favor.

Roca ojeó la tarjeta con una sonrisa.

—Nadie se dará cuenta de que no soy Aitana.

—Si te dicen alguna gilipollez, enséñales la placa.

—De acuerdo, mamá.

Aitana le sonrió, y se apartó del surtidor para hablar; el viento era tan potente que terminó entrando en la tienda para hacer la llamada. La perspectiva de que su marido estuviera enfadado no le preocupaba demasiado, pero le angustiaba no saber nada de su hija.

Tras un par de tonos, descolgó.

—Aitana —saludó Mauro con la voz seria que ponía cuando no estaba solo. Su intuición le dijo que estaba allí su madre, su querida

suegra, probablemente ocupando su lugar junto a su hijo, la desvalida criatura de cuarenta años.

—¿Dónde estabais anoche? —preguntó Aitana.

Hubo una pausa.

—Perdona, mi madre vino a dormir, de hecho, todavía está aquí, y yo aproveché para salir a cenar con los de la serie. Parece que se lleva muy bien con Daniela.

Ese comentario le escoció, por mucho que fuera su abuela. Seguramente estaría haciendo todo lo posible por escuchar la conversación con su hijo.

—¿Qué serie?

—Una que me acaba de salir. Bueno, de momento es un desarrollo, pero dicen que está vendido. Es gente muy maja, la verdad. A algunos ya los conocía de antes…

—Ya. Podrías haberme mandado un mensaje.

—¿Quieres que contemos cuántos me has ignorado tú?

Aitana se sorprendió de su tono. Era cierto que su frase había sonado a reproche, porque lo era, pero la crudeza de la respuesta de él la había desconcertado.

—Lo sé, pero yo estoy trabajando, cariño —contestó, intentando sonar conciliadora.

Una vez más, había caído en su trampa.

—¿Y yo no?

—No quería decir eso, pero… —empezó ella, sabiendo que la batalla estaba perdida y quién sabía si podía ser el inicio de una guerra cruenta, larga y dolorosa.

Mauro no dejaba pasar nunca una ocasión para victimizarse. Como trabajaba en casa y normalmente en chándal o en pijama, era

tentador pensar, por mucho que supiera que no era así, que el suyo no era un trabajo real, de los de toda la vida, como el de Aitana. Una profesión que requería madrugar, vestir con pulcritud, desplazarse, estar siempre en perfecto estado de revista. Cuando se conocieron, a ella le resultó encantador que fuera casero como un gato. Pero con el tiempo, su tendencia a ensimismarse y a vivir con aspecto de náufrago había perdido encanto para ella. Nunca se lo había comentado.

—Bueno, ya que te has dignado a llamar, no lo estropeemos —dijo él, cargado con su ironía marca de la casa, con la que confeccionaba páginas y páginas de chistes regulares, buenos y malos.

—Os echo de menos —reveló Aitana, atravesando con algo de verdad la deriva de la conversación absurda que estaban teniendo.

—Nosotros también —correspondió Mauro, ablandándose y bajando el escudo.

Se oyó el llanto de Daniela de fondo.

—Dile que mamá la quiere y la echa de menos.

Se imaginó la carita rosada y bonita de su hija, contraída en una mueca de desesperación.

—Encuentra a la chica pronto y vuelve a casa, anda —susurró él, y ella no sabía si era un reproche o una súplica; su voz se oía rugosa, como a punto de quebrarse.

—Lo haré, lo prometo —afirmó Aitana, y no supo a quién dirigía la promesa. Si a su marido, a su hija, a los padres de Valentina o a sí misma. Se despidió y ambos colgaron.

Guardó el móvil en el bolso. En realidad, solo echaba de menos a la niña. ¿Eso era lo que se sentía al desenamorarse de alguien, o

simplemente lo que sentía por su hija era mucho más fuerte que cualquier otra emoción?

Al día siguiente, de nuevo en el coche, conducía Roca mientras Aitana se tomaba un segundo café, no había dormido bien. Se dirigieron a la casa de Inés Parra. Estaba en las afueras del pueblo, en una colonia impersonal de chalets pareados sin nada particular, todos con su verja y su diminuta parcela delantera.

La madre de Inés les abrió la puerta; la chica estaba haciendo galletas con su hermana pequeña. Esperaron a que se lavara las manos para trasladarse a su cuarto y hablar así con más intimidad.

La chica quiso conocer si había novedades en el caso de la desaparición de su amiga. Aitana la informó de que por el momento no. Que estaban dedicándose a hablar con su círculo más cercano y a repasar las últimas horas en las que fue vista en el pueblo. No sabía si alguien de la familia filtraría la llamada recibida, pero ella no iba a cometer esa torpeza. Roca le enseñó la foto original, la que Sandra Yang había encontrado en su Instagram.

—La que aparece detrás de ella eres tú, ¿verdad?

—Sí —asintió Inés, con una emoción en los ojos que luchó por controlar—, el verano pasado en su casa.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó Rafael.

—Ese día, el de la foto. Al acabar el verano yo empezaba Empresariales en Teruel y ella en la Escuela de Artes Cinematográficas de Madrid, la eac. Íbamos a vernos la noche que desapareció.

—¿Te había avisado de que venía al pueblo? —interrogó Aitana.

Inés hizo memoria.

—Me había escrito esa misma semana, contándome que iba a volver, aprovechando el puente largo en Madrid para venir a la feria. Pero el domingo, que es cuando íbamos a vernos, me puso una excusa a última hora.

—¿Qué excusa?

—No fue muy concreta. Un momento, que lo miro —dijo, y tomó su teléfono.

Mostró la última conversación con Valentina.

«Al final no voy a poder ir, lo siento, te llamo». Era su último mensaje. «¿Estás bien?», le había preguntado Inés. A lo que Valentina ya no había respondido.

El móvil de Aitana comenzó a sonar. Se levantó para contestar y salió del cuarto mientras Roca seguía conversando con Inés.

—Tenemos información sobre la llamada, teniente —lanzó Sandra de inmediato.

—Te escucho —contestó Aitana, cerrando la puerta con cuidado.

—Hay resultados de la ip. No tenemos datos del titular, pero desde la línea se compró un billete de tren de Teruel a Barcelona a nombre de un tal Freddy Highmore —la informó.

—No entiendo. ¿No estaba en Londres esa ip? ¿Cuál es la relación?

—La ip está localizada en Londres, sí. Pero Freddy, en teoría, estaba en ese tren el día siguiente a la desaparición de Valentina, o al menos compró un billete para hacer ese trayecto TeruelBarcelona.

—¿Entonces estaba en Teruel?

—Aún no lo sabemos.

10

Aitana se despertó a las seis de la mañana, intentando abrazar en vano a su hija, con quien había colechado los cuatro meses de su baja maternal. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Había algo de sudor en las sábanas, y su corazón, aún en reposo, latía a bastante velocidad. Se esforzó por respirar profundamente y se volvió a dormir. En este nuevo sueño se le apareció Freddy Highmore con varias caras, con distintos acentos, subiéndose a un tren y contemplándola desde lo alto como si la hubiera arrojado a una fosa. Esta imagen la expulsó del sueño poco antes de que sonara el despertador. Se duchó, se vistió sin prestarse demasiada atención y se dirigió al puesto de Sarrión, donde había reservado una sala para reunirse con el equipo.

Cruzó el centro del pueblo, no empleó más de cinco minutos en atravesar la plaza Mayor, con soportales llenos de bares, un templete de aire decimonónico, seguramente escenario de fiestas locales, y comercios típicos de la zona. A esa hora había un runrún de cargas y descargas, y el aroma a café emanaba de las entradas de los bares. Sarrión estaba despertándose aún. Miraba uno por uno a todos los vecinos, ¿alguno de ellos podría ser Freddy Highmore o esconderse bajo ese alias? El día anterior había encargado a Rico y a Montero preguntar por el pueblo y en el Ayuntamiento por ese nombre, y

esperaba que Sandra Yang encontrase más información. Si al menos tuviera una cara, o un retrato robot, podría disponer de un operativo en las carreteras para evitar la fuga del sujeto o detectar su circulación en la zona. Pero con un nombre, que bien podría ser un fantasma, lo único que podía hacer era esperar.

Dobló una esquina y enfiló la calle de la comandancia. Avanzó hacia el feo edificio de ladrillo, de pocas plantas y con una arcada pintada de amarillo, la consabida bandera española y un lema patriótico que no se molestó en leer. Entró, Rafael y Montes acudieron a recibirla; el guardia les indicó la sala que les había reservado para trabajar, y tras acompañarlos, los dejó solos; ya había conseguido educarlo.

Era una estancia apartada, con un ordenador, una mesa, cuatro sillas y una ventana con marco de aluminio que daba a un desolado patio interior. Ya sabía lo espartanos que eran los espacios de los cuarteles, pero este era especialmente desolador.

—¿Ha habido noticias de Sandra Yang? —preguntó Aitana a Rafael.

—No, ni de ella ni de Interpol.

Llegaron entonces Teresa Rico y Adrián Montero a informarla de lo que habían averiguado desde el día anterior.

—Hablamos con control de pasaportes y con renfe. Nadie llamado Freddy Highmore ha entrado a la península por avión en los últimos meses, ni tampoco comprado un billete de tren nominativo —comunicó Teresa.

—Podría haber llegado en trenes de larga distancia o en vehículos privados, quién sabe si empleando documentación falsa.

Aitana asintió.

—¿Habéis hablado con las personas que os pedí?

—Sí, fuimos al bar del inglés, Alban. Le preguntamos por ese nombre y, como no lo recordaba, le preguntamos también por cualquier inglés que viniera a la feria de la trufa o por esas fechas al bar —confirmó Teresa.

—¿Y qué respondió?

—Que conocía a dos o tres ingleses, un comercial, un distribuidor y un chef que venían casi todos los años, pero que ninguno se llama así. Nos dio los nombres. Hemos hablado con ellos, en efecto acudieron algún día de la feria, pero ninguno conoce a Freddy Highmore. Además, regresaron a Inglaterra el mismo día que acabó la feria.

—¿Qué más? —preguntó Rafael.

—Hemos preguntado en todos los hoteles de Teruel por ese nombre, o por algún inglés que tuviera destino o residencia en Barcelona, como indicaba el tren. No ha habido coincidencias.

—También hablamos con la directora del comité que organiza la feria, que coordina el Ayuntamiento del pueblo. No hay ninguna acreditación oficial con ese nombre. Nos sugirió que habláramos con el alcalde, y hemos pedido a su secretaria hora para que ustedes lo visiten, por si les parece adecuado.

—Buen trabajo, gracias —felicitó Aitana—. Pueden retirarse.

Rico y Montero se despidieron. Aitana siguió con la conversación, con la esperanza de que apareciera algún indicio que hubieran pasado por alto.

—Tenemos, por un lado, a una familia millonaria, un tío marginado de la familia sin un duro, un padre un tanto desapegado y una chica bastante caprichosa y con cierto desdén hacia su parentela —

empezó Rafael—, y por otro, un señor inglés que oportunamente pasaba por aquí la noche de su desaparición.

—A quien nadie ha visto —señaló Aitana.

—A quien nadie ha visto. Quizá fuera un amigo de Valentina, alguien a quien conoció en Londres o en Madrid. Lo de que era viajante de comercio es una suposición que hemos hecho, pero no lo sabemos con seguridad —caviló Roca.

—Tenemos a Valentina. Se levanta el día de su desaparición, se va con Escarcha a pasear al campo, regresa a la hora de comer a la finca familiar y después su abuelo la lleva a recoger las cámaras y a la feria. Por la noche, ha quedado con su amiga Inés, a quien hace mucho tiempo que no ve, pero cancela inesperadamente la cita a última hora y sin dar explicaciones. Aunque a su abuelo le dice que ha quedado en la zona de bares, y allí la deja sobre las once de la noche.

—Quizá recibe un mensaje de alguien, aunque no lo podemos saber porque su teléfono no ha aparecido, y cambia de planes.

—Valentina ha podido hablar con esta persona con la que se ha citado en algún momento, ve a mucha gente el día que desaparece. Quizá se encuentra con alguien en el pueblo o en la feria, y ella normalmente no está en Sarrión. A lo mejor hay un conflicto, por eso la otra persona quiere volver a verla, para arreglarlo, para convencerla de algo…, pero en un entorno que pudiera ser más discreto, o al menos, no ante la vista de todo el pueblo.

—Además, nadie recuerda haberla visto en ninguno de los bares de la zona. Quizá fue solo un punto de encuentro y se marcharon a otro lugar.

—Pudo ser una cita que sale mal. Una discusión de pareja que acaba de forma violenta —apuntó Aitana, a quien ese escenario le resultaba muy familiar. Un desencuentro sentimental. Una obsesión masculina por una mujer joven, un tipo que malinterpreta las señales y cree que la chica tiene una disposición que en realidad no tiene. Lo había visto muchas veces.

—Pero entonces la llamada del secuestro no encaja —aseveró Rafael, intentando cuadrar la petición de rescate y a Highmore en la teoría.

—Podría ser para despistar —elucubró Aitana.

—Sí, pero igualmente nos está atrayendo hacia él —dijo Rafael—, porque estamos abriendo escenarios nuevos.

—A no ser que, deliberadamente, estuviera usando la ip de otra persona para dirigir las miradas y las culpas hacia alguien distinto.

Montes entró de nuevo, con un teléfono en la mano.

—Disculpe, teniente. Estoy al habla con la secretaria del alcalde. Me pregunta si pueden ir ahora; puede atenderlos antes del pleno.

Poco después, Aitana y Rafael esperaban al alcalde en la recepción del Ayuntamiento. El consistorio tenía una modesta entrada, con una sala de espera frente al mostrador. De esa estancia salía un pasillo que daba a la sala de plenos, y al fondo, el despacho del alcalde, del que la secretaria iba y venía sin mirarlos, como si fueran invisibles.

En la sala había todo tipo de propaganda sobre las actividades de trufiturismo. De una pila de folletos idénticos, Aitana tomó uno de Fitruf, la feria de la trufa en cuyo último día se había producido la desaparición de Valentina, y se lo guardó en el bolsillo. Aunque se había celebrado hacía casi dos semanas, el montón de trípticos seguía estando allí.

El edificio no había sido reformado en un par de décadas. De las paredes pintadas con gotelé pendían fotos antiguas, a las que el tiempo había impregnado de un tono sepia. Imágenes aéreas del pueblo, de cuando este era poco más que el centro empedrado de origen medieval, con su plaza Mayor, su iglesia y unas pocas calles a su alrededor, rodeadas de granjas y cultivos.

También había retratos de los habitantes del pueblo en las fiestas, y algunas del alcalde, Arturo Valdivia, con otras autoridades de la zona. En una de ellas aparecía junto a Antonio Salas, padre de Valentina; ambos estaban abrazados por los hombros, con amplias sonrisas que hicieron pensar a Aitana que esos dos hombres debían de ser buenos amigos. Por fin la secretaria del alcalde los hizo pasar a su despacho.

Arturo Valdivia estrechó la mano de ambos. Parecía tener poco más de cuarenta años, era aseado y guapo, con una sonrisa cordial; tenía el pelo largo, reluciente y liso, recogido en una coleta, y su ropa era moderna y cara. Su imagen contrastaba con la sencillez de su anticuado despacho.

—Perdonen que no pueda dedicarles demasiado tiempo. Ustedes dirán —dijo, mientras los invitaba a sentarse.

—Estamos buscando a un ciudadano de Reino Unido, llamado Freddy Highmore —comenzó Roca—. Podría tener que ver con la desaparición de Valentina.

Aitana leyó genuino desconocimiento en los ojos del alcalde.

—No me suena —confesó—, aunque conozco a muchas personas, lógicamente. ¿Cómo podría ayudarlos?

—Entendemos que pasa mucha gente por el pueblo, especialmente durante la feria de la trufa, muchos comerciantes, muchas visitas turísticas… y que por su mano y por el pleno del Ayuntamiento pasan muchos contratos. Ya hemos hablado con el comité organizador de la feria, pero pensamos que quizá sabría decirnos algo —complementó Aitana.

—Lo entiendo. ¿Me permiten que le pida a mi secretaria que haga una búsqueda en nuestra base de datos? —propuso.

Los dos guardias civiles asintieron, y el alcalde levantó el teléfono y dio la orden.

—¿Qué tal los trata el pueblo? —preguntó.

—No tenemos queja, gracias —cortó Aitana, intentando no dar pie a una conversación banal.

—¿Cuántos días llevan aquí? —quiso saber el alcalde.

—Apenas tres días, pero muy intensos —contestó Roca, sonriente.

La secretaria llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Disculpen. No consta nadie con ese nombre en el registro de contratos adjudicados, tampoco en la agenda ni en el buscador de correos electrónicos.

—Highmore estuvo al día siguiente de la desaparición de Valentina en un tren de Teruel a Barcelona. ¿Dónde podríamos buscarlo? —consultó Roca.

El alcalde seguía sin tener ni idea.

—¿Han probado en los hoteles de la zona? —tanteó.

—Sí, ya lo hemos comprobado —confirmó Rafael, casi molesto por la obviedad.

La secretaria les recordó que el pleno estaba a punto de comenzar. Aitana notó que el regidor estaba intranquilo. Pensó en la

foto de Antonio con el alcalde que había visto antes de entrar.

—¿Qué podría decirnos de Antonio Salas? —inquirió.

—¿Decirles respecto a qué? —dijo el alcalde, con un velo de incomodidad en los ojos.

—Por la foto que hay fuera, parece que tienen bastante confianza.

—Antonio se implica mucho en la feria de la trufa. Nos conocemos desde hace muchos años —arguyó, casi a modo de excusa.

—Nos gustaría saber cómo es su amistad, si hay algo que le haya llamado la atención sobre su comportamiento en los últimos tiempos, o cualquier detalle llamativo.

—Organizar Fitruf es muchísimo trabajo, y Antonio conoce a todo el pueblo y a muchos clientes; siempre es una gran ayuda.

—¿Diría que la familia Guzmán es querida en el pueblo? —preguntó, recordando las palabras del cabo Montes.

—Bueno —empezó el alcalde, y se notó cómo flotaba en el aire una pausa, típica de los políticos cuando quieren calibrar bien su lenguaje—, en los pueblos, ya se sabe… Se tolera a los que siempre han sido ricos, pero a los que han hecho fortuna en poco tiempo, como ellos, se los mira con más envidia —afirmó—, y la envidia en este pueblo es un asunto muy serio.

Aitana intentó discernir si era una frase dramática para apoyar un lugar común o si, por el contrario, escondía alguna historia. Valdivia lo aclaró enseguida.

—No ha habido ningún Puerto Hurraco por estos lares, agentes. Simplemente, la vida de los Guzmán, los ricos de ahora, es la comidilla del pueblo.

—Pero no son los únicos. ¿Qué me dice de los condes de Valdierra? —preguntó Aitana.

—Ah, los condes. Por supuesto que se los envidia, pero siempre han sido ricos, siempre han tenido ese palacio, en la ladera, dominando el pueblo. Forman parte del paisaje, como el Portal de Teruel, o la ermita de San Roque, o la iglesia de San Pedro. Es un linaje de siglos.

—Tengo entendido que las dos familias tuvieron problemas en el pasado.

Valdivia arqueó las cejas.

—No conozco los detalles —se excusó el alcalde—, quizá los condes o los Guzmán pueden hablar con más propiedad de lo que pasó entre ellos. Hubo mucha mala sangre en la Guerra Civil, y no solo entre ellos, hay muchos lugares del pueblo que todavía tienen balazos, y si van por la zona del barranco de la Hoz, podrán ver unas cuantas trincheras. Todo eso está bien documentado en el Museo de la Guerra Civil del pueblo.

Rafael tomó nota, y el alcalde echó un vistazo a su reloj.

—Tengo que marcharme ya. Espero que puedan encontrar a esta persona. Díganme si los podemos ayudar en algo más.

Fue todo sonrisas mientras se despedía, pero parecía tener ganas de perderlos de vista. La calle los recibió con una fuerte ráfaga de viento helado, como la bofetada de una mano invisible.

Aitana y Rafael se encaminaron al coche.

—¿Puedes encargarte de avisar a los condes de que queremos visitarlos? —tanteó Aitana.

—Sí, de acuerdo —aceptó Rafael.

Mientras abría la puerta del coche, añadió, divertido:

—Es el alcalde más guapo que he visto en mi vida.

—Ya te digo, tiene el mejor pelazo de Aragón —remató Aitana, dejando perplejo a Rafael, que la miró con sorpresa.

A ella le entró una súbita carcajada que contagió a su compañero, y ambos siguieron con la sonrisa puesta mientras Roca arrancaba el vehículo. Se cruzaron una mirada, pudorosa pero también cómplice. El sonido del teléfono rompió el momento. Era Sandra Yang:

—Tengo novedades, teniente.

—Espera, que te pongo en altavoz, estoy aquí con Roca —respondió Aitana.

La voz de la agente llenó el interior del coche.

—Ya tenemos la ip desde la que se hizo la llamada pidiendo el rescate —informó Sandra—. La llamada no se hizo desde Londres, sino desde Sarrión.

11

Rafael y Aitana entraron en el bar de Alban. A las cinco y pico de la tarde había varios vecinos tomando café, alguna copita, y en las mesas un par de ancianos jugaban una partida de dominó. Aitana pensó que el bullicio, la luz y el calor del local eran un buen antídoto a la oscuridad, el frío y el viento helador del exterior. Por encima de sus cabezas la televisión emitía un magazín informativo. La misma reportera que había visto en la cafetería del hotel estaba haciendo una conexión en directo en la plaza de España de Sarrión, ante el Ayuntamiento, y comentaba, o eso imaginaba, la ausencia de novedades y pistas en el caso. La tranquilizaba que la petición de rescate económico no se hubiera filtrado.

Alban los estaba esperando en la barra, apurando un té, inquieto y casi angustiado. Aitana pensó que no era el rostro de un delincuente, sino el de una persona espontánea e impulsiva, poco dada a camuflar sus emociones.

—Buenas tardes, Alban. Nos gustaría hablar con usted y hacerle algunas preguntas —dijo Rafael, y Aitana percibió que el rostro de su compañero se había endurecido.

—Buenas tardes. Yo hablo con ustedes, pero no creo que sirva de mucho porque yo no tengo nada que ver —contestó.

—Nadie está acusando a nadie —lo tranquilizó Aitana, intentando relajar el ambiente.

—Si quiere, podemos hablar aquí, o en el cuartel —soltó Roca sin sonreír, decidido a ser el poli malo por un día.

Alban ahogó un gemido.

—Ahora mismo estoy yo solo y la camarera no viene hasta las siete —se quejó, como si le diera apuro.

El inglés miró a su alrededor y, tras titubear unos instantes, sugirió que podrían ir al almacén. Levantó un extremo de la barra, que chirrió sobre sus bisagras al abrirse. Los invitó a pasar.

—Tengan cuidado, es muy resbaladiza —advirtió— y no hay *mucho* luz.

Ante la mirada indiferente de buena parte de los clientes del bar, Alban abrió una tapa metálica situada en el suelo, que descubrió unas desgastadas escaleras de piedra por las que descendió encogido para no golpearse la cabeza.

Los guardias civiles lo siguieron. La humedad y el aroma a corcho revenido golpearon en la nariz de Aitana, que, al poner su pie en el segundo peldaño, se deslizó y perdió el equilibrio. Con un movimiento ágil y preciso, Roca se giró, le tomó el brazo e impidió que se cayera. Ella posó ambos pies en el escalón y se lo agradeció con una mirada. Después, y sin decir nada, Rafael llegó abajo y le tendió la mano. Aitana se apoyó en el firme antebrazo de su compañero. Después, se dirigió con amabilidad a Alban, que los esperaba retorciéndose las manos.

—Alban, no quiero que se ponga nervioso. Solo queremos hacerle unas preguntas sobre la desaparición de Valentina.

—Yo no sé nada de eso. Conozco a la chica desde que era pequeña —interrumpió, nervioso—, y a toda su familia.

Detrás de él, un montón de cajas de cerveza llenaban el angosto espacio, y al fondo, había un bodeguero metálico cubierto de polvo. También sacos de patatas, conservas, y en una esquina, arrinconados, utensilios como escobas, fregonas y productos de limpieza. El suelo estaba limpio y en cada esquina había trampas para insectos y ratas. El murmullo de las charlas, el tintinear de los vasos, incluso el chasquido de las fichas de dominó al chocar contra la mesa, toda la actividad de la planta superior se percibía distorsionada y amortiguada por encima de sus cabezas.

—La familia de Valentina ha recibido una llamada pidiendo un rescate por la chica —dijo Rafael, creando una nube de vaho alrededor de su cara.

—No lo sabía —se disculpó el inglés.

Aitana, que empezó a sentir la nariz y la punta de los dedos fríos, se metió las manos en los bolsillos.

—La llamada de rescate se ha hecho desde su línea. Desde este bar —incidió Roca.

—No entiendo —contestó Alban desconcertado.

—Unos compañeros nuestros vinieron a preguntarle por un tal Freddy Highmore —siguió el sargento—. Usted dijo que no sabía quién es ni lo ha visto nunca.

—Sí, no, o sea sí los vi, y sí se lo dije, les dije que no lo conozco.

—No sería buena idea encubrirlo —aseguró Roca, y Aitana descubrió que su compañero podía imponer bastante si se lo proponía.

Alban los miraba aturdido. Aitana entendió que tendrían que explicarle la situación mejor.

—Se ha usado su línea, pero no de teléfono, sino de Internet. En concreto, desde el vpn que quien sea que haya llamado a la familia para pedir dinero ha usado para enmascarar su rastro. Parecía que estuviera en Londres, pero no, fue hecha desde su red.

—No sé lo que es el vpn —balbució el inglés con un hilo de voz.

—El vpn es una red privada de Internet que permite al usuario redirigir sus operaciones a través de un servidor remoto —aclaró Rafael. Aitana vio que la cara de asombro de Alban iba en aumento —. La gente usa la conexión vpn para ocultar su identidad o para acceder a contenidos restringidos —concluyó.

Alban abría y cerraba la boca, en un titubeo con el que no acertaba a formular ninguna palabra.

—Muchos criminales lo usan para ocultar su rastro —explicó Roca —, y también mucha gente que no lo es. Les sirve para acceder a dominios de Internet que no son accesibles desde determinados territorios. ¿Hizo usted esa llamada, o alguien que usted conozca?

—¿De qué me acusa? —respondió Alban, elevando la voz, asustado.

—No tiene por qué haber sido usted. Pero necesitamos saber quién fue. Piense.

Alban cayó en la cuenta de algo y respiró aliviado.

—Ah, *shite*. Le pagué unas libras a un chaval que encontré en Internet para poder ver la Premier desde el bar, y así ahorrarme el paquete ese, es muy caro. Supongo que usaría el sistema que dicen.

—¿La Premier? —preguntó Aitana sin entender.

Roca le susurró:

—La Premier League, la liga de fútbol inglés. —Miró a Alban para seguir con las preguntas—: ¿Cuándo fue esto?

—Hace dos o tres años. Sé que está mal, pero prefiero comprar buenos filetes antes que… —se calló para no seguir justificándose.

—Necesitamos el contacto de este chico que le puso el vpn —dijo Rafael.

Alban intentó hacer memoria.

—Ahora mismo no recuerdo, imagino que lo tendré por algún sitio…, pero si algo recuerdo, es que lo hizo en remoto, no llegó a venir al bar.

Aitana le pidió que mirase en su agenda. Alban dijo que la tenía arriba y pidió permiso para subir a por ella. La teniente asintió y el inglés, aliviado, ascendió los peldaños para regresar al bar. Roca le tendió la mano a Aitana para subir la resbaladiza escalera.

—Si quiero caerme, es asunto mío —protestó ella, y él hizo un gesto como si quisiera decir que, por él, todo estaba bien.

—Una cosa antes de que subamos, jefa. —Aitana se giró—. Siento ser aguafiestas, pero… Freddy Highmore podría ser cualquier persona que entrase en este bar, se conectara a la wifi y grabara el mensaje programado para ser enviado como llamada telefónica. Hay muchas aplicaciones y páginas web que sirven para eso.

—¿Entonces qué podemos hacer? —preguntó Aitana.

—No sabemos cuándo accedió, ni con qué dispositivo. Desde luego podemos ir pidiendo la información a la brigada tecnológica, porque, si el servidor está en el extranjero, pueden tardar varias semanas en autorizar la entrega de esos datos. Y cuando llegue, como mucho nos dará información del dispositivo desde el que se

conectó y la hora —respondió Rafael—. Será mejor que subamos antes de quedarnos encerrados en la mazmorra esta.

Aitana asintió, puso los cinco sentidos en no caerse, y Roca la siguió, podía notar que estaba pendiente de ella. Al otro lado de la portezuela metálica estaba Alban, que la ayudó a salir de allí.

Aitana resopló un poco por el esfuerzo.

—Entonces, ¿tengo que ir al cuartel o ya no? —les preguntó el inglés, aún con algo de miedo en el cuerpo.

—Busque el contacto de este chico —le pidió Rafael, amable pero firme.

Alban fue a por una agenda y empezó a revolverla con urgencia, pero al poco dio por finalizada esa búsqueda, abrió el móvil y se quedó en blanco.

—Supongo que tendré algún email, pero es que no recuerdo su nombre.

—Lo va a buscar despacio y cuando encuentre algo, nos llama —agregó Aitana.

Alban asintió.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes? —ofreció el inglés con ánimo de congraciarse con ellos.

—Café y *scones*. —pidió Aitana secamente—. Para llevar.

Alban los preparó a toda prisa, sirvió los cafés en vasos de cartón y los encajó en un soporte para que no se derramaran; introdujo cuatro apetecibles *scones*, con sendos envases individuales de mantequilla y mermelada en otra caja, y lo guardó todo en una bolsa de papel. Añadió servilletas y una sonrisa de circunstancias.

—Esperamos sus noticias —dijo Rafael, a modo de despedida.

—Gracias, gracias —repitió el inglés, servil.

Los dos salieron. Aunque no eran más que las seis de la tarde, parecía noche cerrada. El cierzo silbaba en sus oídos y les complicaba caminar en línea recta; era una noche sin luna ni estrellas.

Aitana entró en el vehículo muy decidida, y su compañero se sentó a su lado, pero al meter la llave en el contacto, se dio cuenta de que no sabía adónde ir.

—¿No arrancas? —preguntó él.

—No sé qué hacer ahora —admitió Aitana.

Rafael empezó a sorber café y a darles dentelladas a los *scones*.

—Alguien está jugando con nosotros —barruntó Aitana.

Escuchó masticar a su compañero, y apartó fugazmente la mirada del volante para ver cómo ponía el coche perdido de migas.

—Oye, Rafa…

—Es la primera vez que me llamas Rafa —observó, y le sonrió con la boca llena de trozos de *scone*.

No supo si reírse o afearle sus modales.

—Te digo que alguien nos está tomando el pelo y tú… Lo de usar la servilleta para las migas, ¿no va contigo o qué? Pareces el monstruo de las galletas.

—¿Quién es el monstruo de las galletas? —preguntó él.

—Da igual —desestimó, antes de explicarle que era un personaje de su infancia, y de paso, sentirse vieja por los diez años que los separaban. ¿Acaso el monstruo de las galletas no era inmortal?

—Anda, pruébalos. Que por darte cinco minutos de descanso el mundo no se parará —la incitó, engullendo ruidosamente la merienda.

Aitana sacó el bollo de la bolsa y le dio un mordisco.

Se sintió muy bien por un instante, más aún cuando dio un trago del café caliente y azucarado.

—Se supone que no debería comer estas cosas —lamentó ella.

—He tenido muchas novias que solo comían ensalada. Valiente coñazo eran —dijo Roca.

—Sí, pero… ¿por qué las escogiste? —interpeló ella, mirándolo a los ojos.

Rafael se quedó dubitativo un instante.

—¿Eso es una crítica? —preguntó, algo sorprendido.

Aitana dio un trago de café.

—Mi teoría es: alguien del pueblo está intentando distraernos, haciéndonos pensar primero que es un secuestro —afirmó.

—¿Y no es un poco pronto para descartar el móvil económico? —inquirió Rafael.

—No lo descarto. Solo digo que quien ha hecho esto es asiduo del bar de Alban, y sabe que usaba el vpn para ver la Premier —empezó ella—, lo que indica…

—… Que es alguien del pueblo —completó él.

—Nos ha tendido un cebo y nos lo hemos comido hasta la cuerda —declaró Aitana.

Por toda respuesta, Rafael apuró con un sonoro sorbido los restos de su café. Aitana no pudo reprimir un profundo suspiro, que hizo que su compañero la mirase con preocupación.

—No sé por dónde seguir. Nunca me había pasado —confesó.

—Confía en el proceso —la alentó Roca, y se echó un trozo de *scone* a la boca y lo masticó haciendo ruido.

12

El sol invernal le resultaba reconfortante, aunque era muy molesto para conducir, y Rafael había bajado la visera del parabrisas. Remontaban el sendero que conducía a la mansión de los condes de Valdierra, situada en una ladera cubierta de encinas desde la cual se podía contemplar el pueblo y también el majestuoso paisaje a su alrededor.

—En la Edad Media, alguno de esta familia estaría asomado a una almena a ver cómo vienen los malos —comentó Roca, mirando el antiguo palacete.

—¿Nosotros somos los malos? —preguntó Aitana divertida.

—No creo que les haga mucha gracia recibirnos —supuso Rafael, mientras el motor se resentía al encarar la pendiente.

—Seguro que están encantados de hablar de sí mismos. Mira dónde viven —ironizó ella.

Sonó su teléfono. Aitana lo llevaba conectado al *bluetooth* del coche, preparado para hablar por el manos libres, y vio que se trataba de Mauro.

—No diré que soy tu amante venezolano —bromeó Rafael, divertido.

Aitana se lo quedó mirando con un deje de incredulidad y descolgó el teléfono, pero antes de que pudiera quitar el modo

altavoz, un «por fin» claramente pasivo-agresivo de su pareja llenó el espacio del coche. Se pegó el teléfono a la oreja.

—Mauro, ahora no puedo hablar —anticipó, intentando sonar amable.

—No me llamaste ayer. Estaba preocupado —dijo él.

—Estuvimos hasta tarde en el cuartel y esta mañana me he levantado con la hora muy justa, ¿te parece si hablamos luego? —se justificó Aitana.

—Vale —aceptó Mauro con sequedad.

—¿La niña? —se apresuró Aitana.

—Todo bien por aquí. Ya me llamas cuando puedas —contestó él, y sin dar opción a una réplica, la conversación se interrumpió.

Aitana pudo notar las ganas que tenía su compañero de hacer un comentario ingenioso, o un chiste sobre las indignidades del matrimonio, pero finalmente, no abrió la boca, y eso casi le molestó más.

—Hablando de familia, ¿cómo haremos en Nochebuena? —preguntó Roca.

—Buena pregunta —evadió ella. Sabía que tendría que pensarlo, pero siempre postergaba la decisión.

—¿Vamos a estar de interrogatorios en Navidad? —cuestionó él, con algo de incredulidad.

—Salvo que tengamos que hacer una detención, y digamos piadosamente que no parece lo más probable, propongo que cada uno pase la Nochebuena y la Navidad en su casa, y reunirnos aquí el día 26, lo más pronto posible —respondió ella.

Llegaron a la residencia de los condes de Valdierra. Franquearon una barrera que se alzó de modo automático al acercar el vehículo.

Un compacto seto de arizónicas, protegido por rejas de hierro rematadas en flechas doradas, delimitaba la enorme finca.

Avanzaron por un sendero asfaltado que serpenteaba al lado de las dependencias, de aire muy tradicional y noble: una caballeriza y un garaje con aspecto de casita de ladrillo y tejado a dos aguas. Allí estaban estacionados un Mercedes verde botella de los años noventa, brillante como un espejo; a su lado, un Mini Cooper rosa chicle y un Toyota Land Cruiser 4x4 de color azul marino.

Después recorrieron un jardín de aire inglés. Dos macizos de flores convergían en un sendero central que desembocaba en un cenador redondo, sostenido por columnas de piedra clara, desgastadas por el viento, la humedad y las heladas. Las ramas secas de un rosal trepaban por ellas, y Aitana pensó en lo hermosa que sería esa estructura cargada de flores.

Más allá del jardín, se alzaba la residencia, un palacete antiguo de fachada de piedra, atravesado en diagonal por una hiedra de tonos cambiantes y coronado por un gran blasón nobiliario en relieve.

Justo allí, debajo del escudo, elegante, esbelto y erguido, los esperaba un hombre, vestido con un traje negro.

Salieron del coche y este los recibió con una cortés inclinación de cabeza.

—Buenos días, soy Juan Celis, el mayordomo de los condes. Los estábamos esperando —saludó, y los invitó a pasar.

—Muchas gracias, Juan —dijo Rafael con desenvoltura, mientras ella pensaba cuál era la forma adecuada de dirigirse a un mayordomo.

Atravesaron un portón de madera noble, y entraron en un amplio vestíbulo clásico del que surgían dos escaleras de mármol. Pasaron

esa primera estancia, repleta de cuadros, esculturas de porcelana, retratos de la Virgen y banderas de España, y penetraron en una estancia más grande aún, donde había dos salones, uno al lado del otro. El primero de ellos mostraba muebles más antiguos, un piano y una estantería repleta de libros, en su mayoría volúmenes antiguos, algunos de ellos en cuero, con sus letras doradas sobre fondos rojizos o verdosos. Era una salita que solo se conservaba en las casas donde la actividad denominada «recibir», ya caída en desuso, era frecuente y casi la forma de vida de sus moradores, seres ociosos que invitaban a sus amistades a disfrutar de largas veladas en ausencia de mejores opciones.

En el segundo salón, ya más mundano, había una mesa de comedor alargada en la que, de forma bastante frugal, con café y tostadas con mantequilla y mermelada, desayunaban los condes. La austeridad de la comida contrastaba con la refinada vajilla, y con las numerosas figuritas de pastoras de Lladró que vigilaban el paso del tiempo desde una vitrina reluciente. Oyeron unos pasos que precedieron la llegada de los dueños del palacete.

Los condes eran dos ancianos de aspecto digno, vestidos con ropa cara pero algo gastada, de corte anticuado. Él vestía un traje hecho a medida e iba peinado con gomina. Ella estaba enfundada en una falda plisada de *tweed*, que combinaba con un jersey de cuello vuelto de color burdeos. Llevaba el cabello recogido en un moño tirante y un carmín estridente en los labios.

El mayordomo hizo una leve reverencia y los anunció con una pompa venida de otro tiempo.

—Les presento a don Rodrigo Suárez de Osma, conde de Valdierra, barón de Sarmiento y caballero de la Orden de la Cruz.

A un gesto desdeñoso del conde, el mayordomo se interrumpió y pasó a presentar a la esposa.

—Y a doña Genoveva Montalbán Duffay, condesa de Valdierra y marquesa de Ilián.

Tras los saludos de rigor, Aitana preguntó por la relación de su familia con los Guzmán. Hubo una pausa y una mirada de desprecio contenido en los viejos condes.

—Es una lástima lo que le ha pasado a Valentina. Ojalá aparezca pronto —lamentó Genoveva, piadosamente.

El mayordomo regresó con un juego de porcelana con café. Ya estaba un poco mayor y se le veía dar pasos de forma muy cuidadosa para no perjudicar la estabilidad de la jarrita de leche y la cafetera.

—No es ningún secreto que los Guzmán y nosotros nunca hemos tenido buenas relaciones —dijo el conde—, pero por supuesto no sabemos nada de la desaparición de la chica, ni deseamos otra cosa que su pronta aparición —afirmó, levantando con elegancia su taza de café.

—Y que aparezca con vida, por supuesto —se apresuró a decir su mujer.

—Nos gustaría que nos contara qué conflictos tuvo con los Guzmán —lo instó Aitana.

Rodrigo se acarició los puños y se recolocó los relucientes gemelos con sus iniciales.

—Los Guzmán no siempre fueron ricos —comenzó—. Antes eran unos campesinos. El padre de Camilo y Salvador, Leopoldo, trabajó aquí muchos años y llegó a ser capataz. Mi padre lo apreciaba

muchísimo. Hasta que llegó la Guerra Civil… y ya saben lo que ocurrió.

—No, no lo sabemos —terció Rafael con amabilidad.

—Quizá usted es muy joven, señor…

—Roca, Rafael Roca.

—Mi padre me contó que, de un día para otro, patrones y empleados se odiaron como si tuvieran deudas de sangre. Y no solo pasó en las relaciones laborales, también afectó a amigos, a primos, a familias… Fueron días horribles. Perdimos a mucha gente del pueblo. Por desgracia, a Leopoldo, para gran disgusto de mi familia.

—¿Cómo murió? —indagó Aitana.

—A pesar de sus rencillas, mi padre accedió a ocultarlo en el monte de nuestra finca, junto con otros milicianos de la zona —contestó secamente el conde—, aunque los tercios africanos los encontraron. Eran auténticos sanguinarios.

—¿Cuándo ocurrió esto? —quiso saber Rafael.

—En el año 38. Yo aún no había nacido, pero mi padre se quedó desolado, lo apreciaba mucho. Tanto que algún tiempo después, cedió a la madre de Camilo un terreno para que lo cultivaran, y pudiera así mantener a la familia. Terreno que por cierto se reveló muy fértil en trufas —repuso, con una especie de exhibicionismo moral que Aitana encontró repulsivo.

—Entiendo —asintió Aitana—. ¿Y ahora? ¿Esos terrenos son legalmente de la familia Guzmán?

—Desde luego, se hizo un contrato en su día y no tenemos ánimo de disputarlo. Ni falta que nos hace —apostilló la condesa.

—¿No necesitan trufas para el restaurante de su hijo Beltrán? —preguntó Rafael.

—Lo veo bien informado, agente —halagó Rodrigo—. No, con la finca, que como habrán visto, es amplia y bien cuidada, tenemos suficiente. La filosofía de Beltrán es que todo debe ser natural —respondió, con orgullo.

—Además, si de forma puntual necesita más, no tenemos problema en comprárselo a los Guzmán —añadió Genoveva.

—Así que su relación en la actualidad es buena —dijo con naturalidad no exenta de cálculo Aitana.

Hubo otra pausa incómoda.

—Hay una relación cordial, cuando coincidimos en el pueblo. No son una gente que tengamos hábito de frecuentar, eso también se lo digo con tranquilidad —puntualizó el conde.

—¿Conocían a Valentina? ¿O ustedes o alguien de su familia? ¿Su hijo y su mujer, quizá? —preguntó Rafael.

—La hemos visto de niña en festejos y actos del pueblo, poco más. No creo que mi hijo Beltrán la conozca, le saca sus buenos diez o doce años, además él estudió en el extranjero… y su esposa Carla, menos. Quizá hayan coincidido, tampoco lo podría descartar.

—Nos gustaría hablar con Beltrán y con su esposa. —Aitana le tendió su tarjeta.

—Suelen estar muy ocupados, pero seguro que encontrarán un momento para ustedes —afirmó el conde.

El mayordomo carraspeó. En un lenguaje universal, daba por finalizada la entrevista. Se despidieron con la misma solemnidad con la que se habían saludado.

El empleado los acompañó a la salida y se subieron al coche. Avanzaron despacio por el camino curvo, que serpenteaba entre macizos desnudos y parterres grisáceos hasta alcanzar la verja.

—¿Te lo has creído? —preguntó Rafael.

—¿Qué parte?

—Pues lo del año 38. Que lo escondió. Bien podría haberle hecho una encerrona —respondió Roca.

Aitana no abrió la boca. Le intrigaba la versión de la muerte del padre de Camilo en la finca de los Valdierra, pero no dejaba de darle vueltas a que aún no sabían casi nada de las últimas horas de Valentina, y eso no podía esperar más. Decidió pedirle al juez la incautación de la moto de la chica para mandarla al laboratorio.

13

Aitana y Roca estaban en la lúgubre sala de los ordenadores del cuartel de Sarrión, reunidos con Sandra Yang a través de Skype. Alguien había colocado en una esquina un árbol de Navidad mediano con cuatro o cinco bolas rojas que, lejos de darle un aire festivo, subrayaban la tristeza del espacio. Esa mañana habían recibido la declaración patrimonial de los padres de Valentina, y las cuentas del padre habían venido con sorpresa. Esperaba que pudieran hablar de ello antes de irse a sus respectivas casas a pasar la Nochebuena. Ella, desde luego, no pensaba distraerse ni un segundo; pero por experiencia sabía que el campo gravitacional social y familiar que generaba el 24 de diciembre era difícil de soslayar.

—Vamos a repasar lo que sabemos —comenzó Aitana, intentando aclararse con toda la maraña de datos que llevaban dos horas analizando—. El padre de la chica, Antonio, ha recibido una cantidad importante de dinero de Suiza. Pero no tenemos la identidad de su pagador, solo un número de cuenta… ¿Habría alguna forma de relacionar esta cuenta con la dirección del *wallet* de *bitcoin*?

Sandra Yang se aclaró la voz al otro lado del monitor.

La miraron.

—En Suiza pueden usarse cuentas numeradas, pero el banco conoce la identidad del cliente. Y una dirección de bitcoin tampoco

lleva nombre asociado, aunque sus movimientos son públicos —explicó—. No hay una forma directa de relacionar ambos sistemas de pago. La transferencia es anterior a la desaparición de la chica. Y no es la primera. Y desde luego está lejos de acercarse a la cantidad que piden. Lo que estamos viendo en la información de su cuenta bancaria es que Antonio recibe transferencias importantes, de entre diez y veinte mil euros, de una cuenta anonimizada que podría, o no, ser de la persona que estamos investigando. —Se hizo un silencio, tras el cual añadió—: Mi teoría, por lo que he visto otras veces, es que Freddy Highmore y Antonio Salas son la misma persona. Aunque ahora mismo no podamos demostrarlo.

—*Plot twist* —comentó Rafael—, pero sigo sin entenderlo. Porque no ha pagado el secuestro, ni por cantidades ni por fecha.

—Claro. Pero es que el dinero de la familia no es necesariamente el dinero de Antonio —apuntó Aitana, antes de que Sandra continuara con su teoría.

—Antonio Salas sabe que en estas fechas hay mucho trasiego de extranjeros, así que se inventa una identidad para no levantar sospechas. Hace la llamada y exige el capital en *bitcoin*. Su plan es sencillo: cuando reciba el dinero en ese monedero digital, lo convertirá a euros a través de distintas plataformas o mediante operaciones fraccionadas para no llamar la atención. Una vez blanqueado ese importe, lo integrará en su circuito habitual: su cuenta suiza, desde donde podrá moverlo después a su cuenta ordinaria con apariencia de fondos ya regularizados, sin que se pueda identificar con facilidad el origen real del pago. Sin embargo —añadió—, en la dirección de *bitcoin* que facilitó no se ha registrado ningún ingreso. Ya lo he comprobado. No ha entrado ni un céntimo.

Hubo otra pausa prolongada. A Aitana le costaba creer que la petición de secuestro fuera un ardid del padre, pero era un escenario plausible. Como también lo era que Highmore existiera y, por tanto, que fuera una persona diferente a Antonio Salas.

—Son ricos. ¿Por qué harían algo así? —alegó Rafael—. Si no hay una motivación clara por su parte, entonces el dichoso inglés tendrá que existir y, por tanto, estamos ante un secuestro de verdad.

—Lo que está claro con el análisis preliminar de la patrimonial de la madre es que la familia Guzmán podría pagar ese rescate sin hacer mucho esfuerzo. Si es por liquidez, tienen varias cuentas con cientos de miles de euros, y activos en planes de pensiones y en carteras diversificadas de inversión de las que seguramente podrían retirarse con urgencia si lo necesitaran —argumentó Sandra.

Aitana descolgó una bola del árbol de Navidad, que le devolvió la imagen cóncava de su propio desconcierto.

—Puede que las cuentas de la familia estén llenas de ceros, pero Antonio Salas oculta algo —aseguró Aitana.

Nadie supo qué responder a eso. Al otro lado de la puerta cerrada, el cuartel comenzaba a llenarse de ruido: pasos apresurados por el pasillo, voces que se despedían, el eco de conversaciones cruzadas. Era el trasiego de los guardias civiles que terminaban su jornada y salían para reunirse con los suyos, incorporarse a los preparativos o, simplemente, entregarse de lleno a la celebración. Aitana se percató de cómo el bullicio recordaba a su compañero el día que era.

—No quisiera parecer un escaqueado, pero tengo varias horas de coche para llegar a cenar en Valencia —se disculpó Rafael.

Aitana miró el reloj.

—Claro, perdonad. Yo me encargo de hablar con Antonio. Nos veremos de vuelta aquí el día 26 de diciembre a las cinco de la tarde, si a Vidal le parece bien.

—Lo dices como si faltara una eternidad y es pasado mañana —se mofó Roca. Yang se permitió una breve risa que acortó por pudor.

Aitana lamentó que no pudieran descansar más. Pensó que ella misma tendría que explicarlo en casa y que no sería agradable. Tampoco lo sería reconocer los pocos avances que habían hecho en los días que llevaban en el pueblo. Pero asumir todos esos pesares formaba parte de sus obligaciones como responsable del caso. Tanto como apartar por un momento sus obsesiones y hacer que su equipo se sintiera bien. Así que se esforzó por poner su mejor cara y por repartir abrazos y buenos deseos. Sandra les deseó felices fiestas y se desconectó. Aitana apagó el ordenador. Rafael miró la hora y se fijó en la variedad de papeles que cubría la mesa. La teniente leyó su impaciencia y le aseguró que podía marcharse ya si tenía prisa, ella se encargaría de archivar todo eso. Él se lo agradeció con una enorme sonrisa y un impulsivo y cariñoso beso en la mejilla. Se despidió, y cerró la puerta con suavidad. Aitana comenzó a recoger los papeles para meterlos en el grueso fichero en el que guardaban toda la información. Por supuesto, la tenían también en digital, pero a ella le gustaba imprimirla para subrayarla. Sin saber muy bien por qué, le asaltó un pensamiento. ¿Quién estaría esperando a su compañero en su ciudad natal? ¿Una madre, una novia, una esposa…? ¿Una familia numerosa o unos padres aún jóvenes? A Roca le gustaba bastante hablar de sí mismo, pero no le había dado detalles sobre su vida personal. Estaba claro que le gustaban las mujeres, pues había aludido a varias exnovias, pero no

había dicho si tenía pareja o no. Después, Aitana se reprochó divagar sobre tales cuestiones; preguntarse eso sobre un subordinado le hacía sentirse algo incómoda. Además, algo en su proceso mental había cambiado. Antes de irse a vivir con Mauro y, sobre todo, antes de ser madre, cada vez que se interesaba por un compañero, sabía que ligárselo estaba al alcance de su mano. No de una forma presuntuosa, pero casi todos se mostraban receptivos ante sus señales, que siempre tenían como objetivo el coqueteo y no la seducción. De hecho, había tenido muy pocas relaciones en el trabajo, pero el hábito de la seducción era muy poderoso. Incluso después de haber conocido a Mauro y haber forjado una relación seria y duradera con él, le gustaba observar su efecto en los hombres. Sin embargo, ahora no se veía de la misma forma, ni se sentía igual. Ya no se sentía capaz de gustar. Ni a Rafael ni al tipo de hombres que antes parecían encandilados con ella. Fue en ese instante cuando reparó en que a lo mejor su atractivo se había esfumado. O quizá eran las hormonas, sumando su efecto distorsionador a la visión de un cuerpo que no reconocía como suyo, y ante el que su marido también parecía haber perdido algo de interés. ¿Volverían a mirarla con deseo alguna vez? ¿Podría enamorar, o enamorarse de otro hombre, o ya todo lo que le esperaba era ponerse detrás de su hija y verse envejecer en el espejo, convertirse, si no lo era ya, en una compañera de piso de su marido, ver la vida desde el otro lado, el opuesto a los jóvenes, hombres y mujeres, que podían disfrutar de todas las emociones y tonalidades que la vida y su propia audacia podían ofrecerles? Cerró la carpeta, la introdujo en el archivador, e intentó cortar el bucle de pensamiento.

En ese momento, cuando ya solo le quedaba su parka de plumas y su bolso por recoger, unos nudillos llamaron a la puerta y Séptimo Vidal entró sin esperar permiso.

—Si no tiene prisa, teniente, me gustaría hablar con usted —dijo. La urgencia y la fecha no le hacían presagiar nada bueno.

—Por supuesto —asintió, volviendo a sentarse, y él tomó asiento frente a ella. Hubo un instante de silencio. Aitana dedujo que su superior estaría escogiendo con cuidado las palabras y que lo que iba a escuchar no era precisamente una felicitación.

—Sabe que valoro enormemente su actividad y la de su equipo.

—Desde luego, coronel —confirmó Aitana, suavizando con una sonrisa su impaciencia.

—Me ha llamado el secretario —anunció Vidal—. Quería conocer las novedades en el caso. Le he adelantado algunas vías, pero como sabe perfectamente…

—No hay nada —asumió Aitana. No tenía sentido decir otra cosa.

—Bueno, esas son sus palabras, no las mías. Pero el secretario me ha dicho en confianza que el ministro quiere resultados, igual que el delegado del Gobierno, y por supuesto las autoridades locales —acució Vidal.

A ella se le pasó por la cabeza que ese incómodo parlamento de Séptimo era el preámbulo a una amonestación o, en el peor de los casos, una destitución que vendría desde arriba, desde la Secretaría de Interior.

—Entiendo su impaciencia. Tampoco es que estemos de brazos cruzados. Ni usted ni yo —se defendió Aitana, aunque sabía que Vidal no podría darse por aludido. Él era la autoridad de la Comandancia de Teruel, estaba haciendo su trabajo, como hacía

siempre, y ella y su equipo eran la élite de la Guardia Civil; y todas las miradas estaban pendientes de su éxito o de su fracaso.

Aitana no se esforzó en llenar el silencio con banalidades. Solo quería saber si le iban a cortar la cabeza, si el caso de Valentina Salas iba a entrar en la casilla de sus derrotas personales. Si ver su rostro en el futuro iba a suponer, para siempre, una breve punzada de vergüenza e impotencia. Si ese iba a ser el punto de inflexión que iba a acabar con su buena reputación. Si a partir de ahora dejaría de encabezar los casos principales por los que tanto había luchado. Podría pasar. Y ni siquiera tendría el consuelo de que fuese una injusticia: nada en esa investigación estaba saliendo como ella hubiera deseado.

—El secretario mantiene la confianza en su equipo. Pero me ha comentado que esperan acciones más expeditivas, para contener la alarma social y que la sociedad vea que los asesinatos de mujeres...

—De momento no es un asesinato —cortó Aitana.

—Quizá a la vuelta de Navidad tengamos un rumbo más claro, teniente. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, coronel. Disfrute de la noche —se despidió Aitana, y ambos se levantaron.

Vidal la miró con una sonrisa de circunstancias y se marchó. Aitana se demoró recogiendo para que le diera tiempo a salir y no coincidir con él en la salida.

Recorrió los desiertos pasillos del cuartel, y, al salir a la calle, recibió el frío en la cara como una liberación.

En pocos minutos, se plantó en el centro del pueblo. Fue a irrumpir en una marea de señoras atareadas con sus compras. Nadie parecía saber quién era, lo cual le proporcionó algo de alivio. Las

voces de los puestos callejeros, los villancicos que sonaban desde la plaza principal del pueblo… todo invitaba a tener un ánimo festivo.

Pero no para ella.

Aitana no quería volver a casa.

Al menos, no sin antes tener una conversación con Antonio Salas, el padre de la chica. Marcó su número.

14

Le resultó peculiar, casi novelesco, que el padre de Valentina la hubiera citado en la iglesia. Sin embargo, era conveniente, ya que era la misma que podía ver desde la habitación de su hotel. Era una construcción barroca, de mampostería y cantería, y había sido levantada en el siglo xvii, pero estaba muy bien conservada.

Empujó la puerta y esta se abrió con un leve chirrido. Por la vidriera central entraba una luz mortecina que sostenía en el aire las partículas de polvo que flotaban en una atmósfera tan solemne como irreal. En un extremo del banco corrido, cerca del pasillo central y casi llegando al altar, sentado con la cabeza alta, reconoció a Antonio, el padre de la chica, y se sentó a su lado.

—¿Le gusta nuestra iglesia? —preguntó el hombre, intentando imprimir cierta ligereza a su encuentro.

—Es bonita. No sé mucho de templos —contestó.

—Fue restaurada después de la Guerra Civil por el Ministerio de Regiones Devastadas. Pero volvió a deteriorarse. El viento estropeó la fachada en pocos años. Los empresarios del pueblo nos unimos para costear el mantenimiento. No fue barato, pero nos enorgullece haberlo hecho.

Aitana lo miró con severidad. A pesar de la oscuridad que los envolvía, él captó su impaciencia.

—Pero no ha venido a hablar de eso. Le agradezco que se haya encontrado aquí conmigo —reconoció.

—Freddy Highmore. ¿Quién es? —disparó Aitana.

Hubo un instante de silencio.

—Es un comerciante inglés. Viene varias veces al año a comprar para distribuidoras del Reino Unido.

—¿Diría que es un cliente importante?

—Sí, desde luego. Highmore compra enormes cantidades de trufa, pero lo hace por su cuenta. Las vende a quien puede o a quien quiere, y según tengo entendido, con bastante éxito.

—Y a ustedes les paga en una cuenta numerada en Suiza —apuntó Aitana—, entiendo que sin aflojar los impuestos correspondientes. ¿Es así?

Antonio la miró con cierta inquietud, pero no dijo nada. Aitana siguió hablando, pendiente de las reacciones de su rostro.

—Hemos podido relacionar la cuenta con unos billetes de tren que demuestran que Highmore estuvo aquí el 8 de diciembre, el día siguiente a la desaparición de su hija.

—Puede ser. Yo no me he citado con él —repuso, con rostro inexpresivo.

Aitana se detuvo un instante a contemplar su expresión. Desconocía si estaba disimulando o si realmente no sabía nada. Quiso hacerlo reaccionar.

—Freddy Highmore no existe. Esto ya lo sabe, y nosotros también. —Aitana decidió presionarlo con esa teoría, convencida de que el padre de la chica tenía muchos secretos.

Antonio esquivó sus ojos y le ofreció su perfil. Su mirada parecía prendida en las llamas de las velas que ardían frente al altar.

—Usted vende ilegalmente los excedentes de trufa, clientes de países menos estrictos con los impuestos no le faltarán, y cobra en dinero negro en la cuenta suiza asociada a Highmore. Él, es decir usted, reingresa parte en la cuenta de la empresa, y el goteo de ingresos, camuflado entre las muchas cuentas extranjeras que les hacen pagos, se disimula —se lanzó Aitana, deseando estar en lo cierto.

Antonio inclinó levemente la cabeza, puede que por un atisbo de vergüenza, o quizá de preocupación.

—Sin embargo, para pedir un rescate por su propia hija, temió que ese entramado se le quedara corto, y por eso se decidió a crear una *wallet* para cobrar en *bitcoin* —arriesgó Aitana—. Lo malo es que, a pesar de usar vpn, hemos logrado rastrear la ip y conectar esa petición con Freddy Highmore, y por tanto, con usted.

Antonio la miró de reojo, avergonzado, pero no dijo nada. Seguía más interesado en contemplar las llamas, aunque le quemaran la retina.

—No tiene usted pinta de haber secuestrado a su propia hija —continuó—. Pero este tipo de operaciones, que lleva haciendo unos cinco años, tampoco le favorecen. ¿Sabe lo que creo? Que ni su mujer ni su suegro ni su hijo saben que quiere vaciar las arcas de la compañía aprovechando el peor momento de sus vidas.

—No puede demostrar lo que dice.

—No sé cómo ha conseguido crear una línea móvil a nombre de una persona que no existe, pero le aseguro que, si paso su patrimonial a mis compañeros de delitos económicos, le esperan varios años en la cárcel, por no hablar del daño que causaría esta

información a su familia, justo ahora, cuando están inmersos en una pesadilla. ¿Cuántos millones ha defraudado, Antonio?

El padre de Valentina se quebró al escuchar esto. Aitana se alegró de haber hecho la presión justa, quizá su intuición no la había abandonado del todo.

—Escúcheme… Tengo un problema. He llegado a deber casi un millón de euros… Todavía tengo que pagar un dineral. Ojalá fuera mejor persona, pero ya es tarde para mí.

Por la mente de Aitana se deslizaron los rostros de tantos hombres que habían arruinado las vidas de sus seres queridos por no saber «ser mejores personas». Esa expresión casi siempre se traducía en la misma cuestión.

—¿Adicciones?

—Juego —confesó Antonio, como si escupiera esa palabra desde sus entrañas.

Su rostro se contrajo en una mueca y atajó un sollozo colocando un puño en su nariz, como si pudiera detener sus emociones con un golpe seco.

—Pero su mujer no ha pagado el rescate, así que el plan no ha tenido éxito —dedujo Aitana.

Antonio asintió. Vio que el labio inferior le temblaba.

—Julia se fía de usted, y por eso no ha querido pagar.

—¿No le da vergüenza? —recriminó Aitana, indignada e incrédula, y algo sorprendida por su falta de autocontrol.

Antonio permaneció inmóvil un momento. No podía mirarla a los ojos. Asintió.

—Pensé que si alguien viene a darme una paliza por todo lo que debo, justo ahora, no estaría ayudando, sino empeorando la

situación.

Ella no respondió, pero se dio cuenta de que esa lógica, aparentemente retorcida, podría tener algún sentido. Ahora bien, si el propio padre podía pedir un millón para atajar sus deudas de juego sin comprometer el hipotético rescate que podrían solicitarles, esa familia tenía mucho más dinero del que pensaban, y acabarían pagando antes o después si tan sencillo era para ellos.

—Dígame si sabe algo de la desaparición de Valentina, o cualquier cosa que su familia no me haya dicho. Dígamelo o todo el pueblo y su familia van a saber de su peculiar forma de llevar las cuentas de la empresa —advirtió Aitana, y su voz sonó amenazante, ampliada por el eco del templo.

—No sé nada de su desaparición, no sé dónde está, ni por qué se la han llevado. En eso no le he mentido. Qué más quisiera yo que apareciera, aunque ella no me aprecie… es mi hija. Por favor, no diga nada de esto a mi mujer… La mataría.

Una lágrima cayó por su mejilla, y Aitana no sabía si le resultaba despreciable o, si por el contrario, le daba pena aquel hombre acorralado por su propia debilidad, acosado por las deudas y, por lo que parecía, poco querido por su familia.

Antonio suspiró profundamente y miró la imagen de la Virgen que, situada en una peana plateada, presidía el altar, envuelta en un manto oscuro ribeteado de colores dorados. Su rostro sereno miraba hacia abajo, como si escuchara las confesiones de aquel hombre; sus manos estaban inclinadas como si pudieran tocar sus lágrimas.

—Valentina es como su abuelo. Incapaz de fingir un afecto que no siente. Pero créame que la quiero más que a mi vida —sollozó, retirando las lágrimas con la punta de los dedos.

Aitana suspiró también. En su vida profesional había tratado de cerca a muchos padres y a algunas madres que no solo no querían a sus hijos, sino que los habían matado o habían propiciado hacerles daño. Ahora que ella era madre, esa traición le resultaba aún más dolorosa y contra natura que antes.

—Necesito información, Antonio. Necesito algo que me ayude. Me da igual con quién tenga que hablar o cómo lo vaya a averiguar. Ayúdeme y su secreto estará a salvo conmigo —dijo.

Antonio asintió, agradecido, parecía muy aliviado, incluso besó su mano, lo que a Aitana le resultó un gesto antiguo, como de película en blanco y negro.

Antes de que pudiera decir nada más, como si tuviera alas en los pies, el padre de Valentina se levantó con rapidez, atravesó el pasillo central y la dejó sola en la iglesia.

15

Estaba comenzando a atardecer el día 24 de diciembre cuando por fin se subió al coche. Depositó con cuidado la bolsa en la que llevaba el regalo para su hija: un pelele de lana verde con un gorrito a juego que simulaba una hoja de roble, que había comprado en un puesto artesanal al salir de la iglesia, cuya vendedora estaba echando el cierre cuando entró. La prenda le había llamado la atención al verla expuesta. En cambio, no había comprado nada aún para sus suegros y su marido.

Se sentía frustrada por no haber sacado nada en claro, más allá de haber descubierto lo miserable y desgraciado que era el padre de la chica. A pesar de la vergonzante estrategia de Antonio, tampoco podía descartar el móvil económico. Arrancó el coche y, tras serpentear por las estrechas calles del centro, rápidamente desembocó en la autovía A-23 en dirección sur. Tenía como mínimo tres horas por delante; con suerte llegaría sobre las nueve de la noche, lo cual le pareció aceptable, a pesar de que le había asegurado a Mauro que lo haría un par de horas antes.

Mientras conducía le vino a la mente el caso del secuestro de Anabel Segura. Aitana solo era una adolescente cuando ocurrió, pero ese suceso despertó su ansia de justicia. Todo el plan de sus captores había consistido en atrapar, de forma un tanto improvisada,

a una chica que anduviera sola por La Moraleja, la urbanización más lujosa de Madrid en aquella época.

Acertaron en las posibilidades económicas de la familia, pero su falta de profesionalidad se tradujo en una muerte horrible para la joven. Asfixiaron a Anabel con una cuerda en una fábrica abandonada el primer día de su cautiverio, porque ni siquiera habían previsto dónde retenerla la primera noche, ni se habían hecho a la idea de la presión que suponía mantenerla oculta y comunicarse con la familia. Todos los esfuerzos de sus padres, de la policía, de los medios habían sido en vano.

Por eso, si se trataba de una desaparición involuntaria, y en el caso de una familia tan acaudalada, que no hubiera una petición fiable de dinero era casi siempre una mala noticia. Y si Valentina acababa de llegar de Madrid, era difícil (aunque no imposible) que tuviera una relación problemática en el pueblo. En paralelo a la investigación que ella estaba desarrollando con Roca, un equipo de la uco en Madrid estaba entrevistando a los amigos, vecinos y conocidos de la chica en la capital, pero sin que hubieran encontrado nada muy relevante. En cualquier caso, tenía previsto examinar ese material para hacer nuevas entrevistas mientras estaba en la ciudad.

Un destello de un vehículo que venía en dirección contraria por la A-23 hizo que saliera de su abstracción. Al cruzarse con la furgoneta pudo ver que era la unidad móvil de una emisora de radio. Después de ese primer vehículo, se cruzó con otro de una cadena de televisión. Las desapariciones eran ideales para la prensa que cubría los sucesos porque el suspense empujaba el interés durante días y días. Implicaba de manera más activa a los espectadores, que se familiarizaban con el entorno de la víctima y formulaban teorías e

hipótesis, y entre prensa y público se iba formando una bola cada vez más grande, y daba igual que estuviera amasada con falsedades.

Conectó su móvil a la emisora cuyo vehículo había visto pasar. Subió el volumen y, sin dejar de mirar la carretera, escuchó un avance de una programación especial «navideña» en el que repasaban la historia de las desapariciones más sonadas de los últimos años, empezando por la propia Anabel Segura, también la de la farmacéutica de Olot, pasando por otras más recientes como el niño Yeremi Vargas o la joven Marta del Castillo, para acabar con el enigma que suponía Valentina Salas.

Aitana resopló y apagó la radio. Justo lo que le faltaba, más periodistas plantando micrófonos a los vecinos del pueblo en plena Nochebuena, para que todos fueran conscientes de lo que quizá ya habían percibido: la falta de avances y el fracaso de la investigación.

Aún estaba en la autovía, a pocos minutos del pueblo, cuando cayó en la cuenta de que estaba en la reserva de gasolina. Paró en la estación de servicio de Mora de Rubielos. Al abrir el coche, una ráfaga helada recorrió el habitáculo y se le metió en cada pliegue de la ropa. Solo cuando entró en la tienda a pagar y se encontró con un montón de chucherías y *souvenires*, se dio cuenta de que aún le faltaba comprar algunos regalos.

Además, la cena de Nochebuena era, para más inri, en casa de sus suegros. Avergonzada, eligió una novela de crímenes para su suegro, un jabón facial a la trufa para su suegra, un *after shave* también con aceite de trufa para Mauro y un extraño peluche con forma de trufa pero que bien podía recordar a una caca, quizá como recuerdo para la familia de su paso por la comarca. Se puso en la

cola, preguntándose si sería muy impresentable pedir que se lo envolvieran para regalo en una gasolinera. Estaba visualizando la mirada de lechuza que le dedicaría su suegra al abrir esos presentes, al deducir con acierto que los había comprado en la gasolinera; la madre de Mauro habría sido una buena guardia civil. Su bucle de negatividad y autorreproche se vio interrumpido por la gresca que un grupito de chavales estaba armando en el mostrador. Lo formaban tres chicos vestidos de chándal y una chica, que llevaba una bolsa de tela donde se intuían varios objetos.

La cajera, a lo sumo uno o dos años mayor que ellos, intentaba mantenerse firme mientras los cuatro chicos, ebrios y lanzados, escondían los paquetes de frutos secos y gominolas en la bolsa de la chica, antes de que la cajera tuviera tiempo de escanear el código de barras.

—¿Queréis parar? —insistía la empleada, pero era inútil.

En la cola formada por seis o siete personas había expresiones de impaciencia, pero nadie se decidía a enfrentarse con el grupo de chavales borrachos y agresivos.

—Que es para hoy —alzó la voz un tipo de mediana edad con una barra de pan, y enseguida volvió a concentrarse en su teléfono móvil.

La empleada se estaba desesperando, e iba subiendo su tono de voz.

—O lo sacáis todo y os lo cobro, o entonces… —empezó a decir con una convicción que se le fue quebrando a medida que las palabras salían de su boca.

—O entonces nada, porque tu supervisor no está —desdeñó uno de ellos, delgado y alto, vestido de negro y con la cabeza cubierta

por una capucha— y no va a venir el día de Nochebuena por unas putas avellanas.

Todos sus amigos le rieron la gracia, y siguieron llenando la bolsa ante la desesperación de la cajera y las miradas de reproche de la gente que aguardaba en la cola.

Aitana prefería que le escamotearan unas avellanas a la empleada antes de visibilizarse como agente de la ley, pero no quería llegar más tarde aún. Necesitaba dormir con su hija, contemplar su sueño tranquilo, y para eso, aún tenía que hacer más de 250 kilómetros.

Resoplando de disgusto, dejó la cola, se plantó ante ellos, apoyada en el mostrador.

—Bueno, ¿qué? —se atrevió al fin.

El grupo la miró con sorpresa. La gente de la fila, con innegable curiosidad.

—¿Qué se le ofrece, señora? —la retó el chico de la capucha.

Aitana quiso responder, intentó eludir lo mucho que le había fastidiado aquello de «señora» cuando tuvo la certeza de que había visto a ese chico antes. No lograba recordar dónde. Miró lo que estaban comprando o intentando despistar, aparte de los aperitivos: dos litros de cocacola y un cartón de vino.

—Hay un montón de gente esperando. E imagino que todos queremos irnos a casa, ¿verdad?

Logró que todos los que estaban en la cola le dieran la razón, soltando interjecciones, diciendo que ya era hora o directamente insultando a los jóvenes.

—¿Podéis pagar y largaros de una vez? —soltó Aitana, con firmeza pero con amabilidad.

El hombre de la barra de pan se adelantó, dispuesto a apoyarla, verbal o físicamente.

—No me sale de los huevos, hoy cumplo dieciocho… —la desafió el chaval, que ya estaba borracho.

Aitana vio su mirada. No era su físico lo que le imponía, podría reducirlo sin ayuda, simplemente con sus manos, pero había algo en sus ojos que le resultaba familiar. Intentó que no lo notara.

Sin violencia pero sin demora, sacó de la bolsa de la chica todas las porquerías que les había visto guardar en ella y las puso en el mostrador. Acercó su rostro al del chico, como si fuera a darle un cabezazo o un beso, y mirándolo a los ojos, a esos ojos retadores y agresivos que intentaban intimidarla, dijo:

—Paga de una puta vez, niñato. Paga o deja las cosas donde estaban.

En ese momento, hubo aplausos. La cajera respiró aliviada. El chico tiró con violencia la botella de dos litros, que empezó a girar con estrépito en el suelo de la gasolinera.

Aitana lo miró con severidad.

El chico humilló la mirada y salió de la gasolinera, seguido por el resto del grupo. Aitana vio recompensada su acción, no con envoltorio de regalo, porque tal cosa no había, pero sí con unas bolsas de regalo gratis la mar de vistosas y apañadas, a las que la cajera pegó en los paquetes varios lazos, y le regaló un par de chocolatinas.

—Feliz Navidad —le dijo, encantada.

—Feliz Navidad —contestó Aitana, poseída fugazmente por algo que quizá no era espíritu navideño, pero que desde luego se le parecía bastante.

Llegó un poco antes de las nueve al chalet de sus suegros en Torrelodones. Era un adosado con un garaje en la rampa de entrada y un jardín en la parte de atrás. Allí habían colocado un abeto real, cuyas agujas oscilaban con las corrientes de aire. Eso era lo que todos veían desde la mesa, engalanada para la ocasión, en el salón comedor que daba a la parcelita exterior.

Su suegro, Gonzalo, y su suegra, Mercedes, parecieron alegrarse al verla, aunque adivinó, o quizá fuera solo cosa suya, algo de condescendencia en sus voces, por esa madre de una criatura tan pequeña que llegaba por los pelos a reunirse con su familia en una noche como aquella. Los dos rondaban los sesenta; aún no tenían achaques de gravedad, conservaban cierta agilidad, y a ambos les brillaban los ojos con la nieta. Gonzalo tenía un espeso pelo blanco, y siempre llevaba camisas de cuadros y pantalones vaqueros; Mercedes era rubia y muy coqueta, le gustaban los abalorios y las joyas, y siempre vestía con mucho estilo.

—¿Y Mauro y la niña? —preguntó ella.

El aludido entró arrastrando la minicuna y la dejó al lado de la mesa, caminando con mucho sigilo. Con gran precisión plantó la minicuna con la niña al lado de su lugar en la mesa. Pero fuera del alcance de Aitana.

—Ya era hora —susurró por no despertar a la criatura.

—No quería pararme a enviar un mensaje por no retrasarme más —se oyó decir Aitana, y se precipitó a mirar y a tocar a su hija, ese momento que tanto había deseado estos días.

Tendió las puntas de los dedos para acariciar en silencio el cuerpecito tibio que tanto había echado de menos, pero en lugar de

eso, encontró el tacto áspero de la mano de su marido, que retiraba la suya de las suaves mantas que envolvían a la pequeña.

—No la vayas a despertar.

—Lo siento. —Aitana se disculpó con otro susurro—. Tienes razón —añadió, y tomó asiento.

Su suegra, sin preguntar nada, le trajo unas bandejas de embutido y pan, que ella agradeció con una sonrisa. Obviamente, no la habían esperado para comenzar.

—Estamos a punto de servir el capón, imagino que vendrás con hambre —le dijo la mujer.

Y así era. Pero le molestaba un poco que hubieran comenzado sin ella, aunque en la superficie todo fuera amable y feliz. Su suegro le sirvió vino en la copa sin preguntarle, ella dio un buen trago mientras masticaba los ibéricos sintiéndose culpable. Explicó que había pisado el acelerador, que había bastante tráfico de entrada, pero omitió explicar su papel de *sheriff* en la gasolinera.

—Pero dijiste que ibas a llegar a las siete, y son las nueve —la acusó Mauro, con una sequedad que se hizo obvia para todos. Aitana decidió entonces decir la verdad: que había tenido que entrevistar a una persona de interés para la investigación antes de salir.

A Gonzalo, aficionado a los sucesos y la crónica negra, le encantaba oír estos detalles y le tiraba de la lengua todo lo que podía. Aitana intuía que buena parte del aprecio que su suegro le tenía se basaba en el privilegio que sentía al escucharla hablar de sus casos. Por supuesto, ella jamás contaba nada que estuviera bajo secreto sumarial, o que de algún modo no fuera ya de dominio público, no obstante a él le complacía saber cualquier cosa por ella.

—¿Pero lo has detenido? —quiso saber Mauro.

—No, no había suficientes pruebas para eso, pero era necesario para la investigación.

—Pobre niña, ojalá aparezca, cómo deben de sentirse esos padres… —lamentó la madre.

Aitana imaginó entonces a la familia de Valentina. Dudaba de si habrían renunciado a los fastos navideños o, por el contrario, habrían hecho el esfuerzo de preparar una mesa bonita, encargar entrantes y platos especiales y reunirse como si aún quedara algo que celebrar. O si se habrían limitado a sostenerse unos a otros en torno a una cena apenas mejor que la de cualquier otra noche.

Su suegro intentó sonsacarle algo más y, sin proponérselo, la puso al tanto de las teorías que circulaban en los medios. Seguía predominando la del secuestro, como si resultara inconcebible que, tratándose de la hija de una familia tan adinerada, pudiera existir otra explicación. También se hablaba de una red de trata con fines sexuales, pero Aitana sabía que era muy raro que una joven rica cayera en algo así.

—Yo creo que está secuestrada —opinó Gonzalo—; cuando se tiene todo ese dinero, hay que tomar muchas precauciones.

La masa, pensó Aitana, quería relatos con lógica, y en el fondo, a muchos les complacía el llanto de los ricos, y disfrutaban del relato de los secuestros y los asesinatos en las clases pudientes, como forma de justicia simbólica.

El matrimonio debatió y conjeturó sobre el destino de Valentina durante el segundo plato y los turrones y el cava, mientras Mauro la castigaba con su silencio resentido, apoyando su mano en el borde de la cuna, como delimitando sus dominios. Sus suegros se

acaloraron, a pesar de que su hijo les pedía que hablaran más bajo para no despertar a la niña. Aitana nunca se cansaba de contemplar ese tipo de diálogos; en su presencia, la gente cruzaba teorías sobre sus casos como si supieran más que ella. Nadie se resistía al examen de las profundidades del alma humana. No podía reprochárselo. A fin de cuentas, había dedicado su vida a ello. Miró a su hija, embobada, cuando la niña, de repente, extendió el diminuto puño en su dirección y empezó a llorar.

Aitana la acunó en brazos, sintió su calor, su olor lácteo y delicado, y abrazó a su hija con cuidado. No pudo remediar que sus ojos se cubrieran de lágrimas.

—Ay, pobrecita —se compadeció su suegra—. La echarás mucho de menos.

Comentó algo más, pero Aitana no lo escuchó. Había hundido la cara en el cálido hueco entre la tersa mejilla y el diminuto hombro de la niña, blandito pero sustentado por sus pequeños huesos, y por un instante sintió que estaba abrazando a un pájaro muy pequeño y desvalido. Se separó de ella y algo parecido a una sonrisa en la boca de su hija le produjo una sensación de tranquilidad y felicidad que recorrió su cuerpo como una descarga.

—Se está haciendo tarde —dijo Mauro—. Seguro que pillamos atasco al volver, será mejor que vayamos recogiendo.

Su madre expresó tristeza por que no pudieran quedarse más tiempo, incluso los invitó a dormir; pero su padre también se levantó, ajeno a esa representación, pues sabía muy bien que iban a marcharse y no tenía mucho sentido abundar en más cortesías.

Aitana, que no había soltado a su hija, le pidió a Mauro que sacara las llaves de su vaquero; Mauro obedeció y salió tras despedirse de

sus padres, cargando con el maxicosi. Los abuelos de Daniela la besuquearon en sus brazos, y después los acompañaron al garaje.

Cuando salieron a la rampa donde había aparcado el coche, Mauro, sin mirarla, aseguró la sillita infantil en la parte de atrás. Su suegro le dio dos besos y, antes de dejarla marchar, le hizo una pregunta:

—Dime una cosa, Aitana…, ¿crees que sigue viva?

—No, suegro, creo que no —admitió, por primera vez con rotundidad, incluso en su pensamiento, y dejó al hombre pasmado. Poco después, Aitana colocó a la bebé en la parte de atrás, se aseguró de que estaba bien sujeta en el maxicosi, y se sentó en el asiento del conductor.

—¿Vamos? —preguntó Mauro poniéndose el cinturón a su lado. Aitana arrancó el vehículo y salió hacia la carretera, y se dio cuenta al ver las bolsas junto a la niña de que se había olvidado de entregar los horribles regalos.

El silencio hostil entre su marido y ella se prolongó durante todo el trayecto. Ese silencio tan espeso era la prueba incontestable de la cercanía de un enfrentamiento. Pero no sería ahora, no si la niña podía oírlos. Además, Mauro era un astro de la pasivo-agresividad. Esperaría, como un auténtico campeón de boxeo, a que ella se adelantara en la lona, para descargar un par de golpes furiosos y buscar un rápido ko.

Fatigada mentalmente sin haber iniciado la batalla, perdió su mirada en las luces dispersas del paisaje nocturno, en los vivos colores de los coches entre los que estaban presos, y recordó la única parada que había hecho en el viaje, la gasolinera.

De repente, le vino la cara de ese chico a la mente con todo detalle, como si aún lo tuviera delante.

Ya sabía quién era.

16

El desabrido chaval de la gasolinera era, ahora lo recordaba bien, Pablo, el hijo mayor de Ricardo Guzmán, el único tío de Valentina, y por tanto, uno de sus primos carnales. En su visita a la casa del tío, no lo había visto, solo lo había oído hablar de forma agresiva a su padre; sí había visto su cara en fotos de familia que su padre le enseñó.

No recordaba haber leído nada de él en las diligencias previas. Pero ya sabía que el trabajo previo no había sido meticuloso, así que tendría que considerar cualquier posibilidad. Pablo era un año menor que Valentina y, que ella supiera, hasta que su padre rompió con la familia de la chica, habían pasado algún tiempo juntos desde pequeños.

Era la mañana del día de Navidad y, mientras la casa aún dormía, Aitana se dedicó a colocar la mesa. Puso los platos y los adornos de gala que ella misma había comprado cuando estaba embarazada y ya de baja. Parecía que había transcurrido una vida completa desde entonces. Dispuso con todo el esmero que pudo las baratijas (palmatorias con forma de árbol de Navidad, una fuente con motivos rojos y blancos, servilletas a juego con el mantel…), como si el «nido» fuera de verdad un concepto interesante para ella. No lo había sido nunca.

Antes de colocar los cubiertos, sintió la urgencia de llamar a Rafael. Su compañero no contestó el teléfono. Le dejó un mensaje apresurado, pidiendo que la llamara cuando le fuera posible. Odiaba ser ese tipo de jefa, la que molesta en plenas fiestas a un subordinado, que no sabe respetar los espacios ni los límites de los demás, que parece no tener vida, o en caso de tenerla, no le importa lo suficiente. ¿Era así ella? ¿Qué pensaban sus compañeros de esas actuaciones, de esos sacrificios que les exigía, de esas llamadas a destiempo? Cayó en la cuenta de que en toda su carrera jamás se lo había planteado, hasta ese preciso instante. No había estado tan pendiente de las opiniones ajenas nunca. ¿Se debía al poco prometedor estado de la investigación? O bien, ¿la maternidad había alterado su cableado emocional, y por eso le preocupaban asuntos como aquel, que jamás habían merecido un minuto de su pensamiento?

No sabía si implicarse en el caso era su forma de evadirse de la situación en casa o si era la única forma de abordarlo. Resopló. Poco podía hacer en la mañana de Navidad… Bueno, desde luego podría hurgar en las redes sociales de Pablo Guzmán, a ver qué estaba haciendo la noche del 7 de diciembre.

Abrió el congelador y sacó un táper de canelones que su suegra les había preparado para que pudieran despreocuparse de cocinar. Lo dejó en la pila y abrió el grifo del agua caliente, pensando si ese envase cabría en el microondas. Y de nuevo sintió el impulso de dejar todo ese tema de la comida y sentarse frente al ordenador, abrir las notas relativas a Ricardo Guzmán, quizá conectarse a la base de datos del rcmi, el Registro Central de Menores Infractores, a ver si descubría algo del chico. Pero decidió terminar de poner la

mesa y chequear a la niña antes de empezar. Colocó los cubiertos con premura. Pasó al cuarto de la bebé, que descansaba profundamente, navegando por un abisal y apacible sueño. De allí, fue al dormitorio que compartía con Mauro. Dormía a pierna suelta. Lo malo es que alcanzar su portátil, aún metido en su equipaje, requería entrar en el cuarto, abrir la maleta para sacarlo y quizá despertarlo, así que decidió hacer las primeras pesquisas en el portátil de Mauro, que él, habituado a escribir en cualquier habitación y en cualquier postura, iba dejando por la casa, y que ahora encontró tirado en el sofá del salón.

Abrió el navegador y se logueó en Facebook con una dirección falsa que manejaban en el departamento, de una chica adolescente muy guapa. No existía en realidad. Sus agradables facciones eran las de una joven agente de Canarias, y su escueta biografía era pura invención. Se hacía llamar Lauri_Traviesa y los agentes la utilizaban en la red para interactuar con posibles delincuentes o personas cercanas a ellos. También tenían un avatar masculino para cuando la situación lo requería. Puso «Pablo Guzmán» en el buscador de la red, y lógicamente encontró un montón de personas con ese nombre, pero le quemaban los dedos, estaba animada, dispuesta a encontrar esa cara como fuera. Además, abrió las diligencias previas. No había mención a Ricardo, aún menos a su familia. Regresó a la red social, entró en el perfil de Valentina Salas, y al buscar en sus amigos, reconoció la cara de su primo: Pablo Guzmán.

Facebook estaba dejando de ser un medio atractivo para la gente más joven, y el de Pablo confirmaba este hecho. Hacía tiempo que no compartía nada. Una etiqueta en una foto familiar lo mostraba con Valentina y el resto de la familia…, pero hacía seis años de esa

publicación, anterior a la ruptura familiar, en la misma casa «La Sombra» que ella había visitado. Necesitaba más.

Clicó en el apartado de información y descubrió que Pablo había consignado allí su nombre de usuario de Instagram. Consultó un fichero del cuerpo para recuperar el usuario y contraseña que el señuelo Lauri_Traviesa tenía configurado para esta otra red, cuando una notificación del WhatsApp de escritorio que tenía Mauro instalado en su portátil interrumpió el proceso.

Mandi: ¿Puedes hablar ahora?

Mandi, Amanda, era una compañera de trabajo de Mauro. Recordaba que vino una noche a cenar con otros colegas, cuando les habían cancelado una serie de un día para otro. Le pareció atractiva e ingeniosa, y esa noche mostró cierta complicidad con Mauro. No le había dado más importancia porque en aquel momento la confianza era la norma general entre ambos.

La incomodidad de haber pisado la esfera privada de su pareja le dio ganas de levantarse, cerrar el portátil y continuar en su propio ordenador. Pero Mauro seguía durmiendo. En el silencio de la casa, podía oír sus ronquidos con nitidez. No sabía qué hacer. Quizá lo mejor era salir del programa en ese preciso instante, cuando llegó otro mensaje.

Mandi: Te echo de menos.

Una mano invisible le dio un puñetazo en el estómago. Notó cómo sus manos se quedaron repentinamente frías y un nudo apretó su garganta. ¿Qué? Ella pensaba que los dos habían asumido

tácitamente que en sus respectivos trabajos encontrarían gente que podría gustarles, pero que no harían nada al respecto. En eso consistía apostar por un proyecto de vida a largo plazo, en no fiscalizar el espacio ajeno, en construir, en respetar y, sobre todo, en confiar. Pero ahora esa confianza se había transformado en algo diferente, en una realidad que se estaba desarrollando ante sus ojos sin que supiera muy bien cómo reaccionar.

Mandi: ¿Cuándo se va Aitana? ¿Cuándo nos vemos?

Ahora sí, cerró el ordenador. Se quedó noqueada unos segundos. Lo primero que pensó, con cierta crueldad, fue que solo a un gilipollas como Mauro se le ocurría dejar funcionando la aplicación en un ordenador no bloqueado cuando tenía un lío con alguien.

Lo segundo, más que rabia, fue una oleada de tremendo cansancio, como si en lugar de una infidelidad fuera la antesala de una nueva frustración, una nueva montaña que escalar, una nueva exigencia de toma de decisiones. Evitó sentir pena por sí misma. Ya llegaría el momento, no se haría esperar. Aitana no quería sentirse así, ni quería que nadie pensara así en ella, la cornuda, la que aspira a desentrañar los secretos de los criminales, pero a quien le toman el pelo en su propia casa. Nunca había creído que Mauro pudiera engañarla. Sí lo había pensado alguna vez, pero como hipótesis fantasiosa, no como escenario plausible. E inevitablemente, un reguero de preguntas detonó en su cabeza. ¿Cuánto tiempo llevaba enrollado con Mandi? ¿Irían en serio o sería una aventura confinada en los cauces vitales ya establecidos de cada uno? ¿Sería Mandi la primera, un amor de verdad o un pasatiempo sexual?

Esperó a que, dado lo delicado de los mensajes recibidos y la no contestación, el teléfono de Mauro sonara en el silencio de la mañana festiva, pero no fue así; Mandi no llamó. Quizá, con algo más de sentido común del que había demostrado con los mensajes en el ordenador, Mauro tenía el móvil en silencio o vibración. O a lo mejor Mandi se había asustado al ver los dos tics azules y la falta de respuesta. Eso explicaba que se lanzara a llamar de inmediato y también lo contrario, que huyera de una siguiente comunicación. Tampoco tenía claro si realmente la conversación (o el monólogo) le aparecía a Mandi como leído, ya que había leído las fugaces notificaciones que habían irrumpido en la pantalla, pero fuera de la aplicación. Deseó que no se hubieran marcado, porque si Mandi supiera que sus comunicaciones habían sido espiadas, avisaría a Mauro y él sabría que ella quizá se había enterado, y no tenía ánimo ni energía para abordar ese asunto en caliente. Tampoco en frío. Por supuesto tenía amigas a quienes les había pasado lo mismo, y que le habían contado cómo habían confrontado a sus parejas hasta admitir el engaño. Otros lo habían negado, incluso ante evidencias incontestables.

Se sintió como si la hubieran desenchufado. Le tentaba abordarlo como lo habían hecho tantas y tantas mujeres a lo largo de la historia. En silencio y con resignación. En el caso de muchas, habría sido por falta de autonomía económica o desamparo social, o miedo al qué dirán. No era su caso. Desde luego no le daba igual, pero no tenía claro si era capaz de perdonarlo o no, o de si su hipotética incapacidad para perdonarlo era un indicio del mal momento de su matrimonio. Y no solo era una cuestión de pareja. El bebé debía ser protegido a toda costa. ¿Qué era lo mejor para Daniela? Y no solo

para ella, ¿qué era lo mejor para Valentina? Más que una mujer engañada, o con el corazón roto o agrietado, la traición de Mauro se le antojaba como un crucigrama de un idioma ajeno. Además, estaba sola. Cuando tenía problemas, se los contaba a Mauro. Su hermano Jacobo vivía en Estados Unidos y apenas hablaban, su madre estaba fuera de su vida, solo aparecía de cuando en cuando, y no se imaginaba sincerándose con su padre sobre este asunto. Se había volcado tanto con su trabajo que apenas conservaba amigas que no fueran del cuerpo, y llamarlas después de meses para contarles aquello le parecía utilitario y mezquino.

Decidió que volvería a pensar en ello una vez hubiera logrado averiguar algo sobre Pablo Guzmán, y de ese modo silenció, de manera temporal, uno de los dos enjambres de avispas que sentía zumbar en su mente.

Entró en el cuarto donde Mauro y la niña dormían, alcanzó su ordenador con todo el cuidado que pudo, cerró la puerta, e inició sesión en Instagram con la personalidad de Lauri_Traviesa, localizó al usuario GuzmantheGreat. Por suerte, allí el chico seguía compartiendo contenidos de forma asidua y casi a diario.

Como a tantos chicos de su edad, a Pablo le gustaba fotografiarse en bares y conciertos, haciendo botellón, jugando a la Play o comiendo una hamburguesa enorme. El brillo perturbador de su mirada no se percibía con la misma intensidad en esas fotos y vídeos. Retrocedió hasta la noche del 7 de diciembre. Encontró un vídeo colgado la noche en la que Valentina desapareció. Pablo estaba en la zona de bares de Sarrión, paseando entre una multitud de personas, jóvenes y mayores, seguramente atraídos por la feria

de la trufa, tomando algo en el centro del pueblo sobre las once de la noche, después de que la gala de clausura de Fitruf concluyera.

Pablo había grabado lo que veía ante sí, el ambiente del pueblo. «Hay tanta peña de fuera que no se ve a los mataos de siempre», decía mientras la cámara oscilaba, mostrando rostros en la oscuridad, trasiego de jóvenes copa en mano que se confundían con personas de más edad vestidas de manera más formal. Para afirmar lo que decía, había hecho un paneo mostrando la calle de bares. En la imagen aparecían varios chicos y chicas, indiferentes a la grabación, sus rostros cerúleos y ensombrecidos a la luz de las farolas del pueblo.

En la puerta del bar de Alban, pudo ver fugazmente la imagen de una chica esperando, vaqueros negros, parka verde acolchada, deportivas blancas. Era ella. Era Valentina, estaba segura.

La ropa concordaba con la descrita por su familia, y aparecía por un instante en pleno movimiento de la cámara, pero en la última fracción de segundo, ella levantaba la vista hacia quien estaba grabando y en sus ojos había sorpresa y temor. ¿Valentina temía a su primo? ¿O fue él su cita secreta del día 7 de diciembre? Oyó la tos de fumador de Mauro, que estaba despertándose en aquel momento, acompañado del sonido de los muelles de la cama y de los pasos que daba con sigilo, para no despertar a la niña. Se estaría vistiendo, buscando las zapatillas de andar por casa, pasando al baño.

Aitana cerró la sesión. Intentando no ceder al impacto de la revelación sobre su marido y su compañera, decidió que intentar descongelar los canelones era una tarea mucho más satisfactoria que divagar sobre si era una cornuda. Miró el táper girar en el

interior del microondas con su característico zumbido, que tenía algo de tranquilizador, mientras pensaba en hacer capturas de todo lo que había visto en el perfil de Pablo Guzmán para poder compartirlo con Rafael. Escuchó los pasos de Mauro llegar a la cocina.

—¿Hay café?

Ella le señaló la cafetera, con una sonrisa tímida.

—¿Llevas mucho despierta? —preguntó mientras sacaba una taza de la alacena y se servía.

Aitana explicó que se había levantado hacía tiempo, que no había encontrado la forma de volverse a dormir, y había puesto la mesa.

En una realidad alternativa, ella le decía lo que había descubierto y lo obligaba a marcharse de casa, o era ella quien hacía las maletas y se largaba con la niña metida en su carrito. Portazos, lágrimas, intercambios de excusas, duelo de reproches y, quizá, algo de sinceridad, una brecha de amor, de algo por lo que mereciera la pena luchar, aparte de la existencia y la crianza de la hija de ambos.

Pero no iba a hacer eso.

—Ya que la comida está casi lista, podemos ir a dar un paseo los tres, hace buen día —propuso, haciendo un esfuerzo por parecer contenta de disfrutar un día en familia.

Mauro se encogió de hombros, dijo que sí sin gran entusiasmo, y se sentó a desayunar, ella le colocó una rebanada de pan en la tostadora. Mientras la resistencia se iba enrojeciendo y el pan desprendía aroma a tostado, Aitana lo calculó todo. La duración del paseo, la comida, el rato de trabajo en la siesta conjunta del padre con la niña, la cena, un par de horas más de trabajo mientras ellos dormían, y entrevistarse al día siguiente con la compañera de piso de Valentina y sus compañeros de estudios. El pan saltó, ella lo

colocó en un plato con mantequilla y mermelada, y Mauro pareció hasta sorprendido de la sonrisa que le dedicó.

—También os he dejado los regalos en el árbol —dijo.

Mauro se llevó la mano a la frente.

—Mierda, los regalos —reparó—. No te he comprado nada.

—Ya sé que es muy difícil llegar a todo estando solo con la niña. No te preocupes —le restó importancia—, los míos tampoco son una maravilla.

Mauro se trajo su regalo y el de la niña de debajo del árbol. Los abrió y descubrió el *after shave* con aroma a trufa y el peluche, que más bien parecía una caca.

—A ver, ¿esto es una caca con ojos?

—No, es una trufa con ojos. —Aitana le mostró una etiqueta que pendía del extraño muñeco—. Mira, viene con denominación de origen, de donde se hace la mejor trufa del mundo.

Los dos se rieron a gusto, aunque sin elevar demasiado sus voces, para no despertar a la cría. Aitana no pudo evitar pensar que cualquiera que los viera, desayunando desgreñados y sonrientes entre regalos cutres de Navidad, pensaría que formaban una familia corriente y feliz.

Pero ella sabía que no era así. Más bien se sentía como si estuviera representando un papel, porque no tenía tiempo ni ganas de reaccionar de forma honesta a los eventos de su propia vida. En aquel momento solo quería pensar en Valentina, y en las grandes preguntas, en los grandes temas. En la vida, en la muerte, en la inocencia y en la justicia. Y en que quizá no era ella la que rechazaba a su familia y a su hogar, sino su familia y su hogar los que la rechazaban a ella.

17

«Perdona que te llamara ayer, Rafael. Solo era para contarte alguna novedad, pero puede esperar a esta noche».

Dio otro trago al primer café del día. La casa estaba en silencio. Al levantarse había visto una llamada perdida de su compañero, pero había preferido mandarle un mensaje.

«Ni te preocupes, jefa. Espero que hayas tenido una feliz Navidad», Rafael acompañó el mensaje con una carita sonriente envuelta en corazones.

«¡Gracias, sí, no ha estado mal! Nos vemos luego», escribió Aitana, dudando de si poner algún emoji festivo, cosa que finalmente no hizo.

Apenas había dormido esa noche. La niña se había despertado varias veces y Mauro se había desplomado con el peso del sueño atrasado de todas esas noches en las que había cuidado a Daniela en solitario. Pero no era esa la única causa de su insomnio.

Se habían acostado en la cama de matrimonio y la niña, en la minicuna. En el estrecho dormitorio que apenas tenía espacio a los laterales de la cama, una ventana que daba a la calle, por la que entraban ruidos nocturnos y la luz de las farolas, que, filtrada a través de la persiana, entreverada de rayas y puntos, se le presentaba como un extraño código morse que se unía a todo

aquello que tenía que desentrañar. Frente a la cama tenían una televisión, pero no quería encenderla por temor a fastidiar el sueño de su marido o de su hija. Intentó leer en su libro electrónico, pero hacía demasiados meses que había empezado su última lectura y ya no recordaba nada. Miró al cartel de la película *Manhattan*, y sintió que era algo genérico, que podría colgar en miles de dormitorios de parejas de su edad. Había pasado tanto tiempo que Woody Allen había caído como mito intelectual, incluso se había transformado en un símbolo de la sexualidad voraz de los hombres de cierta edad y con poder. Añoraba esos días de ir al cine con Mauro, las películas de Allen les gustaban especialmente. Al abandonar la sala, se iban a cenar a cualquier sitio, todo les parecía bien y el futuro se antojaba infinito.

Optó por utilizar su móvil, ponérselo con auriculares y hacer un repaso en la prensa y en YouTube de las últimas noticias del caso. Seguía habiendo conexiones diarias, y cada vez más medios se iban volcando con el suceso. Al menos en algo había progresado la investigación. Había podido comprobar que efectivamente Valentina, tal y como había declarado su familia, sí había llegado a la zona de bares del pueblo sobre las once de la noche del 7 de diciembre. Sabía que había coincidido, no conocía por cuánto tiempo ni en qué forma, con su primo Pablo, el alborotador de la gasolinera, ya que aparecía en su vídeo. La búsqueda se acotaba bastante más. Tendría que averiguar qué había hecho esa noche, con quién, hasta qué hora, y quién había sido la última persona en verla después de su abuelo. Se duchó y se vistió en silencio. Se acercó a la cama, donde su marido reposaba con un sueño pesado y apacible al lado de la minicuna, pero no fue capaz de besarlo. En cambio, lo miró con

rechazo, como no se había permitido hacerlo cuando estaba despierto. Se le pasaron por la mente todas esas cosas que hacen las mujeres engañadas. Registrar su ropa, oler sus camisas, volver a meterse en el ordenador, indagar sobre si había vuelto al gimnasio (sabía que eso con un bebé no era muy factible, salvo que sus padres lo ayudaran), sobre si cuidaba más su alimentación o su aspecto… Pero tenía que volcar sus dotes deductivas en Valentina. Sacudió su brazo con suavidad y su marido emitió un gañido, ella insistió.

—Vale, vale, ya me despierto —dijo medio dormido.

Posó los labios con suavidad sobre la frente de su hija, más una caricia que un beso, y se marchó.

En compañía de dos guardias civiles se presentó en el piso que compartía Valentina en la zona de Madrid Río con una chica de su edad, gallega, Iria, que estudiaba Bellas Artes.

—Las dos vinimos de fuera para este curso y nos llevamos muy bien. Vemos pelis, paseamos, hacemos la compra juntas… Le interesaban las mismas cosas que a mí. Pero estaba poco tiempo en casa, siempre andaba liada con sus compañeros de la escuela, grabando cosas o saliendo por ahí.

—¿Vino alguna vez aquí con un chico?

—No. Vino con sus mejores amigos de la escuela, Josemi y… Sara, creo que se llaman.

Aitana asintió y tomó nota.

—¿Sabes algo de un viaje que hizo a París en el puente de la Almudena?

Iria intentó recordar. Sacó su móvil.

—Ese día yo también me fui de viaje. Recuerdo que hicimos la maleta y salimos a la vez. Me dijo que iba en tren a ver a su familia… y yo me fui a tomar el avión para Santiago, nos marchamos en dos taxis diferentes.

—¿Al volver, notaste algo especial?

Iria negó. Añadió que tampoco le pareció triste. En general, ella no era muy dada a hablar de los suyos, era bastante reservada.

—¿Ha venido alguna vez alguien de su familia?

—Vino su hermano cuando se instaló. Un chico muy simpático, Jaime, muy pendiente de ella. Se quedó hasta asegurarse de que tenía todo funcionando, su ordenador, chequeó los suministros de todo, incluso fuimos con él a Ikea a por algunas cosas que faltaban en casa. Muy protector con ella, supermajo me pareció.

Aitana le mostró a Iria la orden judicial de registro. Le explicó que tendría que ausentarse unas horas para que los agentes entraran a la casa, y que ellos intentarían ser lo más cuidadosos posible. Se ceñirían sobre todo al cuarto de Valentina, pero quizá considerasen de utilidad llevarse algún objeto de ambas. La chica lo entendió. Decidió que se iba a casa de un amigo a dormir. Aitana le dio su número y le pidió que la llamara si recordaba cualquier detalle, por nimio que resultara.

Iria tomó una pequeña maleta que ya tenía preparada y se fue, cruzándose con los tres agentes de la Guardia Civil que iban a ejecutar el registro. Aitana les pidió máxima delicadeza.

Empezaron a recorrer la casa, examinando con ojo atento todos los objetos, muebles y rincones, y Aitana entró en la habitación que durante ese primer trimestre del curso había ocupado Valentina.

Apenas había tenido tiempo de personalizar el espacio, pensó. Había una cama de noventa con un viejo edredón amarillo, un tablero de melamina, un flexo y una estantería de contrachapado en la que había ido dejando algunos libros de cine y novelas, un par de cuadernos. En la mesa no había ningún ordenador. Imaginó que para la escuela utilizaba el mismo portátil que se había llevado a Sarrión y del que apenas estaban logrando extraer nada de interés. Se acercó a la mesa y abrió un cajón. Además de lápices, gomas, bolis y unos *tickets* de la Filmoteca Española, encontró dos entradas a la Sainte-Chapelle de París, con fecha de 8 de noviembre. Sacó una foto. Se despidió de sus compañeros porque tenía una cita en el lugar donde la chica estudiaba Cine.

Arrancó el coche, siguió las órdenes del navegador y en muy poco tiempo, a través de la carretera de Extremadura, en dirección a la Casa de Campo, llegó a la eac. Era un monumental y moderno edificio de pizarra negra. Entró, se identificó ante un guardia de seguridad y la directora. Andrea Vergara, una mujer de cincuenta años, enfundada en un traje formal que combinaba con una camiseta de algodón y unas modernas deportivas, se presentó y le dio la bienvenida. Solo estaban ella y el vigilante, y habían acudido de manera extraordinaria, pues eran las vacaciones y la escuela estaba cerrada. Había algo fantasmal en el amplísimo vestíbulo, diáfano y abierto, que se elevaba unos treinta metros hasta el tejado inclinado, y formaba un gran espacio vacío en torno al cual se encontraban las plantas con las aulas y los espacios comunes. La caída de cualquiera de esas barandillas era vertiginosa y, además, atractiva, como si tuviera un extraño poder de succión. Se preguntó si Valentina habría tenido alguna ideación suicida en aquellas

barandillas, o si por el contrario en esa nave espacial de pizarra, cristal y aluminio había encontrado un lugar donde estar a gusto por fin.

La directora la invitó a pasar a la moderna y cómoda sala de cine que tenían en la planta baja. Era una sala para unas 150 personas, con mullidas butacas que aún olían a nuevo.

La directora le habló de la trayectoria de Valentina. Estaba estudiando el primer curso, que era común, y en el segundo se accedía a una especialización, en dirección, guion, dirección de fotografía, montaje, etc.

—¿Cómo era la relación de Valentina con sus compañeras y compañeros?

Andrea comentó que la chica estaba muy contenta en la escuela. En el primer trimestre se había implicado en todas las prácticas que podía. Había hecho buenas amistades y, si bien era algo tímida, parecía estar feliz allí. Le enseñó la ficha de Valentina. Aitana reparó en que cuando había hecho las pruebas de admisión el año anterior, la joven no tenía el mechón azul.

Llamaron a la puerta y aparecieron dos jóvenes. Sara, una chica con tatuajes y el pelo rapado, y Josemi, un chico con vistoso maquillaje, vestido con un traje de *tweed* con falda que le recordó a Margaret Thatcher. Se dio cuenta de que aquella escuela y su alumnado eran muy diferentes a la gente joven que había en Sarrión. La directora se despidió. Aitana lo agradeció. Reconoció en los dos jóvenes la expresión asustada, responsable y atenta que asomaba al rostro de quienes nunca habían tenido que sentarse a ser interrogados por un guardia civil en un caso tan grave como aquel.

Josemi empezó.

—Valentina es una tía de puta madre, muy creativa, muy trabajadora.

—¿Cómo era cuando llegó?

Sara tomó la palabra.

—Pues tenía un aspecto muy diferente, se la veía como callada y le costaba mucho participar…, pero a los pocos días empezó a soltarse y parecía que vivía aquí, la tía. Como si se hubiera liberado, no sé. Y en las clases no hablaba, tomaba notas frenéticamente, como si no hubiera en este mundo nada más importante que el cine.

—No se perdía nada, ningún encuentro, ninguna reunión. Siempre quería ayudar. Sara y yo nos hicimos colegas de ella, y también salíamos por ahí.

—¿Os contó algo de su vida anterior? ¿Algo de su familia?

Sara y Josemi se miraron. Hubo un instante de duda.

—No le gustaba mucho volver. Nos contó que su familia se dedicaba a la trufa en un pueblo de Teruel… y que el rollo de las artes no les iba mucho, que eran un poco cerrados de mente —dijo Josemi.

—Sí. Que su madre se empeñó en que ella siguiera su vocación, pero que ni su padre ni su abuelo, ni siquiera su hermano, lo veían bien.

A Aitana le resultó extraño.

—¿Su hermano Jaime?

—Sí, algo nos contó de que su hermano mayor había estudiado Ingeniería Agrónoma para continuar el negocio familiar, y que estaba disgustado porque ella sudara del tema de la trufa —respondió Sara.

—¿Os parece que tenía alguna relación difícil con alguien de su familia?

Otra vez el silencio planeó sobre la conversación.

—A ver, sé que con su padre regular. Pero no sé si por él o por unos temas que ella vio que no le molaron —empezó Josemi.

Sara lo miró, incómoda.

—Temas personales entre sus padres que a ella no le parecían bien. Tampoco nos dio muchos detalles.

Aitana pensó que Valentina, de algún modo, sabía de la adicción y los gastos de su padre, o quizá intuía que su madre y él no pasaban por su mejor momento.

—¿Y con su abuelo y su hermano?

—De su abuelo —continuó Sara—, dijo solo que era buena gente, pero muy garrulo. Y su hermano, bueno, hablaba con él a diario, pero… alguna vez parecía que la agobiaba un poco. Como que le reprochaba si lo dejaba en visto en el WhatsApp y cosas así.

—¿Os parece normal la relación que tienen?

—Ella hablaba mucho con su madre y con su hermano, y decía que ojalá que la controlasen menos. Pero nunca habló mal de ellos, al revés.

—¿Y aquí? ¿Se lleva mal con alguien, ha tenido algún conflicto con otro alumno, o alguna dificultad?

Los dos jóvenes negaron.

—Le encanta la escuela.

—¿Y sabéis si tiene algún chico, o alguna chica, que le guste o con quien haya tenido un poco más de intimidad?

—A ver…, tenía un asunto con uno. Pero de fuera.

—¿Y os dijo cómo se llamaba?

Los dos se miraron con algo de nerviosismo.

—Pues no. No nos quiso decir ni cómo se llamaba ni nada —negó Sara—, y mira que le dije, tía, mándame su foto, o enséñame sus redes, que le quiero *stalkear*, que no se lo cuento a nadie. Y nada.

—Nada de nada, se puso supersecreta la tía. Yo creo que debe de ser un tío mayor que ella.

—¿Casado?

—Le preguntamos mil movidas y nos contó cero —contestó Josemi —, aunque ahora que lo recuerdo, el puente de noviembre, la Almudena, que es fiesta en Madrid, quedamos unos cuantos para rodar una práctica en el chalé de uno, y le dije que si quería venir a echar un cable, pero ella, que normalmente se apuntaba a un bombardeo, me dijo que tenía un viaje.

—Le preguntamos que si se iba a ver a su familia —añadió Sara—, pero nos dijo que no, que había quedado con un tío en París.

A Aitana le vino a la mente la imagen de la Sainte-Chapelle, que había visitado hacía muchos años. La majestuosidad de aquellas vidrieras elevadísimas que cobraban vida cuando el sol las atravesaba. Recordó haberlas contemplado durante varios minutos, casi sin moverse, fascinada por su belleza.

—¿Fue a París en noviembre? —preguntó, más para sí que para ellos.

—Sí, en el puente. Claro, flipamos. Pero no conseguimos que nos mandara ni una foto.

—¿Y cómo volvió de ese viaje? ¿Os dijo algo sobre qué había hecho?

—Pues algo dijo, de pasear y cenar en algún sitio bueno. Pero nada más —dijo Sara.

—¿Y estaba contenta?

Los dos jóvenes se miraron.

—Bueno, esa semana la veía yo que miraba wasaps y le entraba la risa tonta. Y claro, aquí Sara y yo raja que te raja, que esta chica ha follado. Pero bueno, eso es que nos gusta montarnos películas.

Ambos se miraron sonrientes, hasta que recordaron cuál era el marco de la conversación y la seriedad regresó a sus caras.

—¿Creéis que podría haberse marchado voluntariamente? ¿Con esta persona, quizá, con la que se reunió en París?

Sara se aclaró la voz.

—No lo sé, no le pega. Tiene una ilusión tremenda por hacer cine, y además… cuando le he contado yo movidas de un ligue que tengo por aquí me decía: «Tía, céntrate, que este tiempo es para ti, para formarte»… No la veo yo dejándolo todo para irse con un fulano.

Aitana les preguntó algunas cosas más, pero nada fue más relevante que saber que Valentina tenía un novio o un amante misterioso. Les dio las gracias. Los chavales se interesaron por la investigación. Les dijo que no podía contarles nada, pero que haría todo lo posible por encontrar a su amiga.

—¿Viva? —se atrevió a decir Sara.

—Espero que sí —intentó sonar convincente Aitana.

Abandonó el edificio y fue caminando hacia el coche que había dejado en el aparcamiento de la propia escuela, cuando escuchó unos pasos a su espalda.

—Perdone, he recordado algo.

Se giró y Sara estaba de pie frente a ella, agitada, recuperando la respiración.

—Hay un profesor que creo que le gustaba. No quería decirlo delante de mi compañero porque lo casca todo y no estoy segura tampoco.

—¿Cómo se llama, lo sabes?

Sara le enseñó una foto grupal tomada en un aula de la escuela.

18

Aitana tardó unos segundos en recuperarse de la impresión que le había causado ver a Mauro en aquella foto de clase que le había mostrado Sara. Es verdad que era profesor de guion, que impartía clase en esa escuela, en otras facultades y academias de escritura creativa. Aun así, se sentía como si le hubieran abierto la caja torácica y su corazón estuviera palpitando fuera del pecho.

—Entonces… ¿este profesor…?

Aitana notó que le faltaba el aire para terminar la pregunta. Sara la miraba con extrañeza. Tenía que centrarse.

—¿Qué decía Valentina?, ¿cuál era su relación con él?

—Mauro vino a dar una de las primeras clases del curso. Una charla muy interesante sobre el viaje del héroe, con ejemplos de *El Padrino, Indiana Jones* o *Tiburón*.

Aitana recordó perfectamente charlas de sobremesa en las que su marido hablaba de ese tema, le encantaba, tanto que no paraba de aburrir con eso del viaje del héroe a quien fuera que tuviera delante.

—¿Y cómo surgió esta relación, lo sabes? —preguntó, intentando aparentar normalidad. Notaba una mezcla extraña de frío y calor, frío en la piel, sudor dentro de las prendas de abrigo, extremidades heladas y el corazón desbocado.

—Mauro dejó su correo en la pizarra por si alguien tenía dudas y por si alguno de nosotros quería seguir en contacto.

—¿Esto de dar el correo es normal?

—Bueno, nosotros lo agradecemos. Hay mucho profe que no quiere que le escribas, porque cree que le vas a pedir favores, contactos, o que se lea tu guion.

—Entonces Valentina le escribió. ¿Y qué pasó después?

Aitana miró el rostro de la chica, su cabeza medio rapada, sus tatuajes, la chaqueta de cuero y los pantalones vaqueros rotos. Como si hubiera hecho un intento enorme por endurecer su aspecto. Intentó leer en su rostro si decía la verdad.

—Creo que le escribió para pedirle más libros sobre la teoría del guion, que es algo que a Valentina le interesaba mucho.

—¿De verdad? ¿O era simplemente una excusa? ¿Crees que se sentía atraída por él?

Sara se encogió de hombros.

—No dijo que le gustara. Solo dijo que le escribió, que se cruzaron un par de correos… y que él le dio su teléfono.

—¿Sabes por qué se lo dio? ¿Ella se lo había pedido?

—No lo recuerdo. Sé que alguna vez él le mandó algún vídeo de YouTube, con algún ejemplo de alguna peli…

—¿Pero estaban coqueteando o no? —se impacientó Aitana.

Sara pareció sorprendida por su brusquedad.

—No lo sé. Ella nunca dijo que quisiera algo con él. Pero sí que le interesó mucho su clase y le gustaba mandarse *mails* y mensajes con él.

Aitana tomó una bocanada de aire. Tenía que decirle a su cerebro que ralentizara el ritmo de todas las imágenes, datos y recuerdos

que quería echarle encima si quería entender lo que la chica le estaba contando.

—¿Y sabes si pasó algo más?

—Creo recordar que Valentina dijo que tenían intención de tomar un café antes de Navidad. No sé de quién fue la idea. Creo que no llegaron a quedar. O si quedaron, ella no me lo dijo.

Aitana asintió. Le hizo la pregunta que no podía aguantar durante más tiempo:

—¿Crees que podría ser el hombre con el que se vio en París?

El rostro de Sara no mostró ninguna sorpresa, lo que le erizó el vello de los brazos.

—Se me ha pasado por la mente, sí. Pero como le dije antes… nunca nos contó nada de él.

Aitana le dio las gracias una vez más y se dispuso a irse. Tenía la espalda empapada por el sudor, y un puño invisible le apretaba el centro del pecho como quien escurre una toalla húmeda. Sacó su tarjeta y se la entregó a la joven.

—¿Puedo escribirle para preguntarle por Valen?

—Claro. Y para contarme cualquier cosa que creas que puede tener que ver. Ojalá haya buenas noticias pronto —dijo, sin creer que eso fuera a ocurrir.

Aitana se encaminó a su coche. Abrió la puerta, se quitó el abrigo. Se quedó allí un instante, cerró los ojos, agotada. Encendió el motor y el navegador, puso la calefacción y miró el *parking* como si pudiera encontrar en las plazas vacías y en el enorme Carrefour frente a sí alguna solución a lo que acababa de oír. En el mundo hermético del coche, en su esfera privada, en ese olor familiar mezcla de tapicería y plástico y gasolina, experimentó un leve alivio y se puso en marcha

hacia casa. Se desplazó por la salida y esperó para incorporarse a la autopista. De repente, sentía miedo. Como si aquellos autobuses verdes de las líneas de cercanías se le fueran a echar encima. Logró serenarse y acelerar sin temor al cambiar de carril. Más tranquila, intentó recordar la conversación que había tenido con Mauro cuando le llegaron las primeras informaciones del caso. Era el 15 de diciembre, su baja estaba a punto de acabar, y él le estaba dando el biberón a Daniela cuando se lo preguntó.

Había leído en el dosier de la chica desaparecida que era estudiante de primer año de Cine en la eac. Aitana sabía que Mauro acudía allí un par de ocasiones por año, unas veces como profesor, otras como miembro de algún tribunal. Tenía algunas clases preparadas sobre varios aspectos relacionados con la escritura de guiones. Además de en la eac, impartía clases en varias universidades, en Madrid, en otras provincias, incluso alguna vez fuera de España, porque se defendía bastante bien en inglés. Él lo llamaba bolos de guionistas. Estos bolos a veces lo llevaban de viaje, por España y alguna vez por el extranjero. Ocasionalmente, él participaba en foros audiovisuales para promocionar sus obras e intentar venderlas.

—¿Conoces a esta chica? Valentina Salas. Estudia en la eac, primero.

Mauro había mirado su foto.

—No, no la conozco.

—¿No fuiste hace poco a dar clase?

—Sí, pero la clase con todos los alumnos de primero son como 150. Quizá estuviera allí, pero no la recuerdo.

—Está saliendo todo el rato en la tele. ¿Ningún colega de la escuela te ha comentado nada?

Aitana sabía que muchos compañeros de Mauro complementaban su oficio con la docencia, varios de ellos en la eac.

—Con esto de la niña he estado muy *out*, no me he enterado de nada. Quizá alguien haya comentado algo en un grupo de chat, pero ahora no me suena.

Aitana había seguido sumergiéndose en las diligencias y pruebas practicadas, y no le había dado mayor importancia.

Hasta ahora.

Entró en la casa. Se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero. Mauro estaba de espaldas a ella, escribiendo en su portátil.

—Está dormida —dijo, y se giró a mirarla—. ¿Vas a comer conmigo, te da tiempo?

—No lo sé, de momento voy a darme una ducha y a cambiarme. —Esquivó su mirada.

El agua caliente sobre su piel le hizo sentirse mejor, pero temía algo que se cernía sobre ella, orbitando por encima de su vida como un meteoro que podría destruirlo todo. Tomó aire, intentó detener sus pensamientos y actuar como la situación requería.

Se cambió de ropa, dejó la sucia en el cesto y cargó su maleta de prendas limpias para regresar a Sarrión. Entró a ver el rostro dormido de su hija, y una súbita oleada de bienestar le recorrió el pecho, antes de regresar al estado de agitación en el que se encontraba. Cuando apareció de nuevo en el salón, Mauro estaba disponiendo la mesa para los dos.

—Eso es que te quedas a comer, ¿no?

Ella no respondió. Se dejó caer en la silla, notaba el cuerpo muy pesado.

Mauro, sin esperar a que ella respondiera, sirvió a ambos pasta boloñesa, receta que se le daba bien.

—¿Quieres queso?

Aitana asintió. No sabía por dónde empezar.

—¿Estás bien? Pareces un poco pálida.

—¿Conoces a Valentina Salas? —disparó.

Mauro la miró con sorpresa, y tras emplear un segundo o dos, respondió.

—¿La chica desaparecida? Ya te dije que no cuando empezaste con el caso.

—Me dijiste que no la conocías y resulta que ahora sé que sí lo haces. ¿No pensaste que acabaría por enterarme?

—¿Qué es esto, un interrogatorio? Vamos, no me jodas— desdeñó.

—¿Por qué no me dijiste que la conocías, Mauro?

Él se retiró de la mesa con un chirrido de la silla sobre el suelo.

—No te lo dije porque no le di más importancia.

—No es una buena excusa. Dime la verdad. Dime cuál es tu relación con ella.

—¿Mi relación? ¿De qué hablas?

—No insultes mi inteligencia, y ya que estamos, la tuya.

Mauro dio un trago de cerveza.

—Cuando doy una clase, dejo mi correo apuntado en la pizarra para todos mis alumnos. Algunos me escriben y yo les contesto. No es nada extraordinario. Ni hay nada oscuro, solo intento echarles un cable para abrirse camino y creo que lo agradecen.

—No quiero saber cómo te comportas con tus alumnos. Quiero saber cómo te has relacionado con ella.

—Pues no me acuerdo muy bien, porque me escribe mucha gente, mandándome su currículum o pidiendo que lea guiones o que les pase contactos…

—Al grano.

—Esa chica, Valentina… Creo que quería recomendaciones sobre libros. Se las mandé, y luego cruzamos algún correo más. Todos perfectamente inocentes. Si quieres te los enseño.

—Deberías habérmelos mostrado cuando te dije que esta niña había desaparecido —expresó Aitana, cortante—, fue dos meses después de que le dieras clase. Por fuerza lo tenías que recordar. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No caí.

—¿No le diste más importancia o no caíste? Las dos a la vez no pueden ser.

Mauro se revolvió, disgustado y a la defensiva.

—No me hables así. No soy uno de tus psicópatas.

Aitana respiró. Sabía que tenía razón. Pero aun así… le había mentido.

—Me han dicho que le diste tu teléfono.

—Ella me lo pidió.

—Ya. ¿Y le das tu móvil a todos tus alumnos o solo a las chicas guapas?

Mauro se arrellanó en el asiento.

—No le doy tantas vueltas a las cosas como tú —dijo.

—¿Quedaste con ella?

—¿Y qué si lo hubiera hecho? Sabes que quedo con alumnos, y con alumnas, a veces en grupo, a veces me tomo una caña o un café con ellos. ¿Qué me estás reprochando exactamente? ¿Que sea amable con la gente que empieza?

Aitana se hartó. Subió la voz.

—Te reprocho que no me lo dijeras en su momento. ¡Está desaparecida, por Dios! ¿Cuándo quedaste con ella? ¿A principio de curso?

—No quedé con ella. Me parecería humillante tener que enseñarle a mi mujer, con quien comparto mi vida y tengo una hija, un diálogo intrascendente con una alumna.

Aitana lo escuchó reprimiendo lo que pensaba. En su cabeza, se imaginó espetándole: «¿Qué otras mujeres escondes en tu teléfono, Mauro?».

No lo hizo.

Cerró los puños bajo la mesa, los notó fríos. Analizó, como hacía siempre en cualquier interrogatorio, el rostro de Mauro. Lo asociaba a esas personas inocentes que se indignaban ante las acusaciones, una reacción muy natural y frecuente. Aunque por supuesto también había delincuentes que lograban componer esa fachada siendo culpables. Aitana intentó rebajar su enfado.

—Solo quiero saber por qué no me dijiste que la conocías. Quiero saber, y seguro que lo entiendes, por qué me has mentido.

Mauro la miró, como calibrando si responder o no. Pero cuando lo hizo, no contestó a su pregunta.

—Podemos hablar de cómo estás conmigo desde que nació la niña, Aitana. De lo que está pasando.

Ella se irguió. No quería hablar de eso.

—Las primeras semanas te las pasaste llorando y encerrada en tu cuarto. Y yo intenté…

—No quiero hablar de eso.

—No quisiste ir al psicólogo especialista que te encontré.

—Bueno, eso pasó. Es historia y no tiene que ver con Valentina.

—Pero sí tiene que ver con nosotros. No querías hablar conmigo. No querías hablar con nadie.

Aitana sintió un gran calor que la quemaba por dentro. No quería recordar las semanas que siguieron al nacimiento de su hija. Habían sido las peores de su vida.

—Y justo, cuando empezaste a mejorar, tu baja acabó y aceptaste el primer caso superexigente que había lejos de casa. No tenía ganas de darte explicaciones, ni me pareció importante. No quedé con ella. Míralo si quieres en mi teléfono o en mi correo. No encontrarás nada raro.

Aitana sacudió la cabeza. Sentía rechazo, no solo por él, sino por recordar esa época en la que había estado a punto de morirse de miedo.

—La culpa de que me mientas no puede ser mía —dijo maquinalmente, y notaba cómo el recuerdo de aquellos primeros momentos con su hija la debilitaba. Primero, el amor brutal de tenerla en brazos, de volver a casa con ella junto a Mauro; luego el temor, cada vez más grande, a que le pasara algo, a que se le cayera de los brazos, a que se abriera la cabeza con un mueble, a que cayera por una ventana… No podía estar en su compañía sin imaginar escenarios donde la niña resultaba herida o muerta, y todos eran por su culpa. Por eso se había encerrado en su cuarto y durante los dos primeros meses de la vida de Daniela, Mauro y su

madre se habían encargado de ella, hasta que empezó a superar el pánico y a darse cuenta de que era capaz de cuidar a su hija, y que sus miedos eran solo el resultado de una responsabilidad monumental para la que nadie la había preparado. Quizá también fuera fruto de haberse pasado quince años en el ejercicio de una profesión donde los accidentes y las muertes de niños y bebés de formas horribles eran algo habitual. Su propio terror, su propia incapacidad, la había pillado de sorpresa. Nunca imaginó que sería una de esas madres con depresión posparto. En aquellos días, se miraba al espejo, se veía con el rostro desencajado por el llanto y el cansancio, y pensaba que, si no era capaz de cuidar a su hija, de protegerla de todos los males del mundo, estaría mejor muerta.

Empezó a recuperarse en noviembre. Al poco terminó su baja y se reincorporó a su puesto. El trabajo fue como agarrar un cabo para salir por fin de esas aguas heladas y alejarse de ese bucle que tantísimo daño le había hecho, y también para asumir, poco a poco, el cuidado de su hija. Los viejos hábitos volvieron para recordarle la persona que era, y a ellos se aferró. Así fue como salió del pozo y conectó de nuevo con la vida. No fue a través de terapia, ni de su marido, ni siquiera al ver la carita maravillosa de su hija. Y fue entonces cuando recibió el dosier de la desaparición de Valentina. El caso le estaba sirviendo para recuperar en parte a la persona que era antes, y para reconciliar las dos versiones, la investigadora avezada y la madre primeriza.

Y ahora su marido quería manipularla usando ese tiempo tan difícil, tan horrible, cuyo recuerdo procuraba evitar.

Es verdad que había cuidado de la bebé cuando ella no podía.

Pero era su obligación. Y cuando ella estaba en lo más hondo de su depresión, se sintió muy sola. No quería hablar con él, pero Mauro tampoco se interesaba por ella. Quizá superado por la situación. Ahora no lo recordaba bien. Su memoria había borrado la peor parte de aquellas semanas.

Volvió a mirar a Mauro. Él la contemplaba sin decir nada, expectante. Por un momento se sintió confundida. No sabía cuánto tiempo llevaban observándose en silencio.

—Enséñame tu teléfono —le pidió.

—¿De verdad?

Aitana, muy seria, asintió.

Mauro lo dejó en la mesa.

Y entonces ella volvió a pensar en el misterioso acompañante del viaje a París. En el puente de la Almudena.

Todo estaría allí.

Daniela había nacido el 17 de agosto, y a principios de noviembre, tenía tres meses y medio. En aquel momento, Aitana seguía siendo incapaz de lidiar con ella, y no solo con ella, sino con las situaciones más básicas del día a día. Se recordaba en pijama, tendida encima de la cama, gimiendo como un animal herido, con la única valentía de esperar que esa enfermedad que se había apoderado de su mente y que le impedía disfrutar y cuidar de su hija acabase. Mauro había estado ocupándose de la niña, pero le había surgido la ocasión de ir a un foro europeo a presentar un proyecto de serie. Ella no estaba en condiciones de cuidar de la bebé y su marido tuvo que dejarla en casa de sus padres. Recordaba aquellas semanas en forma de una nebulosa, pero algunos detalles acudieron a su mente con sorprendente precisión. El foro se había celebrado en París. O

eso le había dicho. Un breve *flashback* le mostró la etiqueta del aeropuerto anudada a su maleta al volver: «París-Orly». Y recordó que había traído un conjunto de camiseta y bermuda con estampados de *baguettes* para Daniela.

—¿Estuviste en París el 8 de noviembre de 2014?

—Fui a presentar la serie en un festival, ya lo sabes.

—Valentina estuvo en París ese fin de semana. ¿Habías quedado con ella?

Mauro reprimió una risa nerviosa y la miró con incredulidad.

—¿En serio me lo estás preguntando?

Aitana lo observó muy seria y le dijo que sí.

Mauro desbloqueó el teléfono, se metió en su Facebook y se deslizó por las publicaciones hasta encontrar lo que buscaba.

En la foto salía en el escenario del foro de venta de series, acompañado por un compañero y por Mandi. Los tres estaban abrazados, sosteniendo un trofeo, y Mandi y Mauro se miraban sonrientes, a escasos centímetros el uno del otro.

El pecho se le llenó de una sensación fría.

—Ganamos un premio al mejor *pitch* de serie. Está en el salón. No vi a Valentina, me parece increíble que lo pienses siquiera. Tengo un montón de fotos de esos dos días con mis compañeros. ¿Te quedarás más tranquila si te las enseño? ¿O vas a pedir la triangulación de los móviles como si yo fuera un acosador sexual registrado?

Mauro le tendió el teléfono con las fotos del foro en la red social. En ellas, aparecía su marido con su compañero, también con Mandi, en reuniones profesionales, tomando copas, por las calles de París, en la luz rosada del atardecer en la Place Vendôme. Felices.

Eufóricos con el trofeo. Con una sonrisa que hacía tiempo que no veía en la cara de su pareja.

Se preguntó si su relación con Mandi habría empezado ahí. Entre reuniones, cafés, paseos y la facilidad que otorga alojarse en una habitación de hotel en otro país, cuando tu esposa lleva semanas sin salir de la cama y ni siquiera va a llamarte para ver cómo has pasado el día o si te ha ido bien la presentación.

Aitana miró a su marido con una tristeza infinita. Él estaba indignado, cargado de energía, contemplándola atónito.

Quiso preguntarle con quién había pasado esa noche, aunque no hubiera sido Valentina. Quiso preguntarle si era feliz, si ser feliz con esa compañera le había hecho darse cuenta de que en casa ya no lo era.

Pero se sentía agotada.

Tenía que regresar al pueblo.

Mauro seguía observándola como si le debiera una disculpa.

Se levantó sin mirarlo y se dirigió a su cuarto a hacer la maleta.

19

Llevaba un buen rato conduciendo cuando se dio cuenta de dos cosas. La primera, que apenas le quedaba gasolina, y la segunda, que llevaba más de dos horas sin consultar el teléfono. Se había echado a la carretera tres horas antes. Había preferido marcharse sin decir algo de lo que pudiera arrepentirse. La conversación con Mauro sobre Valentina, sus implicaciones, su mentira y el descubrimiento de los detalles de su relación con la otra mujer habían alterado sus nervios. No tenía muy claro cómo había hecho la maleta, ni qué fuerza la había empujado a introducir las llaves en el contacto, seguir las órdenes del navegador, conducir y, en general, actuar como si no ocurriese nada. Había pasado de deslizarse, en un estado cercano a la anestesia emocional, por un paisaje de suaves laderas coronadas por los viñedos de Utiel-Requena, en la Comunidad Valenciana, a un terreno virgen, de un verde profundo arrebatador y denso, al llegar a Teruel. El propio trazado, que antes discurría con pequeñas elevaciones y rectas que se perdían en el horizonte, se había vuelto caprichoso al serpentear por las montañas cubiertas de bosques de pinos. Mientras avanzaba hacia su destino, la niebla comenzó a enroscarse en las cumbres que emergían en el horizonte, haciéndose más y más imponentes.

Se detuvo para echar gasolina en una estación antigua, con una modesta tienda y cuatro surtidores. Además, era la última estación antes de subir al puerto del Escandón, y la única en bastantes kilómetros. Por suerte el día era soleado y supuso que no encontraría problemas de nieve o heladas en la carretera.

Frenó el coche frente al surtidor. Al salir, respiró la mezcla del aire puro y frío con gasolina, que desentumeció su cuerpo y avivó su cerebro, y la hizo reconectar con su presente. No lo consiguió del todo.

Aprovechó para llamar a la madre de Valentina. No atendió el teléfono, así que le dejó un mensaje en el contestador:

«Hola, Julia. Te llamo para preguntarte si ha habido más llamadas, o alguna novedad por vuestra parte. Nosotros hemos hecho algunas averiguaciones y creemos que la llamada podría ser falsa, aunque no lo sabemos al cien por cien. Como os sugerimos, es muy importante que no hagáis nada sin consultarnos. Esta noche estaré de vuelta en Sarrión para lo que necesites. Te mando un abrazo». Colgó, imaginándosela tirada en la cama, llorando sin consuelo.

Entró a la tienda. Sin reparar en sus miramientos de los últimos tiempos, pagó el combustible y además se compró una cocacola con todo su azúcar y unas patatas fritas que le pringaron los dedos de aceite. Ahora que su nivel de azúcar en sangre le permitía afrontar lo que quedaba del día con algo más de energía, se limpió las manos con toallitas de bebé, que ahora siempre llevaba en el coche, y desbloqueó su teléfono. Valoró escribir un mensaje a Mauro para templar la situación, pero decidió no hacerlo.

El declive de su pareja, que había comenzado algún tiempo antes de engendrar a Daniela, se había consolidado en silencios tranquilos

y resignados, el enterramiento sin aspavientos del entusiasmo previo que sentían el uno por el otro, y rápidamente se había diluido en una continuidad agradable pero vacía de amor, de sexo y también de enfados. Las pasiones, las buenas y las malas, hacía tiempo que los habían abandonado. Aquella charla, a medio camino entre el interrogatorio y la bronca de pareja, había sido el intercambio más sincero que habían tenido en años. Tampoco quiso escribir a Rafael, para que no tuviera la sensación de que le metía prisa. En cambio, al chequear su correo, vio que el laboratorio había devuelto los resultados del examen de la motocicleta de Valentina, que había tenido un alcance en la rueda trasera por parte de otro vehículo algunos días antes de desaparecer, sin que se supiera nada del conductor, de si fue voluntario o accidental. En el informe leyó que en la moto habían encontrado micropartículas de un color muy peculiar para un coche: el rosa chicle. Iba a subirse al coche cuando la imagen de la gasolinera le recordó a Pablo y el altercado que había tenido con él al volver a Madrid. Decidió pasar por casa de Ricardo Guzmán para hablar con él; estaba de camino y esa conversación era urgente.

Poco después se encontraba ante la puerta de la familia de Ricardo Guzmán. Llamó y el propio Ricardo le abrió.

—Vaya, la de la uco. Qué oportuna.

Era la hora de la comida y el 26 de diciembre los niños no tenían colegio, así que, como esperaba, los encontró a todos, sentados a la mesa, a punto de comer lo que parecían sobras de los días de fiesta anteriores. Pablo la reconoció; bajó la mirada hacia su plato de jamón.

—Quiero hablar con tu hijo.

Ricardo y su mujer, también su hermana pequeña, la miraron con asombro. Ricardo observó a su hijo, que estaba paralizado por la sorpresa.

—Que te levantes, coño.

Y después, más calmado, se dirigió a Aitana.

—¿Quiere pasar?

—No, Pablo y yo iremos a dar una vuelta por aquí. Ahora mismo se lo traigo.

La teniente reparó en la cara de preocupación de la madre.

—No se preocupen, no es nada grave.

El joven se levantó de la mesa, tomó un abrigo, salió de casa y cerró la puerta. La miró intrigado.

—Es usted, ¿no? La tía de la gasolinera.

—Sí, pero no quiero hablar de eso. No voy a liarla por unas putas avellanas, como dirías tú.

Pablo asintió, mirándola de reojo, preocupado, mientras daban una vuelta a la manzana por su calle, anodina e impersonal, desierta a esa hora.

—He visto en tu Instagram un vídeo en el que aparece tu prima la noche del 7 de diciembre. La noche que desapareció.

—Ah.

—En el vídeo, te ve grabarla y se asusta. ¿Habíais quedado?

—No. Cuando paré de grabar la saludé y le pregunté por qué había puesto esa cara.

Pablo sacó un cigarrillo del abrigo y se lo encendió.

—Anda, que como te vean tus padres...

El chaval, desafiante, le dio una calada.

—Me dijo que había quedado con Inés, pero que al final le había salido tema en el pueblo y no quería que supiera que la había dejado tirada.

—¿Tema? —se extrañó Aitana.

—Ya sabes, cacho, lío. Tema con un pavo.

—¿Quién?

—Eso no lo dijo.

—¿Y después?

—Yo me fui con mis colegas y ella siguió allí, esperando a alguien, supongo. Estuve en bares, y con mis amigos. Lo puedo demostrar.

Del abrigo sacó unos pases de relaciones de bares del pueblo, en varios colores, con ofertas para fiestas y cotillones de Navidad y Nochevieja.

—¿Cómo es tu relación con ella? —preguntó.

—Pues, aunque nuestras familias no se hablan, nosotros de vez en cuando sí. Además, la vi un rato el día que llegó, el jueves. Nos tomamos unas cerves antes de cenar, en Sarrión, en un bareto de las afueras.

Aitana recordó que Valentina había sufrido el golpe en la moto el jueves por la noche.

—¿Iba borracha?

—¿Por qué?

—Da igual. Responde.

—Puede que fuera un poco torcida, sí. Le dije que cuidado con la moto, pero me dijo que controlaba y que estaba al lado. Ya no hablé más con ella hasta el domingo, cuando desapareció, esa noche que grabé el vídeo.

Aitana lo vio dar caladas, algo ansioso.

—¿Y por qué no lo habías dicho? No sabíamos de ninguno de estos encuentros.

—Nadie me ha preguntado. Además, las familias no se llevan, y bueno, yo me he metido en algunos líos últimamente, y por lo visto la tía Julia le prohibió a Valentina que nos viéramos. Así que de vez en cuando quedábamos, pero sin decírselo a los viejos.

Aitana asintió.

—¿Habías notado algo en ella peculiar, distinto?

Pablo pensó, apurando el cigarro.

—Estaba contenta, la verdad. Contenta de la hostia.

Eran las cuatro y media cuando estaba entrando en Sarrión, dándole vueltas a lo que Pablo le había contado. Tendría que corroborar su coartada para la noche que desapareció, pero parecía bastante sólida. Seguía sin tener noticias de Rafa, e iba a llegar un rato antes de lo previsto.

Pensó que también podría aprovechar para revisar sin que nadie la molestara la documentación del caso de Valentina en los ordenadores del cuartel, y de paso incorporar al informe las novedades aportadas por la entrevista de Pablo.

Le entró una llamada de Roca.

Intentó no parecer aliviada ni contenta de oírlo, tampoco lo contrario.

—Hola.

—Jefa. ¿Qué tal el paréntesis?

Agradeció el interés, pero no estaba con ganas de mentir ni de sincerarse.

—Supongo que has recibido el mismo correo que yo —respondió.

—Creo que sé dónde he visto un coche de ese color, pero tendrás que invitarme a un café para que te lo diga —contestó Roca, y se rio. Aitana pensó que su risa sonaba franca, despreocupada, y en cómo ese sonido tenía un efecto calmante en su agotado cerebro.

—Yo también tengo novedades. Nos vemos ahora.

Poco después, entró en el cuartel, saludó al cabo que encontró en la puerta, y avanzó hasta la sala de reuniones. Descubrió con una punzada de tristeza que su compañero no había llegado aún. Se sentó en la sala vacía, encendió el ordenador y abrió la carpeta de la documentación. En las subcarpetas, había una que rezaba «informe médico accidente», pero al clicar y abrir, estaba vacía. Sabiendo que habían sido poco meticulosos en las primeras actuaciones, no le extrañaría que hubieran olvidado digitalizar algún documento. Abrió un nuevo documento y consignó rápidamente lo que le había contado el primo de la chica.

Se asomó al pasillo. Desierto. Oyó a una joven guardia civil responder a las llamadas que recibía la centralita, y nada más. Se internó hacia el fondo del edificio. Un rótulo indicaba que el depósito de pruebas estaba en el primer sótano. Sin pensárselo, bajó sin hacer ruido y entró, la puerta estaba cerrada pero sin llave. El espacio era de unos veinte metros de largo y diez de ancho, donde solo había estanterías de metal, del suelo al techo, cubiertas de polvo y llenas de cajas, gruesos archivadores y algunos bultos embolsados. La mayor parte de las cajas estaban identificadas con anotaciones a mano en las cubiertas, también con números y fechas, y el orden brillaba por su ausencia. A base de paciencia, Aitana encontró la caja. No había tenido tiempo de acumular polvo sobre su

superficie y, como era lógico, era muy liviana. Alguien había escrito sobre el cartón «Valentina Salas» sin más, con una letra apresurada y torcida. Abrió la caja con expectación, donde estaban las diligencias previas que ya conocía. Sacó los papeles, y entre ellos había una carpeta de color rojo con un membrete en su cubierta: Hospital de Teruel.

Deslizó con rapidez su mirada por el informe del accidente, hasta que algo llamó poderosamente su atención:

Fecha: [04/12/2014]
Paciente: [VALENTINA SALAS GUZMÁN] — [DNI 36048242a— HM 67893]
Motivo: Dolor cervical tras caída de motocicleta.
Exploración: Dolor y contractura paravertebral cervical; movilidad limitada por dolor; sin déficit neurológico objetivo.
Pruebas: Analítica compatible con estado gestacional.
Observaciones adicionales: En la exploración se objetivaron signos compatibles con posible intoxicación etílica (olor etílico en aliento, lenguaje pastoso, marcha inestable). No se realizó prueba de alcoholemia/toxicología en el momento.
Actuación: No se practicó radiografía por evitar exposición ionizante en el contexto gestacional. Se pautó reposo relativo, analgesia (paracetamol) y derivación a traumatología según evolución. Si procede o si se requiere para la valoración médicolegal, se recomienda realizar determinaciones toxicológicas y/o alcoholemia y documentar sus resultados.

Aitana lo volvió a leer. ¿Embarazada? ¿Cómo era posible que nadie hubiera leído ese informe? ¿Era negligencia u ocultación? ¿Sabría alguien más que Valentina estaba embarazada? ¿Lo sabría ella misma, que había bebido esa noche? ¿Lo sabría su hermano, que

fue quien la recogió del hospital? ¿Se lo habría dicho a su familia, a sus amigas de la escuela? ¿Habría buscado cita en una clínica para interrumpirlo, o quizá simplemente lo había pensado? No había tenido mucho tiempo para planearlo antes de su desaparición. Hizo una foto con su móvil y el *flash* iluminó la penumbra de la sala.

De repente, oyó unos pasos a sus espaldas. Por supuesto, podía inspeccionar las pruebas de su caso, pero tenía que pedir permiso, registrar su entrada y estar acompañada por los testigos oportunos, y no tenía tiempo para eso. Le molestó la situación, y además no quería verse dando explicaciones. No ahora. Los pasos se acercaron y el rostro de su compañero Rafael emergió de la oscuridad.

—¡Joder, menudo susto, Rafael!

—Que te he pillado, jefa —bromeó, y susurró—. No has pedido permiso, ¿no?

—Tú y yo y la de la centralita somos los únicos pringados que estamos en este cuartel ahora.

—Vengo desde Valencia deseando decirte de quién es el coche que golpeó a Valentina.

Por toda respuesta, ella le tendió el informe médico.

—Permíteme darte una exclusiva antes.

Paseó sus ojos azules por el documento hasta que los levantó para mirarla atónito. Aitana lo tomó de las manos, guardó todos los documentos en la caja, la dejó donde la había encontrado, y los dos subieron a la sala de trabajo sin hacer ruido.

Ante sendos sándwiches de máquina y dos cervezas, Roca seguía alucinado.

—Pero, entonces, ¿ella lo sabía? —preguntó.

—Parece que esa noche estaba borracha. Puede que se lo dijeran y se le olvidase. A lo mejor tiró el informe. Quizá su hermano entró a urgencias y se lo dijeron, quizá la esperó en el coche. Tendríamos que preguntárselo. —Se miraron en silencio—. A lo mejor la famosa persona que conducía el coche rosa que le dio el golpe sí lo sabía. Pero me gustaría saber quién es, después de toda la intriga que me has generado —dijo Aitana.

—Después de tu bombazo, lo mío no resulta tan importante —se quejó Roca, con una sonrisa modesta—. Y encima, has hablado con el primo y todo. Has hecho más en una mañana que yo en toda mi vida.

—Venga, ¿de quién es el coche rosa? Por favor, no prolongues más el suspense.

—El coche rosa es el Mini Cooper de Carla Santiago. No lo sé al cien por cien, pero esa es mi apuesta.

—La mujer de Beltrán Suárez de Osma, el hijo de los condes de Valdierra —recordó Aitana.

—Así es.

—¿Cómo lo sabes?

—Un Mini Cooper de color rosa chicle en una casa tan estirada y antigua como la de los condes me llamó la atención. Pero claro, no estamos buscando a nadie por un atentado contra el buen gusto.

—¿Y cómo sabes que es de ella?

—Le dije a Montero que se quedara en casa de la familia de Valentina, y que Rico se dedicara a controlar las entradas y salidas de la casa de los condes. Y no solo de ellos, sino de su hijo, el chef, Beltrán, y su mujer, Carla Santiago, que también trabaja en el restaurante.

Aitana lo miró con algo de curiosidad; le parecía improbable que esa pareja tuviera algo que ver con Valentina, pero la realidad nunca cesaba de sorprenderla.

—Total, que ese es el coche de Carla. Ella y Beltrán viven en un edificio separado en la finca, más moderno, y los dos van a trabajar a Quercus, el restaurante de lujo de Sarrión —continuó Roca.

—Él es el chef, pero ¿a qué se dedica ella?

—A todo lo demás. La gestión económica, la publicidad, la imagen de marca, la comunicación…

—Así que se trata de un negocio familiar.

Rafael sacó una carpeta y le mostró información detallada del restaurante. Le señaló una relación de inversores.

—El inversor mayoritario es el señor Santiago.

—El suegro de Beltrán.

—Todo parece indicar que los condes de Valdierra son de estos aristócratas que andan sobrados de patrimonio, pero cortos de *cash*, y que Beltrán le debe la existencia del restaurante a la familia de su novia. Al menos de inicio.

—¿Y ahora?

—Creo que podríamos pedirle la patrimonial de la familia entera al juez, pero me da la sensación de que los condes viven bastante al día.

—¿Por qué?

—Cualquier domingo desayuno yo más fuerte que ellos.

Aitana se rio.

—Me llamó la atención, pero pensé que podrían ser frugales o querer vivir cien años.

—Un restaurante, por muy caro que sea, no es un gran negocio. Se hace una inversión importante en materia prima, en personal, en mantenimiento… Y pasado el festival de la trufa, no creo que haya mucha gente que venga a Teruel en pleno invierno. De hecho, he visto en la página web que cierran desde el 15 de enero hasta el 1 de marzo.

—Tenemos que pedir autorización judicial para retirar el coche y ver si se trata del mismo que chocó con Valentina.

—Es lo que acabo de hacer, jefa —dijo Roca con otra sonrisa—. Por cierto, también he visto el vídeo del primo, de Pablo. ¿Qué te ha dicho?

—Que se acercó y la saludó, pero que luego cada uno se fue por su lado —contestó Aitana—, que no quería salir en el vídeo porque había dejado a su amiga Inés tirada esa noche. Luego me dijo que se fue con sus amigos, y su coartada, la comprobaremos, pero parece bastante sólida.

Los dos se miraron, pensando qué hacer a continuación. Aitana sugirió que hicieran una visita a Quercus, el restaurante donde trabajaban Beltrán y Carla.

—Todavía no estamos seguros de que fuera ese coche, o de que fuera Carla quien conducía. Aun así, deberíamos visitarlos pronto y sin anunciarnos, mejor no darles tiempo a que preparen una mentira o una excusa —afirmó Roca.

Aitana asintió.

—Mañana sería buen día para conocerlos, y de paso, comer bien. ¿Qué me dices?

—Contigo al fin del mundo, y si es a comer bien, también, jefa.

20

El restaurante de una estrella Michelin estaba a la salida del pueblo, cerca del río Mijares. Rodeado por árboles y por una ladera desde donde caía un pequeño arroyo del río, cuyo cauce discurría bordeando el perímetro de la terraza del local, el restaurante Quercus se trataba de un caserío antiguo con una gran explanada de piedra, que albergaba un montón de mesas con sombrillas y setas calefactoras.

Entraron. El calor les coloreó las mejillas. Los envolvió el aroma a leña y a comida recién hecha. En el vestíbulo de entrada, tras la barra, rústica pero elegante, no había nadie, y a la derecha Aitana pudo ver el salón, de buen tamaño, con una decoración minimalista y moderna, así que pasaron. En las paredes había amplios ventanales que dejaban ver el paisaje, en una de ellas había una chimenea donde varios troncos crepitaban, y al fondo se veía la cocina. Seis personas trabajaban en su interior con la concentración de autómatas, y supervisando su trabajo estaba Beltrán, con aire cansado y su chaquetilla de chef.

La gente hablaba a un volumen moderado, como si en vez de en un restaurante estuvieran en una biblioteca o en un templo.

—Sabes que en estos sitios te van a pegar un sablazo cuando la gente habla tan bajo —susurró Roca—, y sobre todo cuando te

sirven «el nosequé de no sé dónde con su tal y su cual».

Ella lo miró sin entender. Dos camareros dejaron un plato de pescado en una mesa cercana para dos comensales.

—El bacalao del golfo de Vizcaya con su pilpil a la ceniza de encina y su jugo de alga wakame.

Aitana se esforzó por no reír.

—¿Tengo razón o no?

Un hombre vestido de traje negro, el jefe de sala, se acercó a ellos.

—Buenas tardes, somos Aitana Cobos y Rafael Roca, de la uco. Queremos hablar con Carla Santiago.

—¿Tenían una cita?

La teniente lo escudriñó con seriedad y no hizo falta decir nada más.

—La señora Santiago está en una videoconferencia. ¿Pueden esperar a que finalice? —les preguntó con amabilidad.

—No tenemos prisa.

Aitana se alegró de no haber comunicado su visita a Carla ni a Beltrán. Haber tenido un accidente de tráfico, aunque fuese pequeño, con una chica desaparecida y haberlo ocultado era algo muy sospechoso. Si a eso se le añadía la omisión del accidente, estaba segura de que ella, o los dos, estaban ocultando algo.

Los hicieron esperar en una moderna sala, sentados a una mesa de vidrio y metal, combinada con sillas de diseño bastante incómodas. Un ventanal les permitía ver la pequeña cascada que discurría frente al restaurante. Una camarera les trajo dos cafés. Aitana dio un trago

y le supo buenísimo. Colombia o Costa Rica. En su punto de acidez y amargor, con un aroma rotundo. Nada que ver con el café del cuartel que se tomaba solo por despertarse o por aguantar un par de horas más en condiciones.

Aitana dispuso su cuaderno de notas encima de la mesa.

—¿No deberíamos esperar a que el juez autorice la retirada del coche de…? —empezó a decir Rafael.

—Sígueme el rollo —lo interrumpió Aitana, y poco después entró Carla.

—Disculpen, no he podido acabar antes.

Carla, vestida con un elegante traje de chaqueta y un corte de pelo bob impecable y liso, era una mujer agraciada, con algún retoque estético poco obvio. Tomó asiento frente a ellos. Sus palabras eran amables, pero su rostro era hostil.

—¿En qué les puedo ayudar? —preguntó, mirando su reloj sin ningún disimulo; más bien para hacerles saber cuán ocupada estaba.

—Estamos haciendo algunas comprobaciones en la investigación y queríamos hablar con usted —empezó Rafael, con aire distendido—. Valentina tuvo un pequeño accidente de tráfico tres días antes del día de su desaparición. ¿Sabe algo de esto?

—No, nada.

Aitana detectó un rastro de incomodidad en su rostro y decidió continuar.

—Valentina circulaba por la autovía Mudéjar y se vio envuelta en un alcance con un vehículo que la golpeó en la parte trasera de su moto.

Carla asintió, como una niña impertinente que esperaba el final de la clase.

—Examinamos la motocicleta, tenía un residuo de pintura pegada, que también fue analizado en el laboratorio. Corresponde con su vehículo, un Mini Cooper de color rosa.

La mujer palideció.

—¿Sigue sin recordar el accidente? —insistió Rafael.

—¿Cómo saben que es el mío?

—No hay más Minis Cooper rosas matriculados en Sarrión. Y en Teruel, de ese color, hay dos más. Hemos pedido autorización judicial para examinar su coche hasta encontrar el lugar exacto del impacto, pero si usted nos aclara el asunto, podemos ahorrarnos retirarle el coche —dijo Aitana.

Rafael la miró. Se percató de que él sabía que era uno de sus inventos, que era uno de esos escasos pero arriesgados triples que a veces le gustaba echarse.

—De acuerdo, puede que le diera un golpe, no lo recuerdo bien —admitió Carla—. Era de noche y en este pueblo, en invierno, hay mucha niebla. No sabía que se trataba de Valentina. Tampoco vino nadie a preguntarme por ello hasta ahora.

Aitana no la creía.

—¿Alcanzó a una moto, que terminó por caerse al arcén, y siguió su camino? —la interpeló Rafael.

Carla los observó en silencio.

—No lo vi bien, y tampoco vi a nadie, ni a ninguna moto caerse en el arcén. Pensé que sería otro coche, o un animal, o iría distraída, no lo sé bien.

—Si hubiera sido un coche y lo hubiera alcanzado, habría seguido teniéndolo delante, ¿no?

Carla no tuvo más remedio que asentir.

—Quizá tendría que haberme parado, pero no le pasó nada, ¿o sí?

—Valentina fue trasladada al hospital por la Guardia Civil y tuvo lesiones de la caída y un latigazo cervical —la informó Rafael.

—Vaya, lo lamento. Pero no sé por qué es tan importante —dijo Carla, con un aire de engreimiento—. O sea, me da mucha pena y espero que esa chica aparezca cuanto antes, pero fue un toque sin importancia. Tampoco es la mejor idea ir en motocicleta por el medio de la carretera.

—O sea que lo admite —ratificó Aitana.

—Nadie ha dicho que iba por el medio. Parece que lo recuerda mejor de lo que dice —sentenció Roca, y ella se cruzó de brazos, defensiva—. ¿Podría describirnos su relación con ella?

Carla pensó un instante antes de contestar.

—No sé mucho de esta niña, apenas la veo, sé quién es porque estamos en un pueblo pequeño. Además, creo que ya no vive aquí.

Rafael asintió.

—Así es, vive en Madrid. ¿Qué más sabe de ella? Carla se encogió de hombros.

—Pues que su familia, hace mucho tiempo, trabajaba para mis suegros. La he visto en fiestas del pueblo, siempre en eventos, pero hola y adiós. Tampoco tengo mucha relación con chicas de su edad —declaró.

Aitana apuntó un resumen de lo que había dicho y vio que la mujer intentaba ver lo que había escrito, aunque el ángulo no se lo permitía.

—¿Puede avisar a su marido?

—¿Ahora? Está en medio de un pase —respondió Carla.

—Imagino que alguna de las seis personas que trabajan en la cocina lo puede suplir por unos minutos.

Carla hizo una breve llamada y al poco, Beltrán, con su chaquetilla de chef y un rictus de ansiedad dibujado en la cara, hizo su entrada en el despacho. Tenía cuarenta y pocos años, se estaba quedando calvo, pero tenía unos ojos rasgados y una nariz recta que armonizaban en su cara. Los miró a través de unas gafas de pasta de diseño. Se detuvo en la puerta, como si contemplara la posibilidad de marcharse enseguida.

—Yo soy Rafael Roca y ella es Aitana Cobos, de la uco. Por favor, siéntese.

Beltrán se sentó en otra de esas incómodas sillas. Aitana registró que al hacerlo no dirigió la vista a su esposa.

—Supongo que sabe que su mujer le dio un golpe a la motocicleta de Valentina Salas tres días antes de que desapareciese —empezó Aitana.

Carla la miró como si fuera una chivata. Mejor. En cambio, su marido pasó muy rápido de la extrañeza inicial a ponerse colorado. ¿Quién estaba ocultándole cosas a quién aquí?

—De manera accidental, por supuesto —aclaró Roca, ante la indignación de la mujer—. ¿No lo sabía?

—No se lo dije porque, como acabo de comentarles, no me pareció importante. Además, como Beltrán acaba tan tarde aquí, hay muchos días que ni nos vemos, ya me pilla durmiendo cuando llega —se excusó Carla, sin mirar a su marido; remató la réplica con una sonrisa, pero le quedó artificial.

—Su mujer nos ha dicho que apenas conoce a Valentina. ¿Y usted? —le preguntó.

—Lo mismo, bueno. La he visto alguna vez, de pequeña, con su hermano y con su abuelo, por los límites de la finca, donde empieza la suya, y luego de mayor, pues no sé, le he perdido la pista, apenas la veo en eventos del pueblo, o cuando va a grabar la feria de la trufa, que como estudia Cine, siempre coincidimos en Fitruf.

Carla esbozó una expresión cercana al rechazo. Beltrán hizo como que no se daba cuenta y concluyó la explicación.

—Pero vamos, no tengo relación con ella, no más que con cualquier vecina del pueblo, nosotros no frecuentamos mucho los lugares donde va la gente de Sarrión.

Aitana intuyó que sabía más de la chica de lo que dejaba entrever. ¿O de repente ya todos los hombres le parecían unos mentirosos?

—Está bien. Hablemos de la noche del 7 de diciembre —resolvió Aitana—. ¿Qué hicieron ustedes?

Ahora sí, marido y mujer se miraron con algo de perplejidad. Aitana pensó que quizá se habían dado cuenta en ese preciso instante de que, o eso era un interrogatorio, o desde luego se le parecía mucho.

—Pueden responder si se acuerdan, faltaría más. Sabemos que muchos vecinos del pueblo no fueron preguntados por este asunto —dijo Rafael.

—Entonces, ¿esto no es…? —preguntó Carla, sin atreverse a terminar la frase.

Roca respondió mientras Aitana aguardaba pacientemente a que terminase de allanarle el terreno.

—¿Un interrogatorio? No, claro que no. Estamos intentando avanzar y cualquier información nos viene fenomenal. Es una conversación informal y voluntaria. En un interrogatorio formal,

tendríamos que estar en el cuartel o en sede judicial y ustedes recurrir a un abogado si lo desearan, pero si hemos venido aquí es simplemente por hablar y ampliar las informaciones que tenemos —templó, con una amplia y tranquilizadora sonrisa.

Ahora el matrimonio tenía un aspecto más relajado. A pesar de ello, seguían muy distantes, ni se miraban ni se tocaban, ni siquiera en una situación extraordinaria como aquella. Aitana se preguntó si ese era el aspecto que tenían Mauro y ella cuando estaban juntos.

—Yo la noche del 7 de diciembre estuve cenando con nuestros inversores en el restaurante —afirmó Carla.

—Con su padre —intervino Aitana, sin ánimo de fastidiar, pero consiguiendo lo contrario.

—Sí, mi padre y otros empresarios —matizó ella, con un mohín de desagrado.

—¿Estaba usted con ellos, Beltrán?

—No, yo estuve en Fitruf, tenemos un puesto y además hacemos varias actividades de degustación, algunas con público, otras con prensa…, así que en el restaurante se quedó el personal indispensable para la cena privada y el resto nos fuimos a la feria.

—¿A qué hora acabaron esas actividades? ¿A qué hora regresó a casa? —preguntó Aitana.

Beltrán pensó un instante antes de responder.

—Diría que sobre las diez y media se fueron los últimos. Yo ayudé un rato a recoger, ahora no recuerdo, supongo que estaría de camino a casa sobre las once.

—¿Usted recoge? —se sorprendió Aitana.

—No exactamente. Le recuerdo al *sous-chef* algunos temas y lo dejo en sus manos, él sabe cómo hacerlo, dirige al equipo. Por

supuesto, aunque a esas horas queda ya poca gente, siempre toca despedirse de alguna autoridad, clientes…

—¿Recuerda haberse despedido de alguien en concreto esa noche?

Beltrán se removió inquieto en la silla.

—Pues… del alcalde. Sí, del alcalde. Y luego me fui al *parking*, mientras mi equipo limpiaba y recogía, no estoy seguro, pero creo que serían las once cuando cogí el coche. Del auditorio a casa hay una media hora, quizá tardé más porque hay mucha gente saliendo a la vez.

—¿A qué hora dice que volvió a casa? Aunque sea aproximada.

—No lo sé, no más tarde de las doce, pero la verdad es que no me fijé.

Aitana miró ahora a Carla.

—¿Y a qué hora llegó usted de su cena?

Carla elevó la vista a un lado, haciendo un esfuerzo por responder.

—Llegué sobre la una y recuerdo que Beltrán se estaba duchando.

El hombre hizo un mohín de pudor, como si ducharse por la noche tuviera connotaciones algo sospechosas. Quizá las tenía a ojos de su mujer.

—Es algo habitual. Cualquiera que se pase varias horas en una cocina, aunque sea en una de quita y pon como la de la feria, sabe lo que se suda y los olores que coge la ropa, y hasta el último pelo, la piel, incluso los calcetines huelen a comida.

Aitana recordó de repente a su profesor de Latín del instituto, don Mariano. *Excusatio non petita, accusatio manifesta*.

—¿Y usted se ducha nada más llegar cuando viene de cocinar? —preguntó Aitana.

—Por lo general, sí.

—Entonces se duchó más hacia la una que hacia las doce, si su mujer está en lo correcto sobre las horas.

Se hizo un silencio. Esta vez Carla posó su mirada en su marido y algo parecido a la satisfacción asomó en su cara mientras este titubeaba en su respuesta, como si le gustara verlo pasarlo mal.

—Puede ser que fuera más tarde. Los eventos estos son tan agotadores que cuesta trabajo recordar los tiempos con claridad.

—¿Dónde estaba usted el 8 de noviembre? —interrogó Aitana a Beltrán.

Él pareció pensar, hacer memoria. Su mujer lo recordaba.

—Cariño, ese día estabas en París, ese fin de semana, vaya. Inauguramos un Quercus allí, cerca de la Place Vendôme.

Aitana miró de reojo a Roca.

—Me encanta París. Supongo que será un gran triunfo para ustedes —comentó, mientras observaba la incomodidad de Beltrán.

—Gracias, sí, estamos muy contentos —dijo el chef.

Se hizo un silencio.

—No se preocupen, si necesitamos más información volveremos a contactar con ustedes—concluyó Aitana.

Poco después, los dos agentes cruzaron las puertas del restaurante y salieron al frío de la tarde, ya casi noche. Aunque no eran más de las cinco, el sol se había ocultado tras las montañas y en el cielo, limpio y oscuro, comenzaban a asomar con timidez las primeras estrellas.

—Eso ha sido raro —observó Roca.

—Los dos mienten. Ella a nosotros, con todas las excusas que ha puesto sobre el accidente, y él, bueno, él no sé si nos miente a

nosotros o sobre todo a ella, pero creo que no ha dicho toda la verdad. Y estaba en París al mismo tiempo que Valentina.

—¿Y si supiera lo del embarazo?

—Si era tan reciente y la propia Valentina no lo sabía hasta que fue al hospital, me parece muy difícil.

Roca asintió mientras llegaban al coche.

Aitana se quedó parada justo antes de abrirlo. Temió por un momento que alguien se hubiera enterado de la conexión de su marido con el caso. Y si fuera así, su coche, igual que el de algunos sospechosos, podría llevar un micrófono. No sabía si era pura paranoia, pero no podía desechar la idea. Sabía que esas escuchas existían, ella misma las solicitaba a menudo. Abrumada, decidió ser sincera con Rafael, y las palabras salieron como el agua que rebosa de una jarra, sin control, rápidas, rotundas.

—Necesito contarte algo. No me gusta tener que hacerlo, pero creo que no me queda más remedio —dijo Aitana, y lo miró.

Los ojos de Rafael, azules, brillantes por el frío, sorprendidos por sus palabras, la miraron con profundidad. Aitana se arrepintió en el acto de haber hecho este prólogo teatral, se sintió a la vez culpable y ridícula, y deseó por un instante desvanecerse en el aire nocturno. En las situaciones más difíciles de su vida, que no habían sido pocas, nunca había buscado la compasión de los demás. Si había algo que detestaba en esta vida, era dar pena. Pero tampoco podía continuar sin que Roca supiera la gran preocupación que había entrado en su vida y también en la continuidad del caso.

—Y no quieres decírmelo en el coche —adivinó él.

—No.

Alejada del restaurante, pero dentro del perímetro del local, había una mesa con un par de sillas, un toldo y una estufa portátil.

Aitana se quedó inmóvil, sin saber hacia dónde ir o qué hacer, y Roca la tomó de la mano y la invitó a sentarse. El tacto de su mano fue, incluso en aquella situación, una caricia para su encrespado sistema nervioso. Ella se sentó y se embozó en el plumas. Estaba pensando por dónde empezar, pero en su mente, todo argumento le sonaba ridículo, patético o impreciso, y en el peor de los casos, absolutamente reprobable. Roca encendió la estufa, se sentó también, metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío, y se inclinó hacia ella con naturalidad, esperando a que Aitana hablara, mientras el sonido de la pequeña catarata discurría con un murmullo en la oscuridad.

—Te escucho, jefa.

21

Aitana decidió empezar por su decisión.

—Tengo que dejar el caso, Rafael.

Él la miró sorprendido. Hasta se echó hacia atrás en la silla, como si le costara creerlo.

—Pero ¿por qué?

La teniente respiró profundamente el aroma a pinos, a la leña ardiendo del restaurante, a la humedad de las piedras mojadas, que tenía un nombre, pero ahora no lograba que viniera a su cabeza.

—No sé si quieres saberlo. Quizá podría resultar perjudicial para ti. No sé quién vendrá a suplirme, si tú te quedarás con esa persona, aunque me gustaría que tú lideraras el caso. Pero ya sabes que no es decisión mía —comenzó.

Roca la observó con intensidad.

—Olvídate de eso ahora. Quiero saber por qué, justo ahora, cuando empezamos a conectar puntos has tomado esa decisión.

—He descubierto que mi marido conoce a Valentina. Ese es el resumen.

Roca reaccionó primero con sorpresa y luego con enfado. Era obvio que no le permitiría ser tan sucinta.

—La escuela que visité el otro día, la eac. Valentina estudia ahí, ya lo sabes… y Mauro, bueno, Mauro es guionista. Da un par de clases

allí al año, y también en otros muchos lugares —continuó, intentando averiguar qué estaría pensando Roca de ella en ese preciso instante.

—Sigue.

—Cuando me llegó la primera documentación del caso, antes de aceptarlo formalmente, vi que estudiaba allí y le pregunté si la conocía. Me dijo que no.

—Conocerá a muchísimos estudiantes —asintió él, como para quitarle peso a lo que intuía estaba por venir, o quizá simplemente por hacérselo más llevadero, pensó Aitana.

—He descubierto que Valentina y él se escribieron algunos correos, a iniciativa de Valentina.

—¿Por qué no te lo dijo en su momento? —preguntó.

—Dice que no la recordaba, que, como dices, da clase a cientos de jóvenes, y no es raro que le escriban, por hacer contactos o para pedirle cualquier cosa. Él les deja su email al final de la sesión. Luego admitió que habían cruzado unos correos, pero nada más.

Roca valoró sus palabras en silencio. Aitana estaba acostumbrada a observar la escucha y las reacciones de los testigos y de los sospechosos. Muchos fingían escuchar, pero en realidad estaban ganando tiempo para construir relatos, o simplemente empleaban una máscara de una emoción para camuflar otra. Con su compañero eso no le pasaba.

—Y no lo crees —auguró Rafael—, o es que hay algo más.

—Los tiempos no cuadran demasiado, para empezar —reveló ella, notando una presión en el pecho—. Él le dio una clase en octubre, y la chica desapareció en diciembre. Por lo tanto, habría recibido noticias de ella muy recientemente. Me parece una reacción extraña.

Roca se pasó la mano por la cara. Se levantó algo de viento. Aitana notó que el corazón le latía con rapidez y sus manos estaban heladas en el interior del abrigo.

—Pongamos que se le olvidó decírtelo —conjeturó Rafael.

—Es mucho suponer, pero es que hay más —añadió con pesadumbre, y tuvo que volver a respirar para continuar—: El viaje a París de Valentina —la voz se le quebró.

Ahora sí, los ojos de Rafael se engrandecieron, la luz de la vela, en toda su verticalidad, se reflejó casi por completo en su pupila y su iris azul se estrechó.

—Mauro estuvo allí en las mismas fechas que Valentina por un viaje de trabajo, en un mercado de proyectos de series —soltó ella, con lo que sintió casi como su último resuello.

—¿Estaba solo?

Aitana negó.

—Hay fotos de su estancia en este congreso, con sus compañeros, de paseo, cenando, de copas… Nada sugiere que se vieran. Pero, por supuesto, no es imposible.

—¿Tú crees que es posible que quedaran allí? —preguntó Roca. La tranquilidad previa que mostraba había dado paso a la agitación y a la sorpresa.

—No lo sé. Dice que no. Pero me ha mentido —afirmó Aitana, sabiendo que iba a ser muy complicado terminar esa conversación sin revelar mucho más de lo que le gustaría.

—Te ha mentido con lo de que no la recordaba —dijo él.

—No solo con eso, Rafa.

Aitana resopló. En ese momento le vino a la mente la palabra que estaba buscando. Petricor.

Ese olor a piedra mojada le recordaba a estar en casa, con diez años, haciendo los deberes en la mesa de la cocina, mientras su madre cocinaba la cena y su padre estaba fuera, trabajando. A su madre le gustaba abrir la ventana cuando llovía. Con ese olor siempre sentía la tranquilidad de un hogar que ya no existía, pero también la inquietud infantil de si su padre estaría a cobijo del tiempo o de los delincuentes. Ahora el petricor tendría un significado nuevo: lo asociaría siempre a la traición.

—Creo que mi marido tiene una relación con una amiga, una compañera de trabajo con la que estuvo en París, y que es posible que comenzase allí, en París —confesó, dejando a Roca atónito. Sintió tanta vergüenza al ver la expresión en su rostro, que siguió hablando, y por un instante perdió la mirada en los pinos, en cuyas copas el viento jugaba caprichosamente—. Y si esta relación entre mi marido y su compañera comenzó allí, me parece improbable que él y Valentina se vieran, o que tuviera dos relaciones íntimas a la vez, o en solo un par de noches. Pero lo improbable no es imposible —añadió.

Aitana se calló. Podría decir más cosas, pero se sentía completamente expuesta y agotada. Además, quizá debería haberlo dejado fuera de esas explicaciones y haber corrido esa mañana a hablar con Séptimo Vidal, o más aún, llamar al juez Cámara para anunciarle su renuncia y estar ya de camino a su casa, pasar tiempo con su hija y al menos tener la certeza de hacer una sola cosa bien. A lo mejor, si lo comunicaba ahora, su carrera todavía podría salvarse. No sabía si podía decir lo mismo de su matrimonio. Pero lo que más le dolía era marcharse sin saber si Valentina estaba viva o muerta y perder la ocasión de llegar hasta el final del caso.

Roca la miraba pensativo. El viento ahora soplaba con fuerza en el recinto, ondeando con cada vez más violencia la sombrilla de su mesa.

—¿Cuándo te has enterado de esto?

—Ayer interrogué a una compañera de estudios de Valentina. Me dijo que Mauro y ella se habían escrito. Y lo de París… De esa coincidencia en las fechas me di cuenta yo después.

Roca tenía la mirada fija en un punto más allá de ella, quizá contemplaba las nubes, que sobre sus cabezas se tornaban más y más oscuras.

—En la noche del 7 de diciembre tu marido estaba en casa con tu hija, en Madrid, ¿no? —preguntó.

—Sí.

—No pudo hacerlo —sentenció Roca—. Estaba a cientos de kilómetros cuando Valentina desapareció.

—Ya. Pero no sé si es ético que estando relacionado con ella, aunque sea de una forma tangencial, yo…

—¿Y no piensas en Valentina? —espetó Rafael, y ahora parecía enfadado.

—¡Por supuesto que pienso en ella! —su voz ganó intensidad por un momento—. Y en ti.

—No soy un niño, ni me haces ningún favor, ni tienes que cuidar de mí —increpó Rafael, con un extraño orgullo que la sorprendió.

—No quería ser condescendiente —aclaró Aitana—, pero no sé qué hacer. No estoy cómoda con esto. Imagínate que su relación era otra, o que sale algo más, o que de algún modo se sabe que yo conocía estas informaciones…

—Sandra tiene el ordenador de Valentina. Y hasta el día de hoy no ha dicho nada de tu marido, es más, no sabe ni cómo se llama. Es fácil hacer como que no lo sabes. De hecho, hasta hace poco no tenías ni idea, ¿no?

—¿Te parece que esa es una actitud adecuada para alguien en mi posición? —inquirió Aitana.

Roca no respondió.

—¿No confías en tu marido? —preguntó, a bocajarro—. ¿De verdad crees que puede haber algo más?

Aitana se sintió humillada. Notó que el calor afluía a sus mejillas, que le picaban los ojos, de repente estaba sudando bajo las capas de ropa. Odió a Mauro, odió haber pasado la depresión posparto y haber perdido su radar para el bien y el mal, haber dañado con ello su intuición para las personas.

—No quiero depender de él, quiero depender de mí y hacer lo correcto —argumentó, intentando aparentar fortaleza.

—Lo que tú crees correcto ahora puede ser dañino para la investigación, y para Valentina —le reprochó Rafael.

—Vale, pongamos que me hago de nuevas si sale esta información más adelante, y con eso ganamos tiempo para investigar.

—Pongamos —dijo Rafael, asintiendo.

—Y sale algo más, y entonces… —empezó Aitana, pero no pudo terminar. El nudo en la garganta atenazaba sus cuerdas vocales y las palabras ya no salían de su boca. Notaba que su labio inferior se arqueaba, que el líquido se agolpaba en sus lagrimales, pero hizo un gran esfuerzo por no llorar frente a su compañero, tomó aire, todo el que pudo; aun así una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla y

acabó bajando por su labio superior, dándole un toque dulce a la amargura que se le había instalado en el paladar.

—Lo siento, Rafael. No creo que tenga derecho a pedirte que me guardes secretos, ni que confíes en mi marido cuando ni yo misma puedo hacerlo, por eso tengo que dejar la investigación.

Su compañero la miró serio.

—No me has dicho nada, y tú tampoco sabes nada —resolvió, con tranquilidad. Aitana levantó la vista hacia él, incrédula—. Yo solo sé que hay una chica, puede que esté viva, retenida contra su voluntad, o puede que esté muerta, y en ambos casos no conozco a nadie mejor que tú para encontrarla.

—Si sale algo más, entonces… —empezó Aitana, pero él la interrumpió.

—No tenemos que hablar más de esto por ahora —zanjó Roca—. Además, creo que se me ha congelado la nariz. ¿Qué te parece si vamos al cuartel a pedirle al juez que nos autorice las triangulaciones de los móviles de Carla y Beltrán para ver dónde estaban la noche de la desaparición?

Sin esperar respuesta, Roca se levantó, se pasó las manos por el abrigo, donde se le habían quedado algunas agujas de pino pegadas, sopló la vela y apagó la estufa.

Al ver que ella seguía inmóvil en la silla, el sargento le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Aitana estiró la suya hasta anudarse con la de su compañero. Él tiró de ella con suavidad hasta que se puso de pie, y los dos caminaron en paralelo, hacia el coche, en un silencio que guardaba una doble complicidad.

22

Hicieron el camino de regreso al cuartel sin hablar y casi sin mirarse. Recorrieron la carretera A-228, tan solo cinco kilómetros separaban el restaurante del pueblo. La temperatura había bajado más aún y Aitana, que iba al volante, encendió el botón para disipar la condensación que se había instalado en las ventanas. En la oscuridad se distinguía el espeso manto de encinares y arbustos.

Se sentía cómoda en silencio con Roca. Pensó que había hecho bien en contárselo, y que él se hubiera puesto de su lado le había resultado reconfortante. Sin embargo, intuía que existirían más informaciones sobre Mauro que podrían complicar aún más la situación.

Puso su atención en el asfalto. Era un trayecto breve, pero el termómetro marcaba los cero grados y sabía cuán rápido una carretera secundaria se podía convertir en una pista de patinaje. No debía por tanto mirar a su compañero, aunque sentía muchas ganas de hacerlo. Como investigadora siempre había deseado saber leer la mente de las personas, incluso se había formado sobre lenguaje corporal y técnicas para detectar mentiras. Estaba bastante segura de que Roca era leal, de que no la traicionaría y de que, dentro de lo lógico y si la situación no empeoraba, haría por ayudarla. Le gustaba compartir el habitáculo de su coche con él, escuchar su respiración

tranquila, sentir el ocasional roce de su brazo. No sabía si era mutuo. Rafael era amable y educado con todo el mundo, especialmente con ella. Pero quizá fuera presuntuoso asumir que ella le interesaba por algún motivo diferente a ser su jefa o a conseguir resolver el caso de la forma más fluida posible. Además, estaba su deterioro posparto. Ese cuerpo en el que no se reconocía, esa cara que evitaba mirar, esa tristeza profunda de la que le costaba emerger. Se preguntó qué hacía pensando en todas esas cosas. Si de su percepción de sí misma hubiera dependido, por supuesto sería imposible que le gustara a alguien, y menos a un hombre tan atractivo y encantador como Rafael. Pero incorporar la multiplicidad de los puntos de vista sobre un asunto era un hábito automático en su trabajo, así que tuvo que admitir que Roca no tendría que encontrarla tan desagradable como ella se encontraba a sí misma.

Repasó en su mente la conversación con el matrimonio. Se había visto reflejada en la mirada decepcionada y pasiva de Carla. También en el ánimo desganado de Beltrán.

No tenía pruebas, pero no le extrañaría nada que Beltrán hubiera hecho como Mauro y se hubiera fijado en una chica mucho más joven que ella, y que Carla, de algún modo, lo supiese o lo intuyera, o lo hubiera averiguado después del viaje de ambos a París. Y por eso la había golpeado con el coche.

Aitana se detuvo antes de entrar.

—Pasa y déjame hacer una llamada.

Roca, algo intrigado, asintió. El eco de sus pasos se perdió en el patio, Aitana también entró, pero se refugió en una esquina para poder hablar protegiéndose del aullido del viento. Marcó el teléfono

de Sara, la compañera de Valentina con la que había hablado en la eac.

—¿Sí? —preguntó la chica con sorpresa.

Aitana se identificó. Sara se sorprendió de que la llamara el 26 de diciembre a media tarde.

—¿La han encontrado? —Se notaba el pánico en su voz.

—No, Sara. No te preocupes. Solo quiero saber si Valentina te comentó algo de su menstruación a lo largo del primer trimestre.

Silencio en la línea. Entendió que le resultase chocante.

—¿Por qué?

—Puede ser relevante para la investigación —comentó Aitana. No quería revelar, por un extraño pudor, que su amiga estaba embarazada. Tampoco le serviría de nada, y es posible que se fuera de la lengua y la información acabase en los medios.

—Pues ahora mismo no lo sé, la verdad.

Aitana intentó refrescarle la memoria. ¿Recordaba si en algún momento le había pedido una compresa? ¿Habían hablado de ella un día de mayor cansancio, de tristeza sin motivo, habían comparado los ritmos de sus ciclos…?

—Ah, bueno. Recuerdo que me dijo que no era muy regular.

—¿Podrías hacer el favor de contarme cuándo te lo dijo y a qué ciclo se refería? ¿Y si no es mucha molestia, quizá enviarme un pantallazo?

Sara respondió que lo buscaría en sus conversaciones de WhatsApp con Valentina.

Aitana le dio las gracias. Antes de despedirse, Sara le hizo una pregunta que se instaló en su pecho como un cuchillo afilado:

—¿Cree que podría estar embarazada del profesor que le comenté?

La teniente tomó aire.

—No puedo contarte más de momento, Sara, pero te agradecería que fueras discreta con el asunto —le pidió, fingiendo tranquilidad.

—Claro, perdone. Ahora se lo mando.

Aitana colgó. Se apoyó en la rugosa pared de ladrillos del patio y tomó aire de nuevo. Otra vez esa mano invisible quería cerrarle el paso a su respiración. No creía que el embarazo fuera de Mauro. Pensaba que lo más lógico era que hubiera sido Beltrán. Pero si su marido y Valentina habían coincidido en París y habían mostrado interés el uno en el otro, entraba dentro de lo posible que se hubieran acostado, por descabellado que fuera.

Se dijo a sí misma que debía centrarse, recordar lo que decía su padre sobre la navaja de Ockham: en igualdad de condiciones, la explicación más simple suele ser la correcta. Tenía una mujer despechada, un hombre casado seguramente liado con una chica joven. Y por otro lado estaba otra mujer, Mandi, que estaba enrollada con su marido, con quien todo indicaba que había pasado una noche de amor y sexo ese mismo fin de semana en París. ¿Había comenzado su historia en ese viaje o antes? Tampoco era imposible que hubiera sucedido después, pero eso reducía su tiempo de forma considerable. Por mucho que le doliera, tenía que reconocer que no era descabellado que Mauro hubiera estado con Valentina, e incluso lo más difícil de creer de todo, que su marido se hubiera acostado con Mandi y también con Valentina en el mismo fin de semana en París.

Se forzó a salir del bucle antes de acceder al cuartel.

Saludó al cabo que guardaba la entrada, recorrió el largo pasillo desierto a esas horas, y detectó un aroma a chocolate justo antes de entrar en la apartada sala donde trabajaba con su equipo. Allí estaba Roca, bebiéndose uno; ya había colgado su abrigo y encendido los ordenadores de ambos. Al verla entrar, le señaló otro vaso humeante.

—¿Qué es?

—Malibú con piña —bromeó Roca, arrancándole una sonrisa.

Aitana se sentó a su lado, le dio un trago al chocolate.

—No está nada malo para ser de máquina —dijo.

—El frío que tienes —contestó él.

Aitana sacó el móvil y vio el pantallazo que Sara le acababa de enviar. Era un fragmento de una conversación en la que hablaban de sus menstruaciones el día 24 de septiembre. Valentina mencionaba que estaba en el segundo día de su período y que se encontraba fatal.

—Por lo tanto, lo más probable es que el encuentro sexual que la dejó embarazada se produjera en noviembre, y si fue el 9 de noviembre, encajaría con un ciclo de ovulación estándar, por lo que es casi imposible que se percatara, pues quizá no había tenido tiempo de notar la primera falta, o apenas.

Rafael la miraba como si fuera una maga, la curandera del pueblo, conocedora de una sabiduría al alcance de muy pocos. Aitana se vio en la necesidad de aclararlo:

—Cuando quieras preñar a tu novia, te saldrá tan natural como a mí. —Rafael asintió en silencio, y ella continuó—: No sé si tuvo relaciones de riesgo, o si estaba borracha, puede que asumiera el riesgo, puede que lo perdiera sin darse cuenta, hay muchas

variables que desconocemos. Pero si era irregular, no le daría importancia a no tener la regla.

—No me entero —admitió Roca.

—Desconocemos si ella sabía que estaba embarazada, era muy reciente. En caso contrario, si se enteró, fue en urgencias, raro que fuera antes. Tampoco sabemos si Carla o Beltrán estaban al tanto. Pero estoy bastante convencida de que ese matrimonio está en las últimas y de que Carla quiso dañar a Valentina a propósito. Creo que ella solo sabía que estaban juntos, y no lo del embarazo. Ya sería suficiente para querer hacerle daño.

—¿Beltrán se lo confesó y ella se enrabietó?

—Muchas veces las mujeres intuimos que nos engañan, y en ese momento podemos optar por abordar el asunto de manera indirecta o fingir, incluso de cara a nosotras mismas, que no nos damos cuenta. Saberlo es otra cosa. Quizá simplemente lo hizo porque detectó alguna mentira, porque supo de alguna forma que compró dos billetes o reservó una habitación doble, o porque simplemente no le gustaba su forma de mirar a Valentina.

Roca se quedó pensativo.

—¿Crees que Carla haría eso por una simple mirada?

Aitana, que estaba buscando el número del juez en su móvil, levantó sus ojos y los depositó con precisión en los de Rafa. Al hacerlo, sintió una chispa de electricidad en su maltrecho corazón.

—Hay miradas que son simples, otras que están cargadas de emociones. Puede ser de amor, de odio, de resentimiento. Eso sí, no sirven como evidencia en un juicio.

Rafael terminó por bajar la vista, le pareció tímido en ese instante, en ese gesto, apurando su chocolate. Su compañero recompuso su

expresión, para acto seguido esbozar una extraña mueca y decir:

—*The eyes, chico, they never lie*—pronunció con un extraño acento anglocubano—. Ya sabes, los ojos nunca mienten.

Aitana entendió la referencia. Estaba imitando a Tony Montana, Al Pacino en *Scarface, el precio del poder*, una peli que a Mauro y a ella les encantaba, y que habían visto una y otra vez en los buenos tiempos. Para sorpresa de Rafael, ella se lanzó a imitar a Pacino también, aunque el acento le salió extrañísimo, mucho peor que a su compañero.

—*Say hello to my little friend*!—añadió, recordando ese momento en el que Al Pacino sacaba una metralleta automática para enfrentar a los múltiples enemigos que habían entrado en su casa a matarlo.

Los dos se rieron bien a gusto.

—No sabía que te gustara el cine —dijo Roca.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —soltó Aitana, con toda la intención que pudo.

Dejaron que las risas se perdieran por las oquedades del cuartel vacío, quitando algo de peso a la seriedad que los envolvía.

—¿Crees que eso será suficiente para que el juez autorice la triangulación de sus teléfonos?

Aitana no respondió. El planteamiento era algo alambicado, pero tenían que explorar ese camino, y explicárselo con mucha habilidad a su señoría. ¿Podrían tener Carla o Beltrán medios, motivo y oportunidad para hacerle daño a Valentina?

Sabían que Beltrán estuvo en París el fin de semana del 8 de noviembre porque abrió un nuevo Quercus allí… y que viajó sin Carla. También que casi un mes más tarde, su mujer embistió la moto de Valentina. Y que, al ser preguntado por lo que hizo en la

noche de autos, los tiempos que el chef había confesado en el interrogatorio eran muy difusos y, *a priori*, no encajaban en las distancias del pueblo, por concurrido que estuviera durante la feria de la trufa, por mucha gente que lo saludara. Los dos eran sospechosos.

—Tenemos que entrevistar a Beltrán a solas en el cuartel —afirmó Roca.

23

A través de una videollamada, el juez escuchaba lo mucho que Aitana y su compañero habían averiguado en poco tiempo, y, por una vez, parecía mirarla sin enjuiciar su capacidad para avanzar en el caso.

Al descubrir que Beltrán y Valentina habían coincidido en París en noviembre, que la chica estaba embarazada y que la mujer del cocinero le había dado un golpe, accidental o no, a su moto, y que los tiempos de Beltrán en la noche de autos no cuadraban, el juez estaba a punto de decir que sí, que autorizaba la triangulación de los móviles del matrimonio formado por Carla y Beltrán.

Justo en ese momento el cabo Montes entró sin llamar. Al ver su cara de circunstancias, pensó que algo terrible había ocurrido, y que ese algo solo podía ser la aparición del cadáver de Valentina. Sintió como si se le vaciaran los pulmones, y se le aflojó la voz, que salió apenas audible cuando le pidió a su señoría un instante para atender al agente. Aitana silenció la llamada y miró al cabo, que daba la impresión de estar incómodo por la noticia que traía.

—Más vale que sea importante, cabo —dijo, intentando tapar el pánico que sentía.

—Está aquí Rodrigo Marín, es dueño de una explotación avícola de Sarrión —informó con un hilo de voz—. Afirma que Jaime, el

hermano de Valentina, abusó de su hija, otra vecina del pueblo.

Aitana cruzó una mirada de sorpresa con Rafael.

—Que espere, enseguida estamos con él. Prepare una sala, por favor, Montes.

El cabo se marchó del despacho.

Aitana se dirigió al juez, y le comunicó que lamentaba tener que molestarlo, pero se había presentado un vecino del pueblo con noticias y que, si estas eran relevantes, le gustaría volver a contactarlo en cuanto pudiera, quizá ese mismo día. Para su sorpresa, el juez no mostró su reticencia habitual; y además concedió el permiso para la triangulación de los teléfonos, remitía la orden ya mismo. Dijo que estaría pendiente del teléfono y la videollamada se interrumpió. Aitana advirtió en la cara de su compañero que estaba intentando ubicarse en esa novedad, pero que estaba profundamente sorprendido, y lo achacó a su inexperiencia. Intentó que se relajara sin parecer que le estaba dando una lección.

—Vamos a escuchar qué dice, después ya habrá tiempo de pensar.

—Pero entonces, la línea de Carla y Beltrán… —empezó Rafael.

—Aún no sabemos qué dice este vecino, y tampoco si es verdad. Aunque lo fuera, no son escenarios excluyentes. Es mejor avanzar despacio y sopesar cada movimiento que hacerse a la primera idea y maniobrar alrededor de ella.

Según oyó su propia voz, se dio cuenta de lo paternalista que había sonado. Rafael asintió, y se prepararon para la conversación.

Cuando entraron en la sala, Rodrigo Marín ya estaba allí, sentado frente a la mesa, la vista en el suelo, las manos enrojecidas de tanto

anudarlas. El cabo Montes estaba en la entrada esperándolos, tieso como una vela.

La estancia estaba tan exenta de esmero y decoración como todas las demás. Una mesa de contrachapado pareada, con cuatro sillas de aire escolar, paredes de gotelé y un archivador de melamina, del suelo al techo, saturado de gruesas carpetas repletas de expedientes.

—Buenos días, somos Aitana Cobos y Rafael Roca. El cabo Montes nos ha dicho que tiene algo que contarnos.

Rodrigo asintió, le costaba mirarla a los ojos.

—Montes, puede retirarse.

El cabo se marchó. Los inspectores se sentaron al otro lado de la mesa, sin meterle prisa, dándole su tiempo para hablar. Aitana lo observó con detenimiento. Calculó que Rodrigo tendría unos cincuenta años. Encontró la dureza del campo en las manos. Su ropa era sencilla y gastada, pero la vestía con dignidad: impecable y sin una arruga. La llave de un coche de gama media sobresalía de sus pantalones y llevaba unos mocasines anticuados pero limpios. Enderezó el cuerpo, los miró esbozando una pudorosa sonrisa de compromiso, como si fuera él quien tuviera algo que esconder. Quizá era el eco de la mentalidad antigua, que aún sobrevivía en algunos países del mundo y también en algunos rincones supuestamente progresistas, según la cual era la mujer agredida la que tenía que llevar la carga de la culpa.

—Señor Marín, le agradecemos que haya venido —dijo Rafael con serenidad—. Me gustaría comentarle que lo que diga aquí podrá ser usado en la investigación y a lo mejor, si es necesario, podría ser llamado a testificar. ¿Lo entiende?

Rodrigo asintió. Carraspeó, llenó de aire su pecho y comenzó a hablar:

—Mi hija Elena conoció a Jaime Salas hace un año, en el instituto de Mora de Rubielos. Hay un grupo de refuerzo de Matemáticas que suelen impartir antiguos alumnos, y Jaime era su profesor.

Tomó aire para continuar.

—¿Le pagaban por dar clase a este grupo?

—No lo sé, pero sé que lo hacía en sus ratos libres, o en los ratos libres que su trabajo en la finca le dejaba. Conociendo a su familia, no creo que lo necesitara.

Aitana asintió. El hombre miró por la ventana, como si la presencia de ánimo que necesitaba para hablar del asunto pudiera entrar como una ráfaga de aire invernal.

—¿Conoce usted a Jaime Salas? —preguntó Aitana.

—Sí, hubo un encuentro con la profesora de Matemáticas, Jaime y el grupo. Jaime y ella nos contaron qué temas iban a trabajar, qué refuerzos les vendrían bien, esas cosas. Me pareció un chaval muy majo. En aquel momento —añadió con una nota sombría.

—Se veían una vez a la semana, en el grupo —tanteó Rafael.

El vecino asintió.

—¿Y cómo establecieron una relación? —continuó Rafael.

—Empezó a pedirles deberes, y ya sabe cómo son los jóvenes ahora. Primero lo hacían a través de correos, pero luego hicieron un grupo de WhatsApp.

—¿Quién estaba en ese grupo? —intervino Aitana.

—Todos los alumnos al principio, y Jaime también. Entre ellos se consultaban los deberes, Jaime entraba a veces a darles alguna

pista, a ayudarlos un poco, y también compartían vídeos, o chistes, nada raro, la verdad. La profesora también estaba en ese grupo.

—¿Y entonces?

—Se vieron en los preparativos de los quintos. Ahí fue donde empezaron a verse más.

—¿Los quintos? —preguntó Aitana.

—Es una fiesta de invierno, de aquí de Sarrión. Se celebra en febrero. Es una cosa más de jóvenes. Durante la semana recogen alimentos y leña para hacer una gran hoguera. Jaime invitó a mi hija a recoger la leña en su finca. Ella me dijo que Jaime lo había propuesto en el grupo, para quien quisiera ayudarlo; la finca de los Guzmán es grande y sobra mucha leña. Pero después me enteré de que se lo había dicho solo a ella y que estuvieron los dos solos. Si esto le molestó a nuestra hija, no nos lo dijo. O quizá ya le gustaba el chico entonces. A mí, como me cayó bien y respeto mucho a su familia, tampoco me resultó raro cuando lo supe. Quizá debería haber estado más atento. —Rodrigo hizo otra pausa antes de continuar—. Esa noche mi hija llegó tarde, contenta, sonriendo de una forma que cualquier padre sabe lo que significa. Ha tenido algunos novios en el pueblo o en el instituto. Pero al principio no pensé que fuera por Jaime. Una cosa es salir con chicos de su edad, pero siete años de diferencia cuando se tienen quince, dieciséis años…

Aitana asintió. Miró de reojo a su compañero, que escuchaba con empatía el relato de Rodrigo.

—Me enteré por casualidad. Un familiar de Mora de Rubielos me dijo que los vio pasear juntos por allí, muy cariñosos, una noche que la niña me había dicho que iba a dormir en casa de una amiga.

—¿Sabe dónde se quedaron Elena y Jaime? —interrogó Rafael.

El hombre negó. Tomó aire y retomó el relato con mucho esfuerzo, como quien sube una cuesta arriba muy pronunciada.

—Le dije a mi hija que sabía lo suyo con Jaime y ella lo admitió. Le gustaba mucho, decía que estaba enamorada, es difícil fiarse de lo que siente una niña de quince años. —Se restregó la cara con la mano y continuó—: Ella me aseguraba que era muy buena persona, un caballero, que no tenía nada que temer. Un día lo trajo a cenar a casa. Fue encantador, parecía inofensivo, hasta una buena influencia. Nos habló muy tranquilo. Dijo que entendía que la diferencia de edad nos preocupara, y nos aseguró que sabía lo que hacía y que, si había dado ese paso, es porque Elena le importaba mucho. Lo creímos. En aquel momento no sabíamos qué clase de…

No pudo terminar la frase.

—No es fácil, lo entendemos —lo consoló Rafael, tocándole el brazo con delicadeza.

Rodrigo asintió, y siguió hablando:

—Sin embargo, al cabo de unas semanas noté rara a mi hija. No tenía hambre, se iba con Jaime y al volver estaba muy callada, se encerraba en el cuarto. A veces la oía llorar. Por supuesto estábamos preocupados, mi mujer más que yo. Todos nos hemos enamorado con quince años y hemos sufrido, es la edad. Al menos eso le decía a mi mujer para que no se preocupara, pero a ella no le daba buena espina.

Aitana anticipó que la madre de la chica tenía razón.

—Después empezó a fallar en los estudios, a no ir a clase, a faltar al grupo de refuerzo. Pensé que estaba triste porque quizá lo habían dejado, pero no. Ella no quería hablar conmigo, aunque a su madre

sí le dijo que sentía que Jaime la controlaba, que fisgaba en sus redes para ver con qué chicos hablaba, que vigilaba los planes que hacía los fines de semana cuando no estaba con él, y que poco a poco la iba separando de sus amigas. —Rodrigo se detuvo un instante, abrumado por la mezcla de emociones que sentía—. Quise hablar con él, lo llamé, quería que me contara qué estaba pasando entre mi hija y él. No contestó la llamada. Después fui al instituto, a ver si conseguía verlo en persona. Me enteré de que Jaime había dejado el grupo de refuerzo de Matemáticas, con la excusa de que tenía mucho trabajo. Le expliqué a la profesora que sentía que algo raro estaba pasando, pero al no ser Jaime un profesor, ni estar ya con el refuerzo, no sabía qué hacer con el asunto.

Aitana escuchó esas estrategias de dominación con inquietud creciente. Aquellas, y parecidas, las había escuchado muchas veces. Nunca acababan bien.

—Al final un día vino con un moretón en el cuello, llorando. No quería hablar. No abrió la boca en toda la semana. Mi mujer quería ir al psicólogo, a la Guardia Civil, al hospital, por si le había hecho algo a la niña. Yo estaba decidido, quería denunciar. Y se lo dije a Elena.

La boca se le arqueó, en un acto reflejo, y Aitana pensó que iba a llorar.

—Le dije a Elena que no la necesitaba para denunciarlo. Y entonces me cogió de la mano, lo recuerdo, me la apretó con muchísima fuerza. Me suplicó que no lo hiciera, que Jaime le daba mucho miedo. Le dije que me daba igual, que, si le había hecho daño, tenía que pagar. Y Elena se tiró al suelo en la puerta de su habitación. Me dijo que, si se me ocurría denunciar a Jaime, ella se mataría.

Miró un instante por la ventana, y después al rostro de Aitana y de Rafael, buscando una reacción, y más seguramente, o eso le pareció a ella, una expresión de comprensión, un perdón, una validación. Tenía las manos engarzadas, apretadas con fuerza la una dentro de la otra, como si lucharan por encontrar la salida a ese laberinto.

—No llegó a denunciar entonces —dijo Rafael, con toda la delicadeza posible.

Rodrigo negó.

—¿Y qué pasó después?

—No hablaron más, o eso dice Elena. Esto fue antes de que acabara el curso anterior, en mayo. Mi hija está algo mejor. Por si acaso, le hemos cambiado el teléfono y también las cuentas de Internet. Y por Sarrión ya no sale. Solo queda con sus amigas… y pasa mucho tiempo en casa. Va a una psicóloga, pero no nos cuenta nada.

El rostro de Rodrigo evidenciaba que se había liberado de una carga enorme. Ahora habló con más ligereza, con más rapidez, y Aitana imaginó que tenía preparado lo que quería decir, que llevaba tiempo dándole vueltas a su discurso, y que recorrer el camino hasta aquella sala le había requerido mucho coraje.

—He tenido muchas dudas. Mi hija no sabe que he venido. Mi mujer tampoco. No contaré nada de esto en un juicio, tengo miedo de lo que mi hija podría hacer si lo supiera. Espero que les haya ayudado…, pero no cuenten conmigo para repetirlo fuera de aquí.

Aitana leía el miedo en sus ojos, los temores contrapuestos que se peleaban por alcanzar el primer puesto en sus preocupaciones.

—Entiendo su reticencia —empatizó Aitana—, y respetamos su decisión. No dude en volver si recuerda algo más, o si su hija le

comenta algo.

El hombre asintió, aunque la teniente notó que estaba deseando salir de allí.

—Antes de marcharse, ¿le importaría mostrarnos una foto de su hija Elena? —le preguntó.

Rodrigo sacó su teléfono y mostró la foto que tenía en la pantalla de inicio.

Elena era muy parecida a Valentina.

24

Aitana había vuelto a reunirse con el juez. Al oír las revelaciones sobre Jaime Salas, el magistrado había autorizado por fin que se pinchara su línea y las de toda la familia, y también que fuera detenido para ser interrogado. Aunque en el registro de menores no constaba ninguna denuncia previa, el relato del vecino era suficiente para dirigir la mirada sobre todos ellos.

Mientras se alejaban del centro del pueblo y tomaban el desvío hacia la casa en la que vivía la familia, Aitana recordó la buena impresión que le había causado Jaime en las ocasiones en las que había hablado con él. Tanto la primera vez, cuando lo conoció y le resultó un joven maduro, responsable y siempre pendiente de ayudar a su madre en el negocio, como en las visitas posteriores. Además, en un par de ocasiones Jaime la había llamado para ponerse al día y ofrecer su colaboración. Era fácil asumir que ese padre mezquino, preso de vicios y adicciones, concentrara en sí todo lo que parecía amoral en los Salas. Debería haber estado más atenta; la experiencia le había enseñado que en una misma familia pueden convivir, a la vez, varias realidades dañinas.

Dudó de si Julia sabría o no de la posible obsesión de Jaime con su hermana menor. Ahora que era madre lo veía desde otro prisma; podía entender que no hubiera dicho nada al respecto. Ya había

perdido a una hija, o estaba en grave riesgo de perderla, y si Jaime se convertía en su único hijo, comprendía que lo protegiera a toda costa. Incluso si hubiera abusado de una menor, o peor aún, algo que no podía descartar, que hubiera abusado de su propia hermana.

Por otro lado, había trabajado en suficientes casos como para saber que, por creíble que pareciera la historia de Elena, la hija de Rodrigo, podría ser falsa. Por pura mala fe entre familias, por una enfermedad mental de la chica o de su padre, por una exageración de las circunstancias reales…, pero por eso había que examinar la situación de primera mano. Sentarse frente a Jaime Salas, preguntarle por su relación con Elena, también por su relación con Valentina, escuchar y mirarlo a los ojos.

—Acaba de escribir Sandra Yang. Han empezado a funcionar las escuchas en las comunicaciones de Carla y Beltrán.

Ella asintió, siguió conduciendo.

Al ver aparecer el imponente perfil de la casa, Aitana tomó aire. Rafael carraspeó.

—Déjame hablar a mí —le pidió Aitana.

—¿Crees que nos han mentido? —preguntó Rafael.

Aitana no supo qué responder.

Llamaron al timbre del recinto exterior, reconoció la voz de la sirvienta Usnavy, que les abrió.

Aparcaron el coche donde el resto de la familia, y cuando se apearon de él, Julia ya había acudido a la puerta, estaba acompañada de Jaime, que sostenía su brazo, como si a la mujer le costara caminar. Al acercarse, notó que su respiración se había convertido en un jadeo ahogado. En su rostro, ahora gris, sus ojos parecían a punto de reventar de la tensión. Jaime se mostraba

tranquilo pero alerta, pendiente de que su madre no se fuera a caer o a desmayar.

—Tranquila, Julia, no traigo malas noticias sobre tu hija. Tampoco buenas. No hay ninguna novedad sobre su paradero —dijo Aitana, con toda la delicadeza de la que fue capaz.

Julia se dobló sobre sí misma, tomando aire, soltó la mano de su hijo y se apoyó en la fachada de la casa, soltando un gemido de alivio. Jaime los interrogó con la mirada. Y quizá fue solo una imaginación, una viruta de intuición, pero por su semblante cauto y levemente hostil, detectó que el joven se sentía en peligro.

Aitana le tendió la mano a Rafael, que le entregó el sobre con la orden judicial.

—Traemos una orden judicial para interrogar a Jaime. En el cuartel.

Julia levantó la vista incrédula. El chico la miró, repleto de odio, aunque la intensidad de su mirada desapareció en un segundo para dar paso a su serenidad habitual.

—¿Para qué? —quiso saber Julia.

Jaime enarcó las cejas en un mohín de desprecio.

—Ha aparecido una información sobre él y necesitamos hablar con él de nuevo —informó Aitana.

—No tengo inconveniente en irme con ustedes —dijo Jaime—, enseguida salgo.

Y se perdió en la entrada de la casa.

Roca dio un paso para seguirlo, para eliminar la posibilidad de que escapara, pero Aitana levantó un dedo en su dirección para impedírselo. A pesar de su cautela, Julia presenció el gesto.

—¿Es mi hijo sospechoso? ¿Está detenido? —preguntó incrédula y casi enfadada.

—Julia, entiendo que es desagradable, pero tenemos que hablar con él. No es una orden de búsqueda y captura. Sí es una orden judicial para declarar de manera oficial. Ahora mismo no puedo contarte nada más —expuso Aitana.

—Sabéis que esto es una pérdida de tiempo, ¿verdad? Que mientras andáis perdiendo el tiempo con él, el tipo que tenga a mi hija puede estar…

No terminó la frase. La furia ardía en sus ojos, pero era lo bastante inteligente como para saber que mostrarse violenta o desabrida con los guardias civiles no la ayudaba en absoluto.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —intervino Rafael, y le dio la impresión de que quería protegerla. De hecho, con naturalidad se situó entre ella y Julia.

Jaime salió, con el móvil en la mano y un abrigo puesto.

—Estoy listo —anunció con sequedad.

—Sígueme, por favor —ordenó Roca.

—¿Puedo ir con él? —tanteó Julia.

Roca miró a Aitana, a quien le tocaba decidir.

—No hay problema en que nos acompañe. Pero seguramente el juez no querrá que usted esté presente en el interrogatorio.

—Pues yo iré —remató Julia.

—Mamá, no hace falta —aseguró, como si fuera lo más normal del mundo, y se giró hacia los agentes—. Además, solo será un rato, ¿verdad?

Aitana asintió con expresión neutral. Eso dependía de que lo admitiera. Por supuesto, le parecía demasiado taimado para confesar

nada que pudiera retenerlo en el cuartel.

Pero Julia no iba a discutir sobre el asunto. Había entrado en la casa. Reapareció con el bolso y un forro polar.

—Cuando acabemos los traeremos de vuelta. Gracias por ponérnoslo fácil —dijo Aitana con una sonrisa que no encontró reflejo ni en la cara de la madre ni en la del hijo.

Emprendieron la marcha, de tan solo unos cincuenta metros, de la puerta de la casa al aparcamiento de la finca; Aitana, Julia, Jaime, y tras ellos, Roca. En la puerta quedó Usnavy, pasmada por lo que acababa de escuchar.

Aitana sacó el llavero y abrió el coche. Solo se oían sus pasos sobre el terreno de grava. El viento silbaba a su alrededor y el frío de la tarde caía con velocidad en el horizonte invernal, acompañado del aroma a roble, a leña y a tierra mojada.

Todo ocurrió muy deprisa. Aitana estaba a punto de abrir su vehículo. Ya tenía la puerta en la mano cuando notó una fuerza brutal que la empujó contra el vehículo, la esquina de la puerta le impactó en la clavícula y, tras cerrarse, Aitana golpeó estruendosamente la carrocería. Una mano le agarró la cabeza y la golpeó contra el techo del coche. La teniente, sin saber bien qué ocurría, apoyó las manos en el vehículo para no caerse. Sintió un dolor agudo en la cabeza y vio cómo las gotas de sangre se le escurrían entre los ojos. Se giró y vio que Salvador estaba encima de ella gritando, solo entonces comprendió que era él quien la estaba agrediendo. Tuvo la frialdad suficiente para dirigir la mano a su pistola, pero Roca fue más rápido. En un hábil movimiento llevó las manos del hombre hacia la espalda, presionó sus rodillas contra las de Salvador y lo hizo caer al suelo.

—Pero ¿qué haces, Salvador? —oyó gritar a Julia.

Aitana se apoyó en el marco de la puerta, resbaladizo a causa de su propia sangre, y en la mano de Roca.

—Jefa, ¿estás bien?

—No lo sé —gimió su compañera con sinceridad.

La empleada de hogar, a instancias de Julia, vino con un vaso de agua y un botiquín. Salvador se levantó, avergonzado, y Usnavy se lo llevó hacia la puerta, pero el hombre no quería entrar en la casa.

—Siéntate —dijo Roca, y terminó de abrir la puerta. La guio hacia el asiento del conductor, Aitana se desplomó sobre él, mareada, ya casi no le dolía.

—Lo siento —creyó que decía Jaime.

Aitana no podía percibir muy bien los sonidos, estaba algo mareada. Rafael metió al hermano de Valentina en la parte de atrás del coche, e invitó a la madre a sentarse a su lado; Julia, aún asustada, obedeció. Después se dejó caer con el botiquín al lado de la teniente.

—Mírame —ordenó Rafael.

Ella lo miró. Medio ida, se recreó en todos los detalles de su cara mientras él colocaba una gasa en el golpe de su frente, y con cierta torpeza la aseguraba con esparadrapo.

En su mareo, se alegró de poder contemplarlo sin disimulo, largamente, como una enamorada, si es que lo era, aún no lo tenía claro, mientras él ahora le daba toques con el algodón empapado en agua oxigenada sobre la frente.

—Estaré guapísima —bromeó, como si la situación fuera graciosa. Se sentía borracha.

—Aprieta esto un poco, que tiene que dejar de sangrar —ordenó Rafael, y Aitana lo obedeció. Iba encontrándose mejor. El sargento agarró el teléfono y empezó a pedir refuerzos para trasladar a Jaime y a su madre al cuartel, Aitana y él tenían que pasar por el hospital más cercano; y también habría que trasladar a Salvador.

La teniente le quitó el teléfono y colgó la llamada.

—¿Qué haces? —se sorprendió Rafael.

—Ahora mismo vamos al cuartel y hacemos lo que tenemos que hacer. Después, ya veremos. Eso sí, conduce tú. Ayúdame a levantarme, por favor.

—Pero… ¿no vas a denunciar la agresión?

—Rafael —dijo sin ningún asomo de duda—, ya pensaremos en eso después.

Su compañero salió del coche, abrió su puerta, la condujo al asiento del copiloto y una vez se hubo sentado, le colocó con delicadeza el cinturón de seguridad mientras ella procuraba volver en sí. El olor a cítricos y a perfume o *aftershave* que desprendió Rafael al acercarse la embriagó por un instante, incluso mezclado con el olor de la sangre y el del agua oxigenada. Poco después, él se sentó al volante y encendió el motor. Hicieron el recorrido en coche hasta el cuartel en silencio. Aitana fue respirando profundamente, hasta que notó cómo sus nervios, crispados por el *shock*, iban relajándose y abrazando, poco a poco, los contornos de la realidad. El dolor en su frente emergía con claridad, un dolor constante, soportable pero cada vez más fuerte, y que además iba asociado al trauma de la agresión y a una incómoda sensación de vergüenza. Giró el retrovisor para observar a madre e hijo, que viajaban con

aparente tranquilidad, y sorprendió a Rafael mirándola de reojo un par de veces.

Entró una llamada del cabo Montes, Aitana le pasó el teléfono a Rafael, que descolgó y puso en altavoz.

—Buenas tardes, cabo.

—El juez los espera.

—Hemos tenido un contratiempo, estamos de camino. Vaya preparando la sala, por favor —le pidió Rafael, y apretó el acelerador.

Aitana tuvo que ser muy clara con el juez, que la miraba como si estuviera loca, al ver su gasa en la frente y su pelo manchado de sangre.

—Teniente, no es necesario que se quede. Algún oficial puede llevarla a que le curen eso y hacerlo en otro momento, o quizá se pueda encargar su compañero de hacer el interrogatorio conmigo.

—Estoy bien. Quiero estar presente. Sé que tengo un aspecto lamentable, pero es aún peor de lo que parece —se dio cuenta de que lo había dicho al revés—. Quiero decir que no es para tanto.

Aitana le puso la mano en el antebrazo a Cámara y lo miró con intención. No estaba para bromas, solo quería hacer ese dichoso interrogatorio, no pensaba dejarlo en manos de otros, ni aunque fuera en las de Rafael. Tampoco pensaba suspenderlo, y darle tiempo a aquella familia con tantos recursos a buscarse un abogado, si es que no lo tenían ya, o a darle margen al propio Jaime para intuir el porqué del interrogatorio y para preparar respuestas o un

relato persuasivo que reforzara la imagen que de él tenían hasta ese momento.

—Está bien, teniente. Solo si me promete que cuando acabe Roca la llevará al hospital.

Aitana asintió, Roca también. El juez hizo un gesto, y el cabo invitó a Jaime a pasar a una sala. El juez se acercó a la madre y le pidió que esperara fuera, ella acató la orden, no sin antes mirar a Aitana con preocupación. La teniente no supo discernir si estaba preocupada por su estado o por si iban a meter en la cárcel al único hijo que en aquel momento le quedaba.

25

Por fin, Aitana estaba frente a frente con Jaime. Aunque estaba dolorida, podía mirarlo a los ojos y fiarse, como antes, de su intuición. A su lado estaba Rafael. Le dio la impresión de que su compañero estaba más pendiente de ella que del hermano de Valentina. En cuanto al juez, estaba sentado a la mesa, dispuesto a presenciar la situación sin intención de intervenir.

—Jaime, seré directa. Nos ha llegado información de que mantuviste una relación sentimental con una menor el año pasado —disparó Aitana.

El chico no alteró su gesto.

—¿Esto es verdad?

Jaime no dijo nada.

—Me gustaría que me hablaras de tu relación con Elena Marín, o tendré que dar por bueno el relato de su padre, Rodrigo.

No respondió.

—Rodrigo dice que no acabó bien. Y que quería denunciarte, pero amenazaste a su hija y ella le pidió que no lo hiciera. Le dabas miedo.

Se mantuvo en silencio.

—No hablar de este asunto no es la gran estrategia que tú crees que es —señaló Aitana.

Se acercó a Rafael un momento, le susurró algo al oído, y él se levantó y abandonó la sala.

—Entiendo por qué lo haces. Sabes que tienes derecho a no declarar contra ti mismo. Pero eso me hace pensar que es cierto que tuviste una relación y también que no acabó bien. Y que su padre dice la verdad cuando habla de abusos.

Jaime la miró displicente, resuelto a seguir con la boca cerrada. Rafael regresó, y al poco, entró Montes con un papel. Lo colocó en la mesa con cuidado, ante la vista del chico.

Roca le había pedido que imprimiera las fotos de Valentina y Elena a color en la misma página, la una al lado de la otra. A simple vista, casi parecían la misma persona. Salvo por el mechón azul de Valentina, compartían los ojos grandes, la boca redonda, la cara ovalada, la largura del pelo y cierto aire de fragilidad. Y esa doble imagen es la que Jaime tenía ante sí.

—Elena se parece mucho a tu hermana. ¿No crees?

El muchacho la miraba sin alterar su expresión.

—¿Sabes lo que creo? Que te fijaste en Elena porque se parecía a tu hermana. Que te fastidió muchísimo que Valentina se fuera a Madrid y te dejara solo con tus padres y el negocio, sin agradecerte todo lo que habías hecho por ella.

Jaime echó un vistazo a su reloj.

—Si no me acusa de nada, a lo mejor me puedo marchar ya.

Aitana miró a Rafael. El chico se comportaba como un culpable, pero como un culpable avispado, de esos que se te escurren entre los dedos.

—¿Sabes que a las personas con discapacidad se las puede acusar de agresión?

En su rostro leyó que no lo sabía. Roca decidió explicárselo, mientras el juez asentía satisfecho, adivinando la estrategia de ambos.

—Luego está en manos del juez decidir las medidas, pero imagino que para tu abuelo y tu madre sería un disgusto que se llevaran a Salvador al calabozo. Si tenéis suerte, se puede solventar con el pago de una multa, pero si no…, tu tío podría entrar en la cárcel, o en un centro para personas con discapacidad. Podría ser todo un reto para alguien que nunca se ha alejado más de unos kilómetros de su casa. Y todo eso lo decido yo. Puedo presentar denuncia. O puedo no hacerlo.

Ahora el joven la miraba rabioso.

—¿Cómo era la relación con tu hermana, Jaime? Cuéntame —dijo Aitana, cargada de energía. Con cada tono que elevaba la voz, más le dolía el golpe en la frente.

—Es cierto que me fastidió que se marchara —confesó—, y quizá me puse muy insistente con ella alguna vez.

—¿Insistente cómo? —preguntó Aitana.

—Supongo que la presioné para que no se fuera. Pero era un drama en casa. Mi abuelo y mi padre odiaban la idea de Madrid, del cine y de todo lo demás.

—¿Y tu madre?

—Ella pensaba que podía hacer con su vida lo que quisiera.

—¿Y no estás de acuerdo con eso?

—A ver. No me he llevado bien con mi hermana en los últimos tiempos, pero yo no le he puesto jamás un dedo encima, si es lo que quieren saber.

—No le has pegado, me alegro. No sé si eso incluye que tampoco la has tocado de otras formas —insinuó Aitana con intención, y vio enrojecer al joven, incluso su piel comenzó a brillar, una fina película de sudor apareció encima de sus labios y sus cejas. Pronto recompuso el semblante controlado y sereno que mantenía casi todo el tiempo.

—Por supuesto que no. Yo jamás le haría daño a mi hermana —declaró, serio y firme.

—¿Recuerdas dónde estabas el puente del 8 de noviembre? —continuó Aitana.

—Ahora mismo no recuerdo. ¿Puedo sacar mi teléfono para consultar la agenda? —preguntó Jaime.

Aitana asintió y el chico lo revisó con rapidez.

—Estaba en Sarrión, a veces viajo por trabajo, pero no me moví de aquí.

—De acuerdo. ¿Quién puede probarlo?

—Mi madre, mi familia, el resto de trabajadores de la finca —enumeró, seguro de sí mismo.

—Y volviendo al 7 de diciembre, me gustaría que me contaras otra vez qué hiciste ese día.

Jaime los miró impaciente.

—Ya se lo he contado varias veces. A los civiles de aquí, después a ustedes, les diré lo mismo.

—No nos importa oírlo otra vez —contestó Rafael.

—Por la mañana estuve en mi casa. Comí con mi familia, después nos fuimos a la feria, volví con mi madre a casa en su coche, mientras el abuelo se iba con Valentina a Teruel a devolver los equipos de audiovisual.

—¿A qué hora llegaste a casa? —preguntó Rafael.

—Sobre las diez y media. Me conecté a una *twitcheada*, pueden comprobar la sesión en mi ordenador si lo desean.

—Lo haremos —aseguró Roca.

—Entonces, supongo que ya hemos terminado, ¿no? —dijo Jaime con suficiencia.

—¿Es verdad que abusaste de Elena?

—No —respondió con sencillez.

Aitana pidió a Montes que condujera a Jaime y a su madre de vuelta a su casa. Jaime se puso en pie, los miró con desdén y salió, seguido del guardia civil. Rafael y ella se quedaron a solas con el juez.

—Si lo que dice es verdad, y se puede comprobar, deberíamos descartarlo —consideró Cámara.

—Estoy de acuerdo —coincidió Rafael—, pero está claro, por lo que le ha hecho Salvador a Aitana, que esa familia esconde algo…

—Entiendo que pueda pensar eso, Roca. Pero valore que es un hombre con discapacidad, conoce a Jaime desde niño, quizá la agresión fue una reacción infantil, un deseo de protegerlo, o quizá haya otro motivo, tampoco lo podemos descartar.

Aitana asintió.

—Estoy seguro de que estamos muy cerca de descubrir algo. Buen trabajo, agentes. Y por favor, Rafael, llévese a la teniente al taller antes de que se desmaye o algo peor.

—Cuente con que esta insensata no va a hacer nada más hasta que la vea un médico —le aseguró Rafael, con su impecable sonrisa, y por un momento, Aitana notó como si alguien encendiera una cerilla en su interior.

Cámara se despidió de ellos y se fue. Rafael cogió el plumas de Aitana y la ayudó a ponérselo. Ella se enfundó en la prenda sin rechistar, y cuando acabó, le ofreció una gran sonrisa. Luego recordó el pelo pegado a la frente por la sangre, la gasa que ya estaría empapada, y decidió olvidarse de su aspecto e irse con él.

26

La oscuridad de aquella noche apenas permitía a Aitana intuir los matorrales y los árboles a ambos lados de la autovía. Bajó la ventanilla. Entró una ráfaga de aire helado que sus sentidos agradecieron. El ronroneo del coche sobre el asfalto también le resultaba reconfortante; no había apenas vehículos en la carretera. Eran casi las nueve y quedaban aún quince minutos para llegar al hospital Obispo Polanco de Teruel, el más cercano a Sarrión con servicio de urgencias.

—¿Cómo vas? —preguntó Roca, que conducía el coche, alternando su atención entre la carretera y ella.

—Voy —dijo Aitana. Sus ojos querían cerrarse, pero eso era justamente lo que no le convenía hacer, al menos hasta que la examinaran en el hospital.

—No te duermas, Aitana.

—No, no…

—Si te duermes, me pondré a cantar y eso sí que te joderá la cabeza por completo.

Ella se rio y el movimiento muscular hizo aumentar su dolor. Rafael se dio cuenta al verla.

—Lo mejor será que me calle —dijo.

—Es la primera vez en tu vida que dices eso, ¿no? —bromeó la teniente, y los dos se rieron.

—Eres más mala…

Aitana miró por la ventana. Los árboles pasaban veloces, como si se tratara de la sucesión de imágenes de un praxinoscopio. Subió la ventana para aminorar el ruido.

—Este hospital es el mismo al que vino Valentina después del golpe que le dio Carla en la moto… —apuntó con un hilo de voz.

Pero Rafael le pidió silencio con un gesto.

—No te pongas a pensar otra vez, jefa. Lo primero es lo primero.

Resignada, Aitana asintió.

—Lo que sea puede esperar unas horas —dijo Roca.

—Valentina quizá no puede.

Roca hizo un gesto de amable reproche.

—Estamos pendientes de estas dos familias. Tenemos escuchas de ambas en marcha, que ya están funcionando, el seguimiento también, y estamos esperando las triangulaciones de los móviles en las horas cercanas a su desaparición. Diría que ahora solo queda darle tiempo a los compañeros y, en tu caso, curarte.

Pensó que tenía razón. Su mente no solía pararse nunca, en especial cuando estaba en un caso. Y menos ahora que estaba cada vez más cerca de encontrar lo que estaba buscando. Sin embargo, la herida abierta, el olor metálico de la sangre seca entre su pelo, el mareo y el dolor punzante en buena parte de la cabeza y en la espalda eran buenas señales para abandonar, aunque fuera por unas horas, el enigma de la desaparición de Valentina. Se dio permiso para hacerlo. Miró los antebrazos fuertes de Roca sobre el volante, cómo las luces de la carretera desfilaban rítmicamente sobre su cara.

Era un misterio, pensó, por qué la contemplación de ciertos rasgos podía generar esa sensación de placer, esa reacción química tan explosiva, en el cerebro de una persona atraída por otra. No sintió nada especial por él cuando lo vio por primera vez en la sede de la uco y partieron hacia Sarrión juntos, hablando del caso mientras compartían los datos básicos de la vida de cada uno. De hecho, lo recordaba bien, le había resultado cargante. Sin embargo, desde entonces, esa primera impresión había cambiado de manera radical. Quizá tenía que ver con la manera en la que se dirigía a ella, con su atención discreta pero continua, como un halo protector. A lo mejor se había dejado llevar porque había estado muy sola en su depresión. No sabía si lo que sentía por él era producto de su momento personal, de su tristeza y carencias, o si era algo más, si Rafael había propiciado ese encantamiento que ahora sentía por él. Ambas circunstancias no eran incompatibles. O quizá era solo atracción, pura biología, necesidad de evadir los problemas y sentir algo de esperanza. Además, a Aitana le encantaban los misterios. Y el amor era uno de los más agradables y profundos.

Su compañero tomó el desvío hacia el hospital, entraron en el aparcamiento de urgencias, por suerte semivacío, y estacionó el coche con suavidad en la plaza. Ella se quitó el cinturón con una mueca de desagrado, y él se apresuró a descender, a abrirle la puerta y a ofrecerle su brazo para apearse del vehículo.

No sabía si se sentía como una princesa o como una anciana de ochenta años. Su aspecto era más bien de señora zombi atacada en el centro comercial. Aitana tomó su brazo y entraron juntos, como una pareja de ancianos que fuera a echarse un baile, desafiando a los años, a la plaza del pueblo.

La luz cruda de la entrada del hospital acabó con los pensamientos sobre el amor y sobre Roca. Su reflejo en el espejo del ascensor le dio ganas de santiguarse y, aunque se sabía ridícula, se puso las gafas de sol; le molestaba la luz. Roca la dejó sentada en unas butacas de plástico y se acercó al mostrador de admisión de urgencias, al poco volvió con una pulsera para el triaje.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Fenomenal. Nunca estuve mejor —ironizó ella.

Se apoyó en las baldosas de la sala, frescas y agradables al contacto con su inflamada cabeza, y respiró profundamente.

—Te van a llamar enseguida —la informó él, con la vista en los monitores.

Efectivamente, tras un molesto pitido, el siguiente número era el suyo. Roca quiso acompañarla, pero un gesto elocuente de Aitana hizo que se lo pensara mejor.

—Te espero aquí —se resignó.

Pero el médico, al ver el aspecto que tenía, le hizo un gesto a su compañero para que entrase con ella.

La puerta se cerró tras ambos. Apareció una enfermera a limpiarle la herida. Después acercaron una lámpara a su cabeza.

—Con un apósito de compresión será suficiente, no hay que darle puntos.

Unieron los dos trozos de piel separados por la brecha como si su cabeza fuera una cremallera que no cerrase y le colocaron el apósito. Sintió un picotazo prolongado en el brazo y vio que otro enfermero le estaba extrayendo sangre y, cuando acabó, le colocó con agilidad una vía y un gotero con un calmante.

El médico la invitó a sentarse en la camilla y le practicó un examen neurológico mientras Roca le explicaba la agresión que había sufrido.

—¿Vómitos, náuseas, mareo? —preguntó el médico, pasándole la linterna de pupila por los ojos, que ella siguió sin dificultad.

—Dolor de cabeza y algo de mareo —respondió.

El doctor terminó el examen, concluyó que estaba consciente y orientada y sin indicios preocupantes. Aitana iba a marcharse ya, pero el doctor la retuvo. No era tan sencillo. Parecía que no iba a tener mayores consecuencias, pero debía vigilarse las siguientes veinticuatro horas.

—No hay problema —aseguró Aitana—, ya me lo sé…

—Espere. Es bueno que duerma si tiene sueño, pero tiene que despertarse cada tres horas para evaluar que todo sigue bien.

Aitana no tenía paciencia para eso.

—Sí, sí…

El médico detectó que no estaba por la labor. Se dirigió a Roca.

—Le hago a usted responsable. Esta noche tiene que despertarla cada tres horas y asegurarse de que no está confundida y de que no tiene náuseas ni mareo. Si tiene alguno de estos síntomas, me la trae corriendo.

—Podría ser un derrame, entiendo —dijo Roca.

—Corriendo —repitió el doctor por toda respuesta.

La enfermera retiró la vía y la bolsa, cuyo contenido ya había entrado en su cuerpo a través de la sangre, y Aitana se puso en pie. El calmante había hecho efecto y se sentía mucho mejor. Ahora que estaba más tranquila y sin dolor, la adrenalina descendió y el cansancio le cayó encima como una losa. Roca volvió a ofrecerle su

brazo, pero esta vez se negó. Quería salir del hospital ella sola, sin ayuda. Roca caminó a su lado hasta que se acercaron al ascensor, pero Rafael le señaló la salida a la calle.

—Pero el aparcamiento está en la planta de abajo —indicó Aitana.

—Creo que deberíamos buscar un hotel.

A Aitana le dieron ganas de reír. ¿Qué? Incluso juraría que se había puesto roja.

—Si por lo que sea te pones peor y hay que venir corriendo, de Sarrión aquí se tarda media hora. Vamos a buscar un hotel, te vas a poner cómoda y yo te voy a despertar cada tres horas.

Aitana se lo quedó mirando.

—Estarás de broma.

—No.

—Estoy bien.

—¿Quieres que te lea el informe? Tienes un traumatismo craneoencefálico. Solo quiero hacer lo que nos ha dicho el médico.

—No tengo pijama ni zapatillas, ni cepillo de dientes…

Pero Roca ya estaba buscando el hotel más cercano en el móvil.

—Mira, aquí enfrente hay uno. Seguro que tienen cepillo de dientes de cortesía. Y lo demás… En peores plazas habremos toreado, venga.

En efecto, al otro lado de la calle, a cien metros de donde estaban, encontraron el Hotel Doña Catalina.

—¿Y si digo que no? —preguntó Aitana.

—Me chivo al juez —dijo Roca sonriendo, pero dando a entender que no se lo iba a permitir.

Quince minutos después estaban haciendo el *check-in* en una habitación doble. El hotel era un aseado pero muy aséptico y anticuado tres estrellas. El mostrador de recepción, a esa hora tardía de la noche, estaba atendido por una joven sonriente y fresca como una lechuga. Aitana no podía evitar pensar en si la chica, habituada a estas situaciones, los habría catalogado como unos adúlteros repentinos, unos infieles consolidados o si le daban totalmente igual las personas que tuviera ante sí, siempre y cuando pagaran la habitación.

Facilitó su tarjeta, pensando si este gasto podría pasarlo como el resto de las dietas o si suscitaría comentarios. Era complicado explicar que el tío abuelo de la víctima la había golpeado en la cabeza y que pasar la noche allí junto a su compañero era un acto de cautela médica. Y sin embargo, notaba un hormigueo de emoción en la boca del estómago, en la punta de los dedos, mezclado con el dolor, el embotamiento químico del calmante y la sensación nebulosa de no estar completamente arraigada en la realidad. Mientras la chica introducía sus datos y los de Roca en el ordenador, chequeó su aspecto en el espejo y se dijo a sí misma que era imposible una noche romántica con esa pinta. Sonrió tímidamente al coger las tarjetas de ambos, más para sí que para él; se hubiera cortado un dedo antes de permitir que Rafael se enterase de lo que le estaba pasando por la mente.

La habitación, modesta y anodina en tonos grises, tenía, por suerte, dos camas, una zona de escritorio con la televisión encima, y un baño bien surtido y de buen tamaño en el pasillo. La relajó que la proximidad entre ambos no tuviera que ser excesiva.

—¿Te importa llamar al servicio de habitaciones? A ver si todavía podemos cenar algo —sugirió ella, le alargó el menú y salió a la helada terraza con el móvil, ajustando la puerta corredera para hablar con Mauro.

Su marido no le contestó. Se alegró, así le facilitaba omitir en su mensaje que le habían pegado y que había pasado por el hospital, y también que estaba a solas con su compañero en un hotel de Teruel. No compensaba dar tantas explicaciones y la idea de explayarse le resultaba agotadora. Colgó, y cuando entró en la habitación, Roca la estaba mirando con curiosidad, sentado en una de las dos camas. Se había quitado el abrigo.

—¿Por qué le has mentido? —le preguntó.

Aitana pensó su respuesta y acabó encontrando la más socorrida y menos comprometida.

—No lo quiero preocupar.

Roca asintió.

—He pedido dos hamburguesas. Y un par de aguas, vida sana.

—Me vale.

—¿Te gusta jugar a las cartas? —preguntó Roca, y ella lo miró aterrada.

Él rompió la tensión riéndose con una carcajada franca y clara, y ella comprobó una vez más lo mucho que le gustaba oír su risa.

—¿Qué te parece si hablamos del caso mientras esperamos la cena? —propuso Aitana.

—Me parece que son las once y media y que tú necesitas descansar —justificó, y añadió—: Y yo también.

Se descalzó y se tumbó a lo largo, cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—No tenemos que hablar de nada. Se trata de que descanses y de que, si te da un chungo, te pueda llevar de nuevo a urgencias.

—Gracias, me tranquilizas un montón —dijo ella, camuflando su gratitud con ironía.

Llegaron las hamburguesas y, durante unos instantes, se dedicaron a ellas sin decir nada. Aitana se veía desde fuera, con el vendaje en la cabeza, las manchas de sangre en la ropa, solo le faltaba comer con la boca abierta. Intentó hacerlo con buenos modales, masticar sin hacer ruido, con pedazos pequeños… y luego se sintió ridícula por este nivel de autoconsciencia. Roca comía con hambre, y con naturalidad, y sin que pareciera importarle que ella, o quien fuera, lo observara.

A pesar de que había rechazado hablar del caso, Rafael sacó el tema.

—Estamos entre la familia de Valentina y la parejita del restaurante, el hijo de los condes y su novia. ¿Quién dirías que ha sido? —cuestionó, con aire desafiante.

—Me cuesta decantarme por uno de los dos, pero me da la sensación de que tú ya tienes una teoría.

—Bueno, estamos pendientes de la información de los móviles, pero sí —sonrió Roca, con aire misterioso.

—No te hagas el interesante ahora, si me lo vas a decir, suéltalo —dijo ella, antes de comerse una patata.

—No te quiero condicionar, señora leyenda de la uco.

—No soy una leyenda porque no soy tan mayor —cuestionó ella, y se arrepintió en el acto, ya que eso era lo que diría una señora mayor.

En vez de responder, él la miró de forma intensa, al fondo de sus pupilas, y sonrió.

—¿Te lo cuento entonces?

Aitana asintió, devolviéndole la sonrisa, y a la vez pensando si ese hombre podría romperle el corazón.

—Creo que Carla le dio un golpe a Valentina porque se enteró de que su marido y la chica estaban juntos. Quizá de su viaje a París, o de su relación en general. Ya sabes, un correo, unos wasaps…

Aitana sabía muy bien a qué tipo de wasaps delatores se refería.

—Y poco después, unas semanas más tarde, sabemos que Valentina, tras trabajar todo el día en la feria de la trufa, queda con alguien en la zona de bares de Sarrión.

Aitana ya había pensado en todo lo que estaba diciendo, pero no se lo dijo porque no lo quería contrariar ni quedar de sabihonda.

—Podría ser la típica conversación en un lugar discreto de dos personas que tienen una relación clandestina. Uno le dice al otro que la pareja de uno de ellos lo sabe, y entonces se abren varias posibilidades.

Aitana continuó:

—Sí; que tienen que adoptar un perfil bajo y dejar de verse una temporada, o uno de los dos le dice al otro que deben romper.

—Carla lo sabe, se lo dice a Beltrán. El tío tiene familia de posibles, de estas que tienen muchos palacios pero poco *cash*, y el verdadero sostén del restaurante no son los condes ni las trufas que salen en su finca, sino la familia de su mujer, su padre para ser más exactos —añadió él.

—Se ve forzado a escoger entre una amante muy joven con la que no va a ninguna parte y su mujer, quien es imprescindible para

mantener en pie el sueño de su vida, el restaurante —completó Aitana.

—Y si a eso le añadimos que Valentina quizá sabía que estaba embarazada, o que podría estarlo…

Ella pensó si encajaban las fechas.

—Apenas podría haber notado un retraso de una semana o diez días, si hubiera estado ovulando en París y hubiera tenido relaciones con él —argumentó Aitana.

—Pues eso. Beltrán le dice que su mujer está mosqueada, y que mejor dejarlo, o pausar su relación por un tiempo, y ella quizá le cuenta que está embarazada. ¿Cómo reacciona él? No le gusta nada.

—Esta conversación no la habrían tenido en un bar. Se hubieran ido por callejuelas, o los senderos que rodean el pueblo, o a dar una vuelta en el coche —razonó Aitana.

—Él quiere romper con ella. O a ella no le gusta la respuesta que le da, sea la que sea, y es ella la que quiere romper con él. Quizá él se desentiende, o le reprocha no haber tenido más cuidado… —agregó Rafael.

—El caso es que discuten. No sabemos de quién es la iniciativa de quedar, ni qué pasa en esa conversación, pero no termina bien.

Se hizo un silencio entre ambos.

—Ella pudo enfadarse con él, querer continuar con el embarazo… —siguió Rafael.

—No creo. Una chica de diecinueve años, llena de sueños, que vive en otra ciudad, ¿querer amarrarse a un señor mayor que ella y volver aquí a dar biberones? —lo interrumpió Aitana.

—Es verdad que me cuesta imaginármela queriendo ser madre tan joven, estando ella tan ilusionada con sus estudios —admitió Rafael.

—Pero sí puede estar disgustada, y amenazarlo con algo, o simplemente gritar. Esa noche estaba todo el mundo en la calle. Alguien podría verlos, oírlos, él no puede permitirse que la chica le grite y airee los trapos sucios de ambos…

—A lo mejor hay un forcejeo fortuito, ella sufre un accidente —sopesó él.

—O se marcha campo a través, y le sucede algo, un atropello, una caída fatal o que la deja muy malherida. Él se da cuenta, pero en vez de ayudarla decide ocultar el cuerpo para que no piensen que él la ha matado.

—Esa es la versión accidental. Hay otra. Ella lo deja. Se baja del coche y él la atropella —alegó Rafael.

Los dos se miraron. Aitana hizo un gesto de espera con las manos.

—Todo esto es posible, y hasta probable, sabiendo lo que sabemos. Pero tenemos que esperar a la información de los móviles y averiguar con quién quedó esa noche. Hasta que no tengamos eso, no tendremos nada que podamos llevarle al juez.

A Rafael no le quedó más remedio que darle la razón.

—Menos mal que no íbamos a hablar del caso —dijo él, divertido.

Aitana apartó la bandeja con los restos de la comida y se tumbó en la cama.

—Cierra los ojos e intenta dormir. Pero no te tumbes del todo. Mejor incorporada.

—Sí, papá —afirmó Aitana, y le hizo caso.

Se sentía relajada en su compañía. Cuando había entrado en la habitación, no creyó que pudiera llegar a dormir un minuto. Pero Rafael hacía que se sintiera segura, porque percibía que siempre estaba de su parte y pendiente de ella. No como un marido ni como

un padre, sino como un buen amigo, y eso era lo que más necesitaba en esa situación. Pensando eso se quedó dormida, agradablemente, como una siesta en una tarde fresca de primavera.

Se despertó con el estridente pitido de la alarma del móvil de Rafael, que este tenía en la mesilla de noche de su cama. Habían pasado las tres horas. En cambio, su compañero dormía, había caído en un sueño muy profundo. Se levantó, se sentó en una esquina de su cama, alargó la mano por encima del cuerpo de Roca, y silenció su teléfono. Se lo quedó mirando, sentada a su lado, dudando si despertarlo para que pusiera la alarma para dentro de otras tres horas. Al final lo hizo ella en su teléfono para no molestarlo. De nuevo no pudo evitar mirarlo, contemplar su rostro armónico, su sueño tranquilo. Era la primera vez que lo veía dormido. Acercó las puntas de los dedos a su cara y, sin poder resistirse, acarició con delicadeza y clandestinidad su mejilla, cuando él abrió los ojos. La miró a ella, a su mano suspendida dos centímetros por encima de su cara, sin entender. Aitana retiró la mano, avergonzada, cuando él la atrajo hacia sí con delicadeza y la besó en los labios.

27

Los teléfonos de ambos habían empezado a sonar muy pronto. El informativo matinal de las ocho de la mañana había abierto con la revelación de que un miembro de la familia Salas había agredido a la investigadora principal de la Guardia Civil. A Aitana la había pillado vistiéndose y a Rafael adormilado en la cama, en la que no había llegado a meterse. Simplemente se había apoyado en el anodino cabecero de imitación de piel gris y se había quedado así el resto de la noche. Aitana, después de su acercamiento, no había podido pegar ojo. La buena noticia es que no sentía apenas dolor, náuseas ni mareo, por lo que parecía que el golpe recibido no tendría peores consecuencias. Al menos no en su salud; en cambio, que la agresión fuera noticia iba a complicar aún más la situación.

Después de lo que había pasado entre ellos, el ambiente se había enrarecido. Aitana suponía que tenían una conversación pendiente, pero la perspectiva le resultaba difícil, o incluso penosa, por cuanto no quería exponerse, no quería explicarse. Por fortuna, había mucho de lo que hablar esa mañana.

Por allí estaba ella, respondiendo la llamada del coronel jefe de la uco, con el pelo húmedo y mirando por la ventana, desde la que se veía el hospital en el que la habían atendido la noche anterior. En el reflejo del cristal pudo ver a Roca pasar al aseo, y al poco oyó la

ducha. Se dio cuenta de que, a su regreso a Sarrión, tendrían que ingeniárselas para pasar por el hotel y cambiarse. Lo último que necesitaban con aquel revuelo es que alguien se diera cuenta de que llevaban la misma ropa que anoche.

—No se preocupe, coronel. Estoy en perfecto estado. Simplemente quise darle prioridad al interrogatorio, pero me vieron en el hospital y ha sido una brecha un poco fea en la cabeza, sin más.

—Teniente, el director me ha llamado y se ha interesado también personalmente por usted.

Aitana lamentó en silencio que la primera vez que el director de la Guardia Civil reparase en su presencia tuviera que ver con haber recibido un tortazo y no por algún mérito o avance en la investigación.

—Lo agradezco, señor. No se preocupen por mí. Estoy bien.

Pensaba que la llamada del jefe de la unidad era de simple cortesía, pero no tardó en descubrir que no era así.

—Compartí con el director mi inquietud, teniente —dijo, con tono de preocupación, pero otra bien distinta.

—No sé si le entiendo, coronel.

—¿Cómo se produjo esta agresión y dónde estaba su compañero? —preguntó, y ya no parecía tan amable. El tono que empleaba era cercano al de un interrogatorio.

Roca emergió también con el pelo húmedo y la miró.

—Acudimos a casa de la familia de Valentina Salas para buscar al hijo mayor para interrogarlo. Nos llegó una información que desconocíamos sobre una relación inapropiada con una menor de la zona. El tío abuelo de la niña, Salvador, tiene una discapacidad. Presenció cómo su sobrina se alteraba al decirle que veníamos a

interrogar al hermano de Valentina, y más tarde, cuando lo quisimos llevar al cuartel, le entró un ataque de ira y me agredió. No fue nada, además mi compañero atajó la situación enseguida.

Roca escuchó esto, reconoció su aclaración con una mirada cordial pero seca, y se sentó sobre la cama a ponerse los zapatos.

—Me preocupa, a mí y a otros mandos, que esto altere su capacidad para tratar con la familia.

—El tío de la chica es un hombre con afectación volitiva y cognitiva, no representa el sentir de la familia; me agredió porque no tiene buen control de sus impulsos.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Tiene usted miedo, teniente? ¿Tiene miedo de que vuelva a suceder?

Aitana notó que le hervía la sangre. Había un montón de preocupaciones que le estaban complicando la vida. Sobre todo, sus propias emociones, y la duda sobre si seguía siendo capaz de hacer su trabajo o el temor a no poder salvarle la vida a Valentina. El miedo a que le dieran otra hostia era la menor de todas ellas.

—Imagino que eso no se lo preguntaría a un compañero varón, coronel —espetó, sin pensárselo dos veces—. Gracias por interesarse.

Aitana colgó el teléfono ante la mirada de asombro de Rafael.

—¿Vamos? —preguntó, como si todo le diera igual.

Roca asintió, la ayudó a ponerse el plumas y se enfundó el suyo. Salieron de la habitación casi pegados, tan solo unos centímetros los separaban, y sin embargo, mucho más distantes de como habían entrado unas horas atrás en esa habitación.

Tras hacer el *check-out* del hotel, Roca le ofreció ser él quien condujera, pero ella declinó; prefería centrar su mente en algo.

—Como quieras, jefa —concedió, y su voz sonó amable, lo que la tranquilizó. A duras penas se miraban, o no más de lo necesario, como si el encuentro de sus pupilas quemara. La confianza previa se había volatilizado y una incomodidad intermitente se había instalado en su lugar.

Metió la llave en el contacto, y mientras iba buscando la salida a la autovía Mudéjar para regresar a Sarrión, le volvió la imagen. Ella a punto de tocar su rostro y él abriendo los ojos, atrayéndola y besándola. Los ojos de ambos mirándose durante largos segundos, reconociéndose por fin, antes de volver a besarse y abrazarse apasionadamente. Ahora la situación era bien distinta.

Le entró una llamada de Mauro a través del sistema de manos libres del vehículo. Miró de reojo a Rafael, quien, incómodo, se puso a mirar por la ventana. El sol intentaba abrirse paso entre una capa de nubes bajas, combatiendo el tono gris del cielo.

Sonaron varios tonos, Aitana decidió dejarlo sonar y seguir conduciendo.

Se dio cuenta de que su marido habría visto o lo habrían avisado de la agresión y que, por tanto, estaría preocupado, y quizá enfadado. Se percató también de que su actitud no era lógica, ni siquiera madura.

—¿Te va bien que pare un momento? —preguntó Aitana, viendo el cartel que indicaba la salida a un área de servicio.

Roca asintió, discreto.

Aitana tomó la vía de servicio y se detuvo detrás de la tienda de la gasolinera. Iba a salir del vehículo, pero Roca se le adelantó. El

silbido del viento recorrió el interior del coche un instante, lo que tardó su compañero en cerrar la puerta.

Llamó a Mauro.

—Perdona, iba conduciendo.

—¿Cómo no me llamas?

—Estuve en urgencias hasta tarde. No es para tanto, te lo aseguro, estoy bien.

—¿Y ni un mensaje? ¿Por qué no me cogiste el teléfono ayer? ¿Sabes lo preocupado que estaba, y más esta mañana al ver las noticias?

De repente, Aitana se sintió muy avergonzada.

—Lo siento.

Se hizo un silencio en la línea.

—¿Cómo estás ahora? —preguntó Mauro, en otro tono de voz, suave y preocupado.

—Me vieron en urgencias y está todo bien. Ni siquiera han tenido que darme puntos.

Su marido respiró aliviado a través del teléfono. Le preguntó qué había pasado y ella se lo explicó sucintamente. Miró a través de la luna delantera. Rafael estaba saliendo de la tienda con una bolsita de papel en la mano.

Contándole la situación a Mauro, quizá a causa de una mezcla de vergüenza o añoranza, se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta.

—Por favor, la próxima vez, incluso si es tarde, déjame un mensaje de voz aunque sea. Me he llevado un susto de muerte, y mis padres también.

Aitana tragó saliva y respiró para que su voz no delatara que estaba secándose las lágrimas.

—¿Cómo está Daniela?

—Bien, te echa de menos.

—Mándame una foto y dile que pronto mamá va a volver a casa.

—¿De verdad? —se interesó su marido.

—Estamos cerca ya, o eso creo —expresó ella—. Discúlpame, tengo que reunirme con la brigada tecnológica en el pueblo y ya voy tarde. Te llamo luego.

—Vale.

Hubo otro silencio.

—Te quiero —se despidió Mauro.

—Yo también —correspondió ella.

Aitana colgó. Abrió la puerta del coche y Roca se dio la vuelta, caminó hacia ella y entró a sentarse a su lado. Le mostró la bolsa de papel.

—He comprado cruasanes y café. Los llamaría *croissants*, pero son de gasolinera, creo que no procede fliparse.

Aitana le sonrió, y él correspondió con otra sonrisa. No sabía cómo interpretar eso. Quizá con ese chascarrillo intrascendente Rafael había querido señalar que no tenían por qué sentirse incómodos.

Aitana no pensaba lo mismo, pero en aquel momento era la opción más práctica, y además, era su inercia de los últimos tiempos. Desviar la mirada ante los problemas de su vida e intentar enfrentar todo aquello que viniera a explotar contra ella, como el ataque de Salvador, que tampoco había podido evitar.

Una hora después escuchaban en persona a Sandra Yang en la sala de reuniones del cuartel; la triangulación arrojaba datos

importantes y ella había querido tener esa reunión en persona, cosa que Aitana agradeció.

Sandra mostró en el monitor una foto del mapa de Sarrión y alrededores.

—La triangulación de los móviles de la familia Salas, es decir, de sus padres, Antonio y Julia, de su hermano Jaime y de su abuelo Camilo, encaja bastante con la declaración que hicieron cuando los entrevistaron —dijo, cargando unas imágenes, con cinco líneas de cinco colores superpuestos en un trazado muy parecido.

Explicó que el pueblo se asentaba en una llanura alta, abierta al horizonte, con la sierra de Javalambre cerrando el paisaje por el sur y el valle del río Mijares extendiéndose hacia el este. Aitana recordó que habían visto su cauce en la finca del restaurante Quercus. La finca de los Salas y la de los condes estaban situadas en el este del pueblo, de hecho, compartían linde, estaban una encima de la otra. La de los aristócratas, más amplia y situada en un terreno más elevado, tenía mejores vistas, incluso la atravesaba un tramo del río. Por lo demás, eran bastante parecidas. Las dos tenían robles, arbustos bajos, vegetación espesa y una amplísima parcela; la de la familia Salas incluía las carpas de explotación agrícola y los terrenos cultivados que habían visitado poco después de llegar.

Acercó la imagen para mostrar el núcleo urbano del pueblo. A simple vista, se apreciaba el centro con sus estrechas calles de piedra, su iglesia, sus hotelitos rurales, sus bares y sus casas más antiguas. Las calles se ensanchaban y adoptaban un trazado más regular al llegar a las afueras y en su conexión con la autovía Mudéjar, la carretera nacional N-234, y la comarcal A-515.

La joven señaló un punto en el oeste del pueblo.

—Aquí está el recinto donde se celebra la feria de la trufa. Tanto la finca de la familia Salas como la de la familia de los condes de Valdierra están en la otra punta del pueblo, al este, en el barrio de la Escaleruela, colindando con el río.

Oprimió una tecla y solo quedó una de las cinco líneas.

—Se lo muestro en detalle. Este gráfico muestra el teléfono del hermano de Valentina, Jaime Salas. Dijo que ayudó a su madre y a su abuelo a preparar la instalación del negocio familiar y que volvió a casa a cenar con su madre. La última triangulación en este punto, casi llegando a su casa, muestra que se conectó a esta torre del este del pueblo a las nueve y cuarto, así que podríamos asumir que dijo la verdad. Además, dijo que volvió con su madre, y si observamos su terminal… —Le dio a otra tecla y apareció otra línea adicional superpuesta a la anterior—, vemos que regresaron juntos, en el coche de su madre, y pasaron por el mismo sitio a la misma hora.

Aitana asintió. El relato de Jaime, la mirada opaca en sus ojos y la frialdad con la que había hablado de su hermana y de la otra chica menor le habían resultado inquietantes. Pero tal y como mostraban aquellas pruebas, el mundo estaba repleto de hermanos posesivos y con actitudes turbias que jamás habían puesto un dedo encima a sus hermanas, lo mismo que había defendido el chico en el interrogatorio.

—En cuanto a su abuelo, Camilo, y su hermano, Salvador, hay que tener en cuenta que el hermano no tiene teléfono propio. Camilo contó que se desplazó con Valentina y con su hermano Salvador a la feria después de comer y que regresaron tras su clausura, fueron a Teruel a devolver los equipos audiovisuales que la chica había alquilado para grabar el evento, y después la dejaron en la zona de

bares del pueblo sobre las once. Cabe recordar que el teléfono de Valentina no ha aparecido, está apagado desde que se la empezó a buscar y por tanto su triangulación no la hemos podido obtener.

Pulsó una tecla que mostró los puntos por los que pasaron Camilo, Salvador y teóricamente Valentina.

—Este es el camino de ida a la feria, después de comer en la finca familiar. Este trayecto es posterior, de la feria a Teruel, se tarda unos veintiséis minutos, a velocidades permitidas, y puede variar dependiendo del tráfico y del clima. Al regresar, podrían haber tomado la la A-23 en dirección Mora de Rubielos, a dos kilómetros hay una salida al barrio de la Escaleruela, pero en su lugar, regresaron por la carretera principal y entraron en el casco urbano sobre las 23:00 horas de la noche del 7 de diciembre, porque volvieron a pasar cerca del recinto ferial en vez de por las torres de la autopista.

—Lo que encaja con las imágenes que encontramos de Valentina en la zona de bares del pueblo sobre las once y cuarto —apuntó Roca.

Sandra asintió.

—Todo lo que les dijeron tiene su reflejo en las torres a las que sus teléfonos se conectaron esa noche. Los lugares y tiempos concuerdan.

—Gracias —dijo Aitana—. ¿Qué hay de Beltrán y de su mujer, Carla?

Sandra cargó una nueva carpeta de datos.

—Carla pasó toda la tarde y toda la noche en Quercus, que está aquí —señaló un punto en el extremo del pueblo, antes de continuar —: Es temporada alta para el restaurante, y Beltrán y ella se dividen.

Ella se queda en el restaurante, donde hay muchísimas reservas por la cantidad de visitas que se registran en el pueblo en esa época; y él asume los eventos en la feria con parte del equipo de cocina, porque las actividades y la prensa que acude al evento les dan mucha visibilidad. Ella dijo que pasó el día entero y la noche entre su casa y el restaurante; y en esa zona, al ser a las afueras del pueblo, solo hay una torre, por lo que cabe asumir que dice la verdad y no se movió demasiado, porque solo se conectó a esa torre. Es la misma a la que se conectan todas las personas de interés de esta investigación al regresar a la zona de la Escaleruela, donde están ambas fincas.

—Ok, entonces Carla estuvo entretenida y no se acercó a Valentina ese día —corroboró Aitana.

—No. No se desplazó. Además, en las redes sociales del restaurante hay muchas fotos que la muestran a lo largo de la jornada allí, entre las diez y media y las primeras horas de la madrugada del día 8, que es cuando la madre de Valentina descubre que no ha dormido en casa y acude a la Guardia Civil a poner la denuncia.

Aitana miró a Sandra. Esperaba que hubiera tenido el sentido narrativo suficiente para dejar lo mejor para el final.

—En cuanto a Beltrán… En las diligencias afirmó que se desplazó a Fitruf a primera hora del día, para disponer la cocina con su equipo, colocar todas las preparaciones y precocinar muchos de los pinchos que sirvió en su *stand*.

Mostró el recorrido de las siete de la mañana que Beltrán hizo desde su casa hasta el recinto ferial.

—Esa parte encaja —afirmó.

Aitana recordó que Beltrán se había mostrado algo evasivo y un tanto impreciso a la hora de hablar de los tiempos de sus desplazamientos de esa noche.

—La feria fue clausurada sobre las diez. Cuando lo entrevistasteis, Beltrán fue incapaz de precisar la hora a la que volvió a casa, pero la torre, la misma que da servicio a la zona este del pueblo y a sendas fincas, no recoge su señal hasta las doce y media.

—Entonces, son dos horas y media que, según él, habría pasado recogiendo y despidiéndose de gente, de visitantes, de amigos del pueblo, de su propio equipo del restaurante —constató Roca.

—Tenemos que hablar con esa gente —resolvió Aitana—, y comprobarlo.

Sandra los interrumpió:

—Sí. Pero lo particular es que inició el camino de regreso sobre las diez y media, lo que podría indicar que en realidad no tardó tanto en despedirse, sino en el propio trayecto, o que hizo una parada entre medias.

—¿No hay una torre intermedia?

—No. En Sarrión hay dos. La que engloba al centro y al oeste del pueblo, con el recinto ferial en este extremo del pueblo, y la que recoge la señal de los terminales al este, donde el barrio de la Escaleruela y ambas fincas, que es a la que todas estas personas, que viven en la misma zona, se conectan al regresar a sus casas. —Hizo una pausa elocuente y añadió—: Tardó dos horas en hacer un trayecto de diez minutos. Por mucha gente que hubiera en el pueblo, es demasiado tiempo.

Leyó la urgencia en la mirada de Rafael.

—Eso es todo. Les dejo un informe resumido para que lo compartan con el juez —finalizó Sandra.

—Muchas gracias, Yang. Buen trabajo —la felicitó Aitana.

Rafael y ella se quedaron a solas.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

Roca la miró serio. Por un momento Aitana recordó la noche anterior, antes de que ella hubiera dinamitado el buen rato que hubieran podido tener por delante.

—Creo que deberíamos detenerlo. Tiene motivo y oportunidad, y en cuanto a los medios…, no creo que supusiera un problema para alguien como él, que podría fácilmente regresar a casa cargado de cuchillos.

Aitana no lo tenía tan claro.

—Tenemos que comentárselo al juez. Pero antes de arruinarle la vida, a él, a su mujer, a sus padres y a los trabajadores de su restaurante, me gustaría tener algo más —apuntó.

—¿Te parece poco? Estaba liado con ella; quizá supo que estaba embarazada. La mujer, además, parece estar al tanto de todo lo suyo. Y la triangulación de su móvil encaja a la perfección: hizo una parada en la zona de bares del pueblo y se reunió con ella en algún sitio, donde permanecieron un buen rato antes de que él regresara a casa. Algo que, por supuesto, ahora niega. Seguramente fue el último en verla con vida.

—¿Por qué quedarían en la zona del pueblo?

—Quizá no entraron en un bar. Se verían entre la muchedumbre y se esconderían en algún lugar para poder hablar. A lo mejor en el mismo coche de Beltrán. Es posible que acabaran a las afueras del pueblo. Esto es muy pequeño y como ves, solo hay dos torres. Al sur

está la sierra de Javalambre… y bueno, te imaginas con qué intención podría llevarla allí una noche de diciembre.

Aitana lo miró pensativa, antes de dar su opinión.

—Sí, todo esto está muy bien, Rafa. Pero sigue siendo circunstancial —rebatió, con firmeza.

—¿Y si mientras nos pensamos si pedirle al juez que lo detenga, Beltrán se escapa? —preguntó Roca, de tal forma que Aitana pensó que se sentía dolido por lo que había ocurrido entre ellos. A nadie le gusta sentirse rechazado. Hubiera querido decirle que su decisión de haber parado tenía más que ver con su pobre autoestima y sus dudas que con él, pero no sabía cómo, ni tampoco era el momento.

Aitana tanteó su estado de ánimo. No quería llevarle la contraria, tampoco mostrarse seca ni superior, y menos con él. Sin embargo, no iba a cambiar su opinión solo para suavizar el momento, ni su cambiante relación, por mucho que le importara lo que su compañero pensara de ella.

—Necesito algo más, Roca. Y no le pediré ninguna orden al juez hasta que lo tenga —concluyó, y lo miró con seriedad. Roca no se asustó de su mirada, y por un momento se contemplaron con algo parecido a la hostilidad.

—Haremos el registro en casa de los condes. Para detener a Beltrán necesitamos pruebas, lo sabes tan bien como yo.

Rafael no dijo nada, y Aitana se preguntó si estaba disgustado con ella por no detener a Beltrán, o porque lo hubiera rechazado.

28

No le gustaba contar con ello porque lo consideraba una actitud algo infantil y mágica, pero las mejores revelaciones solían llegar cuando se duchaba. Aunque en esta ocasión, bajo el agua, no había aparecido ninguna. Se había levantado muy temprano. La orden del juez había llegado a medianoche, y podría haber ido de madrugada, pero no quería sacar de la cama a un par de ancianos, por muy altivos que fueran. El registro se produciría a las diez de la mañana, y aún eran las siete. Llevaba desde las cinco dejando que su mente viajara de un lado para otro dibujando los escenarios posibles, pero cuando se acercaba al final, una niebla se apoderaba de ella y no la dejaba ver más.

Estaba apurando una taza de café que se había hecho con la máquina de la habitación, cuyo sabor bien podría perseguir igualmente la uco, pero las dos dosis de crema de leche y dos cucharadas de azúcar habían logrado que fuera pasable y la despertara. Ahora miraba en su ordenador otra foto que había encontrado de la iglesia de San Pedro y San Millán, la que estaba al lado del hotel. Formaba parte de una obra de un olvidado fotógrafo español, Diego de Quiroga y Losada, un aristócrata al que el Ministerio de Regiones Devastadas había escogido para documentar

el daño de la Guerra Civil, y que había encontrado digitalizada en una página de la Biblioteca Nacional.

La imagen, tomada en 1938, ofrecía una perspectiva desde el interior de la iglesia. La puerta, abierta al exterior, dejaba ver un espacio blanco, saturado de luz, imposible de descifrar. Se distinguían con claridad el techo del templo, su planta dividida en tres cuerpos y el arco de medio punto que enmarcaba el acceso.

Sin embargo, una enorme cascada de escombros irrumpía por el lado izquierdo y descendía en diagonal desde lo alto hasta cubrir el suelo, como una ola dispuesta a anegarlo todo. En primer término se recortaba la silueta oscura de un hombre de espaldas, en mangas de camisa y con los brazos en jarras, contemplando la devastación y los lucernarios improvisados que las bombas habían abierto en el tejado. Incluso sin verle el rostro, transmitía la incertidumbre del momento, encarnada en ese resplandor vacío más allá de la puerta, donde la fotografía aparecía quemada. Sonó el teléfono. Era Roca.

—El equipo está listo, jefa.

Aitana apuró su bebida, se lavó con rapidez los dientes y bajó. A esa hora no había nadie en la calle. Estaban Rico y Montero, también Montes y Marchena, y por supuesto Roca, que le sonrió con profesionalidad, aunque el contacto visual fue breve, casi esquivo. Iban a desplazarse en dos vehículos de la Guardia Civil, y ellos dos en otro camuflado y con rotatorio. En el coche de Montes, un cuatro por cuatro, viajaban en la trasera dos perros rastreadores en una jaula.

—¿Y el secretario judicial? —preguntó Aitana.

—Está de camino —respondió Rico—, nos encontraremos con él allí.

Aitana miró su reloj. El trayecto era de diez minutos y llegarían un poco antes de las diez.

Tomaron el desvío al barrio de la Escaleruela. La comitiva de tres coches se deslizaba con un zumbido sordo por las calles vacías y silenciosas. Aitana sentía que, a medida que se acercaban a la casa de los condes, su cuerpo se iba despertando más y más, entrando en un estado de alerta cargado de adrenalina y anticipación que conocía muy bien y que, aunque no estuviera bien admitirlo, la hacía sentirse más viva que ninguna otra cosa.

Cuando llegaron a la verja de la finca, el secretario judicial ya estaba allí, esperando dentro de su coche. Cruzó un saludo con él. Aunque el sol ya había salido hacía rato, las nubes y la humedad creaban una extraña atmósfera que situaba el momento fuera del tiempo. Los tres coches se detuvieron ante la reja. Uno de los dos perros comenzó a ladrar, impaciente. Aitana se sentía llena de energía, hacía meses que no le pasaba. Sin embargo, además de la adrenalina que le generaban los registros, había algo latiendo en el fondo de su ser que no distinguía, o que no quería distinguir. Como una sombra apenas perceptible en un mar en calma. Desechó esa sensación y se concentró en lo que le llegaba a través de sus sentidos. A esas alturas, a punto de entrar en la casa de los Valdierra, cualquier detalle podría resultar decisivo.

Roca estiró el brazo desde el asiento del piloto para llamar al timbre.

—Somos de la Unidad Central Operativa. Tenemos autorización judicial para hacer un registro.

—Un momento, por favor —contestó la voz de un hombre mayor, con un timbre solemne.

Los cuatro coches estaban ahora esperando, uno detrás de otro, en la entrada de la finca, con el motor en punto muerto, los cristales opacados por el vaho. El viento silbaba con fuerza en el exterior. Comenzaron a caer algunas gotas sobre los vehículos, de repente, con inusitada fuerza.

Roca estaba como ella, tenso, aguardando, alerta. Suponía que él era adicto a la misma sustancia que les hacía dedicar sus vidas a un trabajo peligroso, exigente y mal pagado.

La puerta se abrió. Aitana y Roca entraron lentamente con su vehículo, seguidos de los otros dos coches y el del secretario.

Recorrieron la carretera que ya conocían. Cruzaron los elegantes jardines con el único sonido de una tormenta lejana que se desencadenaba con poco estruendo en la lejanía. Ante ellos, en la puerta de la señorial casona, estaba el mayordomo, con expresión avinagrada, que se acercó a la comitiva. Hizo un gesto a Aitana y a Roca, quien detuvo el coche a su lado. La teniente bajó la ventanilla y el hombre le indicó dónde podían aparcar: bajo una tejavana en la parte de atrás de la casa, junto a los otros coches de servicio. El repiqueteo leve del agua sobre el alerón de metal los acompañó mientras se apeaban de los vehículos. El mayordomo se acercó a ellos, con un paraguas que abrió grácilmente. Les hizo un gesto para que lo siguieran. La puerta principal estaba abierta. Más allá, la oscuridad.

—Por aquí, por favor.

Entraron en el amplio recibidor. La casa estaba en silencio.

—Avise a los condes, por favor —le pidió Aitana.

—Si son tan amables de esperar aquí —entonó, con una falsa cortesía que delataba la poca simpatía que le inspiraban.

Los dos ancianos bajaron, ataviados con sendas batas, con gesto condescendiente. Ella estaba perfectamente peinada, con una melena ondulada en torno a su cabeza. No resultaba complicado imaginarla durmiendo con rulos. Él se había repeinado con agua y colonia o quizá con cera.

—Perdóneme, pero no entiendo qué hacen aquí —dijo el conde, situándose ante ellos con aire de indignación.

—Buenos días, traigo una orden judicial para registrar la casa, la finca y los vehículos de la unidad familiar —anunció Aitana.

El conde tomó de sus manos la orden y la examinó, más como si fuera una ocurrencia que un mandato institucional.

—Pero ¿por qué? —insistió el hombre.

—No pensarán que tenemos algo que ver —replicó la condesa.

—Pueden leer la orden de registro de la finca, de los terrenos y de las casas que hay en su interior. En ella el juez explica por qué le parece pertinente —manifestó Aitana.

—¿Vienen a mi casa sin pedir permiso a ponerlo todo patas arriba y pretenden ponerme a leer? ¿Qué es esto, el patio del colegio? —se quejó de nuevo el hombre—. Además, Beltrán y Carla se han ido a trabajar.

—Puede informarlos si lo desea, sin embargo, el registro se va a practicar en cualquier caso —añadió Roca.

El conde los miraba atónito.

—No tenemos derechos, ¿o qué?

—Entiendo su extrañeza, pero tenemos indicios de criminalidad que motivan el registro de su finca y sus vehículos. Les

agradeceríamos su cooperación —concluyó Aitana ante la arrogancia del conde.

—¿Qué dislate es este? ¿Acaso sospechan de nosotros?

Aitana se pensó bien la respuesta, aunque Roca se le adelantó.

—De ustedes no.

El viejo matrimonio los miró con sincronizado asombro. Pero ninguno de ellos se atrevió a preguntar de quién sospechaban y por qué.

—¿Podemos empezar? —preguntó Aitana, aunque no necesitaba su permiso.

El conde aún tardó un par de segundos en recomponerse de la sorpresa y hacer un vago gesto de asentimiento.

—¿Y nosotros qué hacemos mientras tanto? —consultó la mujer.

—Iremos por partes. Podemos empezar por los terrenos. En breve llegarán las grúas para retirar los coches.

El conde asintió.

—Entonces, podemos quedarnos en casa.

—Sí. Cuando registremos las habitaciones los invitaremos a salir. Pero no tienen por qué hacerlo si no lo desean.

—Hay obras de arte muy valiosas en esta casa. Les ruego que sean especialmente cuidadosos —reclamó el conde, enfadado.

En ese instante, el mayordomo reapareció para anunciarles que el desayuno estaba listo. El matrimonio se dirigió al comedor, con la cabeza alta y sin decir nada más.

Aitana y Roca se internaron en los terrenos, más allá de los jardines y de la casa del servicio donde vivían el mayordomo y el resto de los

trabajadores de la finca. Al recorrer la senda principal, descubrieron un edificio de piedra antiguo con planta rectangular, que era una pequeña capilla de la familia. Aitana pensó que deberían regresar después a verlo. El camino finalizó en un bosque virgen, entreverado de robles y matorrales, y justo allí estaba la moderna casa de Beltrán y Carla, una construcción aplanada, diseñada con elegantes formas geométricas, que recordaba a la arquitectura orgánica de Frank Lloyd Wright.

Entraron en la vivienda y, por un momento, se detuvieron a contemplarla. Era digna de aparecer en una revista: un salón de líneas limpias, donde una pared entera se abría en un gran ventanal que enmarcaba la ladera cubierta de pinos. Los espacios, amplios y luminosos, combinaban maderas nobles con piedra pulida y metales opacos. Todo estaba impecable, quizá demasiado.

En el salón no había nada fuera de lugar, ni un cojín fuera de su sitio. Tampoco encontraron nada relevante en el dormitorio ni en la cocina. Solo el despacho llamó su atención. Allí, entre dos ordenadores y una mesa ordenada, se dedicaron a revisar cajones, armarios y montones de documentos. Examinaron los equipos electrónicos y registraron los rincones donde alguien podría haber escondido algo. Pero no hallaron nada fuera de lo común: ningún papel comprometedor, ningún objeto extraño que contradijera la versión que la pareja les había contado sobre su vida y su rutina. Ordenaron a Montero y Rico que retirasen las tabletas y los ordenadores y que tomasen objetos de aseo y ropa de ambos para extraer el adn.

Salieron de la vivienda y se reunieron en el exterior con Marchena y Montes. Los agentes les enseñaron un mapa antiguo de la finca y

les propusieron una partición del terreno en cuadrantes para hacer la búsqueda más eficiente. Montes, a quien parecían gustarle los animales, extrajo la prenda que la familia Salas le había facilitado de Valentina, se la dio a oler a los perros mientras les acariciaba la cabeza y les dedicaba palabras de ánimo.

Los dos oficiales, junto con los dos jóvenes venidos de Madrid, se dividieron las zonas, y cada uno de ellos tomó un perro e iniciaron la búsqueda. Aitana y Roca se quedaron allí, viendo cómo se alejaban. Al poco tuvieron que regresar a la puerta para autorizar la entrada de las grúas, que se llevaron el coche de Beltrán, un Land Cruiser, el Mini Cooper de Carla (que su propia confesión había hecho innecesario retirar antes) y el viejo Mercedes verde de los condes.

Al regresar al terreno acotado, donde sabía que el equipo seguía buscando sin novedad, Aitana sugirió a Roca visitar la capilla y los dos entraron en el pequeño templo. Contaba unos cuatro metros de ancho por veinte de largo, pero tenía el tamaño suficiente para albergar cuatro bancos corridos y un pequeño altar. El aroma a cera, a flores mustias y a algo agrio que no supo identificar la envolvió. Pensó que quizá fueran los muertos de la familia de los condes, que se desintegraban en los nichos. De nuevo tuvo la sensación de que algo venía hacia ella por las profundidades, a toda velocidad y por la espalda. Pero no podía hacerle hueco en aquel momento.

Roca le señaló unas escaleras de bajada.

—Los ricos tienen cripta. ¿No te parece increíble? —comentó, y bajó.

Ella lo siguió hasta el nivel inferior, notando cómo la temperatura bajaba. Se encontraron en un espacio diáfano, con un suelo de mármol combado por el tiempo y la humedad y repleto de nichos.

Los dos pusieron sus botas embarradas sobre las lápidas de los antepasados de Beltrán y de sus padres. Detrás de un viejo cortinón granate que olía a humedad y a cirios, que Aitana descorrió con una mezcla de curiosidad y fascinación, encontraron dos nichos con flores, ya decaídas y mustias en aquel agujero sin luz ni aire.

—Deben de ser los padres del conde —supuso Roca, pasó las yemas de sus dedos por las hendiduras grabadas en la piedra con sus nombres y leyó—: Gertrudis Álvarez de Quebrada, condesa de Valdierra, nacida en 1908 y muerta en 1970. Landelino Suárez de Osma y Verdún, conde de Valdierra, nacido en 1905 y fallecido en 1966.

Aitana lo escuchó con atención y miró los nombres y las fechas, reteniendo la información por si en algún momento pudiera resultar relevante.

Sabía que no era el momento, pero quería hablar con Roca para relajar el aire entre ambos, aunque no sabía cómo manejar esa conversación. Por tanto, decidió callarse, arrinconar esa charla imaginaria junto a la otra sensación imprecisa que iba creciendo en la parte de atrás de su mente.

El polvo que flotaba en el aire se le metió en los pulmones y tosió ruidosamente. Sintió que volvía a faltarle el aire y por ello decidió subir a la capilla sin decir más. Caminó entre los bancos corridos hasta el fondo de la capilla. Roca la siguió, y los dos se situaron frente al altar.

Estaba cubierto con un mantel de hilo amarilleado por el tiempo, y sobre él reposaba un cáliz de plata antiguo al lado de un misal, y un par de gruesos cirios. Por encima del altar, en la hornacina central, en vez de una imagen religiosa, había una foto enmarcada de una

virgen. A Aitana le resultaba familiar, pero no conseguía recordar de qué. Oyeron el eco de una tos a sus espaldas. Era el mayordomo otra vez; había entrado después de ellos. No sabían cuánto tiempo llevaba allí, pero no había ido a llevarles ningún mensaje, sino simplemente a controlarlos.

—En la Guerra Civil, el cuarto conde de Valdierra, el padre del actual conde, accedió a guardar la imagen de la Virgen de Mediavilla en la capilla familiar cuando la iglesia fue bombardeada por el bando republicano. La habrán visto ahora en la iglesia de San Pedro, es una imagen muy querida. Fue restaurada y devuelta a su lugar. Mis señores decidieron colocar esta foto en su sitio para recordarla siempre.

—Supongo que hay muchos acontecimientos de aquella época que nadie ha olvidado —auguró Aitana, pensando en la foto de la iglesia derruida que había mirado antes.

—El dinero de la trufa ha cambiado mucho las relaciones en este pueblo. Los que estaban abajo están ahora arriba… —se quedó callado, con la mirada perdida en la foto de la virgen.

—¿Y los que estaban arriba, ahora dónde están? —preguntó Roca.

—Por fortuna, el patrimonio de los condes no es solo económico —dijo, de manera críptica y orgullosa—. Por favor, díganme si puedo ayudarlos en algo.

Aitana se lo iba a agradecer cuando entró Rico. Al ver su cara, arrebolada por el frío, pero sobre todo por la urgencia, supo lo que iba a anunciar.

—Hemos encontrado algo.

Su corazón comenzó a bombear con rapidez. Pero no solo por la excitación, por la anticipación. No. En su mente había hallado el

cuerpo de Valentina muchas veces. Lo había hecho despierta, incluso había soñado con ello. En su imaginación había ensayado cómo comunicárselo a su madre, aunque algo le decía que esta vez era distinta. Que ella era distinta. Los dos siguieron los pasos de la joven agente. Con rapidez, subieron las angostas escaleras hacia la planta superior. Al ver que el mayordomo los seguía, Aitana se volvió.

—Por favor, espere en la casa.

El hombre asintió contrariado. Rápidamente lo dejaron atrás. A través del terreno encharcado y silvestre, la teniente seguía el volumen uniformado del cuerpo de Teresa Rico. Notaba cómo sus pies se hundían en el barro mientras atravesaba una leve cortina de agua. Oía el sonido de sus propios jadeos al intentar no quedarse atrás. Después de cinco minutos de apresurada caminata, llegaron al punto en el que se había producido el hallazgo. La primera visión del lugar en el que los perros y sus compañeros los esperaban le propinó un golpe de frío en el pecho, agua helada que resbalaba por la piel. Bajó la vista, tomó aire y miró al cielo. No entendía por qué su cuerpo se rebelaba, como si no hubiera estado en lugares como aquel decenas de veces.

La lluvia había parado, aunque las nubes seguían tapando el sol, como si quisieran hacer más corto el día, engullirlo y no dejar rastro de él. Se enfrentó a la escena que tantas veces había anticipado en su mente. Ante ella y sus compañeros, había un agujero en medio de la tierra, entre árboles y matorrales, piedras y tierra. Montes y Marchena abrían una zanja usando sendas palas, mientras a su alrededor los dos perros se arrebolaban nerviosos y excitados, emitiendo ladridos alegres y breves, ansiosos por descubrir al mundo lo que su olfato había señalado.

Aitana empezó a notar algo en el pecho. Una parada, una quietud de muerte. Después, un aleteo inquietante, seguido por una carrera frenética de latidos. Miró a su alrededor. Junto a ella, los cinco guardias civiles rodeaban el hoyo, y a un lado, algo retirado, estaba el secretario judicial, observando con curiosidad. Con discreción se llevó la mano a la yugular para comprobar lo que ya sabía: que su corazón estaba disparado. Temió desmayarse o enloquecer. En los peores días de su depresión había sufrido episodios similares. Tenía ganas de gritar, mientras veía cómo los perros iban arrojando montones de tierra a un lado y Marchena y Montes los ayudaban con las herramientas. Tomó aire a bocanadas. Con frecuencia había visto esos síntomas, en sospechosos o en víctimas de sus investigaciones. Pero le resultaba muy angustioso distinguirlos en su interior. ¿Acaso era ella sospechosa o víctima? Sospechosa, en su estado agitado y cercano a la irracionalidad, podría serlo de muchas cosas. Sospechosa de no asumir que su depresión posparto no había acabado aún. Sospechosa de no saber cómo enfrentar ser madre y a la vez mirar a los ojos de asesinos y criminales. La calma y el análisis con los que se conducía antes se habían convertido en un revoltijo imprevisible de emociones que la desconcertaban. Le vino a la mente la silueta del hombre de espaldas en la iglesia bombardeada, viendo cómo un torrente de piedras convertía el espacio cotidiano del templo en el escenario insólito de una cruel destrucción.

El tacto de la mano de Roca, que apretó la suya, interrumpió la espiral de pensamientos.

—¿Estás bien? —susurró.

Aitana, sin mirarlo, hizo un gesto para que supiera que sí, aunque estaba muy lejos de estarlo; rechazó su mano, buscando que la

dejara en paz.

Notó cómo el aire helado llenaba sus pulmones y tranquilizaba el ritmo de su pecho, y cómo las ráfagas de viento desordenaban su melena, disipando su mareo y secando el sudor de su frente. Pronto recuperó el dominio de sí misma y de sus pensamientos.

Entonces ocurrió algo. Uno de los perros emitió un gemido ahogado antes de lanzarse al interior del agujero. El pastor alemán arañó aún más en el hueco húmedo y terroso, hasta que apareció algo azul, azul eléctrico, y comenzó a tirar de ello.

—Lo va a rasgar —advirtió Roca.

Montero se acercó al perro, tiró del collar con delicadeza para retirar al animal y se aproximó al hoyo con las manos enfundadas en guantes, y con mucho cuidado empezó a palpar la superficie con las yemas de los dedos. Desenterró una prenda de color azul eléctrico. Aitana recordó ese color de inmediato. Valentina llevaba un jersey de ese color cuando desapareció. Hacía juego con el mechón de su flequillo.

—Aquí hay algo, pero no sé lo que es… —dijo Montero, mientras se ayudaba de la pala para terminar de extraer el bulto colorido de las entrañas de la tierra.

Por fin se levantó con el bulto en las manos. Era alargado, redondeado y el jersey azul lo envolvía, como una toquilla. El guardia civil sostenía en sus dedos un objeto envuelto, con los contornos familiares y redondeados de un bebé. La visión le cortó el aire. Comenzó a ver borroso el bulto en las manos de su compañero. A pesar de haber superado su ataque de ansiedad, aún se sentía como si estuviera suspendida por alfileres invisibles, como si en lugar de estar sujeta a las leyes de la gravedad y apoyada con todo

su peso en los pies, estuviera flotando por encima del agujero y de Montero, con el siniestro objeto envuelto entre las manos.

No sabía si fiarse de sus sentidos en aquellas condiciones, pero una horrible corazonada se adueñó de ella.

Sin poder controlarse, se abalanzó sobre Montero y le arrebató lo que tenía en las manos. Desenvolvió el objeto, tirando de la lana mojada hasta desenganchar todo el tejido de aquello que estaba ocultando. Entonces la vio, vio a su hija en sus brazos electrizados y rígidos por la tensión.

Miraba a Daniela, inerte, pálida y cubierta de barro, estirada como una muñeca mal hecha. Sus menudos pies cubiertos de fango, sus ojos cerrados con un gesto de tormento; la tripa hundida, las costillas marcadas, la boca abierta, los labios crispados y blanquecinos, sin dientes, con un terrón por lengua; las mejillas aterciopeladas que tantas veces había besado, tensas alrededor de los huesos maxilofaciales, los puños cerrados en una contracción eterna. Entre sus brazos estrechaba su cuerpecito tieso, imposiblemente pálido, con trazos de tierra alrededor de las facciones que tantas horas había contemplado cuando dormía. Pero ahora estaba muerta.

Y ella no había podido impedirlo.

Quería morirse. No solo eso: quería matarse.

Los ojos se le cerraron y no vio nada más.

29

Cuando volvió en sí, vio el techo a dos aguas recubierto con un sencillo y hermoso artesonado en madera atravesado por vigas. No entendía muy bien dónde estaba. Notó el olor a cera y a flores. Estaba tumbada sobre algo rígido y su cabeza estaba apoyada en una prenda húmeda. Ahora se dio cuenta: estaba tendida en uno de los bancos corridos de la capilla. Algo de luz se filtraba por los ventanucos situados en la parte alta de los muros. Tosió y se incorporó. Acudió Roca a su lado, con una botella de agua. Al sentarse con cuidado vio que él le había puesto su jersey debajo de la cabeza. Bebió agua. Sentía el cuerpo frío, extraño; veía su mitad inferior como el cuerpo de otra persona. Detectó que buena parte de su ropa estaba manchada de barro.

Las imágenes vinieron a su cabeza y se estremeció. Pensó que solo podría haberse tratado de una alucinación y que su hija estaba a salvo.

—Era ella, ¿no? —preguntó Aitana—. Valentina.

Roca asintió con gravedad. Por horrible que fuera, Aitana se sintió aliviada de que no fuera su hija.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Rafael.

Aitana no pensaba decirle que era la primera vez que había tenido alucinaciones y se había desmayado al encontrar un cadáver. Sin

embargo, la distorsión se había evaporado. A pesar de la preocupación, de la vergüenza, se sentía absolutamente conectada con su mente y con la realidad.

—¿Aitana? —insistió Roca.

—Estoy bien. Me he desmayado, ¿no?

—Eso creo —contestó, observándola con preocupación.

Aitana tomó aire.

—Cuéntame —dijo.

Roca se sentó a su lado y le tomó la mano. La de su compañero estaba caliente, notaba que sus propios dedos estaban fríos y algo insensibilizados, y automáticamente pensó en la mano de la criatura con la que había alucinado. Rechazó esas imágenes y miró a su compañero. Sus ojos azules la escrutaban con preocupación.

—Me has dado un susto de muerte —reconoció.

—¿Cuánto tiempo…? —empezó a preguntar Aitana.

—Nada, diez minutos. Te hemos traído aquí entre Montes y yo.

—Es la primera vez que me pasa algo así. ¿Es el juez Cámara quien viene?

—Sí, está de guardia hoy.

—Pero ¿ha llegado ya?

—No. Están custodiando el cuerpo y han protegido la escena con la carpa. Por el tiempo y para que nadie vea nada, al menos, los que trabajan en la finca. La forense está en camino y, cuando llegue, empezaremos la inspección técnico-ocular. Ramales, creo que la conoces.

Aitana asintió, la conocía bien y se alegraba de poder contar con ella en un día tan sombrío como aquel.

—Espero que no se acerque nadie. Verán la carpa y entonces perderemos el control de la información.

—Es posible que el juez tarde —dijo Roca.

Aitana afirmó con un gesto de cabeza.

—Sería estupendo que su señoría no supiera que me voy desmayando por ahí como una dama victoriana —señaló ella.

—Nadie le comentará nada, no hay necesidad —la tranquilizó Roca, comprensivo.

Aitana se puso en pie y la capilla comenzó a dar vueltas. Se agarró al respaldo del banco, pero no se sentó. Su equilibrio se estabilizó lentamente, como un péndulo que termina por detenerse.

—Mira, hace mucho frío. Están custodiando la escena. ¿Por qué no te quedas aquí? —sugirió Roca con delicadeza.

—¿Qué has visto tú? —quiso saber Aitana.

—Al menos, un golpe fuerte en la cabeza.

—Vamos —dijo Aitana, haciendo ademán de caminar.

—Creo que es mejor que esperes aquí —recomendó Roca.

Pero ella recorrió, aún con lentitud, el pasillo central y lo esperó en la puerta. Solo cuando se detuvo cayó en la cuenta de que llevaba la ropa mojada y manchada, y notó las puntas de su pelo cubiertas de tierra húmeda.

—Eso sí, me gustaría cambiarme antes de que llegue su señoría. Tengo el uniforme en el coche. ¿Me lo traes, por favor?

—Claro. Siéntate y bebe un poco más de agua.

Aitana le dio las llaves y Rafael le dedicó otra mirada de preocupación antes de salir. En vez de sentarse, se acercó al muro de piedra y puso los dedos sobre unos picotazos en la superficie de la pared. Pensó que serían disparos de la Guerra Civil.

Aunque había superado el episodio, aún tenía una tarea durísima por delante: mirar a la cara de la madre de Valentina, de su padre, de su abuelo, de su hermano, y contarles que la chica estaba muerta. Que había tenido una muerte violenta y que la habían encontrado en la finca de los condes. Habría llantos, seguramente ira, contra el supuesto asesino, cuya identidad aún no podría revelar en ese momento hasta tener más certeza, y también contra los investigadores. No era infrecuente que el mensajero recibiera la rabia de la familia de la víctima, más cuando estas personas llevaban semanas sufriendo, alternando arrebatos de ira, esperanza y desolación, hasta llegar al peor final posible. Había realizado notificaciones como esa muchas veces, pero todo parecía diferente esta vez. Donde antes veía cadáveres ahora veía a la hija de unos padres, el dolor que nunca curaría. No podía evitar ver a Valentina como una criatura que una mujer había traído al mundo y que, sin que su madre lo pudiera impedir, había desaparecido de forma prematura de él. Esa culpa, que no era la legal ni la judicial, pesaba en muchos padres, y lo hacía para siempre, alargándose más, mucho más, que cualquier condena de prisión.

Era consciente de que esos pensamientos potenciaban su fragilidad. Pero su visión había cambiado. El miedo, el dolor compartido, capilarizado hacia todos los rincones de su mente, habían irrumpido en su manera de mirar el mundo y con ello tenía que convivir. Su obligación la esperaba.

La carpa verde de la Guardia Civil que protegía la escena del crimen soportaba los embates del aire y la lluvia. Mientras se acercaban,

notó la mirada de Roca sobre ella, su preocupación. Su compañero sabía que estaba lejos de estar bien. Aitana intentó visualizar el cuerpo antes de verlo para evitar otra reacción como la anterior. Sin embargo, llegó, saludó a Marchena y a Montes, que estaban protegiendo el lugar, cubiertos con sendos impermeables, y avanzó con naturalidad hasta la carpa. Ya no hubo delirio ni confusión. El cuerpo desnudo de Valentina, de lado sobre la tierra, su mechón azul, entreverado con la arcilla marrón, le tapaba los ojos. Una mancha de sangre reseca sobre la cabeza. Un golpe que comenzaba en la frente, justo antes del nacimiento del pelo, y que se perdía en el cuero cabelludo entre el cabello y la sangre apelmazada. La boca estaba crispada en un gesto de tensión y el cuerpo aparecía en un tono entre blanquecino y grisáceo, con algunas marcas verdosas y púrpuras. Era una visión horrenda, pero lo soportó.

Al poco llegó la agente Rico, acompañada de Sonia Ramales, la forense. Aitana se alegró de verla, eran buenas amigas. Pero ese día, delante del cuerpo de la joven, no era el mejor momento para mostrar el afecto que se profesaban. Sonia se acercó, la saludó con un gesto contenido y, sin más palabras, dirigió una mirada atenta al cuerpo.

Sonia, de la misma edad que Aitana, proyectaba una presencia grave y profesional. Vestía de negro, piel y gabardina larga; llevaba el pelo corto y puntiagudo, varios pendientes y un septum en la nariz, y mostraba algunos tatuajes, pero su aspecto no distraía: todo en ella invitaba a tomarse la escena en serio. Ramales trabajó con calma, examinando cada detalle con precisión, claramente centrada en su tarea.

Aitana se la presentó a Roca y al resto del equipo. La teniente vio que Ramales y su asistente, Juan Gómez, un cabo de mirada huidiza, moreno y fuerte, de veintitantos años, habían aparcado la furgoneta a unos metros del lugar. Después de los saludos de rigor, ambos fueron a enfundarse el buzo forense y reaparecieron a los pocos minutos con el aspecto de astronauta que la prenda de polipropileno blanco les confería. Sonia llevaba el maletín para tomar las muestras oportunas, y su asistente, una cámara con la que comenzó a tomar fotos del cuerpo desde todos los ángulos y con testigos métricos.

—Parece que hay un golpe en la cabeza, pero no tenemos claro nada más —la informó Aitana.

—Diría que lleva unas tres semanas enterrada —comenzó Sonia—, el frío y el haberlo enterrado a profundidad han protegido bastante el estado del cuerpo.

Aitana asintió. Si la forense tenía razón, Valentina estaba muerta antes de que llegaran a Sarrión. Eso la eximía del pecado de no haber podido salvarle la vida, pero era un escaso consuelo.

Sonia se acercó a la cabeza de la chica.

—En cuanto al golpe, parece un traumatismo craneoencefálico por golpe contundente, una herramienta no cortante, tendremos que investigar la herida.

—Fue una muerte rápida entonces —dedujo Roca, y Aitana notó algo de fragilidad en su voz.

—Es lo más probable. Pero depende. Si el golpe es muy fuerte, una fractura directa, que destroza el cerebro y hunde el cráneo o genera una hemorragia masiva, entonces sí.

Aitana vio cómo Roca palidecía al escuchar eso. Tampoco era inmune a la crudeza de la situación.

—En cambio —continuó la forense—, si el golpe no es letal al instante, puede generar un hematoma subdural que puede matarla más lentamente o provocarle la inconsciencia y matarla si no recibe ayuda médica enseguida.

La teniente miró a su compañero, que tragó saliva y siguió hablando.

—En algún momento pensamos que podrían haberla secuestrado. ¿Podría haber muerto en el cautiverio?

Sonia se lo pensó un instante antes de responder.

—No hay marcas de ataduras. Si murió en un lugar distinto a este, lo sabremos con el estudio de la tierra y de la fauna cadavérica.

—Pensamos que podría estar embarazada —añadió Aitana.

—Entonces habrá que tenerlo en cuenta para la autopsia. ¿De un encuentro sexual reciente?

—Creemos que sí —afirmó Roca.

En aquel instante a Aitana se le pasó por la mente que, si Valentina estaba efectivamente embarazada, una simple prueba de adn podría revelar quién era el padre del feto. Y que ese podría ser su marido y el padre de su hija. En ese momento pensó también que Mauro no estaría fichado en la base de datos de la Guardia Civil y que lo único que podría apuntar hacia él era ella misma o Roca, a quien también le había contado lo sucedido. Su corazón volvió a bombear con rapidez. La idea de que dentro de Valentina hubiera muerto un hermano o hermana de su hija era demasiado dramática y horrenda para asumirla.

El sonido de un motor la sacó de su abstracción. Apareció en la escena el coche oficial del secretario judicial, y en su interior, en el asiento del copiloto, viajaba el juez Cámara. Ambos se apearon y se acercaron al lugar.

—Señoría —saludó Aitana—, hemos empezado con la inspección técnico-ocular y con las actuaciones forenses y las diligencias, tenemos miedo de que la noticia vuele.

El juez asintió, le pidió que lo llevase a ver la escena y caminaron hasta la carpa, donde Sonia seguía trabajando. Roca le dio la mano al juez y el resto de guardias lo saludaron con un gesto.

—Qué tristeza, madre mía —musitó el juez entre la indiferencia y la resignación. Se giró hacia Aitana, como si ya hubiera tenido suficiente con contemplar brevemente los restos de Valentina.

—Que pongan perímetro por si acaso —ordenó, mientras aceptaba el paraguas que el secretario le alargaba.

Marchena hizo un gesto y fue a por cinta para ampliar la protección de la escena.

—¿Qué sabemos? —le preguntó.

Aitana se dispuso a contarle los hechos que de momento conocían cuando empezó a oír un sonido vibratorio, similar al de un pequeño motor que parecía rodearlos desde algún punto que no podían ver.

Aitana levantó la vista. Tras unos segundos de escudriñar el cielo creyó divisar entre la niebla la forma de un dron; el juez siguió la dirección de sus ojos.

—¿Es nuestro? —preguntó.

—No —negó Aitana con preocupación—. Puede ser prensa o…

No terminó la frase. Le pidió a Cámara permiso para ir a informar a la familia antes de que la noticia del hallazgo en la finca llegara a

sus oídos, o peor aún, que vieran las imágenes aéreas por la televisión o por Internet. Roca se quedaría con él para el resto de la actuación junto a los guardias y la forense. El juez le dio permiso de inmediato, preocupado por la posibilidad.

Aitana le pidió a Roca las llaves de su coche, se despidió nerviosa de Cámara. Marchena la acercó en el todoterreno a la mansión, y desde allí Aitana se dirigió a toda velocidad a su vehículo. Al llegar al aparcamiento, se encontró con la mirada del mayordomo, que la contemplaba desde la ventana de la cocina. Intentó que su rostro no le ofreciera ninguna pista de lo que habían encontrado. Arrancó a toda prisa y se encaminó a la casa de Valentina Salas.

30

Seguía lloviendo cuando Aitana salió derrapando del garaje de los condes. Encontró a un jardinero protegiendo un macizo de flores del agua con una capa de plástico y le preguntó si había una servidumbre de paso con la finca contigua, la de la familia Guzmán. El joven, latinoamericano y sonriente, se lo indicó. Encontró el camino detrás de la casa, en un terreno sin asfaltar que recorría la finca hasta el sur. El sendero era la única separación entre ambas fincas; tras conducir medio kilómetro ya estaba dentro, y sin haber encontrado ningún timbre o impedimento en el camino. Entrar en la otra finca sin avisar no le pareció lo más correcto dadas las circunstancias, pero necesitaba notificar a la familia de Valentina el hallazgo de su cadáver lo antes posible, antes de que se enterasen por otras vías. Mientras se dirigía hacia la puerta, vestida de uniforme, protegiéndose con un paraguas, recordó otras notificaciones, otras familias. Intentó aquietar la mente para distinguir si, por encima del repiquetear de la lluvia y del silbido del viento, aún seguía oyendo el dron. Pero no fue capaz de distinguirlo. Se acercó a la puerta justo cuando Usnavy se aproximaba también con el carrito de la compra.

La cubana leyó en su rostro y en la solemnidad de su uniforme malas noticias.

—Ay no, señora, no me diga —dijo, en un lamento.

—Por favor, avise a la familia.

Llevándose la mano a la cabeza, la empleada empujó el carro y le dejó la puerta abierta. Aitana se quedó en el umbral y decidió esperar. Desde allí, podía ver las fotos del recibidor. Una, del matrimonio entre Antonio y Julia, celebrado en la iglesia de San Pedro que veía desde su hotel; otra, del matrimonio con sus dos hijos, posando en un atardecer en la finca; otra, de Valentina sentada sobre una colchoneta junto a su hermano Jaime en la playa, los dos con rostro sonriente y enrojecido, pecas, gorras, con el fondo roto del mar en calma. Mientras esperaba, intentó imaginar qué supondría en el futuro para Julia pasar ante esas imágenes. Si las retiraría, las dejaría en su sitio o, por el contrario, colocaría aún más para no olvidar a su hija. Por encima de todas, colgada en la pared de la cómoda, tenían la foto enmarcada de un hombre joven, de apenas unos treinta años. Lo reconoció de la primera vez que entró en la casa: era Leopoldo, el padre de Camilo y de Salvador, el mismo de otro retrato que tenían en el salón, en el que aparecía con su mujer, los dos jóvenes, llenos de sueños, el día de su boda. Los nombres, que constaban en la documentación inicial, le vinieron a la memoria, como si hubieran estado esperándola en un cajón de su mente. Leopoldo Guzmán y Asunción Martínez. Antes de la guerra y antes de ser padres, en 1934. En esta imagen que veía por primera vez en el pasillo, Leopoldo posaba para una foto de estudio. Vestido con traje y pantalón, algo gastados, y una corbata oscura, con el pie puesto sobre un taburete. Lo que más destacaba en él eran los penetrantes ojos negros, envueltos en unas cejas arqueadas y rotundas. La mitad superior de su rostro recordaba mucho a la de su

hijo mayor, Camilo. No sonreía, pero estaba relajado, y su seriedad emanaba confianza. Era el aspecto de un hombre de carácter y, por sus manos, bastas y encallecidas, y su piel cuarteada, un trabajador. Se preguntó si en aquel momento ya trabajaba para el conde y cómo era su relación con él.

En algún punto del salón, más allá del recibidor y del pasillo, sonaron las campanadas de un reloj. La una de la tarde. Al recibidor acudieron Julia y Antonio, los padres de la chica. La madre conectó su mirada con la de Aitana, a quien le resultó muy duro sostener el peso de los ojos aterrados de la mujer. Al ver su uniforme, Julia negó con la cabeza; instintivamente dio un paso hacia atrás y se le aflojaron las rodillas. Antonio fue quien se dirigió a ella.

—No, por favor.

Aitana miró primero al suelo y después al matrimonio, con la mayor empatía y cariño que fue capaz.

—Lo siento mucho. Han aparecido unos restos en la finca de los condes que son compatibles con la descripción de su hija.

Julia no dijo nada. Permaneció inmóvil, como si eso pudiera protegerla. Era una reacción de puro pánico. Puso la mano en la pared antes de morderse el labio y mirarla con tensión, como si le pidiera que retirase lo que acababa de decir. El padre tomó aire.

—¿Tenemos que identificar ese cuerpo? —preguntó Antonio. La voz se le quebró por el temor y el nerviosismo.

—Aún se están practicando las diligencias en la escena, pero, en cuanto llegue al Instituto Anatómico de Teruel, será necesario. Cualquier miembro de la familia puede hacerlo.

Un sonido gutural y leve salió de la garganta de la madre, y solo unos instantes después Aitana entendió que le preguntaba:

«¿Cómo?».

—Ha aparecido enterrada en la finca de los condes de Valdierra.

Los dos la miraron asombrados.

—Esos hijos de puta nunca nos dejarán vivir en paz —susurró ella de forma leve, pero con una entonación amenazante que le puso los pelos de punta. Después prorrumpió en un llanto desconsolado y su marido la abrazó. Pasaron así varios segundos, sosteniéndose el uno al otro. Aitana aguardó respetuosamente su tiempo.

El viento seguía entrando a través de la puerta abierta. Oyó un motor de un vehículo pequeño acercarse, pero no desvió la atención del matrimonio.

—¡Nos la han matado! —gritó Julia, sus ojos casi desaparecieron en una máscara trágica.

—Pero ¿quién ha sido? —preguntó Antonio.

Aitana lamentó no poder ofrecer en aquel momento todos los detalles de los que disponía.

—Estamos pendientes de interrogar a un sospechoso y de analizar pruebas. En cuanto haya una detención, serán los primeros en saberlo.

—Pero es alguien de esa familia, no entiendo por qué no nos lo dice —la increpó la madre, mirándola con los ojos inyectados en sangre.

Aitana no podía decirle nada.

—Les aseguro que lo sabrán ustedes antes que nadie.

—¡¿Quién es?! —gritó Julia alzando las manos, que deseaban ir a parar a la chaqueta del uniforme de Aitana, pero Antonio se lo impidió y se la llevó hacia el interior de la casa. Usnavy apareció en el pasillo desde la cocina con una tetera con infusiones. En ese

momento, quitándose unos guantes de trabajo y un poncho impermeable, llegó Jaime. La miró de manera penetrante.

—Lo siento, Jaime. Han aparecido unos restos que podrían ser los de tu hermana —anunció, mirándolo a los ojos.

El hermano no alteró el semblante.

—Ya podrían haberla encontrado antes —espetó.

Aitana pensó que era una respuesta defensiva y normal, pero no se sintió obligada a responder. Alzó la voz para que sus padres la oyeran.

—Les llamaré para su reconocimiento. Lo siento muchísimo. Cualquier duda que tengan…

Aitana se dio cuenta de que Antonio estaba consolando a Julia y de que ninguno de los dos la escuchaba ya. En cuanto a Jaime, pasó a su lado, cruzó el pasillo sin darse la vuelta ni mirarla y tomó las escaleras hacia el piso superior.

Aitana giró sobre sus pies y cerró la puerta. La lluvia había arreciado, volvió a abrir su paraguas. Bajo las cortinas asimétricas de agua que jarreaban en la finca, al fondo vio un vehículo, un *buggy*, que conducía Salvador, tapado con un ridículo gorrito de plástico en tono de camuflaje, típico de cazador. El agua resbalaba por encima de su cabeza y se acumulaba en los laterales. Al verla frenó con estrépito. Se quedó clavado en el camino mirándola, sin decir nada. Incluso a distancia podía divisar el pánico en su rostro. No sabía si esos sentimientos los causaba su propia presencia tras el altercado o el entender que Aitana traía malas noticias. Pero ella ya había notificado a la familia y tenía mucho que hacer. Llegó al coche, encendió el motor, si Salvador esperaba una reacción por su parte, no la hubo. Al ver su movimiento, el hombre reanudó su camino,

arrancó con un petardeo estruendoso el vehículo y avanzó en dirección a la casa. La teniente, por su parte, se dirigió a la verja central, pero la encontró cerrada. Descendió para inspeccionar la salida, pero no había ningún botón ni forma evidente de salir. Apesadumbrada por tener que molestar de nuevo a la familia, dejó el coche frente a la puerta y encaminó sus pasos hacia la casa. Entonces vio salir a Usnavy con el mando de la verja en la mano y un paraguas en la otra. La mujer lo accionó.

—Ahí lo tiene —dijo, y las dos hojas comenzaron a abrirse con lentitud.

Aitana se acercó a Usnavy.

—Dígame… Cuando doña Julia ha dicho «esos hijos de puta nunca nos dejarán vivir en paz», ¿se refería a la familia de los condes?

La asistenta se giró a mirar hacia la casa, para asegurarse de que nadie la oía.

—Sí, creo que sí, señora.

—¿Por qué diría algo así?

La lluvia arreció. Instintivamente, Aitana se metió bajo la protección del paraguas de Usnavy, a quien miraba a los ojos, esperando una respuesta.

—No sé si a los señores les gustaría que se lo dijera.

—Puede decírmelo a mí o decírselo al juez —dijo Aitana—. Si me lo dice a mí, ahora, tal y como estamos debajo de este paraguas, sin que nadie nos vea, nadie sabrá que me lo ha contado usted.

La empleada la miró sin pestañear, como si valorase la posibilidad de que ella pudiera dejarla sin trabajo, o si, por el contrario, debía fiarse de su palabra.

—El padre del señor Camilo fue asesinado por el padre del conde.

—¿Por qué? ¿Cuándo?

—Discúlpeme.

Accionó el mando de nuevo, pues mientras hablaban la puerta estaba a punto de cerrarse; se abrió otra vez, y sin decir más, se dio media vuelta, llevándose su paraguas y sus respuestas, pues estaba claro que ya no quería hablar más.

31

Aitana y Roca esperaban en una puerta del aeropuerto de Castellón la llegada del vuelo que regresaba de la terminal de Charles de Gaulle a las 18:00 horas. Allí operaban pocos trayectos y no había nadie más, salvo algún trabajador de limpieza que, mientras vaciaba la papelera, los miraba con una mal disimulada curiosidad. Roca también se había puesto el uniforme.

Aitana había leído el informe del laboratorio mientras Roca conducía hasta el aeropuerto. Las pruebas recogidas en la casa de los condes demostraban que Beltrán había mentido al decir que no había visto ni estado con Valentina la noche que desapareció. En el abrigo que vestía esa noche había restos de adn de Valentina y el gps del coche indicaba que no había llegado a destino hasta las doce y media. Esto, sumado a todos los indicios que las triangulaciones de los móviles en la noche del 7 de diciembre sugerían, había convertido a Beltrán en el principal sospechoso.

Aitana suspiró y elevó la mirada hacia el cielo oscuro de diciembre, donde, más allá del ventanal, rugían los reactores de un avión que se acercaba a tomar pista con el tren de aterrizaje extendido y las luces rojas que se aproximaban en el horizonte. Pocos minutos después, las puertas se abrieron y los pasajeros, mirándolos con cierto asombro, los dejaron atrás, mientras ellos seguían escrutando

todos los rostros hasta encontrar el que buscaban. Beltrán también se sorprendió al verlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Tiene que venir con nosotros —se limitó a decir Aitana, mientras algunos pasajeros ralentizaban el paso para enterarse de qué estaba ocurriendo.

—¿Por qué? —Beltrán parecía indignado—. Ya les dije todo lo que sé.

Roca le mostró las esposas, que descolgó discretamente de sus manos, protegidas de las miradas ajenas por el abrigo que sostenía en el antebrazo.

—No es una petición, es una orden —dijo Roca.

—¿Estoy detenido? —musitó, asustado, consciente de las miradas ajenas.

—Beltrán, acompáñanos. Mi consejo es que lo hagas ahora. Si alguien te ve aquí con nosotros, abrirás todos los telediarios de la noche.

Beltrán asintió. Roca miró a Aitana, con las esposas en la mano, pero ella negó y emprendió el camino de salida. Le hizo un gesto a Beltrán, que caminó tras ella, con Roca siguiéndolos. Se metieron en el ascensor. Beltrán seguía atónito.

—No entiendo nada.

Rafael clavó sus ojos con dureza en los de Beltrán, que le mantuvo la mirada sin achantarse. Las puertas se abrieron y recorrieron el pasillo del aeropuerto. A un gesto de Aitana, mientras caminaban, su compañero comenzó a leerle sus derechos. Tomaron otro ascensor. Aitana pulsó el botón del nivel inferior.

—… Por último, tiene derecho a asistencia letrada, y si no la tiene, puede obtener una de oficio.

Aparecieron en el *parking* y se aproximaron al vehículo. Beltrán iba entre ellos, mirando a ambos lados, extrañado, asustado e indignado a partes iguales.

Aitana le pasó las llaves a su compañero, quien abrió el vehículo e hizo ademán de poner la mano sobre la cabeza de Beltrán para empujarlo al interior del habitáculo.

—Puedo yo solo —protestó Beltrán, orgulloso, y entró en la parte de atrás.

Rápidamente salieron de la terminal, tomaron la autovía de la Plana, en dirección a Castellón. El viaje a la comandancia de Teruel duró más de una hora y media. En ese tiempo, y por mucho que las pruebas apuntaran hacia Beltrán, Aitana no pudo disipar la sensación de que algo no terminaba de encajar.

Cuando llegaron al cuartel, tras los saludos de rigor, solicitaron una sala para el interrogatorio. Un par de civiles entraron y se los quedaron mirando, con una mezcla de curiosidad y contención. Un caso como aquel era distinto a los demás en los que nadie quedaba al margen, y cualquier movimiento, cualquier contacto, tan leve o casual como aquel, podría dar lugar a filtraciones y contratiempos, a pesar del secreto judicial que había decretado el juez. Mientras los guiaban por las dependencias del cuartel, notó a Beltrán particularmente agitado, ya no podía más con la impaciencia de saber qué pruebas habían aparecido en su contra. A Aitana le resultaba confusa su actitud. Por norma, cuando aparecía el cuerpo en un lugar tan incriminador, la tensión de los sospechosos mutaba en una apagada resignación. Y sin embargo, él parecía no tener ni

idea de lo sucedido, ni de lo que se le venía encima. Por otro lado, la muerte de Valentina no le había causado conmoción ni sorpresa, pero podría deberse al *shock* de verse detenido. Supuso que su familia tendría que haberle dicho algo, aunque no lo supieran de forma oficial. Era imposible que el viejo matrimonio no hubiera visto el vehículo funerario que trasladó el cuerpo al instituto forense, la carpa o la abundante presencia de agentes en su finca; valoró que quizá habían llamado a su hijo cuando estaba en pleno vuelo.

Un cabo los fue a recibir al pasillo y los condujo a la sala. Entraron y le indicaron a Beltrán dónde sentarse. Ahora sí, a la vista del cabo, Roca le colocó las esposas y las aseguró a la mesa. El hombre las miraba atónito, como si estuviera aterrizando en otra realidad. El cabo salió.

—Por favor. ¿Qué hago aquí? —preguntó, con la desesperación reverberando en su voz.

—Tanto no te puede sorprender —afirmó Roca con dureza.

—Beltrán. El cuerpo de Valentina ha aparecido en vuestra finca.

La miró aterrado y asombrado.

—Pero ¿está muerta?

Roca lo contempló con desdén.

—Sí, está muerta. De manera violenta. ¿No te lo han dicho tus padres o tu mujer?

Beltrán negó con la cabeza.

—He visto que tenía unas llamadas perdidas, pero no sabía nada, estaba en el avión, supongo. Se lo dije, yo no tengo nada que ver —explicó, muy nervioso.

—La última vez que hablamos nos dijiste que no la habías visto. Que apenas la conocías. Que no tenías ni idea de lo que le había

pasado. Y que el retraso en llegar a tu casa fue porque te entretuvieron al salir de la feria de la trufa, ¿verdad? —cuestionó Aitana, mirándolo a los ojos.

Beltrán asintió, bajó brevemente la mirada y carraspeó.

Sabía que era fácil mentir con las palabras, pero los ojos decían la verdad.

«*The eyes, chico, they never lie*».

—Hemos encontrado adn de Valentina en tu coche y en tu abrigo —anunció Aitana.

Oyó cómo Roca resoplaba, casi podía percibir la agresividad contenida en su compañero. Ella no se sentía así. En algún lugar entre su intuición y su cerebro, sabía que frente a ella tenía a un mentiroso, pero le costaba verlo como un asesino. Quizá no tanto como un homicida.

—Yo no la he matado —se defendió Beltrán, desesperado.

Roca se inclinó en la mesa hacia él, sobresaltándolo.

—Su adn está en tu coche y en tu ropa. Su cuerpo en tu finca. Diría que no pinta muy bien para ti, Beltrán.

Aitana le hizo una señal a Roca para que aflojara. No sabía cuánto interrogatorio tenían por delante, y no quería que Beltrán se pusiera a la defensiva o que demandase inmediatamente un abogado, algo que era su derecho. Por supuesto, no se lo recordó. Quería que hablara, y que lo hiciera cuanto antes; la angustia de saberse detenido lo había aturdido, pero ella no trabajaba para él, y no tenía problema en explotar su vulnerabilidad si eso los ayudaba.

Beltrán se echó atrás en la silla, y los miró con enfado e indignación. No podía dejar que el silencio se prolongara.

—Beltrán, yo te creo —dijo Aitana, mostrándole la palma de su mano extendida, en señal de confianza—. Te creo cuando dices que no la has matado. Eso me lo creo.

Un pequeño suspiro de alivio salió de su garganta.

—Pero es lo único que me creo. Me parece que mientes cuando dices que apenas la conoces. —Hizo una pausa y añadió—: Sé que mientes por varias razones. En primer lugar, está eso de que tres días antes de la desaparición de Valentina, Carla le dio un golpe con su coche, el Mini Cooper rosa.

—¿Y? Seguro que fue un accidente, y tampoco sé qué tiene que ver eso conmigo.

Ahora fue Aitana la que no pudo evitar sonreír.

—El problema con los adúlteros es que pensáis que nos engañáis, pero la mitad de las veces somos nosotras las que os hacemos ver que no tenemos ni idea. Es un doble engaño en realidad.

Beltrán elevó una ceja. También notó la mirada de Roca sobre su rostro.

—Valentina y tú estuvisteis a la vez en París el 8 de noviembre. Juntos.

Ahora el chef no dijo nada. Ladeó la cabeza, intentando recordar.

—Ahora estás pensando en el cuidado que tuviste de que nadie os viera. No encontramos imágenes en redes, pero hubo otros aspectos en los que fuiste descuidado. Compraste con tu tarjeta personal dos vuelos con asientos separados. Quizá eso lo vio tu mujer. ¿Tenéis una cuenta compartida o te dejaste la sesión abierta en la aplicación del banco?

Beltrán la miraba incrédulo, sin ánimo de negarlo.

—No sé si lo sabes o no, Valentina estaba embarazada. Y lo más seguro es que fuera fruto de vuestro encuentro en París. ¿No tenías un preservativo? ¿Te dio apuro meterlo en el equipaje por si lo veía Carla?

Beltrán se incorporó.

—Yo no la maté, lo juro —aseveró, y su labio inferior se inclinó hacia abajo, como el de un niño pequeño. Intentó taparse la cara con las manos, pero las esposas atadas a la mesa no se lo permitieron.

—Está bien, no la mataste. Pero estuviste con ella en París, donde tuvisteis un encuentro sexual o varios, y en la noche del 7 de diciembre estuviste con ella. Es más, subió a tu coche, eso nos dice el adn.

—Ha subido otros días —aseguró.

—Y ese día también subió, lo que explica que tardaras tanto en llegar a casa. Tu teléfono nos dice que tardaste dos horas en hacer un trayecto de diez minutos —dijo Aitana.

Beltrán dudó si responder o no.

—Mira, Beltrán. La prensa habrá detectado el coche fúnebre saliendo de vuestra finca. Lo más lógico es que todo el mundo esté hablando de ti. Y ojalá solo estuvieran diciendo que engañabas a tu mujer. Estarán contando cosas mucho más fuertes, y toda esa gente que te sigue, que viaja para comer en tu restaurante, tus empleados, tus inversores, la opinión pública… no creerán que tu único pecado haya sido enamorarte de una chica jovencísima y follar sin condón. Imagina lo que piensan. Y eso que todavía no saben lo que nosotros sabemos. Antes o después se enterarán.

Beltrán la miraba lleno de impotencia, sin saber dónde quería ir a parar.

—Dinos lo que queremos saber, Beltrán. Si no la mataste, si eres inocente como quieres hacernos creer, el juez dejará que te marches a tu casa.

La escuchó, con los ojos absortos e inmóviles en la mesa. Después su rostro se reanimó, tragó saliva y Aitana supo que lo había convencido.

—Vale, estábamos juntos esa noche —admitió, tras aclararse la voz—. Me pidió que la recogiera sobre las once en la zona de bares. Quería hablar conmigo.

Aitana miró fugazmente a Roca, que observaba a Beltrán atónito.

—¿Te dijo que estaba embarazada?

Beltrán asintió.

—¿Y que era tuyo? —preguntó Aitana, rezando por que no hubiera resultado una pregunta extraña.

—Sí, bueno, lo di por supuesto.

—¿Y qué quería hacer ella?

—Me dijo que quería dinero en metálico, para no levantar sospechas, que buscaría una clínica privada en Madrid y lo solucionaría de forma discreta. Me dijo que lo haría sola, y que no me preocupase.

Roca lo miraba conteniendo su rechazo. Aitana se esforzó por mostrarse cordial con él para que siguiera hablando.

—No se le pasó por la cabeza tenerlo.

—No. Se lo dijo el médico después del golpe que se llevó en la moto y lo tuvo clarísimo. Pero no era eso solo lo que quería decirme.

—Respiró profundamente antes de añadir—: Quería romper conmigo.

Una mezcla de vergüenza e ira asomó a sus ojos. Aitana observó cómo su compañero se sorprendía.

—Yo estaba loco por ella. No tanto como para dejar a mi mujer, porque mi restaurante depende de ella y porque mis padres, aparte de patrimonio, no tienen nada.

—Bueno, Valentina también estaba forrada, ¿no? —soltó Roca, y a Aitana le fastidió su poco tacto.

—Nuestras dos familias jamás se aceptarían. Además, ella no estaba interesada, y menos ahora.

—¿Por qué quería romper contigo?

—Me dijo que estaba muy bien en Madrid, muy centrada en sus estudios de Cine, y que ya no se sentía igual.

Aitana asintió.

—¿Cómo os veíais?

—Las pocas veces que ella venía a Sarrión a visitar a su familia, encontrábamos la forma de vernos. Y también, cuando yo hacía viajes de trabajo, ella hacía por venir, aprovechando que vive fuera y que nadie la controla. Pero últimamente no quería viajar como antes, y noté que había perdido el interés.

—¿Lo notaste en París?

Beltrán miró a un lado.

—La noté distante, sí. Incluso le llegué a preguntar si había otra persona.

Una mano estrujó el corazón de Aitana y la hizo sobresaltarse.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Roca, mientras ella llenaba de aire los pulmones.

—Lo negó. Desde entonces nos hemos mensajeado, veía que tardaba más en responder, y estaba deseando verla cuando volvió en diciembre. Pero al llegar no quiso quedar, no contestaba mis mensajes, hasta que me escribió para pedirme que nos viéramos, el día siete, después de la feria. A mí no me venía bien, es mucho trabajo siempre, termino agotado…, pero entendí que era importante y fui.

—¿Os encontrasteis en la zona de bares? —interrogó Aitana.

—No, la esperé en la carretera que pasa al lado, la que lleva al barrio de la Escaleruela. Le hice una llamada perdida y vino hacia mi coche, la esperé en una calle cercana. Nuestra idea era pararnos por ahí a hablar y a estar juntos… O eso creí yo.

—¿Qué pasó?

—Se subió al coche, me pidió que fuéramos yendo hacia su casa, porque no iba a tardar mucho en hablar conmigo. Yo no entendí por qué me hablaba así, qué le pasaba por la cabeza, y me dijo que no quería verme más. Insistió en que estaba en otra etapa de su vida y que ya no… ya no me quería.

Los ojos se le cubrieron de una fina capa de agua que rebosó sobre sus párpados inferiores.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Te enfadaste con ella? —inquirió Roca, con cierta malicia.

—No, pero la eché del coche y me fui.

—La dejaste en la carretera que va a la Escaleruela.

—Sí, estaba muy enfadado.

Hubo una pausa.

—La dejaste ahí en medio, de noche —lo increpó Roca.

Beltrán tragó saliva.

—No estoy orgulloso de mi reacción. Me sentí fatal cuando me enteré de que había desaparecido. Pero yo no la maté. Puede que la insultara, los dos nos dijimos cosas terribles, pero no le hice daño, y cuando me alejé de allí la miré por el retrovisor, y estaba bien. ¡Estaba bien!

Esta vez no pudo evitar las lágrimas. Bajó la cabeza de manera poco airosa para taparse la cara y sollozó con la barbilla pegada a la mesa. Aitana y Roca se miraron: su relato era convincente. Sin embargo, pensó Aitana, los indicios contra él eran muy fuertes. Y quizá, si Beltrán se sentaba en la silla de los acusados en un juicio, no recibiría mucha simpatía de un jurado por haber engañado a su esposa con una joven que apenas era mayor de edad.

—Ya os he dicho todo lo que sé. ¿Puedo irme? —rogó esperanzado.

—El juez tiene setenta y dos horas para decidirlo.

Aitana lo miró con lástima. Roca se reunió con ella en la puerta y se marcharon.

32

Era noche cerrada. Regresaban en el coche cuando Roca se sorprendió al escuchar su petición.

—¿Quieres que llamemos al alcalde para que nos deje entrar en el Museo de la Guerra Civil? —preguntó atónito—. ¿Ahora? Ni siquiera sabía que existía ese lugar.

—Son las siete. Dile que llegaremos antes de las nueve y que es muy importante —dijo Aitana, marcando el intermitente para incorporarse a la carretera.

—Aitana, no te entiendo —confesó Roca.

—Necesitamos conocer mejor la historia de las dos familias antes de echar a Beltrán a prisión y tirar la llave. La empleada me dijo que…

Roca la interrumpió.

—Tendrá un juicio justo, como todos. ¿De verdad te parece inocente?

—Si me preguntas mi opinión: creo que no la mató. Y ahora mismo que tenemos que esperar al análisis forense, que no llegará hasta mañana, me parece el mejor momento.

—Estaba embarazada de un tipo. La mató por celos, por despecho o por temor a que se fuera de la lengua… y la enterró en su finca.

—Ella le rompió el corazón. Claro que podría haberlo hecho por vengarse, pero… ¿por qué alguien con los recursos de Beltrán la enterraría en su casa?

—Por temor a ser visto, por inexperiencia, por tenerse por intocable, siendo de esa familia…

Aitana asintió.

—Todo lo que dices tiene sentido. Pero hay algo que me ronda y que no me permite estar tranquila respecto a estas familias. Cuando fui a notificar a los padres que había aparecido el cuerpo de Valentina estuve mirando sus fotos familiares.

Aitana lo miró de reojo. Parecía algo molesto porque ella no compartiera el convencimiento de que Beltrán era el único culpable de la desaparición y muerte de Valentina. A pesar de ello, siguió.

—Había una foto de Leopoldo, un hombre joven, hecha en los años treinta. Es el padre de Camilo y Salvador. Pero, aunque había imágenes de toda la familia, este hombre, Leopoldo, solo aparece en dos. Una en el salón, con la madre de Camilo, y otra él solo. Murió joven.

—No sé adónde quieres ir a parar —admitió Roca, colocando sus ateridos dedos sobre la rejilla de la calefacción.

—Al decirles que la chica había aparecido en casa de los condes, Julia dijo que esa familia nunca los dejaría vivir en paz.

Ahora sí había captado la atención de su compañero.

—Y al irme le pregunté a Usnavy, la empleada del hogar, qué había pasado entre ellos.

—¿Y qué te dijo?

—Que Landelino, el padre del conde, había matado a Leopoldo. Le pregunté cómo y dónde, pero se volvió a la casa y no me quiso decir

nada más.

—¿Y cómo se relaciona con lo que ha pasado?

—Aún no lo sé. Pero necesitamos averiguarlo.

El pueblo estaba absolutamente silencioso cuando se reunieron con el alcalde en la puerta del Museo de la Guerra Civil, un edificio recio y sencillo, rematado con una torre cilíndrica. Arturo Valdivia tenía las llaves en la mano. Saludó a ambos. En su rostro quedaba claro que esperaba una explicación.

—Muchas gracias, alcalde —dijo Aitana.

—¿Por qué les interesa el museo? —preguntó, sin poder contener su curiosidad.

—Lo sabrá a su debido tiempo —cortó Aitana con sequedad. El alcalde no insistió. Se limitó a abrir las puertas.

—Por la hora que es no he querido llamar al director del museo ni a los empleados. Les puedo enseñar las principales secciones…

—Sí, por favor. Enséñenos dónde está cada cosa y no lo molestaremos más.

Entró empujando una puerta pesada de vidrio y accedió a una galería que contenía los expositores y las instalaciones.

—Antes este edificio era el depósito de agua del pueblo —aclaró el alcalde.

Avanzaron a otra sala, donde había una exposición de objetos de la Guerra Civil de ambos bandos y de distintas tropas. Cascos, granadas, nidos de ametralladora, raciones de comida, vendas… e incluso había unas maquetas del pueblo que mostraban el antes y el después de los bombardeos y de las sangrientas luchas entre hermanos.

—Por último, aquí está el archivo con toda la documentación de la que disponemos. Les ruego que tengan cuidado cuando examinen los documentos, hay papeles muy antiguos y frágiles. Hemos solicitado ayuda para escanearlo todo y digitalizar los fondos, pero estos temas van despacio. Al fondo está el despacho del director. Pueden trabajar allí si lo desean.

—Muchas gracias, alcalde.

Con algo de reserva, Arturo le entregó la llave a Aitana.

—Por favor, cierren al salir.

—Descuide.

—Por cierto, ¿es verdad que han detenido a Beltrán?

Roca miró a Aitana.

—Sí. ¿Lo ha visto en la prensa?

—No, pero he llamado a su mujer y somos amigos. ¿Fue él…?

Aitana le explicó con amabilidad que no podían darle más datos de una investigación en curso como aquella. Le rogó que se mantuviera alejado de la prensa y que guardara discreción. Él, como amigo del principal sospechoso, aseguró que sería discreto, y por fin los dejó solos.

Aitana encontró una gruesa carpeta en la que ponía «Partes médicos». Había una por cada año de la Guerra Civil.

—Ayúdame a llevarla al despacho.

—Espero que me digas qué estamos buscando.

Aitana se sonrió al pensar que después de sus episodios y sus extrañas peticiones, quizá pensaría que había perdido la cabeza por completo.

—Quiero saber qué hay en estos archivos sobre Leopoldo.

Los dos se sentaron en el despacho y examinaron las largas listas de heridos y fallecidos de ambos bandos, que no estaban en orden alfabético, sino cronológico.

—Leopoldo Guzmán —leyó Roca—, fusilado por el bando nacional el 20 de julio de 1938.

Aitana se levantó y fue a buscar en el archivo imágenes de ese año. Encontró otra gruesa carpeta de fotografías con el título «La batalla de Sarrión». Al abrirla, y pasar con rapidez algunas fotos en blanco y negro, halló una visión familiar. La imagen casi le quemó los dedos.

Era el exterior de la capilla de los condes. Un reguero de sangre descendía por el empedrado, dibujando la trayectoria de un hombre abatido al caer. A los pies del muro del templo yacía el cuerpo, desmadejado como un títere, con las manos atadas y el rostro pegado al suelo, las facciones hundidas en un charco oscuro. Aitana reconoció las cejas.

Era él, Leopoldo Guzmán.

—Estoy bastante segura de que es Leopoldo. Si murió en la finca de los condes, como parece, y en la Guerra Civil, en el año 1938, es muy difícil de entender que luego los Valdierra regalasen a los Guzmán una parte importante de sus tierras.

Los dos miraron la foto del hombre caído en el suelo, intentando entender.

—Quizá alguien al servicio del conde lo asesinó sin más. Por una rencilla personal o por un error. Y como Leopoldo trabajaba para los condes, estos se sintieron en deuda y quisieron ayudar a la familia.

—Quizá fue Landelino. Ya viste las escopetas de caza en su casa. O lo mandó matar. No creo que quisiera ensuciarse las manos.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Roca.

Aitana miró la foto con tristeza.

—Imagino que en aquel momento no se necesitaba una razón. O quizá sí la había, y la guerra y estar en bandos enfrentados eran la excusa perfecta.

—Deberíamos preguntárselo a Camilo —sugirió Roca.

—Ya has visto lo poco que le gusta hablar.

Los dos pensaron durante unos instantes.

—Bueno. A ver. Leopoldo muere a manos del conde o de sus trabajadores, en julio de 1938, en el contexto de la segunda batalla de Sarrión. Pero la vida sigue y la madre, que se ha quedado sola con dos niños muy pequeños, seguiría trabajando en la finca. Al ser la mujer de un rojo, estaría a expensas de la piedad de sus jefes.

Ambos cavilaban, abrumados por el aluvión de documentos y fotos que los rodeaba.

—La explicación de la contrición por el asesinato de Leopoldo encaja con el regalo de las tierras. Pero entonces, ¿por qué dijo Julia que esa familia jamás los dejaría en paz? Hay algo que no sabemos —afirmó Aitana.

Cerraron con llave el museo. Aitana miró a su compañero con una expresión de creatividad en el rostro.

—¿Adónde me quieres llevar? —preguntó algo asustado.

Eran casi las diez cuando Roca llamó con pudor a la puerta de la sacristía, en la parte trasera de la iglesia de San Pedro.

—Si nos pide orden del juez, vamos listos —se quejó.

—No creas que le sorprenderá tanto —dijo Aitana, y señaló una placa dorada con un teléfono, con las palabras «últimos sacramentos» grabadas en ella.

El cierzo hizo temblar la puerta y provocó que Aitana perdiera el equilibrio. Roca la sostuvo en una postura teatral y se miraron a los ojos. Ella iba a decir algo cuando un hombre al que no conocían, de unos sesenta años, vestido en pijama, les abrió la puerta. Los dos se separaron, Aitana intentó reorganizarse la melena.

—Disculpe. Somos de la Guardia Civil. ¿Es usted el sacristán?

El hombre asintió, algo asombrado.

—Necesitamos consultar los archivos parroquiales. Es urgente.

—¿Esto es por la chica desaparecida?

Aitana asintió.

—Para eso tengo que despertar al sacerdote. ¿Seguro que es urgente?

—Me temo que sí —respondió Roca.

Les abrió la puerta y los invitó a pasar con un gesto. La sacristía era un espacio rústico, oscuro y sin lujos. Tenía varios muebles con antiguos archivadores en las paredes, un ventanuco que daba a la calle y un escritorio antiguo imponente de madera noble. Detrás, presidiendo la estancia, un retrato enmarcado de la Virgen de Mediavilla y una cruz de madera. Frente a la mesa había dos sillas. El espacio olía a cerrado, a papel viejo y a una mezcla de polvo e incienso.

—Por favor, esperen aquí. Pero de momento no toquen nada.

Se quedaron solos, en un silencio sepulcral, solo amenizado por las ráfagas cambiantes del cierzo que azotaban el templo.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —quiso saber Roca.

Aitana lo miró. Pensó en su pregunta, y en él, en la noche tan tierna como extraña que habían pasado juntos. En algún momento tendría que hablar de ello, aunque no sabía qué decirle, tampoco

sabía qué pensaba ella misma al respecto, para eso necesitaría respirar y tocar tierra y, sobre todo, resolver la investigación. Una tos herrumbrosa y prolongada precedió la entrada del sacerdote, que los escudriñó con poca simpatía. Tras él entró el sacristán.

—¿Vienen a detenerme? —bromeó con una sonrisa socarrona—. Porque supongo que ustedes confesiones no gastan, y los veo en buena forma para los sacramentos nocturnos.

Aitana le explicó que necesitaba comprobar las actas de defunción y de nacimiento de algunos vecinos de su pueblo. En concreto, de la familia de los condes y de la familia completa de Valentina.

El sacerdote indicó al sacristán con un gesto que les trajera lo que pedían.

—Ayúdalos en lo que necesiten —ordenó, y se retiró.

El sacristán tardó unos minutos en sacar la documentación de los muebles archivadores. Cuando lo hizo, Aitana le pidió que los dejara solos, y se marchó con el mismo disgusto con el que los había atendido.

Aitana puso sobre la mesa la partida de nacimiento y defunción de Landelino, también la de Leopoldo y las de sus esposas; después, las de Camilo y Salvador Guzmán.

—El padre del conde, Landelino, murió de anciano, tal como vimos en la capilla, en 1966 —dijo Aitana.

Roca la miraba sin entender.

—Pero podemos confirmar que Leopoldo falleció el 20 de julio de 1938.

—Vale, ¿y?

Aitana tomó las actas de nacimiento de Camilo y Salvador.

—El primer hijo de Leopoldo, Camilo, nació en el año 35, antes de la guerra. Leopoldo, decíamos, murió en julio del año 38. Salvador nació once meses después, en junio de 1939. Leopoldo no era su padre, ya estaba muerto cuando Salvador fue concebido.

Roca la miró con asombro.

—Pero entonces…

—Landelino mata a Leopoldo. Y la viuda sigue trabajando en casa de los condes. ¿Tú qué crees? —le preguntó Aitana.

—Que Landelino deja embarazada a Asunción. La mujer sigue adelante con el embarazo. ¿Empezó su relación antes o después de la muerte de Leopoldo? Si empezó antes, quizá ella fue la causa de que el conde se cargara a su mejor empleado —concluyó Roca.

—Y después nace Salvador, un niño con discapacidad. En esa época eso era una vergüenza. No podemos saberlo si no vemos las escrituras de la casa de los Guzmán o el papeleo de la donación de terrenos si lo hay…, pero quizá fue una forma de lavar su conciencia por haber matado a Leopoldo primero y haberla dejado embarazada de Salvador después, un niño «bastardo», como se consideraba entonces, y con problemas que le hacían aún más difícil salir adelante. —Su compañero esbozó una mirada de admiración—. Hay muchas familias que se odiaron a muerte después de la Guerra Civil. Pero si lo vemos desde el punto de vista de Camilo Guzmán… El conde asesinó a su padre y más tarde embarazó a su madre. Él tuvo que seguir en la finca, sometido, cuidando a su hermano, fingiendo respeto, sirviendo a quienes lo habían humillado hasta el límite. Y un día se entera de que Valentina anda con Beltrán… y el odio renace como si no hubiera pasado un solo día.

—Pero ¿cómo podían saberlo? —preguntó Roca.

—Que no lo hayan dicho no significa que no lo supieran, especialmente si los ha motivado a actuar. Es historia que se repite. La idea de que Valentina quedara embarazada de nuevo por alguien de la familia Valdierra quizá resultaba inasumible para ellos.

—Una nueva deshonra para los Salas.

Los dos meditaron la teoría de Aitana. Roca no lo tenía claro.

—No estoy seguro de que esto tenga algo que ver con la muerte de la chica —objetó—, ni siquiera creo que Camilo tenga una mentalidad tan vengativa y antigua.

—Yo tampoco, pero no estoy tan convencida como tú de que Beltrán sea el culpable y me gustaría llegar al fondo de todo esto.

Roca ojeó los documentos, pensativo.

—Si sabían de la relación con Beltrán y del embarazo, ¿no crees que por mucha vergüenza o rabia que sintieran nos lo habrían dicho? Su hija, su nieta estaba desaparecida… y la guerra acabó hace más de ochenta años.

Aitana enarcó una ceja.

—Si no lo han dicho es porque tienen algo que ocultar. Eso creo.

Roca se pasó la mano por las mejillas, que rasparon al contacto con sus dedos, y sostuvo el acta de nacimiento de Salvador.

33

—El golpe en la cabeza no fue lo que la mató. O no solo —les dijo la forense.

Ramales había accedido a verse con Aitana y con Roca antes de incorporar el informe al sumario de instrucción del juicio. Era la primera hora del 31 de diciembre, pero los recientes descubrimientos iban a impedir que Aitana volviera a casa a pasar con su hija la primera Nochevieja de su vida. Por suerte, Daniela no lo recordaría, salvo que su padre se lo contase.

Su amiga la forense tenía algunos datos preliminares, pero otros, como el adn encontrado sobre el cuerpo de la chica, aún no estaban disponibles. Dado que Aitana no se fiaba de la discreción de los guardias del puesto, se habían reunido en la habitación de hotel de Aitana y, a falta de un espacio mejor, estaban los tres sentados en la cama, con los documentos y los portátiles sobre el edredón.

Sonia sacó una foto que mostraba la mitad inferior del cuerpo de la joven y sendos traumatismos en la parte posterior de los muslos, la piel rodeada de zonas purpúreas y amarillentas, las piernas deformadas y llenas de hematomas, los pies hinchados.

—Fue atropellada por detrás, en la zona de las corvas. Esto provoca, casi siempre, una caída frontal contra la carretera, que explicaría el golpe fuerte en la cabeza y la muerte instantánea.

Aitana asintió. Detectó que a Roca le costaba mirar. En cambio, Sonia estaba cargada de energía.

—Mi teoría es la siguiente. Si, como me habéis contado, estuvo en el coche de Beltrán y se apeó, y echó a caminar de noche por la carretera, o bien Beltrán se giró y se la llevó por delante…

Aitana no creyó que eso fuera lo que había ocurrido, pero su compañero claramente pensaba que así había sido.

—O bien fue atropellada por un vehículo distinto. Era de noche y la luna estaba casi llena, pero las nubes lo tapaban todo. Es posible que quien le diera con el coche no la viera, por lo que no descartaría que hubiera sido una muerte accidental.

—Puede ser, pero si el cuerpo de la chica ha aparecido en la finca de Beltrán…, para mí está claro que la atropelló por despecho, o bien, aunque me resulta menos creíble, que fue un accidente y la quiso dejar en otro lugar para despistar —opinó Roca.

—Quizá quería continuar la conversación o llevarla a casa a pesar de que hubieran discutido, como nos dijo en el interrogatorio —añadió Aitana, aunque seguía sin verlo claro.

Hubo un instante de silencio. Aitana percibió que Roca no entendía sus dudas.

—Aitana, compañera. No sé qué más quieres. Beltrán no tiene coartada para ese tramo de la noche, sabemos que fue la última persona en verla después de que su abuelo la dejara en la zona de bares, tenía motivo para hacerlo porque ella acababa de romper con él; tenía el medio, es decir, el coche, y la oportunidad, una carretera oscura en medio de la nada y una cita que solo conocían ellos dos, y por si fuera poco, enterró el cuerpo en sus terrenos.

—Querrás decir que apareció en su finca —precisó Aitana, y se hizo otro silencio.

—Es verdad que podría encajar en la categoría de homicidio —añadió Sonia—, no lo planeó, pero ella lo jodió, y lo hizo atropellándola, un crimen de oportunidad. El impacto por la espalda la tiró al suelo, así se hizo el golpe en la cabeza. Beltrán se vio con el cuerpo de su amante tirado en medio de la carretera, lo metió en su coche y lo enterró en sus tierras aprovechando que estaba oscuro y era tarde.

—Es una teoría muy lógica —admitió Aitana—, pero ni en el maletero ni en la parte trasera se ha encontrado sangre o restos de la chica, y tendría que estar sangrando si sucedió tal y como decís.

—Puede haberlo limpiado —respondió Roca, firme.

—Sí, pero ya puestos a limpiar, ¿por qué no limpiaría también el habitáculo delantero, donde había restos del adn de la chica, más sabiendo cómo acabó, por qué no se deshizo del abrigo? —cuestionó Aitana, y ninguno de sus dos compañeros tuvo respuesta.

Roca la miró, con algo parecido al enfado dibujado en su rostro.

—Quizá el pasado no tenga nada que ver. Por mucho que estas dos familias se odiaran —alegó Rafael.

Hubo otro silencio de varios segundos. Aitana observó en otra foto el rostro gris y deformado de Valentina, intentando dominar la intensa tristeza que le provocaba la imagen.

—Sonia, me gustaría que cotejaras la altura del vehículo de Beltrán con el impacto en el cuerpo de Valentina. ¿Lo habéis hecho?

Sonia tuvo que admitir que no.

—Hagámoslo ahora.

Roca y Sonia miraron a Aitana como si estuviera loca.

Aitana se acercó a un espejo de cuerpo entero que había frente a la cama y sacó un pintalabios de su bolso.

—Altura de Valentina —dijo.

Sonia buscó en el informe.

—Un metro sesenta centímetros.

Aitana midió con el móvil la distancia en el espejo y lo marcó con el pintalabios.

—Bien. El coche de Beltrán, ¿qué modelo es?

Roca sacó un cuaderno de notas.

—Toyota Land Cruiser. —Tras una rápida búsqueda en su ordenador, añadió—: El morro del vehículo está a noventa y cinco centímetros.

Aitana miró a Sonia, que consultó los datos del informe.

—Si ese coche la hubiera atropellado, los traumatismos estarían en el bajo abdomen o en los muslos, que es donde impacta normalmente el frontal de un vehículo contra un peatón. Pero no los tiene ahí. Los presenta en las tibias, justo por debajo de las rodillas, en la parte posterior. Además, cuando el impacto se produce a la altura del centro de masa del cuerpo, lo habitual es que la víctima salga proyectada hacia delante o hacia arriba, no que caiga de frente justo delante del coche. Y el ángulo de la caída indica precisamente eso: no fue embestida como en un atropello convencional.

—Revisemos los otros coches de la familia. El Mini Cooper de Carla, la mujer de Beltrán.

Roca buscó la información.

—El morro está a sesenta y cinco centímetros. Golpearía en las tibias.

Aitana lo marcó en el espejo.

—El Mercedes de los padres —continuó, mirando a su compañero.

El sargento indagó en el ordenador.

—Un Mercedes clase S de 1991. El morro está a sesenta y cinco centímetros. La misma altura que el Mini Cooper.

Aitana pintó de rojo una marca en paralelo y le tendió el pintalabios a Sonia.

—¿Dónde fue el punto de impacto en el cuerpo de Valentina?

Sonia miró unos datos y un dibujo en el informe preliminar. Y en vez de dibujar únicamente una marca, trazó una sencilla pero reconocible silueta en el espejo del cuerpo femenino por detrás y marcó con una X la parte alta y posterior de los muslos.

—Aquí lo tenéis. El punto de impacto está por debajo del que le hubiera causado un todoterreno y por encima de los otros dos coches. No ha sido ninguno de esos vehículos.

Sonia asintió.

—Es posible que tuvieran otro coche —alegó Roca, pero su voz sonó algo apagada.

—En ese marco temporal, está claro que Beltrán estaba volviendo a casa en su todoterreno.

—Quizá alguien lo ayudó —tanteó su compañero.

Aitana pensó en otras pruebas que pudieran ayudarlos a ampliar las posibilidades.

—¿Qué resultados faltan por llegar?

—La fauna cadavérica, el análisis del terreno y el adn hallado sobre el cuerpo de la chica.

—¿Se ha pedido el adn del feto? —preguntó Aitana, intentando disimular la desazón que esa cuestión le provocaba.

—Esa prueba tiene que autorizarla el juez, porque hay que externalizarla, y no sé si lo ha hecho ya.

Aitana intentó acallar el latido acelerado de su corazón. Temió ponerse roja. De repente sentía que hacía mucho calor en aquella habitación. Sin que pudiera evitarlo, un destello de la imagen de su hija muerta en el hoyo con la que había alucinado cruzó su mente. Cerró los ojos y tomó aire.

—Hay algo que no estamos viendo —sentenció Aitana.

Los tres miraron la silueta delineada en rojo en el espejo, y sus tres rostros pensativos y desconcertados enmarcados en ella.

34

—¿Y qué vas a hacer si te equivocas?

El sol de media mañana se abría paso entre las nubes cuando Aitana se subió al coche.

Roca se dejó caer a su lado, no parecía muy contento.

—Si me equivoco, el juez hará lo que tenga que hacer —dijo Aitana, arrancando el motor para regresar al barrio de la Escaleruela.

Rico y Montero estaban acudiendo al lugar por otra ruta, para que dos vehículos de la Benemérita, uno detrás del otro, no llamaran la atención. De la discreción de Marchena y Montes directamente no se fiaba. Además, tenía a todo el mundo donde los quería tener. A Beltrán en prisión preventiva, a la prensa informando de su detención en todos los noticiarios del país y a la familia Guzmán, que aguardaba una visita para explicarles todo aquello que la televisión y los medios ya parecían saber. Entendía a Roca, porque de alguna forma era más sencillo y claro que hubiera sido Beltrán quien, voluntaria o involuntariamente, hubiera acabado con la vida de Valentina, pero ella quería seguir su intuición, que después de tanta duda, había reaparecido como lo hacía antes de su depresión posparto.

Llegaron a la verja de La Sombra, la finca de los Guzmán. Aitana llamó al timbre. De inmediato escuchó ladridos, pero ninguna

respuesta. Insistió y apareció por fin Camilo, el abuelo, con sus pesadas botas, su chaqueta Barbour verde y su expresión huraña, a abrirles la puerta.

—Tenemos que hablar con ustedes —anunció Aitana.

Sin mediar palabra, abrió la puerta y los dejó pasar. Echó a caminar por el sendero que llevaba a la finca y, sin girarse a hablar con ellos, anduvo con la cabeza bien alta, dejando un reguero de barro en el camino empedrado.

—Mi hija está acostada —comentó sin mirarlos.

—¿No se encuentra bien? —preguntó Aitana, pero no hubo respuesta.

La teniente vio, aparcado junto a la carpa, el *buggy* en el que hacía tan solo dos días había visto a Salvador, mirándola atemorizado. Se preguntó cómo la recibiría esta vez.

—¿Quién está?

—Pues mi yerno no sé dónde andará. Aquí estamos mi hermano, mi nieto y yo. ¿Les basta? —dijo Camilo, empujando la puerta.

Realizó un vago gesto con el que los invitó a entrar. En el zaguán se quitó las botas manchadas de barro y colgó la Barbour en el perchero.

—Pasen.

Los inspectores tomaron asiento en las butacas del salón que ya conocían. Ella miró de reojo la foto de Leopoldo en el pasillo.

—Por favor, avíselos —pidió Aitana.

De mala gana, Camilo subió un tramo de escalera y dio una voz para avisar a sus familiares. Bajó y se perdió por el pasillo que daba a la cocina. Reapareció con su hermano, quien, al verlos, liberó un

gañido temeroso e hizo ademán de darse la vuelta. Camilo lo agarró por el brazo.

—¿Qué haces, hombre? Siéntate.

Salvador se sentó, obediente, acogotado, con las manos entre las rodillas, en el sofá frente a Aitana y Roca.

Ella recordó el empujón que Salvador le había dado, los golpes contra la puerta y el techo del coche, la brecha en la frente, el mareo, la íntima sensación de vergüenza que le había producido aquella agresión y la ferocidad que le mostró cuando estaba abalanzándose sobre ella.

Ahora parecía otra persona. Una especie de niño envejecido a quien sus padres habían castigado. Al poco, oyeron unos pasos. Jaime, recién peinado y afeitado, con una camisa remetida por dentro de unos pantalones chinos, bajó la escalera con un ritmo despreocupado. Los miró con cierta sorpresa a través de sus modernas gafas de pasta. Lo refinado de su aspecto contrastaba con la tosquedad de Camilo y Salvador.

—Buenas noches, agentes. ¿Hay algo más que debamos saber? Mi madre no se encuentra muy bien y mi padre no está aquí ahora.

Aitana no respondió a su pregunta. Con un gesto le indicó que se sentara.

—Si vienen a decirnos que Beltrán ha sido detenido, ya lo sabemos. Está en todas partes —dijo el chico con un aire de suficiencia—, y también podrían haberse enterado de su relación con él.

Aitana se mordió la lengua para no responder; no tenía por qué darle explicaciones. Nadie sabía de esa relación, nadie que no fuera Beltrán, Valentina o Carla, que ella supiera. Por algo los dos se

habían estado viendo fuera del pueblo y por algo ninguna de sus amigas sabía de Beltrán. Así que eso solo podía significar que Marchena o Montes se habían ido de la lengua con la prensa a cambio de dinero o simplemente por sentirse relevantes.

—Tenemos que hacerles unas preguntas —anunció Aitana.

Jaime la observó con curiosidad. Camilo frunció el ceño. Salvador emitió un leve gemido en tono de interrogación, pero no se atrevió a mirarla.

Roca se aclaró la voz y abrió la carpeta.

—El informe forense sobre el cuerpo de Valentina arroja algunos datos de los que nos gustaría hablar con ustedes.

Aitana escrutó sus tres rostros en busca de emociones.

—En el cuerpo de Valentina se ha hallado adn de Beltrán, que, como ya saben, se encuentra en prisión preventiva. Y también se encontró adn de Valentina en su coche.

Jaime asintió satisfecho. El abuelo posó sus ojos en Roca suspicaz, intuyendo que eso no era todo.

—Pero también de Salvador.

El aludido se tapó las orejas. Camilo los miró con extrañeza.

—Se ha encontrado adn de Beltrán en las manos y la cabeza del cuerpo de Valentina. Él ha admitido que tuvieron un encuentro, pero asegura que discutieron y ella se fue andando en dirección a su casa por la carretera.

Camilo seguía con el ceño fruncido. Solo reaccionó para quitarle las manos de los oídos a su hermano de un brusco manotazo.

—Quita las manos de ahí. Siéntate bien —le ordenó.

Obediente, Salvador se enderezó, pero en lugar de mirar a los inspectores, se puso a mirar un punto detrás de ellos que parecía

flotar en el espacio. Aitana también podía oír con toda nitidez su respiración agitada, casi agónica. Camilo, ahora con los brazos cruzados en el pecho, seguía disgustado ante lo que oía; la teniente no sabía si porque era nuevo para él o por lo que suponía para la familia. Sin embargo, Jaime la miraba directamente a los ojos con una tranquilidad inquietante.

—En cambio, el adn de Salvador ha aparecido en lugares algo más extraños, incluso teniendo en cuenta el contacto habitual dentro de una familia que convive. Hablamos de lugares como el elástico de la ropa interior de Valentina, las muñecas y los tobillos —continuó Roca.

Jaime dirigió una mirada de extrañeza a Salvador, que enarcó las cejas y encogió los hombros. Camilo se echó hacia delante.

—¿Qué quiere decir con lo de la ropa interior? ¿La violaron?

Aitana cerró los ojos, disgustada. Tanto cuidado que tenían en escoger las palabras, para que luego fuera a ella a la que laceraban el tono y la indolencia con la que se referían a la chica.

—No hay indicios de agresión sexual. Pero esos puntos serían los típicos que alguien escogería para manipular o mover un cuerpo —explicó Roca.

Jaime miró primero a Salvador y luego a su abuelo, a quien no le encajaba nada de esto y observaba a su hermano con severidad.

—¿Qué está diciendo, Salvador? ¿Qué has hecho, hombre?

Su hermano negó con la cabeza y se inclinó, asustado, de delante hacia atrás, meciéndose nervioso.

Camilo levantó la mano, con intención de soltarle un cachete a su hermano, pero Jaime apoyó la mano en la rodilla de su abuelo con suavidad, y este bajó el brazo. Salvador se estremeció y cerró los

ojos por un instante, como si igualmente hubiera recibido esa bofetada.

—¿Cómo pueden explicar algo así? —inquirió Roca.

Camilo negó con la cabeza. Jaime escuchó en silencio, sin expresión, hasta que se decidió a hablar.

—Imagino que el adn de personas que conviven puede aparecer en los lugares más variados, perdónenme si me equivoco —dijo con toda educación y prudencia.

Roca sacó otra hoja y les enseñó un diagrama que mostraba el dibujo anatómico de un cuerpo femenino con las marcas de impacto.

—Además del adn, el análisis forense establece que Valentina recibió un traumatismo severo en la parte alta de los muslos. Lo más probable, a causa de un atropello —detalló Roca.

Salvador comenzó a tirarse de los pellejos de las uñas.

—Hemos cotejado la altura del vehículo con los que tienen la familia de los condes y no ha sido atropellada con ninguno de ellos.

—¿Qué quiere decir? —cuestionó Camilo—. ¿No sabe quién la atropelló? Pues serían ellos si apareció en su finca.

—Sí sabemos quién la atropelló —aseguró Aitana girando la cabeza hacia Salvador, que fue incapaz de sostener su mirada y se agarró las piernas con sus nudosas manos para disimular su temblor.

—¿Quién? —preguntó Jaime, asombrado.

Aitana le pidió una carpeta a su compañero. Camilo seguía atónito. Jaime era el único que no parecía preocupado en ocultar su sorpresa. Los esfuerzos de Salvador eran toscos, toda su energía se consumía en evitar la mirada de la teniente, como esos niños que creen que, si ellos no te ven, tú tampoco puedes verlos.

Aitana desplegó ante la familia una nueva imagen: una silueta femenina con las trayectorias de impacto señaladas, igual que la anterior, y, junto al cuerpo, el dibujo esquemático de un vehículo para contextualizar la reconstrucción. Al ver el dibujo frontal del *buggy*, Salvador liberó un gañido animal.

—La herida en los muslos se produjo a una altura compatible con un *buggy* como el que tienen en el jardín, y que he visto que Salvador conduce. Así que no solo tenemos el adn de Salvador en el cuerpo de Valentina, sino que sus heridas son compatibles con este vehículo de su propiedad y que él usa —concluyó Aitana.

Se hizo un largo silencio.

Camilo estaba paralizado. Incrédulo, Jaime giró su mirada hacia su tío abuelo. Salvador se levantó, dejando expuesta una gran mancha oscura a la altura de la pelvis. Se había orinado en los pantalones.

—Ve a cambiarte —le ordenó Camilo—. ¿Puede? —le preguntó a Aitana.

Ella asintió y Salvador, conteniendo el llanto como podía en sus brillantes ojos azules, se levantó y se fue apresuradamente escaleras arriba, hacia las habitaciones.

—No se preocupen, no se va a escapar —dijo Jaime.

—Tampoco podría —respondió Roca.

Camilo tomó aire, abrumado, conteniendo su ira. Jaime, en cambio, parecía tener controlada la situación.

—Viene de camino una psicóloga especialista de la Guardia Civil para explicarle a su hermano Salvador que nos lo llevamos detenido —anunció Aitana.

Camilo negó, incrédulo.

—Mi hermano apenas entiende lo que se le dice, ¿por qué habría hecho algo así? Además, quería mucho a la niña…

—Sabemos que su hermano, aunque no hable, es capaz de conducir y realizar muchas tareas en la finca, y que es capaz de actuar con violencia sin que nadie lo empuje a ello, como hizo con mi compañera —añadió Roca, con severidad.

Camilo los miró desarmado, con la boca abierta, como si quisiera responder, pero sin saber cómo.

—¿Pudo ser un accidente? —preguntó Jaime.

Aitana los observó a ambos con detenimiento durante un par de segundos antes de contestar.

—No está claro. ¿Qué creen que le pudo pasar? —tanteó, con ganas de ponerlos a prueba.

Camilo miró a su sobrino, quien se mostró molesto por la pregunta.

—No creo que nos toque a nosotros decir qué pasó o qué no pasó —contestó Jaime con aire arrogante.

—Pero ¿no apareció en la finca de los condes? Entonces, ¿por qué se llevan a mi hermano? Si el adn ese está en todas partes, y solo por la altura de un vehículo, pues yo qué sé, igual ellos tienen uno como el nuestro, o fue con otro cacharro —dijo Camilo, cada vez más enfadado.

—Antes de explicarles lo que creemos que sucedió, les pido disculpas porque necesitamos ser muy específicos y seguramente no será agradable oír ciertas cosas —comenzó Roca.

—Me da igual, quiero saber qué pasó con mi nieta —interrumpió Camilo.

El sargento hizo un gesto de calma y siguió.

—Nuestra hipótesis es que pudo haber sido atropellada por su hermano en el *buggy*, de manera intencionada o accidental. Al recibir el golpe en la parte alta de los muslos, Valentina cayó frontalmente al suelo a gran velocidad, lo que le provocó un traumatismo craneoencefálico que…

Roca no terminó la frase. Camilo se tapó los ojos, espantado. Jaime los miraba fijamente.

—Quien atropelló a la víctima se vio con el cuerpo en mitad de la carretera, de noche. Si fue Salvador, es natural que se arrepintiera o que sintiera compasión por ver a su sobrina nieta tirada en la carretera. Por vergüenza o por respeto recogió su cuerpo y la cargó en el vehículo. Agarrándola, como apoya el estudio forense, por las muñecas y los tobillos, para llevarla del asfalto al *buggy*, y de ahí a su escondite.

—Pero es que apareció en casa de los condes, ¿cómo se explica eso? —insistió Jaime.

Roca dirigió la mirada hacia Aitana, buscando su aprobación para revelar la información que tenían, ella asintió.

—El análisis de la tierra encontrada en el cuerpo de Valentina contiene restos de un pesticida que no se usa en la finca de los condes. Puede que en esta sí.

Jaime palideció de golpe.

—No entiendo nada —dijo Camilo.

—Según hablamos, un compañero forense está llevándose tierra de esta finca para analizarla y ver si se trata de la misma, también nos vamos a llevar el *buggy* —afirmó Roca.

—Pero no tienen permiso —protestó Jaime.

—Bueno, su abuelo nos ha dejado entrar y los compañeros que están registrando la finca tienen una orden judicial. No necesitamos ningún permiso.

Camilo se puso de pie, furioso.

—Esto es imposible, señora —espetó—, me juego lo que sea a que mi hermano no ha hecho eso. Atropellarla, no hay motivo; esconderla en la finca de los condes, imposible, no le da la cabeza para eso. Una cosa es que le pegara a usted, otra cosa es que pensara un plan criminal…

—Las pruebas demuestran, o indican con bastante probabilidad, que su hermano Salvador ha atropellado a su nieta y que la ha enterrado en la finca de los condes. Lo que creo, señor Guzmán, es que no lo ha hecho solo —alegó Aitana, con firmeza.

Camilo la miró indignado. Jaime observaba a su abuelo, pendiente de su reacción.

—Pero ¿qué dice, que lo he hecho yo? —preguntó el anciano, furioso.

—Quizá no ha podido olvidar lo que pasó con su padre —intervino Roca.

Camilo lo fulminó con la mirada. Pero Roca no se calló. Aitana observó cómo Jaime, en el mismo segundo en que oyó la revelación, no dio muestras de asombro; pero luego cambió su expresión con rapidez, y se giró espantado y sorprendido hacia su abuelo.

—Eso no es asunto de nadie, ni tiene que ver con nada —se enfureció Camilo.

—¿De qué habla, abuelo? —preguntó Jaime.

—El abuelo de Beltrán, Landelino, mató a tu bisabuelo Leopoldo, al padre de tu abuelo, en la Guerra Civil. Y Salvador nació once

meses después, así que no pueden tener el mismo padre —dijo Aitana, con calma.

—¡He dicho que no es asunto de nadie! —interrumpió el abuelo, alzando el puño. Roca lo miró con seriedad. El hombre bajó la mano, derrotado.

—Dígame, Camilo. Quizá nos ha mentido. Escuche mi teoría. Pienso que se entera de la relación de su nieta con Beltrán. Le atormenta pensar que el pasado vuelve. Igual que el conde dejó a su madre embarazada, Beltrán pudo hacerle lo mismo a su nieta. Primero matan a su padre, lo dejan huérfano, después humillan a su madre… y muchos años después, a su nieta.

Camilo la miró indignado, con los ojos inyectados en sangre, mientras sus manos se cerraban en sendos puños. Su cara adoptó un tono rojizo, las venas de su cuello y de su frente se tensaron.

—¡No digas eso de ella, que te mato! ¡Mentirosa! —gritó Camilo, rojo de ira.

Los insultos no intimidaron a Aitana, que quería contar la historia entera.

—El abuelo de Beltrán, el antiguo conde, dejó a su madre, Asunción, embarazada de una criatura que sería Salvador, y por la culpa de hacerla cargar con un hijo más, le regaló la parcela de la finca. Bueno, regalar... Quizá consiguió el silencio de su madre y de aquellos de la familia que lo supieran. Menuda vergüenza tuvo que pasar usted de niño, viendo al conde rondar a su madre, y a ella aceptar su compasión. Eso fue lo que ocurrió, ¿verdad, Camilo? Tuvo que ser difícil crecer toda la vida al lado de su hermano, sabiendo que era hijo del asesino de su padre.

Camilo se levantó y estiró la mano hacia Aitana, intentando alcanzar su cuello; pero Roca agarró su brazo y lo inmovilizó detrás de su espalda. A pesar de ello, el hombre dio otro paso hacia Aitana, gritando, congestionado y sudoroso.

—¡No hables de eso, puta! ¡No es asunto tuyo!

Estaba rojo, y al gritar, había rociado de saliva a su compañero, que se limpió la cara y en el mismo gesto, lo agarró de las manos atadas y lo inmovilizó, alejándolo de ella.

Y entonces Aitana lo supo.

Supo que Camilo era inocente.

Supo que no sabía nada del embarazo, que su reacción había sido de genuina sorpresa, de auténtica rabia. Pero necesitaba terminar el argumento, tenía que seguir apretándolo, aunque supiera que no había sido él.

—No podía permitir que volviera a ocurrir. Y eso es lo que le dijo a su hermano para que atropellara a Valentina.

—Yo jamás… —Ahora a Camilo le faltaba el aire—. Yo adoraba a esa niña. Y jamás le dije eso a mi hermano, para qué, para causarle sufrimiento nada más. He pasado la vida intentando olvidarlo, ganando dinero para mi familia, para poder olvidar esa humillación…

—Pero su hija Julia sabía de esta historia. Y se la contó a su hijo —desvió la acusación Aitana.

Jaime no dijo nada. Se mantenía frío e inmóvil, como si su abuelo y su ataque de furia no tuvieran nada que ver con él.

—Además —añadió Roca—, usted estuvo toda la noche durmiendo. Así lo prueba su pulsera de actividad. No se enteró de nada.

—¿Qué?

—Cuando comenzamos a revisar sus coartadas, su hija nos pasó el registro de esa noche. Y hemos comprobado lo que nos dijo ella, que el cardiólogo se lo mandó para vigilar sus arritmias.

Jaime se sintió señalado.

—Yo estuve toda la noche en Twitch, hasta que me fui a dormir, creo que eran las tres. Pueden comprobar la sesión, ya se lo dije.

—Sí, lo hemos visto —afirmó Roca—, y hay varios ratos en los que te levantas, y no por cinco minutos.

—Fue una sesión de varias horas, es normal. No tienen nada contra mí —justificó con tranquilidad.

—Lo que yo creo, Jaime, es que tú le contaste todo esto a tu tío abuelo Salvador, que no lo sabía. Y la deuda que él siente por Camilo, que ha sido su figura paterna y quien lo ha cuidado toda la vida, se hizo aún mayor. Le hiciste creer que estaba en deuda, que el embarazo de Valentina era una vergüenza y una afrenta contra la familia, y que él tenía que hacer algo al respecto.

—Ni de coña —negó Jaime, sin pestañear.

—No contabas con que Salvador tuviera el decoro suficiente de recoger el cuerpo y traerlo aquí. No contabas con que fuera más humano que tú y apareciera con tu hermana en la finca.

Camilo escuchaba con la boca abierta. La fachada de frialdad de Jaime se iba deshaciendo poco a poco.

—Te daba igual si detenían a Salvador y lo mandaban a cumplir sentencia en un centro para personas con discapacidad. Porque eres un psicópata y tu tío abuelo te importa menos que cero.

—Nada de eso —objetó Jaime.

Aitana miró de reojo a Camilo y notó que estaba empezando a dudar de su nieto.

—Y cuando apareció con su cuerpo, te tocó improvisar. Dejaste la sesión abierta en Twitch y te fuiste a convencer a tu tío abuelo de que llevara el cuerpo a la finca contigua, ni siquiera hay que pasar una verja. Encajaba, sabías que Valentina y Beltrán habían quedado, y que a poco que hiciéramos bien nuestro trabajo pensaríamos que Beltrán fue la última persona en verla con vida —continuó Aitana.

Jaime se cruzó de brazos ante su discurso.

—Yo no sabía con quién había quedado —se defendió.

Aitana siguió con su reconstrucción de los hechos:

—Y Salvador lo hizo. Y ahí se quedó tu hermana. Hasta que llegamos nosotros y la encontramos. Con el dron, nos viste desenterrar su cadáver en la finca de los condes y pensaste que todo había acabado, que te había salido bien. También comprobaremos la tarjeta de memoria del aparato.

—No encontrarán nada de eso en el dron —dijo Jaime—, porque es mentira.

—Ya, y supongo que no le contaste nada de eso a Salvador, ¿verdad? —interpeló Roca—. Ahora se lo preguntaremos.

Jaime los miraba más calmado, había controlado su ira, como si le contaran una historia de un tercero. Aitana continuó con el relato mientras Camilo sollozaba quedamente.

—Tu tío abuelo lleva toda la vida trabajando la tierra. Por eso no tuvo problema en llegar a la finca de los condes y hacer lo que le habías pedido. Conoce bien el terreno, porque cuando era niño su madre trabajaba para los Valdierra. Así que le resultó sencillo enterrarla allí y regresar sin ser visto, de madrugada.

Jaime los contemplaba inexpresivo.

Camilo lo agarró por el brazo.

—Dime que no has hecho eso, Jaime.

El joven no miró a su abuelo, que se mostraba horrorizado. Jaime mantuvo su atención en ella y en Roca, como si los retara.

—¿Pero por qué haría yo algo así? —preguntó, sin alterarse—. Yo quería muchísimo a mi hermana. Todo el mundo lo sabe.

Se hizo un silencio. Aitana le pidió a su compañero la carpeta. Sacó dos fotos y las colocó en la mesa baja del salón.

—Ella es Elena, la acosaste. Y esta es tu hermana. Se parecen.

—¿Y qué? —espetó Jaime—. Me hice amigo de una chica parecida a mi hermana. No es un gran argumento.

—La acosaste. Y sabías cosas de Elena que ella no te había contado. Porque la espiabas. Igual que espiabas a tu hermana.

—No es verdad.

—El día que la recogiste en urgencias leíste el informe y te enteraste de que estaba embarazada. Y eso era justo lo que necesitabas. Una ocasión para poder llevar a cabo tu plan. Quizá entonces clonaste su teléfono o accediste de algún modo a sus mensajes y supiste de su cita con Beltrán.

Jaime la miraba incrédulo.

—No sé de qué hablas, Aitana Cobos.

Ella se quedó momentáneamente descolocada por la forma de referirse a ella. Pero lo ignoró y continuó.

—Quien no podía soportar que tu hermana se fuera lejos o quisiera a otra persona no es tu abuelo. Eres tú. La querías para ti, vigilabas cada uno de sus movimientos, todas sus salidas. Pero ella estaba harta de ti y se fue a estudiar fuera, y entonces empezaste a odiarla. Descubriste que tenía una relación con Beltrán y ya no pudiste soportarlo más, tenías que hacer algo. Y por eso convertiste

a tu tío abuelo en un arma para matarla. Si no podía ser tuya, no sería de nadie.

Jaime soltó una carcajada que le resultó estremecedora.

—Vamos a estudiar todos tus dispositivos. Vamos a probar todo esto —dijo Aitana.

—¿Qué vais a probar? ¿Que le conté cosas a mi tío, que le conté viejas historias de la familia? ¿Qué echaba de menos a mi hermana? Ya os digo yo que en mis dispositivos no vais a encontrar nada.

Camilo lo miraba como si no lo reconociera. Estaba muerto de miedo ante la actitud y las palabras de su nieto.

—Nada de nada —insistió Jaime, con los ojos brillantes por la anticipación de la victoria.

Se hizo un silencio. Camilo, al ver a su nieto así, y con sus propias manos atadas a la espalda, se levantó, se lanzó contra la pared y se dio un cabezazo, desesperado; comenzó a sangrar. Iba a repetirlo cuando Roca lo sostuvo. En ese momento entraron Montero y Rico con Salvador esposado, chillando; se había cambiado de ropa, pero intentaba zafarse de los civiles. Salvador reparó en la frente cubierta de sangre de su hermano y quiso agredir a Roca; lo agarraron a tiempo, contuvieron su fuerza. En ese momento, Julia, en pijama y con los ojos desencajados, contempló la escena alucinada.

—Lleváoslos —ordenó Aitana, y a continuación se dirigió a Julia.

—Lo siento, Julia. De verdad.

La mujer negó, como si pudiera controlar la situación con su voluntad; quiso decir algo, pero de sus cuerdas vocales no salió más que aire. Subió la escalera de nuevo, incrédula, y retumbó un portazo. Al poco, la oyeron llorar. Roca sacó a Camilo de la casa y Montero hizo lo propio con Salvador. La puerta se cerró tras ellos.

Aitana y Jaime se quedaron a solas.

El joven la miró a los ojos. Ella se había medido con muchos criminales, los había enfrentado, se había defendido, le había partido la cara a más de uno, incluso una vez había disparado y le había quitado la vida a un delincuente. Y, sin embargo, la mirada fija de aquel chico de educados modales y pulcro aspecto le daba ganas de chillar. Dentro de sus dilatadas pupilas negras intuía un abismo estremecedor.

—Si me cuenta todo esto, inspectora, es porque no tiene pruebas de todo lo que dice, y espera que yo le dé la razón o que diga algo que me pueda incriminar. Por supuesto, no lo haré, y las pruebas no las va a encontrar.

—Aún no hemos terminado —lo advirtió, enfadada, casi en un susurro.

Jaime dio un paso más hacia ella. Aitana no se movió. Le repugnaba su cercanía. El hermano de Valentina clavó los ojos en los suyos con fiereza.

—Ya. Espero que tengas algo más para demostrar esta película que te has montado. Va a ser tu palabra contra la mía, que soy una víctima, que mi hermana ha muerto, que trabajo con mis padres y que siempre he sido un estudiante de diez. En cambio, tú… ¿De verdad quieres arrastrar a tu compañero a este sinsentido? Explícale a un jurado que el viejo discapacitado, al recordar viejas historias de la Guerra Civil, se carga a su sobrina nieta porque el hermano de la chica lo encabrona. No se lo va a creer nadie.

—Hay pruebas de que fue Salvador y de que tú lo ayudaste —aseguró Aitana.

—De lo segundo no las hay. Y no las habrá, te lo prometo.

—Eres el autor de este crimen y antes o después se sabrá.

Jaime la recorrió con una mirada de arriba abajo, deteniéndose en su vientre, en sus pechos, con una sonrisa que ahora parecía lasciva y perturbada.

—Además, este es tu primer caso después de ser madre, no estás en tu mejor momento con tu marido, y tú y yo sabemos que has pasado por la psicóloga, ¿o era la psiquiatra? Es increíble lo que la depresión puede causar. Normal que teniendo un trabajo tan importante como el tuyo mientas o te inventes cosas con tal de disimular que estás rota por dentro.

Aitana iba a responder, pero las palabras se le congelaron en la garganta, una corriente de frío glacial recorrió todo su cuerpo y se quedó inmóvil.

Jaime disfrutó de su terror.

Roca entró de nuevo. La miró extrañado, y percibió lo asustada que estaba.

—Será mejor que vaya a tranquilizar a mi tío —dijo Jaime.

Roca se plantó ante él, pero la teniente le hizo un gesto para que lo dejara pasar.

El joven pasó ante ambos con cara de circunstancias, mostrándose muy afligido mientras salía. Aitana miró a través de la puerta abierta. Allí, un guardia civil le quitaba las esposas a Camilo. Montero se acercó con Salvador esposado, y los dos hermanos se abrazaron, mientras Jaime se aproximaba a ellos.

La cálida y amable mano de Roca sobre su hombro hizo que Aitana volviera en sí.

—La psicóloga ya ha hablado con Salvador, le ha explicado la situación y le ha leído sus derechos, y se ha asegurado de que los

entendiera —la informó, mientras ella intentaba recomponerse—. Y el registro está en marcha. Cuando quieras, estamos listos para irnos.

—Quiero llevármelo a él.

Aitana observó a Jaime, a quien los dos vieron en el jardín de la finca, abrazando a Salvador, que ya no estaba tan agitado, pero sí atemorizado y confuso ante lo que sucedía a su alrededor.

—No tenemos pruebas, Aitana.

Ella asintió. Lo sabía perfectamente.

—Voy a decirles que nos vamos —dijo Roca, y la dejó sola en el salón.

Aitana volvió a mirar a Jaime, él le sonreía sin soltar a su tío, que empapaba su hombro de lágrimas. Mientras le daba palmadas en la espalda para tranquilizarlo, por encima del hombro de este, le dedicó una enorme sonrisa de satisfacción.

Sin pensárselo dos veces, Aitana salió al exterior. Se dio cuenta de que alguien había salido de la casa detrás de ella: Julia.

—¿Pero se lo llevan hoy? Es Nochevieja —rogó, drogada y hundida.

—Lo siento mucho.

Salvador seguía llorando y la mujer acudió a consolarlo. Pero poco después los agentes los separaron y condujeron al hombre a la trasera del furgón. Se dejó llevar mansamente y gimiendo como un animal herido, lo que partió el corazón a Camilo y a Julia, que se abrazaron mientras el furgón arrancaba e iniciaba su salida de la finca. Aitana se acercó al joven.

—Jaime.

Él esbozó una sonrisa arrogante.

—Tu hermana no estaba embarazada de Beltrán. Le valía cualquiera con tal de perderte de vista.

Jaime la miró furioso e incrédulo. Roca apareció para recogerla en el Golf, y Aitana se subió al vehículo, que su compañero arrancó. Siguió mirando a Jaime mientras su silueta se recortaba en la distancia. Lo había quebrado por fin.

Y él a ella.

35

El llanto de Daniela interrumpió su sueño. Hacía tan solo tres días que Aitana había regresado a casa y aún se sentía agotada, pero no despertó a Mauro, que roncaba a su lado. La niña, que dormía en una minicuna en su lado de la cama, estaba pasando una mala noche. Aitana se levantó con sigilo, sostuvo a la bebé en sus brazos y le besó la frente. Acababa de cumplir cinco meses y ya tenía una pelusilla rubia rizada en la cabeza que le encantaba acariciar. Salió con ella al pasillo y, con mucho cuidado, la meció con suavidad en sus brazos. Pero Daniela seguía llorando: tenía hambre.

La dejó en un moisés que tenían en el salón y le sorprendió lo mucho que había crecido; cuando nació se perdía entre los mimbres y las mantitas, y dentro de poco no podría usarlo más. Y no era el único cambio. Se había encontrado con que su hija ya sostenía la cabeza y la miraba a los ojos, y también sonreía. No quería perderse nada más de su vida.

Preparó un biberón de fórmula y encendió el calentador. La mesa de la cocina, la casa en general, estaba tomada por todo tipo de objetos que delataban la presencia de la bebé; no solo el aspecto era diferente, el olor también era distinto. El agua comenzó a hervir. Tomó el biberón envuelto en un trapo, se lo llevó al salón. Descubrió que la niña se había quedado dormida.

Aitana se sentó en el sofá y no supo si dejarla dormir o si llevársela de vuelta a la cama. Miró por la ventana del salón a la calle y agradeció el silencio de la noche, el rumor sordo de la ciudad de madrugada, y por fin se sintió en paz. Paz al pensar en su familia, en los tres navegando la noche serena como si viajasen en un barco hacia el futuro. Quizá era ingenuo confiar en ello, pero al menos quería intentarlo.

Desde el sofá podía ver el portátil de Mauro, olvidado en la mesa baja frente al televisor. Recordó cómo había descubierto la existencia de otra mujer, sin necesidad de aplicar sus dotes deductivas, y cuánto le había molestado que no se hubiera esforzado más en ocultarlo. Por un instante pensó en leer sus mensajes y correos, si es que fuera tan tonto de no haberlos protegido después de aquello, pero le vino a la cabeza la mirada helada de Jaime, cuando le dio a entender que también la espiaba a ella, y rechazó la idea: no quería parecerse a él.

El trabajo de Aitana era saber, pero en la vida cotidiana, en el día a día de las familias, tal vez la armonía dependiera justo de lo contrario: aceptar que nunca llegamos a conocer del todo a quienes amamos y aprender a convivir con ese territorio inevitable de ambigüedad. Ella tampoco había olvidado a Roca; de hecho, pensaba en él a todas horas, mantenía diálogos imaginarios con él, anhelaba escuchar su risa, contarle cosas. Aunque se habían cruzado algunos mensajes, la comunicación no pasaba de una cordial superficialidad. De sus palabras no podría deducirse que habían sido, al menos por una noche, más que compañeros. Después de lo que pasaron juntos, y de cómo Aitana lo rechazó con unas torpes explicaciones de las que se arrepentía a menudo, sentía

que le debía una conversación sincera. Pero era difícil admitir que Roca le gustaba. Porque si se lo confesase y fuese mutuo, ¿qué pasaría con ella, con su vida, con su hija?

Le apenaba, pero lo más sensato era olvidarse de él. Tenía que volver a confiar en su marido y ganarse, recíprocamente, esa confianza. Pensaba que ella, a pesar de todo, todavía lo quería, que él también la quería a ella, y que su hija era motivo más que suficiente para empezar de nuevo.

También quería desterrar de su recuerdo a Jaime, pero le dolía no haber sido capaz de probar su implicación en los hechos. Salvador, lógicamente, no había podido corroborar nada. No tenía lenguaje, pero tampoco había querido revelar nada con gestos, cerrándose en banda a cualquier tipo de interacción con Aitana, Roca o con su compañera, la psicóloga especialista de la uco. El análisis de los dispositivos de Jaime, su ordenador, su teléfono móvil, el dron, no había arrojado, como él mismo había anunciado, ninguna prueba para refrendar la teoría de Aitana. El juez le había concedido que, por su limitación intelectual, alguien tendría que haber ayudado a Salvador, pero no estaba tan seguro como ella de que existiera un plan previo, es decir, de que se pudiera afirmar que Jaime, u otra persona, hubiera manipulado a Salvador para que cometiera el asesinato de Valentina. Aunque a su señoría no le pareciera descabellada la hipótesis, la falta de pruebas había convertido en inservible la teoría de Aitana.

Jaime seguía libre, ayudando a sus padres en la finca; de hecho, según había podido saber, Julia seguía sin poder levantarse de la cama. Lo único que aliviaba su insatisfacción era pensar que la madre de Valentina seguramente ignoraba que su hijo había

planeado y provocado la muerte de su hija, y que se había ahorrado la pena de tener a una hija bajo tierra y a otro en la cárcel.

El recuerdo del joven le inspiraba miedo, a veces ira. Sabía que no siempre se conseguía probar la culpabilidad de un sospechoso. Ella tenía la íntima satisfacción de haberlo descubierto, aunque no hubiera pagado por su crimen y quizá no lo hiciera nunca. Pero a veces el recuerdo de sus ojos la hacía despertarse de noche y lamentar no haberlo hecho mejor.

Había escogido su profesión porque no podía tolerar que los culpables quedaran impunes, que las víctimas cayeran en el olvido. Pero ahí estaba su nuevo objetivo en la vida, abrazar el fracaso ocasional, la incertidumbre, convivir con los procesos que no cerraban, los matrimonios insinceros, apostar por las madres que como ella no eran abnegadas o lo eran de manera intermitente. Se había dado cuenta de que tenía que abandonar su idealismo y cambiarlo por un relativismo más amable que le permitiera alcanzar un equilibrio y ser feliz. Por eso tenía que tolerar el no saber, soportar que Jaime siguiera libre y aceptar que tanto ella como la justicia eran falibles, y el sistema, lento e imperfecto.

Pero algo fundamental había cambiado. Desde el nacimiento de su hija, había atravesado un camino en el que se había sentido rota, se había enfrentado a un caso sin saber si había perdido la capacidad de hacer bien su trabajo, y no solo eso, sino también su propia cordura. A pesar de ello, había entrado en ese laberinto y había logrado cruzarlo y llegar al otro lado.

Había descubierto que lo más sencillo era lo más difícil: para llegar al otro lado lo único que tenía que hacer era seguir caminando. No necesitaba la validación de nadie, ni medallas en el uniforme o

promesas de amor eterno por parte de un marido intachable; ni siquiera que Roca le confesara que la amaba, aunque eso le hubiera encantado. Ella sabía que en esencia era la misma de siempre, esa misma investigadora que estaba obsesionada con la verdad, que encajaba sin aspavientos las derrotas y que no se rendía nunca. Había descubierto que el cambio es la única constante y que podría enfrentar momentos muy duros que la hicieran sufrir, pero también evolucionar, sin dejar de ser en el fondo quien siempre había sido. Y lo más relevante de todo: antes pensaba de sí misma que era fuerte, pero ahora que había superado un infierno, no solo lo pensaba, lo sabía.

Sin embargo, a pesar de haber hecho las paces consigo misma, no podía desterrar la idea con la que estaba obsesionada y que la acompañaba en todo momento: mientras regresaba a Madrid en el coche, mientras sostenía a su hija en brazos y besaba a Mauro en los labios, mientras intentaba dormir de nuevo en su cama, mientras se hacía café para desayunar en su vieja máquina, y también ahora mismo, esa noche, mientras observaba por la ventana la quietud de las calles desiertas y la quietud del sueño de su hija. Cuando le había dicho a Jaime que Valentina no estaba embarazada de Beltrán, le había dicho la verdad. Su adn no estaba presente en el feto de Valentina, tampoco era compatible con el de Salvador ni nadie de la familia, ni con el de ningún delincuente fichado en la base de datos. Sabía de quién no era, pero no era suficiente.

Aprovechando que la casa estaba en silencio, que la niña y Mauro dormían, entró en el cuarto de baño. Tomó el cepillo de dientes de su marido y lo sostuvo en la mano, dubitativa. Se miró al espejo,

como si ese rostro ojeroso pudiera darle la mejor de las respuestas, y se preguntó si iba a ser capaz de hacerlo.

El día anterior, mientras paseaba a la niña por el parque del Retiro, había llamado a Sonia y le había contado sucintamente que necesitaba su ayuda. Su amiga lo había entendido y le había dicho que, si por fin se decidía, ella misma cotejaría el adn de su marido con la muestra que tenía en el laboratorio del feto extraído del útero de Valentina, y que nadie se enteraría del resultado ni de la prueba.

—Pero piénsate de verdad si quieres saberlo —le había dicho, y el eco de esa advertencia resonaba en su cabeza.

Y allí estaba Aitana, con el cepillo de dientes de su marido agarrado entre sus dedos. Metió la otra mano en su bata y allí, donde lo había dejado, estaba el cepillo nuevo, del mismo modelo, que había puesto en ese bolsillo después de haberle quitado el envoltorio, para poder hacer el cambio de la forma más discreta posible. Lo humedeció y lo frotó con pasta de dientes para quitarle la dureza con la que venía de fábrica, lo aclaró y aplastó entre sus dedos hasta que las cerdas quedaron flexibles y suaves. Lo depositó en el bote, junto al suyo, en la misma posición en la que había encontrado el de Mauro. Guardó el viejo en una bolsita de plástico de cierre hermético y después lo introdujo en el bolsillo de su bata, de donde iría a un compartimento de su bolso, y de ahí, a las manos expertas de Sonia, que extraería el adn de sus cerdas.

Aitana quería ser tolerante con sus seres queridos y consigo misma, quería abrazar la incertidumbre y la imperfección de la vida, pero necesitaba saber si su marido y padre de su hija era el padre de la criatura que había muerto dentro de Valentina Salas.

Y lo sabría.

Agradecimientos

A mis padres y su amor por las artes. A Gorka, por creer más en mí que yo misma. A M., por cambiarme la vida y darle mucho más sentido. A María José Codes, por sus buenos consejos técnicos y prácticos, y al resto de mis compañeras, Lola Córdoba, Alba Aparicio y Conchita Miranda. A Justyna Rzewuska, por la confianza y la paciencia. A Jorge Díaz y Antonio Mercero. A Roberto Santiago, que me convenció de que era capaz de escribir novelas. Al doctor Ángel García Collantes y a la oficina de prensa de la uco, por su generosidad. A mis amigas, por sostenerme siempre; a Elena Méndez, Vera de Andrés y Aitana Merino por su apoyo. A Flora González Villanueva, por mirarme siempre con tanta generosidad.

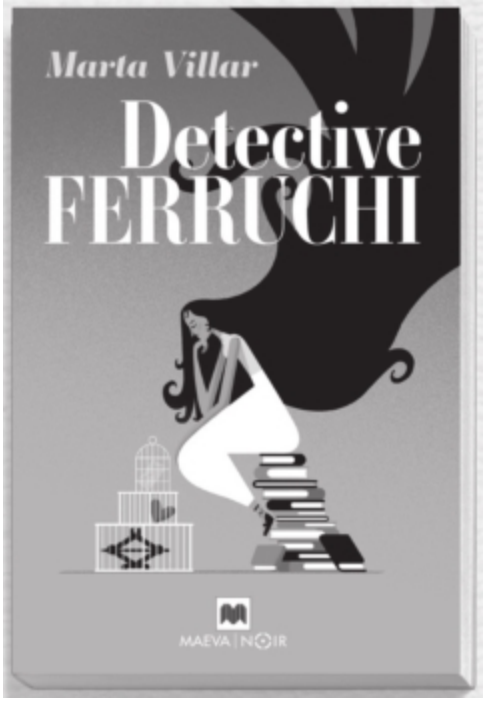
Misterios. Crímenes. Tensión. Estas

novelas negras serán tu nueva adicción



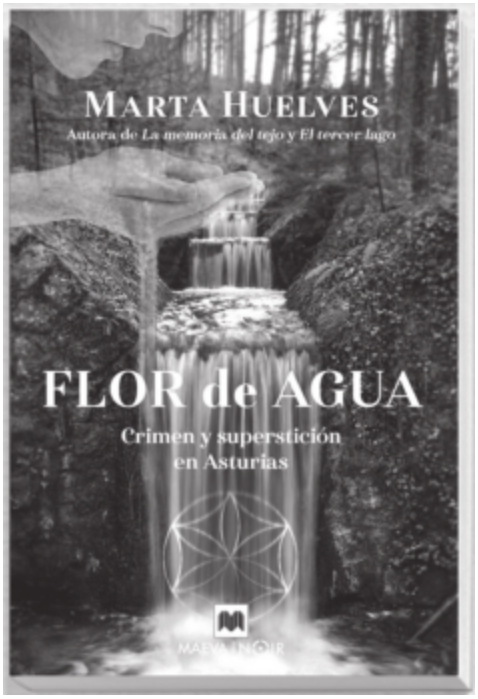
Un *noir* gallego, una aldea rehabilitada y la imposibilidad de escapar

Olivia Navacerrada, una joven periodista, llega a una aldea gallega con el objetivo de realizar un reportaje sobre la España vaciada. Cuando un notario que está de visita se descubre esposado a un cadáver, el pánico se desata en Beresteira. Olivia ya no sabe en quién confiar. Están incomunicados, con un asesino entre ellos, y el pasado une con hilos invisibles la vida de todos los que allí se encuentran.



Una magnífica novela coral por la autora revelación de las letras gallegas

Sol Cortés decide dar un cambio radical a su vida: abandona la ciudad donde vive y su trabajo como patronista para instalarse en su pueblo natal y abrir una librería. Pocos días después de su regreso, el veterinario local, Xan Sequeiro, es asesinado. Sol se involucra en una investigación y en la vida de sus vecinos para descubrir quién se encuentra detrás del crimen.



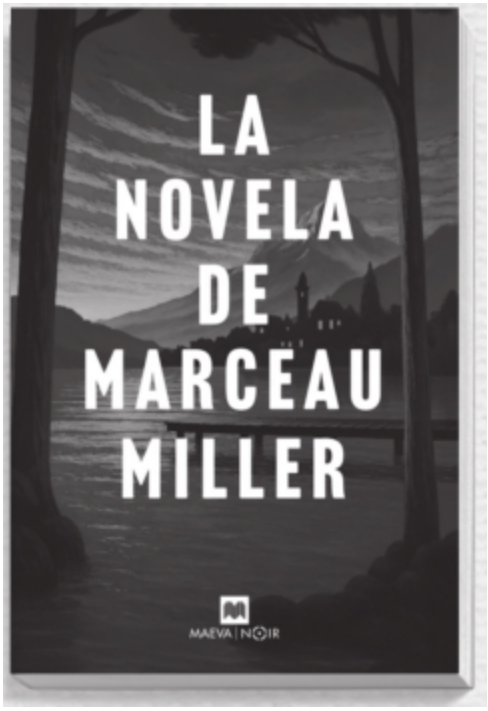
La magia de una noche llena rímenes en el oriente de Asturias

Dos hombres están encerrados en un sótano; uno le pide al otro que escuche la historia que le va a contar. En los años noventa, al amanecer tras la noche de San Juan, una chica bebe de una fuente cuando el primer rayo de sol incide sobre el agua, un reflejo conocido como Flor de Agua. En 2023, la Brigada del Oriente investiga el caso de un joven asesinado que tenía en la boca una madera con el dibujo de la flor de agua.



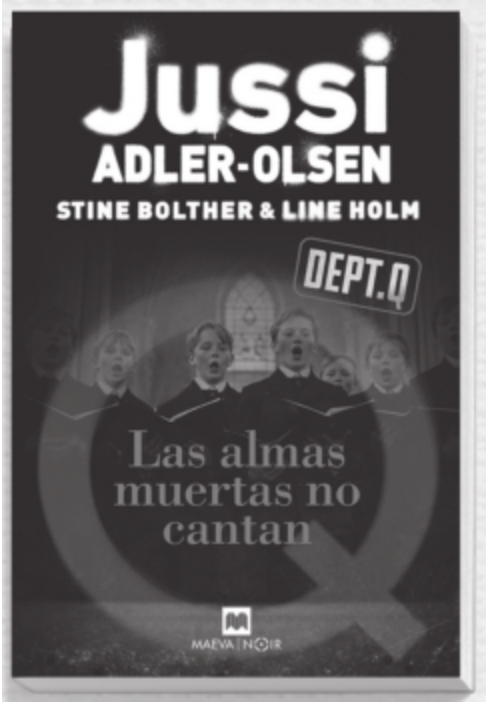
Desapariciones, asesinatos y más de un apuro acechan a la reina de los cambios de personalidad

Elisa Morán es una traductora con un peculiar método de trabajo: piensa, se comporta y viste como los protagonistas de cada libro que traduce. Sus extravagancias han deteriorado la relación con su marido, Joaquín, quien acaba por serle infiel. Un día, Elisa se esfuma igual que lo hizo Agatha Christie. Todo se complica aún más cuando aparece un cadáver que desata una investigación policial con Elisa como sospechosa e investigadora aficionada.



Una novela que guarda el gran enigma, ¿quién se oculta detrás de Marceau Miller?

Hay hombres que ponen su vida en peligro constantemente. Marceau Miller es uno de ellos. Aunque se ha convertido en un escritor de éxito mundial, siempre intenta jugar con los límites del peligro. Hasta su caída mortal de la cima de la montaña. Al descubrir que Marceau ha dejado tras de sí una última novela en la que revela la verdad, su mujer, Sarah, se lanza a una vertiginosa búsqueda del tesoro.



Jussi Adler-Olsen y sus dos nuevas coautoras, Line Holm y Stine Bolther, llevan la serie del Departamento Q a una nueva era

Carl Mørck deja el Departamento Q. Como sucesora, la misteriosa francesa Helena Henry aparece en el sótano de la policía de Copenhague. Rose la odia desde el primer momento, mientras que Assad siente fascinación por ella. En una nueva investigación de varios asesinatos, es Carl quien proporciona la primera pista, que se une a los sucesos horribles que ocurrieron en el internado de una famosa escuela de música.

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136511
Conversión a formato digital: www.acatia.es